

UNIVERSO SANTAURORA
MARÍA FORNET

UNA FIESTA PARA RECORDAR

A VECES LA MUERTE
ES SOLO EL PRINCIPIO



UNIVERSO SANTAURORA
MARÍA FORNET

UNA FIESTA PARA RECORDAR

A VECES LA MUERTE
ES SOLO EL PRINCIPIO

A Rodrigo,
cuya llegada al mundo
(casi) me devolvió la fe en la magia.

«La buena suerte no necesita explicación».

Shirley Temple

Título original: *Una fiesta para recordar*

Primera edición: mayo 2023

© **María Fornet, 2023**

© **de esta edición: María Fornet, 2023**

Mapa ilustrado: © Gisela Navarro Fuster, 2021

Portada y contraportada: © Sebastián Casanova Fábrega, 2023

Corrección: Ana Vacarasu

Maquetación: María Sierra

Todos los derechos de esta edición reservados para María Fornet.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro, su incorporación a un sistema informático, su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, grabación y otros métodos sin el permiso previo y por escrito de la autora. Quien infrinja estos derechos podrá ser sancionado por la Ley.

ISBN: 9798871262108

Universo Santaurora® es una marca registrada.

Bienvenida a Santaurora

Bienvenida a Santaurora, un barrio de ensueño erigido sobre una hermosa colina en una lujosa zona de la Costa del Sol. Un lugar donde la vida explota en cada esquina, como lo hace el fucsia de sus buganvillas en mayo, sus plumerias y glicinias, sus espectaculares palmerales, los rosas atardeceres y la inmutable belleza de sus calas.

Santaurora es un rincón ficticio, del modo en que lo son las cosas más reales de la vida: las prisas de los lunes, las noches de desvelo, los secretos que guardan las mujeres o el silencio que necesitan las madres y que raras veces tienen. Digamos que no existe, pero podría. No existe, pero debería.

El Universo Santaurora consiste en una saga de novelas autoconclusivas creada por María Fornet, cuyos libros relatan la historia de una de las ochenta y ocho viviendas de las que dispone el barrio. Un barrio en el que, aunque todos se conocen y los personajes, los lugares y las costumbres resultan recurrentes, cada trama es distinta de las anteriores.

La mejor manera de sumergirte en Santaurora es hacerlo a pie de calle, de ahí que hayamos creado un mapa a todo detalle para que conozcas todos los lugares emblemáticos y puedas situarte mentalmente antes de comenzar a leer.

Si quieres ver el mapa a todo color diseñado por la artista responsable, @giselfust, solo tienes que dejar tus datos aquí (www.mariafornet.com/mapa-santaurora).

Capítulo 0:

EL LOCO

Este arcano sin número representa al loco, al que deja todo para adentrarse en parajes desconocidos.

Nuevos inicios.

Vemos a un hombre que camina ayudado de un palo y lleva en su hombro otro palo del que cuelga una alforja. Su traje es de bufón y un animal intenta sujetarlo.

Escena 1: «Una boda en un sueño, siempre es augurio de muerte»

Todo empezó el día que morí.

Hasta ese día, mi vida había sido una sucesión de fotografías perfectas de lo que yo creía haber sido, pero que en realidad nunca fui. Un precioso álbum para envolver con papel celofán y una pomposa lazada en rosa, que insinuase: «Maya se queda aquí».

Pero cómo decirte esto: aquí no se queda nadie. Y si hubiera estado atenta, lo habría entendido antes. Aún más, teniendo en cuenta que aquel sábado catorce de septiembre teníamos eclipse lunar y que el Universo, en toda su plenitud, se había empeñado en enviarme señales. Señales claras, no creas. No cualquier tipo de señales.

Para empezar, la mañana anterior, un gato negro había saltado desde mi buganvilla, al borde de la piscina que da vista a Cala Vieja y, tras darme un susto de espanto, se había dirigido cojeando y con el rabo tieso hasta la salida de la villa que dispongo sobre el Paseo Fuertes. Es gracioso si lo pienso: incluso aquel gato se había dado cuenta antes que yo de que algo muy malo me esperaba más tarde en aquel lugar idílico que es mi hogar en Santaurora.

Santaurora —así, todo junto: Santaurora— me atrajo por su aspecto, aunque luego descubrí que otros asuntos también acabarían por resultarme interesantes. Pero ¿a quién le amarga un dulce? Lo bonito es bonito, no hay nada de malo en ello. Así lo atestiguan el aspecto de mis redes sociales y mi propia imagen en el espejo. El blanco de sus impactantes mansiones, la elegancia en el vuelo de los vestidos de sus mujeres al caer la tarde en verano, el fucsia del sol justo antes de que nos engulla la negrura de la noche. Sobre mi villa, La Sacerdotisa, las estrellas refulgen como debieron de hacerlo sobre esta zona hace miles de años, y solo esa luz basta para encender toda mi cama cada noche.

Es un lugar bellísimo este. La primera vez que puse un pie en su plaza Nueva, me apresuré a compartir la imagen con mis seguidores. En aquel momento pensé, para mí, que este lugar mágico bien podría funcionar como escenario de una galería perfecta, que era justo en lo que había convertido mi vida en los últimos nueve años, tiempo que había pasado desde que compartí la primera tirada de cartas en directo, con los muchos ojos que me miran desde entonces, que en aquel momento preciso habían sido, modestamente, mi prima Mariló y sus dos amigas: Inesita y Carmen.

Así que hubo un gato, pero no solo eso. Y ojo, que un gato negro cruzando un jardín cuando se avecina un eclipse ya tendría que haber saltado todas mis alarmas, pero es que mi mente vagaba en otros ajeteos. Había levantado el día haciendo una tirada al Tarot, que me había devuelto una enigmática respuesta —el Diablo junto a la Torre, qué combinación tan amenazadora— y mientras me preparaba para la gran fiesta que la agencia había convocado en mi propio domicilio, el espejo frente al que reflejaba mi espesa melena platino y mis vivos ojos marrones se había partido en mil añicos. Para entender que un gato negro cruzando y un espejo que se rompe traen malos augurios, no hace falta pasar más que de primero de esoterismo, eso supongo que lo sabes.

No diré que no me extrañó, pero sí que no concedí a aquellas tenebrosas ocurrencias el lugar que habrían merecido. Agarré el palosanto y lo quemé por varias habitaciones, subí la baraja del Tarot a la parte superior del altillo para honrar a mis creencias y continué con el acicalado propio que exigía una fiesta de este porte.

Aquel sábado de mitad de septiembre salí camino a Dulcísima, aprovechando la inusual circunstancia de que la casa estaba hecha un disparate, con los preparativos del festejo de la noche. Iba en busca de un tentempié ligero y algo de compañía. A la cita acudieron Bé y Leona, que eran conocidas por saber aplacarme los nervios que me crecían en el estómago previo a

eventos como este, que no sería esta mi primera fiesta —de algún modo siniestro, sí que la última—, pero entendamos que esta era en todo diferente.

Acudí a Dulcísima desde la calle Valcárcel y el vendaval habitual de aquella esquina me hizo sujetar con fuerza el bolso antes de entrar en la plaza abierta. Ya a esta altura, avisté el cartel que anunciaba el cambio de menú que Alexandra, la regente del local, había llevado a cabo aquellos días, tras alguna de sus muchas revelaciones en lo referente a lo que nuestra salud necesitaba. Las nuevas opciones estaban escritas en tiza sobre una pizarra custodiada por una costilla de Adán venida arriba. Cuando separaba con cuidado sus hojas para comenzar a leer, Alexandra apareció de pronto:

—¡Pero qué casualidad! —Se cambió su canosa trenza de un hombro al otro y me clavó sus pequeños ojos tras las puntiagudas gafas de pasta—. Hoy he soñado contigo.

—¿Será bueno? —pregunté y soné más desesperada de lo que habría querido hacerlo.

—Te casabas con alguien.

—¡Me casaba con alguien!

La institución del matrimonio y yo habíamos acabado, de modo que no pude ocultar mi sorpresa.

—No me preguntes mucho, porque no te puedo decir quién es. —Sacudió una palma en mi dirección—. Solo se le veía la espalda.

—¿Estaría al menos de buen ver? —Leona me dio un beso en una mejilla sin mirarme, dirigiendo su pregunta a Alexandra, en tono jocoso.

—Leona, desde que está con el Inglés solo piensa en lo mismo —se burló Fede.

—Pues cómo lo voy a saber, no se le apreciaba la cara. Estaba el recinto como oscuro, ¿sabes? Era un chico corpulento, de hombros anchos —repitió Alexandra.

Leona subió un par de veces sus cejas en mi dirección, aprobando con claridad la descripción de mi onírico marido.

Bé, que llegó en ese momento y se incluyó en la conversación, sin necesidad de introducciones ni previos, bromeó con que solo yo, desde el adorno de mis excentricidades, sería capaz de casarme con alguien que ellas desconocían. Leona palmeó mi rodilla, animándome a que me fugase con quien yo quisiese, porque ella, así me dijo, siempre me apoyaría. Pero yo no encontré divertida aquella ensoñación. Nada podía quitarme de la cabeza lo que Lula, mi maestra, me había dicho alguna vez sobre sueños como este: «una boda en un sueño siempre es augurio de muerte». Y aquel pensamiento terrible cruzó mi mente como un gran cometa que dejaba un rastro de pequeñas semillas. Semillas y solo eso, porque lo cierto es que comí con gusto el pastrami, una delicia impensable en Dulcísima solo un mes atrás, cuando Alexandra había vetado todas las harinas, convencida de que eran el origen del mal, y lo digerí de vuelta a casa con mis amigas.

—Cambia esa cara, querida, ¿qué puede salir mal? Llevas semanas preparando cada detalle y no estarás sola, ¿nos escuchas? —Leona me soltó los dedos para separarse poco a poco de mí, no sin antes apretar afectuosamente mi mano. Me miró desde sus ojos redondos color miel y me aseguró: —Estarán allí tus amigas.

—Vete a descansar un poco, que no tardamos. Estaremos en tu puerta echándote un cable antes de que te des cuenta —dijo Bé, alargando su ya de por sí larguísimo cuello al mirar atrás para despedirse de mí, mientras se recolocaba las gafas de sol que habían descansado hasta ese momento sobre su corta melena oscura.

Y con el ánimo habitual con el que solía afrontar estos eventos, me despedí de ellas.

De modo que ahora, mirando atrás, hay algo que me decepciona ligeramente: a pesar de

las señales, el día de mi muerte había comenzado como cualquier otro. Algunos signos de interpretación abierta y variante, el sol alto en el cielo, un poniente que caldeaba el ambiente en esas fechas. Nada más que eso en medio de todas mis prisas. Yo iba a desaparecer del mundo y no hubo un ademán que previese cierto escándalo en ninguna parte. Un minuto estaría dentro y al siguiente, como cualquier otro mortal corriente, tendría los pies fuera.

Del mismo modo mundano en que la muerte lo hace siempre.

Escena 2: «Diez años y una familia de siete cifras»

Una familia de un millón de personas. Dos millones de ojos —pongamos alguno menos, quitando accidentes y malas genéticas— que me habían acompañado en los últimos nueve años desde la tirada con Mariló, Inesita y Carmen.

—Te harás rica con esto.

Mi prima vaticinó aquel día que construiría un imperio sobre aquello y de algún modo, aun teniendo yo solo treinta y un años, asumí que así sería.

La vida está llena de extrañas carambolas si una se para a pensarlo. La primera vez que una baraja del Tarot cayó sobre mis manos fue en el patio del colegio. Fue Aurora, la hija de la directora de nuestro colegio de las Esclavas de Jesús, quien había encontrado, escondida en un armario de su casa, una tabla de Ouija y una baraja carcomida por el polvo, y mientras el resto de las niñas de la clase se pasaban las cartas de una falda de cuadros a otra por miedo a ser reprendidas, yo las sujeté por primera vez como si mi mano hubiera sido diseñada para aquel mazo azulón. Aurora cogió entonces la costumbre de jugar con ellas en los vestuarios, y no había ocasión en la que no vieses un gran corro frente a ella escuchando con gran atención sus profecías. Claro, que en pocas semanas todas descubrimos que Aurora no valía: Luis no había esperado a Carmen en la puerta del cole, como ella había predicho —lo que, a Carmen, después del empeño que había puesto en quitarle el carmín a su madre, había disgustado de veras—, David no había caído rendido a los pies de mi prima Mariló, y tampoco Inesita se había comido una rosquilla. No había habido una sola predicción, de las muchas con las que se había aventurado en esos días, que hubiese llegado a buen puerto.

Puedo decir que la baraja me llamó. No hubo un gran estruendo, ni el cielo se abrió en dos partes, que los *laicos* siempre imaginan estas historias de un modo algo peliculero, pero sucedió. Fue en una lectura de las muchas que me hizo Aurora sobre la loseta fría del vestuario de chicas que, al sujetar la baraja en mis manos, vi lo que ella no veía. Cuando extendió la tirada sobre el gris del suelo y comenzó a hablar, le dije:

—No lo estás haciendo bien. Deja que las eche yo.

Y en pocas semanas, la fila de chicas en busca de su fortuna daba la vuelta a la esquina. No había alumna de las Esclavas de Jesús que no quisiese que le leyera su futuro. Algunas me preguntaban por sus padres, alguna desventurada, por su salud, alguna adelantada, por sus futuros proyectos. Pero la mayoría, y te diré que eso no cambia en toda una vida, centraba su principal interés en el contenido amoroso. Aun hoy, frente a grandes mandatarios y personajes cuyos nombres no podría revelarte —porque así lo prometí bajo juramento—, me encuentro con las mismas dudas. Hay quien comienza con preguntas aparentemente serias, quien me obliga a romper la baraja para responder a cosas que en realidad a nadie importan, para pronto pasar a lo que de verdad les quita el sueño: ese olor que trae en el cuello mi marido, ¿proviene de alguna otra mujer que me arrebatará mi casa?; cuando mi esposa se esconde con el teléfono a la hora de los baños de los niños, ¿quién es esa voz desconocida que la reclama? Más o menos sofisticación, pero a lo largo de la vida, las ansiedades poco cambian. Queremos amar y ser amados. Poco más nos importa.

Tras eso, mis padres me cambiaron de colegio. Atribuyeron mis extravíos a las juniñas que, según ellos, yo siempre me traía. Las culpaban sistemáticamente a todas ellas y tomaron la firme determinación de procurarme una carrera decente. Me sacaron de las siguientes tres escuelas privadas, pese a mis excepcionales calificaciones y, en cada caso lo hicieron por mis extrañas tendencias: allá donde Maya iba, la perseguía una legión de adolescentes rogando por ser atendidas. Todas querían tener la llave de ese futuro incierto y a todas, en lo que mi posibilidad me permitía, yo hacía hueco con estoica paciencia. Después fui a la universidad en Boston, me

licencié en dirección de empresas, para honrar a mi padre, perdí algunos kilos para hacer lo propio con mi madre, aunque, por más empeño que pusieron, me negué a continuar con su legado. Los setos de las autovías y los macetones de las puertas de los ayuntamientos, por mejor vida que hubiesen procurado a mi familia, me aburrían de un modo soberano.

Así que comencé como consultora de empresas y en menos de un año me hice un nombre. Mi don me permitía ver todo aquello que nadie veía: las inversiones que harían aguas, las asociaciones que potencialmente resultarían fructíferas a mis clientes. Yo les decía: «invierte» y ellos jamás se lo pensaban. Bajo aquella apariencia contenida y exitosa podía ser la que siempre había sabido que sería: alguien que acompañaba en sus indecisiones a los otros. Una luz, una guía. Yo le preguntaba al Tarot sin que nadie más supiese y mis clientes nunca me preguntaron cómo lo sabía. Conseguí calmar las expectativas de mis padres durante lo que duró aquello, pero un día, mientras tomábamos un café, Mariló me dijo que había una red social nueva y sus dos amigas me convencieron.

—Puedes incluso subir vídeos explicando las tiradas. Hablar de lo mucho que te gusta el yoga. Compartir tus inquietudes astrológicas. Te podrían conocer en todo el mundo, Maya —me dijeron.

No tardé en hacerle un hueco en mi vida.

El resto es historia: diez años y una familia de siete cifras.

Escena 3: «Ver el futuro ya es, en cierto modo, alterarlo»

Toma nota de esto: las coincidencias no existen.

Hay personas que pasan por esta vida sin apercibirse de eso, y otras que, como yo, han sido bendecidas con esta visión panorámica y nunca ponen en duda las señales cósmicas. ¿Crees que es raro que fuera Aurora la que me abriera la puerta a mi vida y que acabase por caer en este barrio? Podría serlo. ¿Te parece también casual que muriera justo aquel día? Piensa mejor. Y si no, escucha esto.

El catorce de septiembre, además de la Tarot Party que convocó mi agencia al haber conseguido un millón de seguidores y que pretendía ser la puerta a todo el éxito que, tras eso y en teoría, me perseguiría, era además el día más señalado de todo mi calendario. Entiéndase: mi cumpleaños.

¿Te había dicho esto? Morir en tu cumpleaños no es solo una gran señal de que el Universo gira en modo circular, también es muestra de su humor inglés. Que se produzca un evento de la envergadura de un eclipse en tu cumpleaños, cayendo de pleno en tu sol natal, ya es mala suerte. Y no es que pueda quejarme de mi suerte: en mis treinta y nueve años de vida, me había dado tiempo a cosechar un gran puñado de variados y ostentosos éxitos. Diplomáticas y embajadores, cónsules de países remotos y médicos de ninguna parte, amas de casa apuradas, escépticos negociantes. Nunca invertí un céntimo en publicidad, me bastó el boca a boca y un impecable historial de aciertos. Aunque la tarifa por mis servicios había alcanzado astronómicas cotas en los últimos años, jamás cerraba mi puerta en las narices a nadie y me vanaglorio de decir que no hago distinciones de clase. Asumí que mi don era una gran responsabilidad y he sobrellevado con aguante la popularidad que me ha generado desde que supe de su alcance. El peso de mi cuenta corriente me ayudó con lo de la paciencia, claro, y encajé con naturalidad la crecida exponencial de todo mi proyecto: más sesiones, más clientes, más seguidores en redes; la escuela que le prosiguió, más ceros, más cojines de seda pura para mi villa La Sacerdotisa, más invitaciones a bolos, más masajes para sobreponerme al duro oficio de la adivinación consciente.

Siempre he entendido que el alcance de mi éxito se debe exclusivamente a que he aceptado, con sumisión, que no podría dedicarme a ninguna otra cosa en la vida. Pero no creas que no he vivido con cierto conflicto todo lo que me ha traído. He vaticinado grandes caídas de fortuna, inversiones inestables; un sinfín de infidelidades, de apuestas inteligentes, enfermedades sin cura y milagrosas recuperaciones sin explicaciones plausibles por parte de los médicos responsables. Recuerdo que una vez, a mis catorce años, vi con absoluta claridad cómo mi padre no debía subirse a un avión, pero él, que nunca ha creído en estas cosas mías, se negó a hacerme caso.

—Vas a morir, papá. Si subes a ese avión, vas a morir y no volveremos a verte nunca. ¿Es que no puedes confiar en tu hija solo por una vez?

Papá había apagado el teléfono de malas formas y lo había tirado al asiento de atrás, mientras discutía con su chófer por haber acudido unos minutos tarde a recogerlo.

No llegó a tiempo. Cuando quiso embarcar, le dijeron que debería de hacerlo necesariamente siguiendo la cola con todos hasta entrar en cabina, de modo que se dio la vuelta y decidió no volar. Desde la cafetería, vio el avión estrellarse en su despegue. El resultado: 297 pasajeros que estiraron la pata, entre los que él no estuvo, pero podría haber estado. Una pensaría que, tras eso, a mi señor padre le comenzaría a parecer que mi don era algo más que charlatanería y extravagancias de una adolescente diferente, pero no fue el caso. Atribuyó al azar aquella terrible catástrofe, decidió no volar en varios meses, debido al trauma que le ocasionó aquello y obligó a mi madre a quitarme las cartas. Solo ella sabía que las guardaba en el segundo cajón de mi mesita de noche, bien escondidas entre las páginas de dos tomos de los diarios de Sylvia

Plath, ya desgastados de tantas lecturas y de los que, para sacarlos y poner mis Arcanos en orden, solo tenía que agitar. Nada más las sacaba de allí una vez al mes para cargarlas bajo el influjo de la luna: las extendía en el quicio de la ventana cuando la luna estaba llena y las recogía a la mañana siguiente.

—Te vas a dejar de tonterías. No me va a matar ningún avión, lo vas a terminar haciendo tú de un disgusto.

¿Me he equivocado alguna vez? Te mentiría si te dijese que siempre he estado en lo cierto, pero la realidad es que suelo dar en la diana, por lo general, con una precisión que asusta. Mi maestra, Lula, me dijo el día que me fui de su casa tras un año de estudio y mentoría formal:

—Necesitas entender que este don de la adivinación que tú tienes no es un juego, Tabita —Tabita era, según me dijo el primer día que le pedí que fuera mi mentora y me leyó la mano, el nombre que le había venido a la mente la primera vez que llamé a su puerta y ya no se habló más: Tabita sería yo para siempre jamás—. El Tarot es para ti solo un medio, pero tú siempre verás más. Si vas a hacer esto, necesitas honrar las cartas y hacerlo desde el absoluto conocimiento, solo de ese modo dignificarás la profesión y lo que con ella vendrá.

Fue Lula la que me propuso, con insistencia, que me mudara con ella y que estudiase en su propia escuela, siguiendo sus métodos clásicos. Durante los trescientos sesenta y dos días que estuve bajo su lupa, me convertí en la que soy. Si no supiese ahora en piel propia cómo se siente la muerte, te diría que aquello ya se pareció lo suficiente a morirse y empezar de nuevo, porque tras conocerla, ya nunca volví a ser la de antes. Lula me enseñó a mirar los arcanos más allá de mis propias intuiciones, a comprender la complejidad de los mensajes que nos envía el futuro, a no precipitarme al recibir mis predicciones. Con ella aprendí que, ver el futuro ya es, en cierto modo, alterarlo, y también ella me enseñó que una no puede decir todo lo que ve, porque no todo el mundo está preparado para escucharlo.

—No es más sabia la que más dice, Tabita, sino la que sabe cuándo hablar y cuándo no. No todo el mundo sabe o puede escuchar, ¿entiendes? Se supone que el futuro debe estarnos escondido.

Y eso me lleva otra vez al día en que se le apagó la luz a todo: el catorce de septiembre por la noche, en plena celebración de mi éxito en mi cumpleaños. Aquella tarde, con el nervio enredado en el estómago, saqué una carta mientras me arreglaba frente al tocador de arriba. Antes las había limpiado con incienso de ruda, que era una costumbre que repetía de tanto en tanto. Coloqué el dedo índice sobre la parte alta de la baraja, esperando el calambre que solía propagarse a lo largo de mi brazo y que me avisaba de lo que venía. Al notarlo, voltéé la imagen y el resultado me dejó sorprendida: El loco.

—«Aquel que lo deja todo para adentrarse en parajes desconocidos»—dije de viva voz, mientras me cepillaba el pelo y clavaba mi vista frente a mi imagen, que me miraba de vuelta con recelo. Supuse que venían grandes cambios y traté de aguzar el ojo de mi mente para entender qué cambios exactamente vendrían. Debo reconocer que no sentí gran cosa.

Capítulo I: **EL MAGO**

El Mago representa el principio de la obra o la empresa,
el inicio de cualquier cosa.

Este primer arcano está representado en las láminas del tarot por un mago de sexo indefinido,
frente a una mesa redonda, llena de objetos.

Escena 1: «Mi muerte fue solo el inicio de mi vida»

Es una profesión curiosa esta.

Todo el mundo tiene dudas sobre cómo funciona y así lo expresan. Me han llegado a preguntar si siento el aura de los otros (no es el caso), si escucho lo que les viene como en una canción (qué cosas) o qué hacer si una tarotista les dice algo y yo lo contrario (a lo que les contesto, invariablemente, que dejen de hacerles caso a otros: al fin y al cabo, en este mundo hay mucho charlatán mal pagado).

Cuando yo digo que veo el futuro, necesito aclararte que no lo veo como si el futuro se nos presentase en forma de película de sobremesa a las tres menos cuarto. Eso sería, desde luego, absolutamente conveniente, pero por desgracia no es así. Lo percibo a modo de flashbacks y sueños, de palabras que se encienden en mi mente como grandes luceros, de sensaciones a las que, solo a posteriori soy capaz de darles forma. A veces esto me lleva un rato y, en ocasiones puntuales, una enorme certeza me invade. No diría que se parece a un rayo, pero no es tan diferente a un pequeño calambre. ¿Has chupado alguna vez un cable de alto voltaje? Si no lo has hecho, por favor, no te apures, que yo te explico sin necesidad de que te juegues la lengua, pero en algo se parecen: una culebrilla que te hace vibrar desde dentro y que anuncia la llegada de eso que, por más que una quisiera, no puede explicarse.

Cuando llegué a Santaurora, temí que mis vecinos me repudiasen por culpa de mis peculiaridades, pero en Santaurora nadie tiene tiempo de repudiar a nadie. Cuando no se está afanado con la verbena de agosto, se está engalanando las calles. Si el Faro del frontal del barrio no necesita algún arreglo, le toca a la fuente de Buenaesperanza, del parque Central, o al monumento que alguien construyó frente a él y que nadie sabe a qué significado obedece.

—¿Es un churro? —dije la primera vez que lo vi, a mi amiga Fede, la fotógrafa, quien sacudió la cabeza y siguió comiendo pipas como un inmutable roedor.

Aquí a nadie le importa a qué se dedican los otros: lo único que te pide este barrio es que no lo aburras con nimiedades. Que seas un miembro activo y ofrezcas adorno interesante, que te implique en sus costumbres, que no te encierres tras tus ventanas, ni te lées con lo que no es importante. Que acudas, como yo, cada semana al pádel en el Club náutico, que participes en el mercadillo de antigüedades de cada domingo, que gastes en él dinero y que además se note que lo haces, que devuelvas los libros que cojas de la casetilla que da vista a las profundidades de Cala Nueva que, por cierto, a mí me pilla justo en la otra punta de la colina y que supone un precioso paseo al bajar el sol de la tarde.

Peleé que La Sacerdotisa se quedara con el número once y, aunque no habría sido mi vista predilecta desde el jardín por la orientación de la que dispone, ahora me alegra estar mirando a Cala Vieja. Cada tarde me estalla el corazón en mil pedazos al ver cómo el sol se derrama sobre un mar picado de surfistas, más allá de la gruta que esconde a nuestra Virgencita. Mientras los otros ven navegar los yates a cada hora del día, yo disfruto de la vista que me regala la escuela de surf a este lado de la colina —de los torsos brillantes bajo el sol, de los hombros esculpidos por el remo— y la verdad: pues tampoco eso le hace mal a nadie.

Así que Santaurora es un buen lugar en el que morirme. Es bonito, es agradable. Tengo un bellissimo grupo de amigas cuyas ajetreadas vidas sigo con amor e intriga, y una fantástica cama de tres por tres que pedí hacer a medida, con bordes redondos y que solo visto con sábanas de cuatrocientos hilos color marfil, porque algo que ya habrás notado es que me gusta honrar mis pequeñas manías. Un estupendo lugar en el que, literalmente, caerse muerta. Pero no, en caso de que te lo preguntes, no fue en mi cama donde morí.

Lo cierto es que no sé por qué aquel sábado catorce de septiembre no vi lo que me iba a

venir. Supuse que aquellas primeras señales habían sido nervios, malos pensamientos que le cruzan a una la mente, cuando tiene demasiadas preocupaciones tontas a las que es mejor no conceder espacio. ¿Sabes la sensación a la que me refiero? Esa lucecita pulsátil en el fondo de tu ojo que la intuición te pide que atiendas, pero que no puedes ni quieres asistir en medio de la urgencia del día.

Sea como fuere, la mañana del catorce de septiembre estaba viva y por la noche, muerta. Aquella noche no llegué a ver el imponente sol que iluminaría los cuatrocientos hilos de mi cama a través del techo solar que lo presidía.

Pero bueno, no hay necesidad de dramas por mi parte. Una cosa que hoy por hoy tengo clara es que mi muerte fue solo el inicio de mi vida.

Escena 2: «Me veo como una preciosa novia en su lecho de muerte»

Escucha bien, porque pronto voy a contarte cómo morí y entonces vas a entender por qué el modo en el que una muere es importante.

Veamos: había una fiesta, había invitados, había ciertos códigos sociales que entiendo y bailo, pero que a ratos me aburren soberanamente.

—¡Qué tarde preciosa se ha quedado!

—¡Qué dichosa melodía la que de fondo suena!

Por encima de todo, había ganas de pasarlo en grande. Mi villa lucía como la he visto pocas veces, siendo como es una villa construida para ser admirada y no meramente percibida. Digamos que todas las casas en Santaurora tienen un encanto especial, pero lo de mi villa es punto y aparte. A final de verano, además, el mar que se refleja sobre el costado acristalado de mi enorme piscina con vistas a Cala Vieja es de un azul violáceo, que le otorga gravedad y altura hasta al más frívolo de los eventos sociales.

—No es esto lo que busco —había sido radical en mi respuesta a los primeros bocetos que me entregó en su día el arquitecto—. No me enseñes un mausoleo de aspecto aséptico y brillante caliza blanca. Mi casa debe tener alma. Poseer la sensación de albergar vida incluso antes de ser habitada. Tiene que diferenciarse del resto.

Y así fue. Te diré que hasta los muros de piedra que elegimos para que la elevasen tienen su propia historia.

La fachada siempre es un elemento sumamente importante, más en mi vida, así que no descansé hasta conseguir que luciese con un hermoso canto texturizado. Se crearon en ella grandes aberturas para mantener la casa fresca durante los meses estivales y conservar más tarde el calor, en estos meses húmedos que se nos extienden hasta marzo. Las enormes ventanas se retranquearon para que empujasen hacia el interior de la estructura y unas estrechas lamas verticales dibujasen un rítmico juego de sombras en el interior, garantizando así una atmósfera aireada, que imposibilita el estancamiento de las malas energías. De veras, la casa es una hermosura. En la planta principal, amplia y diáfana, La Sacerdotisa ofrece conexión visual con un Mediterráneo infinito, mientras que, desde las habitaciones, escaleras arriba, se divisa el parque Central, siempre iluminado por interminables cadenas de bombillas que saltan de un tronco a otro en las horas nocturnas. Santaurora se percibe a través del desnivel entre el terreno inclinado y las copas de las palmeras de la planta superior, pero yo quería, y así fue, que mi casa ofreciese otra mirada, la que se ve desde mi piscina infinita, donde el agua se mezcla con el mar y se funde en el horizonte. Y aunque no era aquella la primera fiesta que daba desde mi villa, nunca había tenido una audiencia tan multitudinaria, diversa y distinguida, por lo que quería que se fueran con la sensación de haber formado parte de algo que no olvidarían.

Lo cierto es que no me gusta que nadie describa mi profesión como «influencer». En una casa así no vive una «influencer». Es una falta absoluta de respeto a mi don, que es algo mucho más grande de lo que podrían sostener los egos inflados de un puñado de malcriados adolescentes. Me parece una modernidad que contrasta en lo fundamental con el oficio de tarotista que, aunque no pertenece a la antigüedad clásica, sí en lo relativo a las artes adivinatorias. Y a pesar de que el conflicto ha estado presente siempre —ser intuitiva en un mundo en el que todo se rige por la lógica no es tarea fácil—, con los años he aprendido a agarrarme a la maravillosa vida que me ha dado haber nacido del modo particular en que lo hice. La agencia había convocado a los primeros invitados a las siete y, a las seis ya había venido Fede a retratarme, la fotógrafa de mi grupo de amigas y responsable del departamento de fotografía de Socialité —una revista con la que en el pasado había colaborado activamente. Miro atrás y

pienso en aquella sesión de fotos, me veo como una preciosa novia en su lecho de muerte. Había accedido a ponerme un turbante rojo sobre mi media melena platina, porque, bueno, el equipo consideró que aquel atuendo podría añadirle un efecto teatral a lo que habíamos preparado para aquella tarde. Yo haría mi habitual tirada de cartas para todos y me aseguraría de recibir una gran ovación, incluso por parte de los no creyentes.

Para el caso: te anticipo que no llegamos a eso.

Pero déjame contarte.

Cada invitado había sido instruido en traer un regalo que de algún modo personal lo uniese a mí bajo el lema de «conexiones estelares», y aquello había generado mucho revuelo los días anteriores. Muchos influencers —qué sé yo, hay a quien le gusta que les ampare ese epígrafe— y diferentes personajes del mundo del espectáculo se habían estrujado los sesos para dar con algo que fuera profundo en un mundo de relaciones, cuando poco, fugaces. Pero hasta aquel día, yo habría dicho que incluso las relaciones más ligeras me habían resultado relativamente satisfactorias, que mi carácter amable y paciente me había granjeado buenas y numerosas amistades, pero parecía haber obviado que no todas las relaciones son lo que parecen en este mundo de mortales. Yo debía de haberlo sabido tras la infinidad de tiradas sobre traiciones que había lanzado al aire, pero me enorgullece decir que presenciar tanta miseria, nunca me hizo perder la fe. Seguí confiando en los míos como lo había hecho siempre antes, continué creyendo en la naturaleza buena de los otros, hasta que la vida —en realidad, la muerte— me mostró que hay quien no le desea tanto bien como el mío a nadie.

Sábado 14 de septiembre. 11:32h. Mensaje sin leer.

@tuyo_

Toc, toc.

Estoy segura de que no leerás este mensaje, porque Maya Conesa no se mezcla con el resto de los mortales.

Te debe de hacer gracia que tanta gente te escriba para decirte lo supermegamaravillosamente guapa que estás todos los días, lo supermegamagníficamente bien que sales en cámara con tu infinity pool de fondo, mientras casualmente bebes de un té matcha que pega con el último kimono hortera que te han regalado.

No me creo nada, Maya.

Seguramente no llegarás nunca a abrir este mensaje, pero te lo quiero decir igual. La Diosa Maya Conesa piensa que su tiempo vale más que el del resto, que tiene demasiado trabajo para responder mensajitos de sus seguidores.

Tranquila, Mayita, que yo no me meto en ese cajón. ¡Ni por un millón de euros seguiría tu contenido insípido! Tu máxima aportación al mundo es adivinar el futuro, pero en realidad, sin adivinarlo. ¡Ja! Adivinar el futuro... ¡Eres ridícula, Maya!

¿Sabes lo que va a pasar hoy, o eso no lo has adivinado?

¿Cómo funciona exactamente esto del don?

Adivina a quien no le van a seguir saliendo las cosas bien siempre. Algunas personas os creéis que todo es vuestro en esta vida. Las millonarias «hechas a sí mismas», ¡venga ya!

Todo te lo has ganado tú, no hay duda. Tu modesta villa en ese barrio pijo, tu ropita de marca, tu monísimo Porsche.

¿Acaso te crees mejor que yo?

¿Acaso piensas que te mereces lo que tienes?

No hagas como la que lo ha olvidado todo,

porque YO no me lo trago.

Escena 3: «Ojalá te mirases con mis ojos, Maya»

—Pareces Bastet.

—¿Bas... tet? —pregunté.

Sassa, mi ayudante, mi mano derecha, la persona que me acompañaba veinticuatro horas al día para asegurarnos de que tomábamos una captura de todo aquello que pudiera interesarle a mi audiencia, quien se encargaba de las colaboraciones y las facturas, quien me recordaba hidratarme en los días calurosos y tomar un refrigerio cuando iba con prisas, quien me abanicaba cuando sudaba y me cubría los hombros después con una ligera mantita, me miraba con la adoración con la que lo había hecho hasta entonces.

—*Absolutamente*. La diosa egipcia de los secretos femeninos —contestó, mientras escondía mis mechones platino bajo el raso rojo del turbante y me ayudaba a encajar mi escote dentro del ajustado corsé que se me había escogido para tan importante día.

—¡Ah! ¿No es esa diosa una gata? —Aparté sus manos con prisa y me contemplé frente al espejo, preparada para aquella noche en la que todo acababa, con expresión insatisfecha—. Más que una diosa felina, diría que parezco una pitonisa de circo.

Sassa llevaba conmigo seis años y no había caído enferma un solo día de trabajo. Vivía fuera del barrio, en zona menos acomodada, pero igualmente decente, y llamaba a mi timbre con la agenda preparada cada mañana, un minuto justo antes de las diez. Su palabra preferida era *absolutamente* y diría que eso explicaba todo en ella: su entrega, su falta de vida propia, su admiración desmedida hacia todo lo que tenía que ver conmigo. No creas que soy mujer que agradezca ese exceso en el trato, pero con Sassa es diferente. Es casi familia, una prima lejana, una hermana pequeña que te lo va a deber todo siempre. Tiene diez años menos que yo y una vida por delante, y todo en el trabajo que realiza le resulta fascinante. *Absolutamente fascinante*. Fue la agencia la que nos puso en contacto y me conquistaron sus grandes gafas redondas —tan redondas como su tez clara— y la fuerte impresión de no haber nunca roto un plato. Sassa, con su poco más de metro y medio y su enternecedor aspecto de estudiante de primera fila de clase, no pierde nunca un detalle: me conoce bien, sabe cómo ayudarme y no molestarme, me acompaña en cada paso del camino y, la verdad, a estas alturas somos como uña y carne.

—Ojalá te mirases como yo lo hago, Maya. Pareces una diosa de las de verdad. Mira tus ojos: una diosa gatuna y *absolutamente* deslumbrante.

Nunca había usado turbante, qué disparate, ¿para qué iba yo a quererlo? Lula los repudiaba y yo aprendí a perderle el respeto a la parafernalia bajo su estricto período de tutelaje, pero la vida me mostró opciones y quizá me dejé llevar por el entusiasmo. A los clientes les encantaba la parafernalia. A la agencia le encantaba la parafernalia. A mis amigas, incluso, les encantaba la parafernalia. A mi cuenta corriente le encantaba la parafernalia. También para mí tenía su gracia, no creas, ¿a quién le molestan un puñado de plumas? Se había vuelto casi una seña de identidad en mis sesiones: el tapete rojo sobre el que extendía mis extravagantes barajas que coleccionaba desde muy joven, y que me traían de los lugares más recónditos; el pulcro platino de mi media melena planchada que dividía en dos de modo simétrico y que me otorgaba un aspecto siempre sofisticado; los dos cirios berenjena que solo encendía cuando comenzaba una nueva tirada. Parecería que no basta con ser lo que eres si no lo pareces, ¿me explico? Nadie habría puesto mi vida en el lugar en el que está, si yo no hubiese hecho estas pequeñas concesiones. Nadie habría creído que Maya Conesa era capaz de ver con claridad el futuro de quien tuviera enfrente, de haberla encontrado ataviada con un triste vaquero roto, una ventana abierta por donde entraba la brisa marinera sin más trampa y una camiseta lavada con lejía corriente y moliente. El estado actual de mi trabajo me imponía un estricto régimen de

acicalamiento y yo lo asumía como quien se pone un traje de chaqueta pantalón al comenzar el día. De modo que el turbante tampoco cambiaba tanto.

Los primeros regalos en la Tarot Party me llegaron por parte de algunas de mis amigas del barrio: Bé, Leona y mi fotógrafa preferida, Fede, que decidieron traermelo algo en común. Gabi, la quinta del grupo, estaba de viaje por el mundo para aclarar ideas tras un período convulso, y de a poco nos habíamos acostumbrado a pasar sin ella nuestros días.

Fue Leona, cuyos bucles ocres relucían sobre una camisola de seda con mucha prestancia, la que me dio el regalo. Deshice el envoltorio con cuidado, acariciando la lazada de terciopelo que cerraba la caja, para dar con un precioso collar de Ágata de encaje azul.

—La piedra de la amistad —dije, deslizando mis yemas sobre las perlas.

—Nos dijeron que ayuda a la comunicación constructiva: a la escucha y a la autoexpresión clara. —Bé frunció sus interminables cejas oscuras, se recolocó un mechón que caía sobre su frente y se fundió conmigo en un abrazo—. Ya sabes tú que yo no me entiendo con estos temas, pero bueno, es bonito, ¿no te parece? Al verlo, pensamos que te gustaría. ¡Felicidades en tu gran día!

—Te lo puedes poner en tu boda con el maromo de espaldas anchas —dijo Leona, quien volvió a levantar las cejas y yo reí. Estiró su cuello y añadió—: ¿Ha empezado ya el eclipse? ¿No hay mucha luz aún?

—No es un eclipse de esos —aclaró Bé, y nos explicó—. Es un eclipse lunar penumbral.

—¿Penumbral? —preguntó Leona.

—Ajá —contestó, como si estuviese leyendo la información directa desde la Wikipedia—. Un tipo de eclipse que ocurre cuando la luna pasa a través de la penumbra de la sombra de la tierra. Durante un eclipse lunar penumbral —terminó de exponer—, la luna no se ve completamente cubierta por la sombra de la tierra, sino que se ve un poco oscurecida.

—Buá —dijo Leona, quitándose la chaqueta, visiblemente decepcionada.

—Pasad, pasado —dije, barriendo el aire con las manos y dejando ver mi perfecta manicura de largas uñas doradas.

—Deja que te ponga el collar —se adelantó Leona mientras se paraba sobre la entrada—. Ahí —concluyó, satisfecha al terminar de abrocharlo, devolviendo los dos mechones frontales de mi melena al frente—. Con eclipse o sin él, hoy estás preciosa y te mereces todo lo que tienes, ¿de acuerdo? Repítelo, vamos.

«Estoy preciosa y me merezco...», pensé para mí, pero paré. ¿Qué tenía? Un millón de seguidores. Una familia de nada más y nada menos que siete cifras. Personas que me admiraban y me... ¿querían? Un exmarido cuya salida de mi vida había dejado tan poco rastro de pérdida que ni siquiera me había dejado confundida. Un puñado de amigas tan ocupadas como yo, para las que difícilmente tenía tiempo. Tenía también un don, un gran don, de eso no había duda. Eso era lo más grande de mi vida. Una ayudante, Sassa, que daría su vida por mí, siempre y cuando no le faltase su cheque al mes siguiente.

Y si en aquel momento todo aquello me pareció poco, poco sabía yo que lo poco que constituía mi mundo, en unas horas se desintegraría.

Capítulo II: **LA SACERDOTISA**

Representa a la mujer contradictoria, el dualismo, los opuestos. Es una mujer que desafía los poderes masculinos y es a la vez cordura, maestría y medio por el que se prodiga la sabiduría. Este segundo arcano está configurado por una sacerdotisa sentada en un templo, manteniendo en sus manos el libro de la sabiduría.

Escena 1: «De lo que ocurrió después, solo tengo en mente dos cosas»

No creas que voy a llegar hasta aquí para decirte que me morí aquella noche y esto va a ser algún extraño truco de mago, en el que luego resulta que cuando dije muerte, en realidad no me refería a eso. Cuando digo que me morí, es que me morí. A las 21:21h de aquella noche se paró mi corazón y comencé a perder temperatura, mientras mis músculos emprendían el camino a endurecerse.

A las ocho de la tarde ya casi habían llegado todos los invitados. Mis amigas se prestaron para ayudar a Sassa a organizar los regalos y a pasar uno a uno de los asistentes por el photocall, donde el botón de la cámara de Fede no cesaba en sus flashes.

—Ahí, exacto. Dos pasitos a la derecha. No, uno a la izquierda. Justo ahí, no te muevas. Estás divina, ¡divina! —decía Sassa a toda la que se ponía frente al objetivo de la cámara.

Bé, que vino sin su esposa, Fausta, que como siempre se encontraba en medio de una gran gira mundial con su nuevo éxito teatral, se sentó delante del imponente piano de cola que yo nunca he sabido tocar, pero que pedí que pusieran en el centro mismo del salón para crear ambiente. Entonaba una melodía alegre y clásica, y los auxiliares del servicio de cáterin, que la misma agencia había contratado, corrían del salón al jardín, en lo que parecía una coreografía ensayada.

Yo, por mi parte, me dedicaba a dar la bienvenida a los que llegaban y las gracias por cada detalle.

—¡Pero qué maravilla! ¡Qué acierto! ¡Gracias por pensar en mí! No lo dudes, es el regalo perfecto, has dado en el clavo —decía a unos y a otros.

Algunos escogieron opciones más seguras, como colgantes con significados especiales de alguna colaboración que hubiésemos hecho juntos, nuevas barajas de cartas que no había visto antes, antiguos manuales de hechizos en los que yo nunca he creído —hay quien se cree cualquier cosa si se lo empacas bien bonito— y botellas que yo nunca bebería, pero de aspecto elegante. De todo eso me acuerdo bien, pero una media hora después de todo aquel jolgorio, la historia comienza a nublárseme. Si trato de rememarlo con claridad, siento cómo la divertida música de Bé y los contoneos de cadera de Leona frente al piano, que había acudido a la celebración sin su acompañante preferido, El inglés, comienzan como a acelerarse, convirtiéndose pronto en una estridente sintonía de la que sobresalen sonrisas, que puede que en su momento me pareciesen sinceras, pero que, con el recuerdo, adquieren un aspecto tenebroso. Aquellas amistosas facciones se vuelven, en mi mente, expresiones que, más que humanas, parecerían propias de unas hienas. El piano se deshace como el lodo e inunda cada rincón del jardín, los abrazos se derriten al tocarme, sin que yo pueda hacer nada por agarrarlos.

Lo de después, solo soy capaz de ponerlo en pie por partes, de modo que allá vamos. Recuerdo una última llamada al timbre, ya con todos los invitados dentro; recuerdo también extrañarme. ¿Quién faltaba? Solía ser muy buena controlando este tipo de eventos y no había echado de menos a nadie. Recuerdo la insistencia en el timbre.

—¡Voy! —debí de decir.

Recuerdo pensar que el cielo ya había comenzado a oscurecerse.

Recuerdo que Sassa me dijera al oído:

—Tú eres la estrella, quédate aquí con todos que yo me encargo de seguir trayendo a quien falte. A lo que yo respondí:

—Nada, Sassa. Ya estoy aquí yo, deja que la anfitriona reciba hasta al último invitado, que no se nos ofenda nadie.

Recuerdo ajustarme el turbante y dejar la copa de champagne, previamente vaciada en mi

garganta, sobre la bandeja de plata de algún miembro desconocido del catering; recuerdo subir de dos saltos las escaleras que me llevaban al zaguán, agarrándome el largo del vestido y casi sin notar mis vertiginosos tacones de suela carmín, que me habían enviado con la única condición de etiquetarlos en alguna historia en redes. Recuerdo hacer esa nota mental: «dile a Sassa que no podemos olvidarnos de etiquetar en redes todo el calzado, el vestuario, el peinado, el maquillaje».

No soy capaz de redibujar cómo giré el pomo en forma de piña de mi entrada, pero lo recuerdo frío para esta época del año, al chocar con el anverso de mi palma. La memoria me ofrece imágenes alternativas y ya no sé cuál fue verdad, pero de lo que ocurrió después, solo tengo en mente dos cosas que me resultan razonablemente plausibles: la persona que llamó tenía una capucha que cubría parcialmente su rostro y, lo segundo es que, antes de decir una palabra, estiró sus brazos para ofrecerme su regalo. De esto recuerdo una caja, unos ojos que me miraban con cierta expectación, pero que no puedo describir, la música de fondo cada vez más rápida en los dedos de Bé sobre el teclado del piano, el silencio de la jarana que desaparecía tras de mí como una impresionante tormenta de arena, replegándose frente a la llegada de algo más grande.

No lo sé. No sé qué había dentro. Solo sé que me hizo correr hacia la salida en medio de la noche, girar la llave para arrancar mi Porsche descapotable y salir de casa, despavorida y sin destino en mente. En algún lugar de todo este trayecto, el objeto misterioso debió de caerse. Callejeé con prisas esquivando cruces, topándome con los viandantes sorprendidos ante la conducción tan agresiva en un barrio tan amable, y hasta crucé el parque Central de lado a lado, destrozando los setos que me llevaba por delante. No recuerdo que nadie me llamara ni que nadie me pidiera de un modo u otro que volviera en mí. Ni siquiera sé si alguien me vio irme, había entrado en un estado de trance. Sin embargo, sí recuerdo que el coche se desprendió de un salto mortal, colindando con el Faro que preside el barrio y arrancando de cuajo el banco Miramar, en el que tantas tardes había pasado con Ramón, observando cómo un gran sol rosa, semejante a un globo de chicle de fresa, estallaba sobre nuestros ojos... y la vida parecía otra cosa.

De la caída, poco: el aire cada vez más ligero, una calma cada vez más tensa, las rocas, minúsculas unos metros arriba, mucho más temibles desde cerca. El cielo, siendo noche de eclipse penumbral, más oscuro que nunca.

Lo primero que notas al despeñarte por un alto precipicio es, irónicamente, lo poco que pesa la vida.

Escena 2: «Hoy puede ser un gran día»

La mente se parece mucho a un aeropuerto concurrido. Hay cintas transportadoras que aligeran recorridos, baños con cisterna en los que se esconden cosas y hacen que creamos que desaparecen al quitarlas de nuestra vista. Hay lugares en los que estirar las piernas y parar para hacer un descanso cuando todo se torna inaguantable. Hay tiendas y lugares en los que se almacenan objetos para el recuerdo, hay personas cuyas caras desconoces, hay señales. Hay señales, quiero decir: letras, colores y símbolos que te muestran el camino en el improbable caso de un mal aterrizaje.

Te voy a contar algo que, si no te has muerto ya como me he muerto yo, pues igual tú no sabes: mientras que la sustancia de la que está hecho el cuerpo parece sacada del bazar de la esquina, la psique es fuerte y estable. Tarda en irse. Se niega a desconectarse. Eso es justo lo que yo sentí: cuando el cuerpo se me había vuelto un trapo, la conciencia de mí estalló en mil velocidades. Desaparecieron el tiempo y el espacio y sentí como, de pronto, yo era capaz de estar en todos los momentos y en todos los lugares. ¿Sabes ese túnel del que hablan? Un gran halo de luz que se proyecta en tu dirección y que te sientes apresada a recorrer. No es que lo transites exactamente caminando, porque pierdes conciencia de tu materialización física, es más bien como la cinta transportadora de la que te hablé. Digamos que te deslizas como una surfista con clase, sobre una ola infinita, y en el camino hay paz, tranquilidad, silencio, armonía. Una surfista como los muchos que veía desde mi terraza de La Sacerdotisa y que parecían no entender lo que era tener prisa. Se sentaban sobre el extremo trasero de su tabla, con el cuello girado, esperando, pacientes, la siguiente venida, y remaban con fuerza solo cuando la ola parecía propicia.

Una vez en el túnel, pude ver con claridad mi vida. Es difícil de explicar con palabras, porque las palabras, los códigos, desaparecen allí donde no se necesitan, pero pongamos que lo entendí como una gran revelación. Vi entonces toda mi vida, de golpe, y la vi sin juicio. Las imágenes caían sobre mí como una pluma en un campo nevado por el invierno.

Imaginé entonces a mis amigas llorando mi muerte y aquello me alegró, porque es bonito ser querida. Soltaban hipidos y manchaban elegantes pañuelos de seda con los que se sonaban discretamente la nariz, con los ojos cubiertos con puntiagudas gafas de pasta negra y sus pelos recogidos en moños con horquillas invisibles. También pensé en mis padres y los vi en su oficina, enzarzados en una discusión. Los vi de verdad, no metafóricamente, sino como si estuviera sobrevolando su escritorio.

—Tienes que contárselo, Rosita —decía mi padre, mientras, mi madre se calzaba unas deportivas, ajena al comentario que acababa de hacerle, como si no fuera la primera vez que lo oía, y salía a correr, con una gorra en cuya visera ponía «hoy puede ser un gran día».

La vi cruzar la rotonda que se sitúa en el lateral de su casa y acelerar el ritmo al entrar en el parque más cercano, como queriendo sacudirse algo de encima. Ambos parecían más viejos que la última vez que los vi, más desgastados, más sospechosos, más feos, más apretados por las exigencias de la vida.

Ya no habría para mí exigencias de la vida. No habría grandes alegrías ni tampoco llantos. No tendría que levantarme antes que el día a hacer mis cincuenta saludos al sol rutinarios para mantener motivada a la audiencia, y otra, cualquier otra, podría, a partir de ahora, ocupar mi espacio y hacer uso de su don. No sería yo la única persona en este mundo que supiera dar con las claves de lo que mis clientes querían. Aunque quizá ya no importaba lo que nadie quería, ni siquiera yo. Tampoco es que hubiera tenido nunca tiempo de pensarlo, mi vocación de servicio me había prevenido de averiguarlo. Había sido la mejor versión de mí misma. Significase lo que significase ser yo misma.

Ser yo misma.

Ser yo.

«¿Recuerdas quién eres, Maya?».

La pregunta vino de dentro y no de fuera, justo en el momento exacto en el que sentí que alguien me esperaba de brazos abiertos al final del túnel, pero por más que traté de ponerle cara, no pude.

«¿Quién soy yo?».

Eso fue lo último que vivencié desde allí dentro. Tras eso, la gran luz del pasaje se apagó y me sentí deslizar por una gran pendiente, como un empinado tobogán de libre caída, justo en el momento en el que mis pulmones expectoraban con violencia, rendida ante las embestidas de mis últimos alientos.

Después, un instante en el que un gran hilo me tiró del pecho hacia arriba y tras eso, nada.

—Noventa y siete. Noventa y ocho. Noventa y nueve segundos. —De pronto, una pausa dramática—. Espera. Espera, Antonio. Ven, corre. Mira —una voz ligera me cosquilleó un oído—. ¿Parece que escucha? —Dos dedos sobre mi cara y una luz blanca como un láser, de un lado al otro de mi cara—. ¿Pero es que puede ser verdad esto? ¿Me escuchas, bonita? ¿Puedes ver algo? ¿Lees algo aquí? —Los dos dedos cortando el aire otra vez, a medio palmo de mi nariz—. ¿Estás de vuelta? ¿Estás aquí con nosotros? ¡Antonio, corre! —La voz de la mujer, cuyas raíces en el pelo y cuyo tinte desvaído no hacían justicia a su rostro angelical, se había vuelto más aguda—. ¡Que sí! ¡Vamos! ¡Que parece que sí, que respira!

Abrí un ojo después del otro, en medio de la oscuridad, y balbuceé «agua», que se negaron a darme mientras me sacaban entablillada en lo que me pareció una dura camilla.

—Menuda anécdota vas a tener para contarles a tus niños. ¿Tienes niños? —dijo el señor mayor que sujetaba mi cabeza desde la parte de arriba. Traté de cabecear, pero me frenó—. No tienes, nada, nada. No digas nada. Pues a tus amigas.

Volví a tratar de decir algo, pero una vez más la voz no quiso salir de mí.

—No hables, no hay prisa. Vamos a trasladarte al hospital y allí te van a dejar como nueva. En unos días vas a estar contándoles a todos que estuviste clínicamente muerta durante noventa y nueve segundos completos. ¡Casi llegas al cien, eh! Noventa y nueve tampoco está nada mal. Nada, nada mal.

—¡Antonio, por Dios! —dijo la otra chica.

—Mujer, ¿es que no es eso motivo para estar contenta? Has tenido mucha suerte de que estuviéramos tan cerca. Noventa y nueve segundos y de vuelta a la vida.

Eso fue lo último que oí antes de perder la conciencia: «De vuelta a la vida».

Escena 3: «Nadie resucita del más allá sin una gran misión»

Tras aquello, todo lo que puedo decir es que dormí.

Me despertó un médico al que conocía bien y parecía sacado de la tele, y no solo por su sonrisa franca y el blanco brillante de su fondo de ojos, sino porque en esos momentos toda mi nueva vida parecía salida de un escenario que alguien había desmontado y vuelto a montar en frente de mis propios ojos. ¿Qué probabilidades había de que me atendiera justo aquel hombre que en su día significó tanto en mi vida? ¿Qué probabilidades tenía de haber muerto y haber encontrado el camino de vuelta justo para acabar bajo su cuidado?

—No te hemos quitado ojo, Maya —comentó, y me dio en el brazo con el carpetón que contenía los archivos de esas semanas.

Despertar fue extraño, no como yo habría pensado que ocurriría, si es que hubiese pensado en algo así antes. Desorientada por los litros de benzodicepinas que había tenido goteando en la vía en los últimos días, sentí que volvía poco a poco.

Yo, que siempre había visto más que los otros, me encontré con que, tras casi cien segundos muerta, no había vuelto más que con un puñado de preguntas de poca trascendencia. ¿Por qué noventa y nueve segundos y no cien? ¿Por qué no cuarenta, o dos días? ¿Por qué tuve que volver? ¿Quién era la persona que me dio el regalo en mi Tarot Party y de la que no recordaba ya nada? ¿Cómo podía ser que saliese tan estupenda en las fotos que, en la camilla y durante el traslado a la ambulancia subieron de mí, en lo poco que me habían dejado ver en redes sociales? Esto lo pensaría más tarde. ¿Qué había ocurrido a aquella mujer resurrecta de tez tan blanca y uñas de los pies pintadas con un perfecto dorado, solo unos minutos antes de que mirara a la cámara? ¿Qué era aquello que papá dijo a mamá que debía contar y a quién? ¿Qué fue lo que me contrarió tanto de aquel regalo que, por más que intento traer a la mente, se resiste a ser recordado? ¿Por qué narices no conseguía dar con alguna increíble revelación postmortem con la que agendar un directo en vivo e impresionar a todos? ¿No se suponía que aquella experiencia tan espectacular tendría algo definitorio que enseñarme? ¿Cuál era el sentido profundo de aquella señal del destino? ¿Por qué este tipo seguía teniendo la mirada de niño travieso que tenía hace quince años y que casi me ahoga en llanto?

Muchas preguntas y ni una respuesta.

Hasta donde sé, el coche cayó en las rocas, pero yo volé hasta el agua en caída libre, librándome de un porrazo memorable.

—No llevabas puesto el cinturón. —Marco se sentó a mi lado de la cama frunciendo el ceño y yo miré hacia el lado contrario.

Maya Conesa es muchas cosas en este mundo, pero nunca ha sido una irresponsable. ¿En qué pensaba para no ponerme el cinturón? Tal vez no lo pensé. O, mejor dicho, tal vez lo supe y así me anticipé. Quizá ahí había una señal del Cosmos: no me puse el cinturón porque de ese modo me salvaría más tarde y tendría La Gran Revelación. O puede que, en este caso remoto, no hubiese señales específicas que me hablasen y mandó el azar, qué sé yo. El tema es que se ve que salté disparada del asiento y, al tiempo que moría mi muy amado Porsche Cabriolet de asientos de cuero —un minuto de silencio por él—, revivía yo.

Y después resucité. Tras noventa y nueve segundos muerta, viendo la vida desde una perspectiva muy diferente, me deslicé por aquella vertiginosa rampa y llegué de vuelta aquí... ¿Se supone que para hacer algo importante? Nadie resucita del más allá si no tiene entre manos La Gran Misión. ¿O no es así y solo es un cuento chino de los muchos que nos han contado? La gente se traga cualquier cosa: como sociedad, hemos dejado la capacidad crítica a un lado, eso es evidente. Pero había algo claro: yo de ningún modo me sentía preparada para una gran entrada

triumfal, una resurrección por la puerta grande. Por el contrario, me sentía aturdida y magullada, con grandes cambios de ánimo y sin demasiadas ganas de salir del hospital en el que había estado ingresada, por milagroso que suene, un par de semanas, que en el fondo me resultaron poco más que un instante.

Traté de enfocar la vista en la mandíbula rasposa del doctor, sin suerte.

—Todos los exámenes que hemos llevado a cabo, que han sido extensos y numerosos, están perfectos, Maya. En mis veinte años de profesión, nunca había visto nada parecido. Es como si...

—Marco curvó sus cejas en lo que me pareció una muestra más de asombro por la ciencia que por mi propio caso, mientras extendía una serie de radiografías sobre una luz encapsulada en la pared y repasaba los archivos que descansaban a los pies de mi cama—. Es como si nunca te hubiera pasado nada. —Volvió a sonreír y me dijo: —Si todo sigue como hasta ahora, en unos días estarás lista para irte a casa.

Me miré con dificultad las manos, entrecerrando los párpados lo más que podía.

—Pero, y ¿ya está? ¿Es que no me han quedado secuelas? Todo está... ¿cómo estaba?

El doctor Tafarena miró al residente que había estado acompañándolo hasta este momento y usó un elegante golpe de mentón para pedirle privacidad. Salió de la habitación en la que yo había estado tumbada los últimos días y desde la que se veía una gran autopista llena de diminutos coches —la vida fuera de los hospitales: conductores inconscientes de su suerte— y se reclinó para tomar asiento a mi lado.

—Llegué ayer y cuando vi tu nombre no podía creerlo. —Volvió la vista hacia afuera, bajó el volumen de su voz y, girándose otra vez hacia mí, dijo—: No encuentro explicación, Maya. ¿Has estado bien últimamente? Esto no es propio de ti.

Su duda me ofendió:

—No he tratado de suicidarme.

Cruzó los brazos sobre el ancho de su pecho y vi cómo el antebrazo brillaba al tamborilear un bolígrafo que sujetaba entre los dedos. Parecía incrédulo.

—¿Y el cinturón?

—¿Un descuido? —pregunté.

—Parece más que eso.

—¿Qué te digo, Marco?

Resopló:

—¿Qué pasó entonces?

No pude contestar. Las piezas seguían inconexas dentro de mi cabeza y solo tratar de ponerlas en orden me producía un mareo parecido al de estar en medio de una tormenta eléctrica, subida a un barco, con los azotes de las olas increpándome a cada lado.

—Enhorabuena —decidí.

Tardó en desfruncir el ceño y me dio las gracias de forma casual, como si respondiese a algo que en el fondo había olvidado. Había sido Leona quien me lo había contado. Me dijo que fue una boda íntima, que la novia iba espectacular —esto no me lo dijo así, claro, que una amiga sabe hablarte con cuidado— y que se le veía feliz.

—Por eso no te vi al llegar —se disculpó, sin que aquello hiciese falta, pero no había sido la cortesía lo que le faltó nunca a Marco—. Acabo de aterrizar de...

—De la luna de miel.

—De la luna de miel —afirmó con cierta incomodidad—. Me contaron lo que había pasado y... bueno, al ver el parte del accidente, me imaginé que estarías hecha un circo, Maya... Qué disgusto me llevé al imaginarte tras un horrible acciden... —dudó otra vez y se frenó a sí

mismo en sus tenebrosas elucubraciones—. En fin. Pero mírate, cualquiera diría que has pasado por una experiencia de quasimuerte. ¿Cómo te sientes?

—Me siento igual.

—Igual... ¿de bien?

—Igual. ¿Quizá veo algo peor?

—Explícate mejor.

Cogí los papeles que tenía en la mano Marco y traté de leer:

—Accidente de trá... trá... tráfico. Sospecha de incidente de índol... índol... e... psiquiátr...

Marco cabeceó.

—Psiquiátrica. Vendrán a verte para hacerte preguntas. También la policía, la inspectora Buide y el agente Morales, aunque ya hemos hablado todos con ellos y creo que vas a estar bien. Necesitamos estar seguros de que fue un accidente, antes de que te dejemos ir. Lo entiendes, ¿verdad?

Me iba a quejar, pero lo entendí. Marco me quitó los papeles de la mano y los devolvió a la carpeta. Sacó una pequeña linterna del bolsillo superior derecho de su bata blanca y sentí una luz cegadora sobre el fondo de mis ojos, mientras me abría los párpados con índice y pulgar.

—¿Tengo algo?

—No lo parece. Es probable que el trauma te tenga un poco confundida durante unos días, pero nada parece estar mal.

—¿Y ya está? ¿Me he muerto y estoy perfecta?

—Incógnitas de la medicina. Es claro que no sería *la ciencia* la que pudiese con Maya Conesa —pronunció «la ciencia» como un reproche, como si las consonantes saliesen en estampida de su boca, con la que trataba de disimular un enfado. Metió el bolígrafo plateado en el bolsillo alto de su bata blanca y concluyó, a modo de despedida—: Vete a casa y deja que Ramón te cuide.

Volví los ojos hacia arriba y no pensé dos veces qué contestar:

—Me estoy divorciando.

—Oh, bueno, vaya, qué puedo decir... —Marco buscó las palabras correctas y, a pesar de que la comunicación nunca le resultó tarea dificultosa, sentí que no sabía cómo salir de aquella en la que él solo se había metido. Cerró un poco los labios antes de decir lo que dijo después—: De veras que lo siento, parecía un buen tipo.

—¿Parecía un buen tipo?

—¿Qué te digo, Maya? —Y en ese desplante, lo volví a ver a él: «la ciencia». El hombre razonable, la falta de entendimiento mutuo—. No quise... quería decir que... —Carraspeó, levantando la mirada hacia la ventana de la izquierda de mi luminosa habitación, y después de soltar todo el aire de su pecho, volvió a su habitual sonrisa y dijo—: Vuelve en una semana para que chequeemos otra vez la evolución de tu vista. El escáner está perfecto y tus analíticas también, pero no te vayas lejos, por si acaso. No bebas alcohol, no conduzcas y no tomes decisiones importantes. ¿Estamos?

—Estamos.

Y lo dije en serio.

Capítulo III:

LA EMPERATRIZ

La Emperatriz constituye el símbolo de la imperiosidad de la fuerza física y moral. Representa la bondad, la fuerza de voluntad y el carácter firme. El tercer arcano nos muestra la figura de la Emperatriz vestida lujosamente.

Escena 1: «Tuve el primer flashback»

Sassa me recogió en la puerta del hospital.

«De ninguna manera volverás a La Sacerdotisa en el sillón trasero de algún chófer». A pesar de habérmelo escrito en un mensaje, casi había podido oír el tono de su reprimenda. Tras su insistencia, acepté, pensando que sería buena idea usar los quince minutos de trayecto para que me pusiese al tanto del estado actual de mi proyecto.

—Estás... —Me subí con dificultad a su Fiat Punto vino tinto, después de arrepentirme de haber rechazado la ayuda de los dos celadores que me acompañaron hasta la puerta. Tanteé la chapa desde afuera en busca del pomo, cuya localización me pasaba desapercibida ante mis nuevos y extraños síntomas visuales. Me dolía tanto el cuerpo como si me hubiese muerto hacía unos días, pero mantuve la compostura ante su mirada inquieta—. ¿Estás bien?

—Estoy como una rosa, Sassa.

Di con el pomo y entré.

—Tu ceja. —Me llevé una mano a la cara. El único rasguño visible que me había dejado la visita de la Guadaña había sido esta: una cicatriz en forma de medialuna cruzando el tercio exterior, que pensaba sacarme con cirugía tan pronto como me recuperara. Pasé la mano por encima de la tirita que aún la recubría y me encogí—. ¿Duele?

—Mmmm. ¿No? —La toqueteé por encima y me cercioré—. No. No gran cosa, al menos. —Atusé el vuelo de mi vestido, abrí un resquicio de la ventanilla para sofocar la incipiente sensación de ansiedad que crepitaba en la base de mi estómago y di dos palmaditas a su rodilla para que arrancara el coche con premura. Lo último que nos convendría era que alguien me reconociese en la puerta de la clínica y me sacara junto a un titular del tipo «MAYA REAPARECE TAN TRASNOCHADA COMO SU CABRIOLET»—. ¡Vamos, cuéntame! —le dije, y como en tantas ocasiones pasadas, repetí—: Recita el parte.

—Cassandra te quiere el nueve para un bolo. Será una cosa muy recogida, una fiesta en exclusiva para noventa y nueve invitados.

—¿...?

Creyó comprender mi gesto y aclaró:

—Cassandra: cosmética orgánica y vegana. Envoltorios noventa y tres por ciento reciclados, envases libres de disruptores hormonales. María Combo ha sido embajadora de su marca este año por cuarto consecutivo y están en tod...

—Conozco Cassandra —dije y me señalé la piel del rostro, remarcando la obviedad—: ¿La semana que viene?

—Eso les dije: que aún es muy pronto. Les encantaría que tu primera aparición en público tras tu... tras tu... tras tu accidente... —Sacó la mano derecha del volante y se secó el sudor de la palma sobre el pantalón vaquero.

—Accidente, Sassa, no hay que tenerle miedo a la suerte —añadí.

—Pues eso: querrían que fuera con ellos. Creen que vas a tener un público muy entregado. —Escudriñó de reojo mi expresión y concluyó—: Rechazo. Mmm... ¿Rechazo? —repitió y dudó otra vez—. Sí, rechazo.

—No, no. Deja que piense. ¿Por qué noventa y nueve? —La coincidencia me resultó macabra.

—Bueno... —Sassa aminoró la marcha para hacer la curva y, buscando el tono correcto, dijo—: He hecho todo lo posible, pero algunos datos han trascendido.

—Entiendo. —Abrí del todo la ventanilla y voltéé la frente hacia arriba, deseosa de dar con algo de brisa marinera—. ¿Ha sido este tu coche siempre? —Toqueteé con torpeza los botones del salpicadero, en busca del aire acondicionado, escondiendo mis ojos bajo unas grandes gafas de

sol. ¿Por qué me costaba tanto ver? Supe que había apretado el botón adecuado cuando un caño de aire gélido comenzó a secarme el sudor del escote.

—Este es el nuevo —dijo, orgullosa, mientras comprobaba el tráfico desde el espejo retrovisor del centro—. ¿No tiene un aire *absolutamente* vintage?

—Tiene un aire *absolutamente* viejo —bromeé, no sin cierto disgusto, a la vez que abría mi iPhone y trataba de deslizar la vista por los miles de mensajes sin contestar que había recibido desde el día de la fiesta. Entendí que mis amigas y mi familia, con buen criterio, se habían esforzado aquellos días por mantenerme a salvo de los comentarios ajenos, confiscándome el teléfono y llenando mi habitación de libros, revistas y conversaciones triviales, pero volver a la vida significaba algo más que tener que ir pronto a la peluquería a arreglarme la escoba que me había quedado por pelo. Con el nuevo sol, vendrían nuevas responsabilidades. Un equipo que esperaría cobrar a fin de mes, un sinfín de facturas a las que atender, una familia de siete cifras que apoyaba mi tren de vida y a la que tendría que dar ciertas explicaciones.

Sassa percibió mi agobio.

—He cancelado todas tus sesiones individuales y la agencia nos ha dicho que te tomes el tiempo que sea necesario.

—Me encuentro a las mil maravillas, mi querida Sassa. —Y en cierto modo era verdad. A estas alturas, casi me molestaba el poco efecto que la muerte había dejado en mí. La experiencia había estado mil decibelios de misticismo por debajo de lo que habría esperado—. De verdad. No lo digo yo, me lo ha dicho el médico al darme el alta. Dice —empecé a leer mis informes y entorné los ojos para captar las últimas líneas— «Pacien... —carraspeé, levanté una ceja y comencé otra vez—: Pacien... te asintomática que reúne los requi... los requi... sitos de alta... veamos, qué dice aquí. De alta... hospiiiiiii... hospitata... talaria». Vamos, que estoy perfectamente.

Sassa apretó los labios en un nudo.

—¿Ves bien?

—Veo genial.

—Nunca has llevado gafas.

—Quizá un poco confundida, nada más. Es lógico, ¿no?

—¡Claro! *Absolutamente* lógico.

—Alta... —repetí— hos-pi-ta-ta-ta-la...

Sassa me miraba confundida mientras yo andaba con la vista obtusa en mis papeles cuando llegamos a casa. Las letras bailaban frente a mí sobre la hoja arrugada, se agolpaban y separaban sin dejarse ver bien. Nunca había necesitado gafas, pero tampoco me pareció que el asunto de mi vista revistiera de pronto mayor importancia. Mi padre, con ocho dioptrías de miopía, se operó antes de llegar a mi edad y aún le quedaban, como a mi madre, el astigmatismo y la presbicia. Antes o después esto iba a llegar, estaba en mi mochila genética. Entorné los ojos para enfocar La Sacerdotisa de pequeños azulejos que indicaba que habíamos dado con la fachada de mi villa, pero la felicidad por llegar a casa me duró lo que tardamos en reducir la velocidad y ver que nos esperaban una docena de curiosos pendientes de reportar sobre mi estado.

Mientras Sassa trataba de entrar en mi villa con cuidado de no llevarse a nadie por delante, sentí mi consciencia entrar en un estado diferente. No es que el cielo se hubiese abierto en dos, o que de pronto toda la escena se hubiese parado y yo pudiese moverme en ella como si de un tablero de realidad virtual se tratase, fue algo menos escandaloso, pero igualmente sorprendente. En medio del barullo de personas que esperaban agitadas mi llegada, tuve mi primer flashback, producido, sin duda, por las luces de las cámaras que se agolpaban en busca de una exclusiva que yo aún no estaba preparada para conceder.

—¡Maya no tiene nada que decir! ¡Gracias! Háganse a un lado, gracias, gracias. —Mi ayudante me apoyó al salir del coche y en ese momento me guiaba con una mano, mientras con la otra apartaba la bandada de águilas que taponaban la entrada. El murmullo del revuelo se redujo y, con ello, el volumen de la voz de Sassa—: Haremos una declaración oficial cuando llegue el momento oportuno, pero como podéis ver, está perfecta.

Aún con mis enormes gafas ocultándome el rostro, traté de esbozar una sonrisa que duró un milisegundo, para dar peso al argumento de Sassa, quien prosiguió:

—¡Gracias a todos por vuestro interés! Os animamos a que os retiréis y la dejéis descansar hasta que llegue ese momento. Prometemos volver a vosotros tan pronto como eso ocurra. ¡Por favor, hacednos paso! Hacednos paso, sí, ¿oiga?, a un lado, por favor, cuidado con la grabadora, nos vais a hacer daño. Gracias. Perfecto. Gracias por el respeto, gracias, gracias. Maya, vamos, entremos. —Abrió la puerta de mi villa con su par de llaves y concluyó, antes de cerrar tras su espalda—: ¡Nada más que declarar!

Pero sus palabras zigzaguearon hasta desplomarse sobre las profundidades de mi mente. Los flashes de las cámaras habían puesto luz a imágenes que no recordaba haber visto hasta entonces y cuyo críptico significado no me sería aún revelado: una minúscula caja de regalo sobre unas manos que ocultaban un objeto que me heló la sangre. Al estirar los brazos, una voz conocida, pero ajena, que decía lo que en la fiesta dijo: «Maya, por fin nos vemos».

Escena 2: «Estos juegos esotéricos no son más que tonterías»

A pesar del extraño humor con el que había salido del hospital, el siguiente amanecer en La Sacerdotisa me recordó cuánto merece la pena estar viva. Era ya octubre y a las siete de la mañana los primeros rayos avivaban la madera de mi habitación, a través del rectángulo que se abría en el techo en forma de imponente ventanal al cielo. El día había levantado estampado con finas nubes que se arrastraban de un lado al otro del firmamento, luciendo un blanco casi transparente sobre el fondo azul, dejando tras de sí una impresión moteada, como de mal barrido, que le proporcionaba una textura maravillosa. Los pájaros cantaban una melodía limpia y bateaban sus alas al pasar por delante del gran cristal de mi habitación, en una coreografía improvisada. El quejido lloroso de las gaviotas planeando sobre Cala Vieja competía con el taquigráfico graznido de las cacatúas argentinas que habían poblado las palmeras al fondo de mi jardín, y una brisa marinera movía los altos de los árboles, trayendo el maravilloso olor del mar hasta mi propia cama. Fue en medio de esta elevada sinfonía que escuché «tú no deberías estar aquí» y aquel pensamiento intruso me hizo sentarme de un salto sobre el colchón. Lo sentí como un dardo que sin esfuerzo tocaba diana y lo oí, no como se sienten los pensamientos en la mente, sino de un modo distinto. Alguien parecía estar hablándome desde dentro, con una voz que bien podría haber sido mía, pero que sonaba con una gravedad distinta al tono que yo disfruto de ponerle a todo.

Marco había sido estricto con mi vuelta al ejercicio, de modo que reprimí la necesidad de hacer cincuenta saludos al sol para acallar mi malestar y bajé en kimono para llevarme un matcha al jardín. Nada como poner la cabeza dentro del cuerpo, pero eso tendría que esperar. Me senté en la terraza, frente a la *infinity pool* y sobre un precioso set de jardín de seis plazas de acacia maciza y tela en color crudo, mientras veía el sol levantarse tras de mí en Cala Nueva. Saqué el móvil, capturé la imagen —una mandarina al horizonte, que se derretía con las subidas del vapor de mi té— y agregué la nota «merecía volver solo para esto», pero en vez de publicarlo, lo borré. De pronto, me había parecido un comentario insípido. Un añadido incorrecto. ¿Era eso lo primero que debía decir en público? ¿Estaba en disposición mental de hacer una declaración sobre lo que me había pasado? Sentí la presión creciente de los ojos que nunca dejaban de mirarme, la necesidad de explicarme, de retratar cada uno de mis pasos y, por primera vez en muchos años, decidí no tomar acción para hacerla desaparecer. ¿Qué iba a contestar si me preguntaban qué me había ocurrido? Aún no había dado con las palabras, con el lenguaje adecuado, con el tono que el mundo muy probablemente esperaba de mí. ¿Debía presentarme de vuelta como una emperatriz altiva, como una viuda en duelo, como si no hubiera ocurrido nada trascendental? ¿Qué sentía yo por dentro? Nada. Poco. «Tú no deberías estar aquí». Otra vez la voz. Me levanté, solté el teléfono móvil sobre la hamaca y me dispuse a contabilizar mis pasos en el reloj alrededor de mi jardín, aprovechando que nadie me había prohibido caminar, como forma de ejercicio.

Al doce mil trescientos cincuenta y dos sonó el timbre de la puerta, que hacía solo un mes que había cambiado por una melodía que recordaba a un llamador de ángeles, y recorrí la planta baja hasta llegar al zaguán, no sin antes comprobar que había añadido otros ciento setenta y dos pasos más. Bien por mí.

—Ehm, ¿hola?

Una mujer con una larga cabellera repleta de abundantes ondas cobrizas trataba de colar su vista a través de la vidriera coral de la puerta de la entrada. Me tranquilizó saber que no la había visto antes; en una situación como aquella, estaba lejos de querer recibir visitas. También pensé que, si era alguien que no me conocía, pues nada esperaba de mí, de modo que me pareció

una visita inofensiva.

—Pasa, pasa.

—Oh, no hay necesidad. Este es el número once, ¿verdad? —preguntó, estiró el cuello para comprobarlo otra vez y prosiguió—: Soy la vecina del dieciséis. Un repartidor dejó esto hace unos días en mi casa para el número once, pero nadie me ha abierto hasta ahora. —Miró mi expresión confundida y, estirándome la mano para presentarse, me dijo—: Celina. Tu nueva vecina. La del dieciséis. —Entonces se pasó la mano por un vientre abultado al que miró a través del singular cariz naranja que despedían sus ojos y aclaró—: Y Libertad, aún cocinándose.

—Celina, Libertad —repetí—. No te había visto antes.

—Tampoco yo a ti, eh...

—Maya —me disculpé—. Maya Conesa.

Por su expresión distraída concluí que mi nombre no tocaba ninguna de sus teclas, de modo que volví a invitarla a pasar a mi villa. ¿Quién podría resistirse a conocer a una nueva vecina que nada sabía de una misma?

—¿Seguro que no quieres un té? —Me volví a anudar el kimono y cambié mi media melena despeinada del hombro derecho al izquierdo, amasando con los dedos la punta sedosa de mis mechones platino—. Tengo por delante una mañana muy tranquila.

La verdad es que yo quería echarle las cartas. Es un mal vicio que nunca he conseguido quitarme. Es lo primero en lo que pienso al conocer a alguien, y mis encantos siempre me han ayudado a engatusar a quien fuera que yo quisiera llevarme al huerto. Puedo contar con los dedos de las manos las veces en las que alguien se me ha resistido. ¿Cómo podría una no querer ver el futuro? Además, yo tenía fama de blandita entre los que no me conocían mucho y me la había ganado a base de bien. No acostumbraba a decirle a nadie ninguna aparición terrible que presentase su tirada a no ser que me insistiera mucho, consciente de que no todos estamos en disposición ni apertura de querer saberlo todo. Yo era valiente y, la verdad, siempre había estado feliz de que las cartas me enseñaran qué tenían preparado para mi destino, lo que me hacía aún más difícil de entender por qué nunca llegué a ver mi propia muerte. Yo quería saber, ¿no? Siempre había querido.

La invité con un gesto de mano y contestó cortando con ambas palmas el aire:

—¡Me encantaría! —y lo dijo de aquel modo en el que se dicen las cosas cuando se piensa justo lo contrario—. Pero hace solo dos semanas que me he instalado y tengo todo manga por hombro, fechas límites de entrega de mi editora, los armarios del salón aún por montar, el frigorífico...

—¿Eres escritora?

—Escritora —asintió.

—¿Y qué escribes?

—Escribo libros de misterio.

—¿Con asesinatos?

Me sorprendió mi morboso interés en asuntos tan siniestros.

Celina miró hacia arriba y levantó los dedos índice y corazón de su mano derecha, agarrando con el pulgar el resto:

—Solo en dos de mis historias. El resto, realmente, versan más sobre intrigas domésticas.

—Vio mi expresión confundida y aclaró—: Maridos que desaparecen, vecinas con secretos y ese tipo de cosas.

Nos aguantamos la mirada más de lo debido y entonces lo solté:

—Leo. —Aquello no pude evitarlo.

—¡Vaya! Eso sí que me ha pillado por sorpresa. ¿Cómo es que...?

—¿Acerté? He acertado. Me gusta eso de que escribas y seas Leo. Es un divertido juego de palabras, ¿no lo es? Escribo y... Leo. ¡Qué puedo decir! ¡Los astros tienen ese humor tan sofisticado! —Sonreí ante su semblante de asombro—. Lo supe antes casi de que llamaras a...

—Sagitario —musitó.

—¿Cómo dices?

Carraspeó.

—Sagitario.

—¿No eres Leo?

Celinaladeó su cabeza, probablemente sin entender la gravedad de aquel asunto.

—Maya nunca se equivoca —dije en alto.

—Oh. No te preocupes ni un poco. —Agarró mi muñeca en un gesto que trató de regalarme cierto confort—. La verdad es que estos juegos esotéricos no son más que tonterías.

No recogí ofensa de su comentario porque me había acostumbrado a ver donde los otros no lo hacen, pero no solo por eso: mi mente andaba ya cavilando.

—No importa —mentí—. Leo y Sagitario son dos signos de fuego, es una confusión comprensible. Ambos orgullosos, ambos vanidosos e irritables... —Celina levantó una ceja—. Pero que compensáis con un gran impulso de superación y crecimiento.

—Ajá —dijo, aunque pareció no entender nada.

—Sagitario entonces. Sagitario está muy bien también, sí señor. Maya nunca se equivoca, pero digamos que Maya ha tenido unos días raros...

—¿Y qué te ha pasado?

De pronto pareció verdaderamente interesada, supongo que por el modo en el que mis ojos se clavaron en el suelo, o por la manera en la que me mordisqueé con fuerza el interior de los carrillos, o quizá solo era una de esas mujeres a las que les gusta meter las narices en asuntos de vecinos. Quizá querría convertirme en otra de sus historias. Sea como sea, fue en aquel momento que lo pensé por primera vez. Mientras Celina escudriñaba mi mirada perdida desde la media cabeza que me sacaba sin necesidad de tacón, abrí la puerta a aquel pensamiento al que no debería de haberle hecho espacio. Esta vez no lo escuché como la anterior y quizá fue eso que no me extrañó. No me asustó. Me vino de una vez, como en un gran cartel que decía alto y claro: «has perdido tu don». No me movió nada por dentro, porque nada era más imposible que dejar de ser yo.

—¡Gracias por el paquete! —Parpadeé un par de veces, me froté animosamente los ojos para retirar el velo que parecían tener echado y, tratando de enfocar la vista sobre el paquete, sin demasiada suerte, concluí—: Nos vemos otro día, ¿sí?

Y fue el viento, o tal vez fui yo, quien cerró de un portazo.

Escena 3: «Una carta que se sale de la baraja es evidente que quiere avisarnos de algo»

¿Conoces esa sensación, cuando un pensamiento cruza tu mente, como un gran cometa... y lo miras ecuánime, lo observas con presencia de ánimo y lo dejas pasar? Cuando lo percibes como una estrella que brilla en el firmamento, y tu inquebrantable actitud es suficiente para ver cómo deja de brillar... Pues con este pensamiento ocurrió justo lo contrario. Lo agarré con ansia y no supe soltarlo.

Me adentré en el salón descalza y con las plantas de los pies ardiendo, que interpreté como un signo claro de que necesitaba levantarlos del suelo, y no solo en lo concreto, sino en lo espiritual, y me subí de puntillas sobre la cheslón del sofá verde botella, para alcanzar el alto de la estantería. De allí saqué mi más antigua y preciada baraja de cartas, que guardaba en una caja dorada que Ramón, mi exmarido, me trajo en uno de sus viajes a Marrakech, y me senté de piernas cruzadas sobre un mullido cojín mostaza.

Recordé entonces cómo Lula me había explicado el proceso la primera vez que ella me echó las cartas:

«El mazo de tarot es un tesoro de conocimiento oculto y poder simbólico. Cada carta representa un arcano, un portal hacia el vasto universo del destino y la sabiduría. —Lula engolaba la voz cuando hablaba del oficio y había algo magnético en ello—. Con sus colores brillantes, ilustraciones enigmáticas y símbolos místicos, se convierte en una herramienta cautivadora que despierta la curiosidad de aquellos que se aventuran en su lectura. Leer el futuro es una habilidad solo reservada para los valientes. La tirada de las cartas es un ritual fascinante y mágico —me había dicho—, como si el destino mismo estuviera hablando a través de los arcanos, por eso siempre ha de colocarse el mazo sobre una superficie sagrada y mezclarse con reverencia. Cuando el consultante elige, las cartas revelan una parte del rompecabezas que es su vida. El tarot, Tabita, y esto es importante —insistía a menudo—, no es solo una herramienta de predicción, sino también un espejo que muestra la verdad interior y despierta la conciencia del consultante, invitándolo a explorar su propia naturaleza».

En busca de mi verdad interior,

barajé entonces y extendí las cartas en un golpe de mano ritualístico, de derecha a izquierda. Ese barrido de lado a lado las dejó colocadas en posición adivinatoria, así que respiré hondo. Aparté la caja de metal para dejar la mesa libre de interferencias con las cartas y un recuerdo me sobrevino.

—Es buena —me había dicho al darme aquella baratija dorada que aún usaba para guardar mi mazo y yo, por no hacerle pequeño, le sonreí igual.

—Es preciosa —dije, tratando de abrir los bordes atascados de la cajita de Ramón, con dificultad. Con el tiempo y el uso habían cedido y ya no se atascaban, aunque mantenían una queja, un sonido chirriante y perezoso que crecía al separar las dos partes para sacar mi mazo.

—Aquí puedes poner tus cartitas y tus cosas, ¿vale? Que sé que te gusta el dorado. ¿Verdad que te gusta?

Me gustaba más el oro, pero por ser Ramón y por haber estado alelada como lo había estado aquellos años, le di un beso en los labios, metí mis *cartitas* en la caja y le traje una cerveza para que descansara un rato.

Mis ojos volvieron a posarse sobre la caja una vez más, y tuve la sensación inequívoca de que aquel objeto era una representación justa de lo que habíamos sido como pareja: una baratija. Un intento burdo y mal acabado de convertirnos en más. Un matrimonio que había lucido lustroso en las sesiones que tantos *likes* nos habían regalado en mi cuenta de Instagram, pero que

terminó en calvario, al ver que yo no le daba lo que Ramón siempre había querido por encima de todo: un hijo. Un hijo como continuación de su sangre, como testimonio de su virilidad. Un hijo que curaría en nosotros aquello de lo que nadie pudo salvarnos. Un hijo que él querría varón, aunque sobre eso no llegó a pronunciarse, pero que ya contaría con siglos de expectativas sobre él. Y bueno, no diré que me obligó, porque eso sería mentir, aunque yo nunca estuve tan segura de querer meterme en semejante lío, pero preguntamos a una santera que nos hizo un hechizo de amarre y nos aseguró que sí, que de este modo ocurriría. Ahí sí que recuerdo ilusionarme y celebrar como si ya hubiera ocurrido, sentirme la mujer que quiere todo hombre, para pronto todo desplomarse. Para el caso, resumo: aquella santera, Isabela Montenegro, «manifestadora experta en fertilidad», como rezaba su web, pues no resultó ser más que una charlatana. Pasé por un intento de fertilización in vitro y luego otro y otro y después otro más. Recuerdo los sofocos, los dolores de cabeza, la hinchazón que con dificultad disimulaba para mis vídeos en directo y recuerdo también el día que dije ya no más. Dije no. Yo esto no lo quiero. Aquel día Ramón se fue y yo, la verdad, no entendí por qué no le había dicho adiós antes. Creo —y es fácil ver con claridad estas cosas cuando una mira atrás— que una parte de mí quería querer, pero no pude forzarlo. Me pregunto qué habría pasado si en una de aquellas intervenciones yo hubiese terminado engendrando un bebé dentro, pero bien podría haber recogido alguna pista del manto de calma que me envolvía cada mes tras no haberme quedado. Pasé por decepcionar a mi padre y no tanto a mi madre, ya que a ella nunca le gustó Ramón, del que decía que era un pamplinas sin remedio, porque siendo yo hija única, ellos habrían querido nietos, pero el día que vi salir a Ramón por la puerta, con las maletas en la mano, solo puedo decir que vi el cielo abrirse ante mí. Respiré de nuevo, no sé si tanto por él, por nosotros o por poder pensar en algo nuevo. Dejar atrás las agujas, los calendarios, el sexo programado. Supongo que el amor se nos había gastado de tanto usarlo.

De eso hace más o menos un año y, pese a que en principio no hubo mala fe por ninguna parte, hace ya unos meses que me rendí de tanta llamada y tanto mensaje y delegué en mi abogada, Emi, lidiar con los flecos del divorcio, que ya a estas alturas está curtida en escándalos de Santauro: Leona, que también ahora hace un año que separó caminos de Polo, tras aquel escándalo con los ahorros familiares; Justina, a la que Don Asencio —que así siguieron llamándole pese a todo— dejó por una niña veinte años más joven que él; Carmencita, Estrella, Sol, Carlota. A estas alturas mi abogada se las sabe todas, de modo que nos fue fácil llegar a un acuerdo y darle carpetazo a esta historia. «El divorcio más rápido de la historia», dijo Emi en el jardín, el día que lo celebramos descorchando una botella de Château Lafite Rothschild, que guardaba para una ocasión especial y haciendo el chinchín que me había ganado. El acuerdo prenupcial me salvó de lo que podría haber sido un gran desastre, pero no habiendo niños y teniendo cada uno *su trabajito para sus gastos*, que era así como Ramón presentaba cariñosamente a mi empresa de ocho cifras al año, no pudo, por más que hubiera querido, salirse con la suya y coger un buen tajo.

Al agarrar la caja para sacarla de la mesa antes de continuar con mi tirada, una carta se me enganchó a la abertura de la manga de mi kimono y cayó al suelo. Te diré algo que igual no sabes: una carta que se sale de la baraja es evidente que quiere avisarnos de algo. No soy persona de acumular miedos, ¿cómo podría serlo, dedicándome a lo que me he dedicado todos estos años? Pero el Tarot me ha enseñado a ser cautelosa, a escuchar sus designios sin retarlos y digamos que, en ocasiones, he visto cosas que no me habría gustado ver.

Me llevé las manos a la boca y, dejando salir la voz por entre las ranuras de mis dedos, dije:

—El Emperador invertido.

«Mal fario».

Capítulo IV: **EL EMPERADOR**

Una figura que representa la imagen patriarcal y guerrera.

El rey que es a la vez el padre de todos, la fuerza y el poder del hombre que conserva la autoridad.

Nos encontramos con la primera carta en la que aparece un hombre, en este caso un Emperador, de edad media y que se encuentra en actitud contemplativa.

Escena 1: «Si no llega a ser por esas caderas que Dios le ha dado...»

Era miércoles y los miércoles desayunaba con mis amigas, ni siquiera la muerte había podido con eso.

—Querida, ¿nos vemos en Dulcísima a las once? ¿Necesitas que te recoja o te apañas sola?

Así sonaba la voz de Leona Leal en un mensaje de audio. Aquellos días, parecía que habíamos perdido la destreza en los dedos y ya no quisiéramos escribir, todo notas de voz con minutos monologados que más se acercaban a los podcasts que a lo que un día habían sido las bellísimas conversaciones humanas, como si estuviéramos a solo un paso de volver a inventar el teléfono tradicional, aquel en el que una persona hablaba y después la otra contestaba a viva voz: «¿Estás?», «estoy», «¿me escuchas?», «te escucho», sin dejar en medio un innecesario lapso que variaba del segundo a las dos semanas.

Contesté a Leona con un «tranquila, puedo sola» sin estar aún segura de que realmente podía llegar sola hasta la cafetería, y comprobé que aún quedaba media hora para la cita. Recogí la baraja y la metí en el bolsillo de mi bandolera de Gucci. Tras lo ocurrido, no me sentía con fuerzas de dejar las cartas en casa. Subí los escalones vistos hacia mi habitación, con una calma obligada, ya que la cadera izquierda aún seguía mostrando signos del golpe y me impedía reanudar la marcha normal. No dejaba de darles gracias a mis voluptuosas formas, que fueron, a pesar de no haber llevado puesto el cinturón, las que me habían salvado de saltar al vacío demasiado pronto en la caída con mi Porsche.

—Se ha quedado usted milagrosamente encajada bajo el volante en todo el camino abajo —me había dicho el agente que me visitó en el hospital, mientras palmeaba las manos para deshacerse de las migas de la magdalena que comía al entrar en mi habitación—. Que yo se lo decía esta mañana a mi señora esposa: toda la vida las mujeres a dieta y al final mire usted, si no llega a ser por esas caderas que Dios le ha dado...

Siendo septiembre y habiendo sido como fue, una noche de humedad intensa, la capota había estado deslizante. Recuerdo poco, pero de lo poco que recuerdo me queda el embriagador aroma de los jazmines al atravesar en coche el parque Central; recuerdo ir tocando con fuerza el claxon —me dijeron que gracias a eso alerté a los paramédicos que estaban cerca haciendo su trabajo en casa de Bernardita, justo en la villa junto al Faro, y por suerte me salvé—; recuerdo los gritos de los viandantes, a los que el Cosmos no quiso que me llevara de por medio, recuerdo la negrura del firmamento sobre mis hombros, y sí que recuerdo el trote sobre mi asiento, al no haberme abrochado el cinturón. En fin, gracias a eso es que no tuve que atravesar ningún cristal. Mi cuerpo, de cuya conciencia no perdí las riendas hasta el último momento y puede que ni eso, no se desencajó de los bajos del volante hasta salir despedido unos momentos antes de tocar el agua, para caer en un espacio claro en las olas entre roca y roca. Después de eso, me sobrevino la lobreguez del mar y unas grandes lenguas de espuma me mecieron para guiarme a un dulce reposo.

Mi imagen en el espejo de salida, aunque borrosa, me sorprendió: ¿cómo podía seguir teniendo los mismos ojos almendrados, la misma cara redonda, la misma nariz puntiaguda? ¿Puede una volver de la muerte y que todo siga como antes? Me sacudí los malos pensamientos y me dirigí hasta la salida. Antes de irme, me topé en el zaguán con el paquete que me había traído Celina, pero teniendo en cuenta que iba con prisas, decidí abrirlo más tarde. Diré que no me preocupó lo más mínimo, lo supuse uno más de las docenas que recibía cada semana por parte de la agencia y que ya había pedido que no me enviaran más a casa, que ya no sabía qué hacer con ellos. Había insistido a Adela, mi contacto en la agencia, que los dejase en mi despacho. Acudiría como

siempre una vez cada quincena, tomaría las fotos pertinentes, etiquetaría a las marcas que lo mereciesen, me haría con los imprescindibles, dividiría el resto entre Sassa, compañeras, amigas y familia, y no llenaría la casa de chatarra.

No creas que es fácil mantener la mente preclara en una profesión como la mía. La gente se empeña en hacerte llegar cualquier cosa, con tal de tener un minuto de publicidad en una cuenta de números crecidos, pero en contra de lo que puedas creer, para mí lo material no es tan importante. Tanto objeto brillante acaba por enturbiarme la vista y para ver el futuro, una necesita que lo terrenal no estorbe. Quiero decir: una vez que tienes los tres últimos bolsos de colección de Bottega Veneta, ¿qué diferencia te hace un cuarto? No es bonito complemento la codicia. Uno, dos, tres, bien. A partir del momento en el que el armario de tu villa pierde el orden, algo necesita un cambio. Por otro lado, para mí la exposición era un medio y no un fin en sí mismo. Ya te lo he dicho antes: soy Tarotista, una profesión con un aplomo diferente al de la influencer de turno, y eso me escocía en ciertos aspectos. Las etiquetas, los bolos, las reuniones con las compañeras de agencia. Ellas no eran yo y yo nunca había querido ser ellas, yo era feliz echando las cartas a quien se atrevía. Y eso sucedía cada quincena en la agencia, los miércoles en Dulcísima, en los cumpleaños de los niños de mis amigas, en las bodas, los bautizos, en cualquier bolo al que acudía, y en lugares más extraños: en la puerta de la Tiendecita de Octavio, a la persona que cayese a mi lado en un vuelo transoceánico, a la salida del agua en la piscina, haciéndome el tratamiento de Indiba en Custi Santiera o recogiendo mis vestidos en la lavandería. No había lugar al que yo acudiese sin mi baraja, no había situación en la que yo no acabase por guiar una visualización, en la que yo no echase un cable a alguien que sufriese por las incógnitas de los designios del tiempo, en la que yo no me prestase para poner luz, que era lo que al fin y al cabo mejor hacía. Poner mi clarividencia, mi don astral, al servicio de los otros. Y esto pensaba mientras movía la caja entre mis manos para escuchar el ruido de su interior cerca de mi oído derecho, de ojos cerrados, porque ver, yo cada vez veía menos, sin saber en aquel preciso instante lo que en realidad pasaba. Una vez más, mi intuición presentía que no ocurría nada, cuando en realidad estaba pasando.

Escena 2: «¿Y por qué ibas llorando?»

Alexandra, la dueña de Dulcísima, me tenía preparado un pudín de chía con leche de coco y unas frambuesas con nueces pecanas coronándolo:

—A esto invita la casa, aunque solo sea por el susto que nos has dado. —Me disculpé por los desperfectos del parque, que aún no podía explicar bien a qué se debían, pero me pareció lo correcto pues la del volante había sido yo misma, pudiese o no pudiese explicarlo—. El coche, los arbustos, los bancos, una hilera de bombillitas rotas, eso es lo de menos, ¿eh? Si me preguntas, estas de aquí al lado justo necesitaban un cambio desde hace tiempo, así que ya no podemos dejarlo —dijo sacando su libreta para tomarles la nota a mis amigas—. Lo importante es que yo pueda seguir poniéndote a ti tus semillas de chía, ¿entendido? —Alexandra agarró su larga trenza salpicada de cabellos plateados y la colocó sobre su pecho derecho. Nos miraba a través de unas puntiagudas gafas de pasta—. Entonces, *Revivir a un muerto* con doble de espinacas para ti, *Eternamente joven* para Leona con un cruasán de espelta integral y cuatro de sacarina, banana loaf y un café con medio shot, ¿medio shot? —se aseguró—, eso, medio shot y leche de avena para Bé. Fede, para ti un solo simple, ¿correcto? —Fede asintió, avergonzada por las peticiones de todas y Alexandra habló ya desde lejos—. Perfecto, pues ya va marchando todo. Yo continuaba tratando de enfocar mis ojos sobre el menú, cuyas letras ya no se juntaban como había ocurrido en el coche de Sassa al volver del hospital, sino que desaparecían justo cuando había creído verlas y se me hacía imposible leer, cuando Bé dijo:

—¡Y agüita para Varo! —Levantó una mano hacia Alex mientras sacaba del bolso a su perrita y la colocaba sobre una alfombrita de cuadros que había desplegado junto a la mesa—. Que con esta temperatura, la traigo a la pobre de lengua salida.

—¿Y no le da más calor eso? —dijo Fede mirando con extrañeza a la perra ya tendida a todo lo ancho sobre la manta de pelo.

—Uy, qué va. Tumbarse en el suelo le da como grima. Las patitas se le ponen como...

—¿Sucias? —intervino Fede.

—Justo. —Bé sintió alivio al verse comprendida y colocó en el respaldo de la silla el bolso neón del que había sacado a Varo, su bolita blanca.

Veamos: no hace falta ser adivina para notar como noté la incomodidad en sus miradas inquisitivas, pero aún con esas, me costaba creer. ¿De dónde esa preocupación? ¿Es que a estas alturas no me conocían? Sabía que iban a preguntarme, porque desde el maldito día del accidente —repito: accidente— la había visto en los rostros de todos cuantos se habían topado conmigo.

—He conocido a la vecina nueva —dije tratando de romper el incómodo silencio que revoloteaba con cierta tensión a mi alrededor aquellos días.

—Ay, sí, Cecilia... —comentó Bé, tratando de hacerme más fácil la vuelta—. Fausta se la encontró metiendo libros en la casetilla de intercambio el otro día. Me dijo que estaba metiendo al menos diez. A lo mejor no le gusta mucho leer y no sabe qué hacer con ellos —concluyó, mientras levantaba los hombros.

—Es escritora —expliqué—, por lo que, lo más probable es que le guste.

—Quizá eran sus propios libros. Una estrategia de promoción o algo así —añadió Fede.

—¡Escritora! —Leona no supo ocultar su excitación—. Tenemos que conseguir entrevistarla para la revista, ¿bueno, Fede? —Fede asintió, sin demasiado interés, recolocándose una chaqueta desclasada que colgaba con poca gracia sobre sus pantalones vaqueros—. De modo que Cecilia es escritora. Qué barrio tan interesante este...

—En realidad es Celina —las corregí—. Está embarazada y su hija se llamará Libertad.

Leona abrió mucho los ojos y buscó la complicidad de Fede, quien habría de fotografiarla

para Socialité, para mirarme después con cierta confusión:

—¿¡Pero me dijeron que se mudó sola!?

—Sola no, con su hija —corregí—. Yo diría que está ya bien avanzada, pero tiene una de esas tripitas muy altas —me erguí para personificar el gesto—, como si le estuviesen siempre tirando unos cordeles desde muy arriba.

Bé trató de no parecer entrometida, pero era evidente que la ilusionaba tener una amiga a la que los libros también le pareciesen lo más divertido de la vida.

—¿No sabemos qué la trae a Santaurora?

—Es Sagitario —dije, compungida. Todas me miraron en silencio, supongo que en espera de una explicación más detallada de aquello—. Parece Leo, pero no. Si me preguntáis, no tiene ningún sentido que no sea Leo, teníais que haberla visto en la puerta de mi casa. Me dio la mano y la apretó, ¿quién da la mano estos días? Pues me la dio —cada vez hablaba más deprisa, de repente ajena a la atención que mi monólogo había generado—. Dijo que escribía sobre intrigas domésticas y me hizo gracia imaginarnos a nosotras como personajes estridentes de algunos de sus libros. ¿Quizá eso es lo que la trae a Santaurora? —dije en respuesta a la anterior pregunta de Bé mientras sorbía el final de mi batido, sin percatarme del ruido que estaba haciendo—, pero su forma de mirar... Debe de vender muchos libros, no creáis. Se ha comprado la que fue la casa de Rosalinda, la de la fachada amarilla. Me dijeron que había que ponerle cariño a la remodelación, pero, aun así, es una inversión magnífica, yo misma me la planteé en su momento precisamente por eso, como una buena inversión, pero eso fue antes de que llegara Celina y antes de que yo...

Mis amigas se miraron entre ellas, tratando de ocultar una preocupación que no había hecho más que crecer durante aquellos días.

—Antes de que tú...

Leona trató de animarme con sus manos para que siguiera hablando y yo la corté:

—Estoy bien —aseguré, dando el último sorbo a mi batido y limpiándome a toquecitos con la servilleta, para no perder el rojo de mi carmín de labios.

—No puedes estar bien —dijo Fede, a la que aquellos días veíamos cada vez menos gracias a su puesto fijo con Leona en Socialité y algunos trabajos como fotógrafa freelance para los que la llamaba Adela, en mi agencia.

Limpié el líquido verde viscoso que se había deslizado por el lateral del vaso, me chupé el dedo para limpiarlo y me recordé sobre la mesa antes de sentenciar:

—No lo recuerdo... del todo. —Aparte de los médicos, Marco incluido, y la psiquiatra a la que mandaron a verme al menos en tres ocasiones diferentes tras los primeros días del accidente, nadie me había preguntado directamente. Mis padres y mis amigas habían evitado la pregunta directa y yo había esperado paciente a que llegara el momento, a sabiendas de que el momento era este—. No me intenté matar, ¿vale? No —repetí cuando vi las miradas de duda puestas en mí—, no es mi estilo.

—Bueno, Maya. Yo no estoy segura de que eso sea el estilo de nadie —me corrigió Bé, con su habitual tono de ratón de biblioteca, dándome a entender que aquel comentario podría ser derogatorio—. He leído que más de cuatro mil personas en España causan su propia mu...

—Bien, bien —la interrumpí—. Pues no yo.

—¿Cómo se explica entonces, querida?

Leona se había mantenido en un segundo plano hasta aquel momento, deshaciendo el cruasán a pellizquitos y mirándome desde sus gafas de sol de carey, desde cuyo cristal verdoso se podían atisbar sus ojos inquisitivos. Cuando comencé a responder, se las puso a modo de diadema sobre

la cabeza:

—Me temo que a eso no puedo responder. —Percibí que mi respuesta no les satisfacía, de modo que continué—. Quiero decir que no me acuerdo bien.

—Parecías tan feliz aquel día —dijo Bé, mientras me agarraba la mano en un gesto cálido, justo antes de soltármela para mover la alfombrita de Varo y ponerle a su lado el agua que Alexandra acababa de traer a la mesa.

Rebajé el tono, porque en la mesa de al lado se encontraban desayunando Asencio y Rita. Aunque ya el primer pie que puse en la calle me había hecho percatarme del interés que mi presencia despertaba en todo con quien me cruzaba, no quise convertirme en la comidilla. Bueno, al menos, no más.

—Lo estaba, lo visteis. ¿No lo visteis? —dije y las miré con urgencia por conseguir su aprobación—. Me sentía verdaderamente triunfal. Me había puesto aquel vestido precioso de MaxMara con el ribete sobre la cintura y me parecía que mis treinta y nueve me habían sentado tan bien... No tengo explicación a lo que ocurrió, eso es todo lo que os puedo decir —carraspeé—. Me parece que vino alguien que me contrarió, pero no recuerdo mucho.

—¿Alguien que te contrarió tanto como para tirarte sin cinturón desde un barranco, Maya?

Leona puso la mano sobre la rodilla de Fede para que bajara el tono, ya que vimos a Rita volver la vista hacia nuestro lado.

—Que no me tiré, Fede. Me debí de caer... o algo. —Mis amigas se miraron entre ellas y yo me toqué la cicatriz de la ceja, estupefacta ante la seriedad de su acusación. Antes de continuar hablando, solté la cucharilla, que tintineó sobre el cristal vacío de mi pudín de chía—. A ver, escuchadme. ¿Me habéis visto alguna vez deprimida? ¿Triste al menos? Joder, ¡si debo de ser la persona más feliz de este planeta!

—¿Lo eres? —Leona me animó a hablar y hablé. Con ella siempre se podía: después de todo lo que le había pasado con el que era el padre de sus hijos, ya nada le sorprendía tanto.

Solté el aire y comencé:

—Recuerdo solo algunas cosas y otras poco a poco me van viniendo, pero siguen sin estar claras. Vienen a mí como en fases, ¿me explico?

—¿Como en flashes? —me corrigió Bé.

Continué.

—El turbante me lo quité y lo coloqué sobre el asiento del copiloto, porque no recuerdo ir conduciendo con él. Me comí aquellos arbustos, es evidente —dije y señalé con el dedo al fondo del Parque Central, en cuya esquina superior se encontraba Dulcísima. Cerré los ojos y traté con fuerza de recordar más—. Mi teléfono sonó, pero no lo miré. No se veía casi nada, era una noche especialmente oscura. El morro del Porsche saltaba con los adoquines y el volante se movía en mis manos como un pez —al decir eso, me llevé la mano derecha al pómulo, porque me vino de repente un recuerdo poderoso—. Iba llorando... Iba llorando... —repetí y ese recuerdo acababa de volverme al momento y... con mis dedos casi volví a sentir las lágrimas al caer.

—¿Y por qué ibas llorando? —Bé me miraba con ternura.

Encogí los hombros y volví a beber.

—Espera, espera. Volvamos atrás —me interpeló Leona—. Alguien te contrarió.

—Pero no sé quién.

—Pero tendrás que recordar algo —se quejó Fede.

—No estoy segura de que eso la ayude.

—No, estoy bien. Gracias, Bé. Fede tiene razón —admití—. Recuerdo algo.

—¿Y bien? —dijeron las tres a la vez.

—Una persona con una capucha me dio un regalo, en mi puerta. Debí de abrirlo antes de meterme en el coche, pero no lo sé.

—¿Qué regalo?

—Repito: no lo sé.

—¿Tamaño? —Leona, práctica como siempre se mostraba, trataba de acotar los resultados del mismo modo que ocurre con el juego del *Quién es quién*.

—Una caja como así —respondí haciendo un cuadrado con mis manos—. No creo que fuese más grande.

—En realidad no es tan raro —sentenció Bé—. La amnesia postraumática retrógrada sucede justo de esa manera: puede que recuerdes a la perfección los detalles de tu boda con Ramón, cómo conducir un coche o dónde sueles dejar las pinzas de la ropa, pero has perdido los detalles previos al accidente, y más teniendo en cuenta que no fue solo un susto. Quiero decir... un susto monumental.

—Tamaño muerte —añadió Leona arqueando sus cejas.

—¿Amnesia postraumática ret...? —Fede se mostró escéptica.

—Retrógrada —concluyó—. He leído sobre el asunto estos días —dijo, a modo de disculpas al ver las miradas de sorpresa de las tres.

—Bueno, a mí sí que me resulta extraño, qué queréis que os diga... —Leona me miraba como se mira a un espécimen de chimpancé bajo estudio en un laboratorio—. Es extraño que se acuerde de que abrió la puerta —lo dijo como si yo no estuviera allí, haciendo controlados aspavientos, pero marcando mucho cada sílaba—, pero no de a quién se la abrió, ni de qué llevaba en la mano.

Todas tuvimos que darle la razón y entonces continuó:

—Y lo más extraño es que de todos los hospitales que existen en el mundo, cayera justo en ese.

—Pues es que ese es el más cercano, Maya —se quejó Fede, nada sorprendida con aquello.

—Podría ser. Pero no es solo eso —añadí y me acerqué a las demás— ¿No es aún más extraño que de todos los médicos de aquel enorme hospital, justo fuera a dar con Marco?

—Marco, ¿tu ex? —preguntó Bé y yo asentí.

—Es internista y jefe de servicio de Quirat, el hospital más cercano a Santaaurora, Maya. No sé yo cómo de extraño es que justo dieras con él...

Fede no parecía entender nada. Nadie parecía entender nada.

—Bien, bien —dije y barrí con los dedos hacia las otras, en un intento de silenciarlas—. Es evidente que solo ve quien quiere ver.

Escena 3: «¿Había sido esa mi vida siempre?»

Verás, hay quien quiere ayudarte y no puede. Este es un mensaje que he recibido claro desde el Universo a lo largo de los años. Le pasa a Fedé, le pasa a mi madre, les pasa a los departamentos de Recursos Humanos de las empresas en las que, más jóvenes, más pobres, todas hemos trabajado. Se empeñan en estar ahí para los momentos malos, darte consejos, sujetarte la mano, y tú al final tienes doble trabajo: cuidar de ti y de que ellos, en su infinito esfuerzo bondadoso, no empeoren el daño.

Aquellos días no necesitaba energías negativas, por lo que me retiré de mi desayuno antes de lo que había planteado. Las invité y agradecí su genuina preocupación, les prometí que nos veríamos en el mismo lugar pasados unos días y aproveché una llamada de Sassa, para escabullirme de Dulcísima sin llamar mucho la atención.

—Me insisten en que demos una respuesta a Cassandra.

—Confirmamos —respondí y levanté la mano a modo de saludo en dirección a Rita, quien pretendió no haberme visto en todo este rato y sonrió con más efusividad de la merecida. Pronto volví la vista al suelo y concluí—: Me vendrá bien la distracción.

Al fin y al cabo, no podía dedicarme a contar mis pasos eternamente. Antes o después necesitaría volver a tener la mente en tareas más entretenidas.

—¿Qué esperan? ¿Tienes a mano lo que dice la propuesta de colaboración?

—Mmmm... —Escuché cómo Sassa pasaba unos folios que imaginé que tendría en diferentes montones con aquellos clips de colores, que utilizaba según fuera la ocasión: amarillo para los bolos, los verdes para presupuestos, azules en las facturas. A Sassa jamás se le pasaba una, todo en su vida estaba en exquisito orden—. Espera, aquí. Bueno... Nada fuera de lo corriente —concluyó y aguardó silencio mientras leía a la velocidad de vértigo, como siempre lo hacía—. Te van a poner una habitación bien vestida y una buena mesa con tapetes de terciopelo negro y...

—¿Negro? —me sorprendí y lo pensé. Nunca usaba el negro en mis lecturas.

—Sí, aquí pone «negro». Me han prometido que, durante estos días me enviarán fotos del lugar con buena iluminación, para que puedas preparar los outfits con cierta antelación. Se me ha ocurrido que podríamos contactar a aquella marca de moda sostenible, esa con la que colaboraste en el festival de cine de la ciudad, para proponerles...

Y bueno, ahí ya había dejado de escucharla. Todo lo que había dicho, *absolutamente* todo, me resultaba insípido. Le dije que sí con poco entusiasmo y colgué en cuanto la estridencia de su voz me dio una pequeña tregua entre palabro y palabro. Colaboraciones, outfits, fiestas, bolos... ¿Había sido esa mi vida siempre? De pronto sentí como si una manta de indiferencia lo cubriese todo y aquello me pilló por sorpresa, porque, si algo me había traído mi don, era que siempre me hizo sentirme alguien. No había nadie como yo. Cuando un millón de personas te miran, es verdaderamente sencillo sentir que eres alguien. Mi clarividencia me había regalado una inequívoca sensación de propósito, y eso había convertido mi vida en algo hermoso, pero ahora ya nada parecía lo mismo. En aquel extraño punto de inflexión, no supe si eso sería el final o el principio de todo.

Capítulo V: **EL SUMO SACERDOTE**

Vemos en este arcano la figura de un personaje anciano suntuosamente ataviado, y de fondo aparecen dos columnas y también dos pajes en posturas diferentes. El Papa, que también puede significar el Sumo Sacerdote, interpretación que dependerá de las creencias de cada operador.

Escena 1: «Todo está como tiene que estar, Tabita...»

Crucé por la Avenida Acuña hasta la entrada del paseo Fuertes, bordeando Cala Vieja en mi camino a La Sacerdotisa. Por allí, una hilera de robustas palmeras preñadas de dátiles se alzaba erguida hasta cosquillear el turquesa del cielo, mientras la brisa marinera me bailaba los bajos del vestido sobre mis sandalias planas de falso cuero #preloved. Ya a las puertas del otoño y abriendo paso a días más cortos, con las buganvillas explosionando en ocres, violetas y fucsias desde las fachadas blancas y la humedad que las olas colaban al final de mi espalda, lo volví a oír: «Maya, qué haces aquí». Miré a mi alrededor y de nuevo caí en la cuenta de que la voz provenía de dentro y no de fuera. Aceleré el paso, como si pudiera escapar de mí, como si hubiese un modo de engañarme a mí misma y, en una distracción tonta, darme esquinazo.

Y allí estaba ella. La vi al cruzar la esquina de mi calle. Primero atisbé a Celina, que parecía discutir con unos tipos que se bajaban de las partes traseras de unos grandes camiones y que se ayudaban de unos alzadores para sacar entre varios unos grandes macetones que, imaginé, colocarían en su patio. En otros tiempos había visitado aquel precioso patio, al que imaginaba ahora con las hierbas descuidadas, al haber estado tanto tiempo deshabitado, así que celebré la decisión de que mi vecina volviese a la vida aquel lugar hermoso. Celina parecía acalorada, con una mano abierta en jarra tras la cadera derecha y la incipiente tripa avanzando al frente, calcando esa posición tan característica que las embarazadas exhiben tan pronto como se puede, y la otra mano a modo de visera sobre su frente. Se abanicaba con uno de esos folletos de publicidad que nos dejan en los buzones del barrio de tanto en tanto. Sus ojos entrecerrados se protegían del sol que se colaba entre las ramas de las dos araucarias que custodian su entrada. Mientras dirigía al séquito de transportistas, que llevaba ya semanas acudiendo cada mañana a decorar su espacio, me vio y levantó la mano hacia mí:

—¡Hola, vecina! —dijo con efusividad.

Pero lo cierto es que yo no la estaba mirando. Pronto volvió a afanarse con el mando, haciendo grandes aspavientos con las manos, tratando de evitar algún desastre, que no rozasen las paredes ni arañasen las puertas al pasar. Aceleré el paso para hacerle notar que no disponía de tiempo de charla entre nuevas vecinas, y con un golpe de mentón y una sonrisa contenida, crucé la calle para situarme frente a La Sacerdotisa.

No estaba para conversaciones, ni siquiera para saludos. La visión de Lula sentada en la escalinata de piedra de la entrada de mi villa me distraía del resto de la escena. Al fin y al cabo, ¿cuánto hacía, dos, tres, cinco años que no la veía? Fuera lo que fuese, no parecía haber pasado el tiempo por ella. Lula seguía igual: su melena canosa, que en su momento hubo de ser tupida y negra como el tizón, seguía congelada en el punto en el que la dejé. Mitad oscura y mitad clara, algo despeinada, pero con el garbo de la que puede presumir de una genética divina. Había colocado su cuerpo, aún flexible a pesar de que ya hacía tiempo que la juventud la había abandonado, sentado de piernas cruzadas en la postura del loto, con los ojos cerrados y la frente hacia arriba para disfrutar del masaje que le regalaba el sol. Lucía aquella media sonrisa que siempre portaba, esa que parecía decir sin decirlo: «Todo está como tiene que estar, Tabita...».

No sé describir con exactitud lo que sentí. Diría que, mientras me acercaba hasta Lula, me invadió la vergüenza. En estos tiempos y circunstancias que vivimos, no hay excusa para perder el contacto, más que el descuido y la falta de empeño. Si una quiere de verdad, siempre existe la posibilidad de tenernos al día, de un modo u otro. Si no es una llamada, es un audio, y si no es un audio, un mensaje. Para las más ocupadas sigue estando el correo electrónico, que ahora hasta puedes programarlo en bloque, para no dejar nunca a nadie tirado. ¿Por qué habíamos dejado que pasara tanto? ¿Cómo se nos habían pasado sin querer tantos y tantos días? Supongo que ser

adulta se parecía bastante a eso, decirnos: tenemos que quedar, cómo es que ya no nos vemos, busquemos el modo de volver a vernos... para luego, decepcionarnos una vez más. Lo que más vergüenza me daba de todo esto era que yo ni siquiera podía poner de excusa unos hijos, como siempre había hecho Leona. Nadie le echaba nunca en cara que no estuviese en algo para el resto. Al fin y al cabo, criar a seis hijos —los trillizos, las mellizas y el pequeño Telmo— te tienen ocupada como para que no te dé tiempo ni a respirar. Pero yo ni siquiera cuidaba de un perro y a veces me preguntaba en qué tipo de mujer me convertía eso de no cuidar. Durante mucho tiempo creí que mi vida sería como la de Leoncita: me desplomaría los viernes en el sofá frente a la tele, con el pelo oliéndome a leche regurgitada y el cubo de la basura a rebosar de pañales sucios, pero tras dieciséis terribles ciclos de fecundación in vitro divididos en dos años —y nada más y nada menos que siete kilos de más—, dije hasta aquí hemos llegado. No me olvido del gran suspiro que solté en la mesa de mi ginecóloga cuando nos dio la última terrible noticia. Mientras a mí me poseía una incontrolable risa histérica, Ramón se ponía como un loco a llorar. Nos recomendaron que «nos volviéramos a tomar un tiempo de descanso», que mi cuerpo lo necesitaba y que quizá así nos podríamos relajar. Al parecer, mis probabilidades de concebir podían estar viéndose afectadas por los nervios, que yo no tenía claro estar sintiendo, pero la doctora y Ramón se miraron de aquel modo tan especial, tras la risa que me dio al ver otra vez mi útero vacío. Así que quedamos en que en el futuro lo volveríamos a intentar. Se nos sugirió un viaje a algún destino paradisíaco (#gifted), tener sexo casual, olvidarnos del tema o haciendo como si de verdad nos olvidáramos. A esas alturas, la verdad es que yo ya ni siquiera sabía si había querido nunca ser mamá. Me hizo siempre sospechar la calma que le sucedía a cada test de embarazo negativo, porque si tanta ilusión me hacía, ¿no debería de haberme sentido fatal? Seguro que Leona Leal, la Nefertiti de la fertilidad de Santaurora, en situación tal, se habría rasgado las vestiduras y aún no habría dejado de llorar. En ella era evidente que la maternidad era una misión de vida, pero quizá mi incapacidad para producir vástagos respondía a algo más. Quizá había algo al fondo de mi mente, de mi espíritu, de mi parte inmaterial, que me impedía conectar con lo que se suponía que habría de ser mi destino biológico, eso que me hacía una-mujer-de-verdad. Es evidente que una pasa por cosas en la vida en las que no quiere volver a pensar.

Sea como sea, si había estado ocupada como para no llamar a Lula, no había sido porque pasaba los días moliendo semillas de lino para espolvorear sobre las tostadas de mis enanos, pero es probable que, llegadas a una edad, las no madres también tengamos relativamente enredadas las vidas, qué sé yo. El caso es que es importante recordar esto: hay relaciones cuya intensidad trasciende al contacto físico; hay hilos que no pueden romperse a pesar del embate del silencio.

—Tuve que venir a verlo con mis propios ojos.

Su voz sonaba ronca y preocupada.

—Maestra... —le dije, ofreciéndole un brazo, para que se levantase del escalón en el que reposaba en el suelo, pero ella no aceptó la ayuda. Se sacudió los muslos con las palmas y, sin cruzar sus profundos ojos del color del hielo con los míos, dijo:

—Las cartas no son favorables.

Escena 2: «No hiciste el círculo completo»

Pues si es la primera vez que sabes de Lula, entiendo que no encajes el tono, los gestos, los ropajes. Mis padres, desde luego, nunca lo hicieron. Tampoco puse yo gran interés por mi parte. Sabía lo que mi madre opinaría de su aspecto, de modo que tampoco puse fuerte empeño en generar una relación que no llegaría a ningún puerto, pero lo cierto es que habría sido agradable verlo. Mi madre la llamaba cariñosamente Bruja Lola, haciendo despliegue del gran respeto que siempre había profesado hacia todo lo relativo a mi trabajo. En cuanto a mi padre, directamente no la llamaba de ningún modo, porque, qué mejor manera de no ofuscarse que no mirar de frente todo aquello que produce cierto escarnio. Y aunque me gustaría decirte que sus repulsas me fueron siempre indiferentes, quizá hay heridas que nunca se curan del todo, por más años que cumplas, por más que seas tan vieja que ya te hayas muerto y hayas vuelto a la vida, por más que tengas más de un millón de personas mirando con devoción todo lo que haces.

Dije:

—¿Lo has visto en mis redes sociales?

Dijo:

—Que me parta un rayo si acabo enredándome con todo eso. No tengo móviles de esos con megadatos e historias modernas, os tienen fritos los cerebros. No sacan las frentes de esos cacharos ni mientras conducen. El mundo entero se ha vuelto loco.

—Lo has leído en los periódicos —concluí, mientras acariciaba a Aura, la perra de agua con grandes rizos y ojos acaramelados, que siempre la había acompañado.

—¿Para dejarme llevar por todas esas historias que los gobiernos quieren que nos traguemos? Parece mentira que me estés preguntando esto —levantó la voz del modo en el que solía siempre hacerlo y recordé cómo era estar bajo su tutela, ese amargo dulzor de sentir que alguien iba adelante conduciendo—. Hace más de veinte años que no enciendo la televisión, ni leo noticias de ningún tipo. ¿Es que ya lo has olvidado todo? Las escogen o las inventan, ya te lo digo yo, solo para que piquemos. Pretenden que caigamos en la desidia, que nos deprimamos, que apaguemos nuestras conciencias. ¿Tú crees que de verdad hay casualidad en que todo el mundo piense lo mismo al mismo tiempo? Dos partidos políticos, dos bandos, o estás en uno o estás en contra, a la porra con el pensamiento crítico. ¡Nos quieren a todos tontos! Ya te digo yo que no pienso regalarles lo único que me queda —me aseguró y se tocó la sien con el dedo índice de la mano derecha—. Nos están controlando y cada vez se lo estamos poniendo más sencillo.

Esto lo dijo bajando la voz y señalando al teléfono que yo siempre llevaba agarrado,

como si hubiera alguien más además de ella y de mí, dentro de mi propia villa.

No la invité a pasar, ella misma se adelantó a mi paso y caminó cuando metí la llave en la puerta y abrí. A pesar de ser la primera vez que Lula ponía un pie en el interior de La Sacerdotisa, no se dejó impresionar por su aspecto. El sol rebotaba sobre la mesita de metacrilato del centro del salón de estar, cuando solté mi teléfono sobre ella y le ofrecí asiento en el sofá verde botella.

—¿Cómo me has encontrado?

Lula no se sentó y prosiguió caminando por la estancia, seguida de Aura, que se recostaba a cada paso y volvía a levantarse cuando su mamá humana retomaba la marcha, contemplando las grandes obras de arte abstracto que había colgado en las paredes con erráticos trazos en tonos malvas, ocre, verdes pistacho.

—¿Los pintaste tú?

—¿Yo? —me sorprendí—. Son de una artista del barrio. Yo no sé pintar.

—«Yo no sé pintar». ¿Usas ahora con frecuencia este lenguaje tan limitante? Maya no sabe. Maya no puede. Maya no quiere.

Por un momento parecí haber olvidado lo complicado que era acertar con Lula.

—Bueno... —quise proseguir.

—Sabía que vivías en Santaurora —me concedió entonces—. Por más que una no quiera abrir estos cacharros, tampoco hay modo de vivir bajo una piedra. Maya Conesa se ha vuelto de lo más popular. —No me cupo la menor duda de que aquello le parecía rematadamente mal—. Y, en fin: La Sacerdotisa. Una imagen escandalosamente llamativa tallada en azulejos en tu puerta, tampoco he tenido que indagar mucho más. Tu vecina me confirmó que vivías aquí y llevo esperando un par de horas.

—El tiempo que he tardado en desayunar.

—Estás ociosa estos días.

A estas alturas ya había tenido la oportunidad de recordar qué agradable es sentir que la que va al volante es una y nadie más.

—Tenía que haberte invitado antes —le conferí—, pero han sido unos años de mucho trabajo...

—Entendí que no había modo de comerse eso, así que decidí optar por el más corto de los caminos: el de la verdad—. Sabía que no aprobarías mi estilo de vida.

Lula, que había estado paseando por todo el salón sin parecer del todo atenta a lo que decía y que en aquel momento sujetaba una vela de cera de abeja que solía encender con un manojo de romero, volvió entonces la vista hacia donde yo estaba, cuidándose de no asentir, no supe si porque no aprobaba mi comentario o simplemente por respeto. Caminó hacia el sofá para sentarse a mi lado y soltó todo el aire que tenía en su pecho.

Lo dijo una vez más:

—Las cartas no son favorables.

Volcó su bolso sobre la mesa y separó el manojo del resto de sus cosas. Extendió el mazo con la mano derecha y se revolvió el pelo al encorvarse sobre ellas, provocando un tintineo al chocar los anillos de entre sus dedos.

—Escucho voces extrañas. —Lula asintió—. Un gato negro cruzó mi jardín —dije y metí los mechones delanteros de mi pelo tras las orejas, luego continué—: Un espejo se rompió el día de mi fiesta de cumpleaños y no tuve ningún presentimiento. Hubo un eclipse y ni con esas. ¡Un eclipse en mi sol natal! —Lula asintió una vez más—. Escucho una voz extraña.

—¿Ahora mismo la escuchas?

—Ahora mismo no.

—¿A veces solo?

Asentí.

—Me ocurre de pronto, cuando menos me lo espero.

—¿Viene de fuera?

—Diría que no, pero soy nueva en esto.

—¿En qué?

—En esto de morirme y vivir de nuevo.

—Entiendo.

—¿Esto es todo?

Miré a lo lejos entonces, a través del gran ventanal del salón, esforzándome por fijar la vista en las ondulantes formas que hacían las copas de los árboles. Con los ojos entrecerrados, dije:

—Diría que tampoco veo muy bien.

—¿Cómo de no muy bien?

—Regular.

—¿Regular... mal? —Se acercó a mirarme las pupilas de cerca y yo me retiré un poco.

—Cada día peor — lo admití entonces, por primera vez—. Temo estar quedándome ciega del todo. Pero va y viene. A veces veo fenomenal. Es verdaderamente raro.

Devolví la mirada al suelo y me masajé la nuca.

—¿Qué dijeron los médicos?

—Los médicos dicen poco. Que todo está bien, que no haga ejercicio, que me lo tome con calma. Que morirme no me ha sentado tan mal.

—¿Y esa cicatriz? —Lula se acercó esta vez un poco más—. Es una media luna.

Me toqué la ceja, ya había dejado de dolerme. La herida era limpia, pero superficial, aunque lo suficientemente contundente como para dejarme un surco que ya intuía que no se iría.

Lula caminaba de un lado al otro del salón, mirando al suelo, con las manos en la parte baja de la espalda, rumiando algo que me costaba entender.

—Así que ves menos lo de fuera... y oyes más lo de dentro.

—Mmm. ¿Sí?

—Noventa y nueve segundos y no cien, Tabita —me dijo Lula levantándose una ceja, como queriendo hacerme entender algo que yo sentía estar perdiéndome—. No hiciste el círculo completo. No hay casualidad en eso.

—Ah...

Yo cada vez entendía menos.

—¿Algo más? ¿Algo más que no me hayas contado?

—Pues es que no recuerdo.

—¿Y qué es exactamente lo que no recuerdas?

—No lo sé, Lula, no lo sé... —soné agobiada y lo estaba—. Empiezo a tener la sensación de que mucho más de lo que pienso.

Escena 3: «¿Y si no fue un accidente?»

Dejemos esto claro: morir es inadmisibile. No hay forma de pasar este tema por alto. No hay privilegio ni dicha ni fortuna que a una pueda salvarle de ese trago y eso hace la vida insoportable, o al menos así siempre lo había pensado. Como a la mayoría de los seres humanos, la idea de morirme y de acabar con todo nunca me había resultado excesivamente atractiva. Si ahora lo pensaba bien, me daba cuenta de que todo, absolutamente TODO lo que hacemos en la vida tiene un único fin: el de preservarnos. Y con preservarnos, no me refiero solo a mantenernos con vida, como eso de mirar al cruzar la calle, salir de la piscina tras hacer un largo buceando o huir de una reyerta a la salida de un bar en plena noche. Con preservarnos me refiero también a todo aquello que nos aleja del recuerdo inaceptable de que al final se nos acaba todo: encender la tele de fondo, escuchar pódcasts, mover el pulgar incesantemente sobre el iPhone cotilleando lo que hacen los otros. También reproducirnos, enredarnos en trescientas rondas de fertilización in vitro si es necesario, hacernos fotografías sin límite en las que todo parecería congelarse para siempre, embadurnarnos en productos que prometen borrar el rastro de los años. Cualquier cosa que no deje crecer el silencio que esconde la verdad última, la que no queremos escuchar de ningún modo; cualquier cosa con tal de no exponernos al vacío en espiral al que sabemos que estamos abocadas al final de la historia propia. Consumimos cualquier remedio que nos regale, aunque sea solo por medio segundo, la engañosa sensación de que hay formas de alargarnos, de estirar el presente y hacerlo eterno, de hacer que esto que hoy tenemos no se nos vaya nunca del todo. Y es lógico. Hemos dicho que morir es inadmisibile. Morir es terrible, es injustísimo, es escandaloso.

Aura extendió las patitas para sacarlas del kilim y recoger algo del frío del suelo.

—Quiero que te vuelvas conmigo a La Academia... por un tiempo.

—Ni hablar.

—Lo necesitas.

—Mmmm. No. —Evitaba hacer contacto visual con Lula, de modo que no pudiese caer en su hechizo—. No lo creo.

—Necesitas cuidados.

—¿Tendrá sed? —pregunté, de pronto convenientemente perdida en los ojos caramelo de Aura.

Lula negó con la cabeza, tratando de leer la tirada en cruz que había extendido sobre la mesa, y yo me levanté a traerle un cacito con agua mientras me arremangaba para no salpicarme lo que llevaba puesto. Revolví los armarios en busca de algo apropiado y caí en la cuenta de que en mi casa solo había materiales apropiados para el mundo de los adultos, nada que indicase la más mínima capacidad para el cuidado. Todo era bello, diseñado para la ocasión y de precios desorbitados. ¿En qué pensaba yo cuando creí que ser madre sería de mi agrado?

Cogí un cazo de cerámica pintado con flores, con cierta pena de exponerlo a las babas del can y lo llené con agua del lavabo, cuyo chorro salió con elegancia del grifo dorado extraíble con caño giratorio.

La idea de irme de casa me pareció absolutamente estúpida. De ninguna de las maneras dejaría detrás las muchas comodidades que me había cosechado desde el día en que salí de su tutela. No es que no agradeciese sus buenas intenciones, que las agradecía, pero La Academia fue un paso intermedio hasta mi nueva vida y Lula era una especie de mecenas de los que, como yo, habíamos venido al mundo tocadas por un don divino. El año que estuve con ella, recién salida de casa de mis padres, aprendí a leer las cartas siguiendo la tradición clásica, aprendí a levantarme antes que el sol, aprendí que las artes adivinatorias conllevan disciplina, pero entendamos que mi vida es ahora otra. Había estado casada, había sido casi madre, había crecido

un negocio de la nada, que me daba una muy buena vida, había creado un hogar de esta imponente villa.

—Deja en paz a la perra, Tabita, y hazme caso —insistió, mientras yo ponía dos té de canela sobre la mesa, que me había enredado en hacer, con tal de no escuchar lo que me decía—. Sé que hace muchos años que no nos vemos, pero ya sabes que canalizo energías desde mi tercer ojo. —Asentí—. Incluso cuando no te veía, yo sabía que estabas bien, pero hace unas semanas presentí que no lo estabas y tuve que movilizarme. ¿Quién va a cuidar de ti, estando como estás?

—Pero es que yo estoy bien, Lula.

—¿Cómo vas a estar bien, si te estás quedando ciega y oyes voces?

—Bueno, bien, es que puesto de ese modo...

—Lo que te ha pasado es serio.

—Fue un accidente, nada más —y lo dije recordando la conversación con Marco y después con mis amigas. No podía permitirme que nadie dudara más de mi innegable instinto de preservación.

—¿Y si no fue un accidente?

—¿Y por qué iba yo a querer acabar con todo, viviendo como vivo?

Aquello lo dije enfadada, levantándome del sofá y haciendo con los brazos aspavientos, como cuando era niña y mamá me decía que dejara las cartas y me pusiera a estudiar y yo le decía que ya había estudiado, que ya me lo sabía todo y que me dejara en paz.

—Quizá alguien quiso hacerte daño.

Puse entonces las manos sobre mi cintura y cogí aire mientras le daba la espalda, con la vista perdida en el jardín de entrada de Celina, que seguía batallando con los servicios de mudanza, como la había visto hacer cada mañana desde el día que volví del hospital.

—¿Es que esa mudanza nunca se acaba? —dije en alto, de pronto molesta con tanto trasiego.

Necesitaba pensar con calma, necesitaba silencio, necesitaba que Lula se fuese de mi casa, necesitaba recuperar mi cazo de flores y limpiarlo con algún aceite esencial que desinfectara aquello, necesitaba olvidarme de que una puede morir de repente y más aún, volver sin saber para qué lo ha hecho. Necesitaba recordar lo que me había ocurrido en la fiesta de mi cumpleaños y para ello NECESITABA que todo el mundo se quedara quieto.

Como poseída por el espíritu de la vecina que no le pasa ni media a nadie, me dirigí a la puerta de la entrada, dispuesta a gritarle a Celina que llegaba el mediodía y era hora de bajar el volumen para respetar los ritmos y la calma de su nueva calle, pero algo me paró de cuajo:

«Que te olvidaras de mí, no quiere decir que te olvidara yo».

—¿Tú has escuchado eso? —pregunté a Lula, quien me miró sorprendida.

—Necesitas que alguien te cuide, Tabita. Lo dicen las cartas —dijo, con los ojos muy abiertos, mientras levantaba hacia mi cara la carta del Sumo Sacerdote.

Capítulo VI: **LOS ENAMORADOS**

Vemos en esta carta a un hombre y a una mujer y sobre ellos a un ser supremo —sacerdote, rey,
dios— que los observa.

Una carta cargada de simbolismos. No cabe duda de que nos encontramos ante una carta de
unión.

Escena 1: «Encontré algo que me hizo aguas las rodillas»

Lula solo consintió irse bajo juramento de que la llamaría de cuando en cuando a ese trastazo viejo al que llamaba teléfono, para ir haciéndola partícipe de mis progresos. Antes de irse, quemó palosanto en dos habitaciones de la casa —la mía y la cocina—, guio una visualización en mi jardín, de la que solo cogí la primera y la última palabra, y me insistió en que si me iba a su casa, ella misma me cuidaría. Me abrazó en la puerta y me pegó con fuerza contra su pecho:

—Tabita, mira que has abierto un portal hacia el otro lado y no has completado el círculo. Morirse no es tontería, ¿tú lo entiendes bien eso?

—Estoy bien —concluí y le di tres palmaditas en la espalda, con prisa por volver a quedarme sola y poner cierto orden en mi vida—. ¡Estoy fantástica! ¿Es que no me ves como me has visto siempre?

Frunció el ceño y me reprendió el comentario:

—¿Y no te parece a ti raro poner un pie en el otro mundo y verte como te has visto siempre? —

Estiró sus brazos sujetándome los hombros para ver mejor mi cara y, con expresión preocupada, dijo antes de irse—: Y ante tu pregunta: no, no estás como has estado siempre. Pareces distinta.

—Hizo de sus labios un puño y añadió—: Ándate con cuidado, ¿estamos? Al menos mientras averigüemos qué es lo que está pasando.

Chocó su cabeza con la mía suavemente, uniendo las frentes, bordeó con su índice mi cicatriz en un gesto preocupado y me plantó un beso entre las cejas, a modo de despedida.

Al dejarla salir, me aseguré de que las vecinas no estuvieran pendientes de mi villa. No es que me avergonzase manifiestamente de su compañía, pero digamos que Lula no era el tipo de mujer que frecuentaba Santaurora. Sus ropajes eran distintos, su actitud era otra. Desentonaba. Nadie ponía en cuestión mi modo de ganarme la vida, porque en el barrio, lo único que en el fondo importaba era que no aburrieses como un muerto, pero tampoco yo disfrutaba de atraer miradas innecesarias. Menos aquellos días. Mientras no fuese capaz de encajar el extraño rompecabezas en el que se había convertido mi vida desde la noche de mi fiesta de cumpleaños, más me valía no llamar la atención de los curiosos.

Entendamos que, en este punto, ni siquiera sabía qué hacer con mi imagen pública. Era evidente que en algún momento tendría que hacer una declaración al respecto, algo un poco más cálido y solemne, o quizá justo lo contrario —espontáneo y jocoso—, sobre mi vuelta a la vida, pero ¿cómo comenta una algo así en la galería de Instagram? (#resurrected #imback #devueltadetodo). Al principio, no consideré incluir ciertos detalles personales en mi perfil, pero la presión de justificar cada uno de mis movimientos me hizo cambiar de opinión. A cuestionar si lo que experimento es válido si no es percibido por otros, ¿es esto en lo que se había convertido todo?

Saqué el teléfono y acabé con aquella sensación desagradable que crecía dentro, mientras presionaba el botón de fotografiar. Mi imagen frente al espejo me devolvía a una Maya aparentemente sosegada, sujetando el iPhone en vertical con la mano derecha y guardando la izquierda en el bolsillo del pantalón de hilo, en una postura aparentemente relajada. Mis cejas marcaban una mirada que ocultaba, o eso pensaba yo, lo que en el fondo sentía: confusión, extrañeza en mi propio cuerpo, ¿miedo? Ajusté el filtro para subirla enmarcada en blanco y negro, porque me pareció que el color chocaba con lo que en esencia era un tema serio. ¿Pero cuál era el tono apropiado para una publicación como esta? Añadí en el texto un corazón blanco, que borré una y otra vez hasta que decidí que ahí se quedaba. En menos de un minuto había reventado la aplicación, con miles de comentarios de desconocidos diciendo que habían rezado por mí a Krishna, a Buda, a la Virgen del Carmen; con otros tantos que incluían emoticonos de

berenjenas y gotas de agua, claramente felices de verme volver, y otros cientos de personas que respondían a mi texto con el mismo corazón que yo había puesto arriba.

Al repasar la foto una vez más, caí en algo que no había notado antes: la caja que Celina había traído a mi casa reposaba a la altura de mi cintura, sobre el mueble que había colocado en la entrada, bajo el espejo. Me había olvidado de ella hasta ese momento, la vida se me había puesto en medio: las chicas en Dulcísima, la voz de mi cabeza, los recuerdos borrosos que me acechaban, el imponente sol de aquella mañana, la visita de Lula. Lo cierto es que no esperaba que fuese nada especial, así que debió de ser por esa razón que no me dispuse hasta ese instante a abrirla allí mismo. Rasgué sin cuidado el envoltorio, de un solo movimiento decisivo, mientras hacía nota mental para escribir a Sassa y cambiarme lo que me quedaba en pie de la manicura que me había hecho para mi cumpleaños (¿cómo había podido resistir tanto trote? Supongo que, al decir *permanente*, ¿esto es justo a lo que se referían?) y no enfoqué el interior del paquete, hasta que mi mente registró que no se trataba de alguna colaboración que me enviaba la agencia.

Dentro de la caja del repartidor HLD encontré algo que me hizo aguas las rodillas.

Dentro había una muñeca. Pero no cualquier muñeca.

Escena 2: «No hay puzle que se me resista»

No puedo explicar con exactitud cómo se abrió aquella puerta de mi mente, pero la sensación se pareció en lo esencial a que alguien me diera con un bate de béisbol en la frente. Digamos que, de pronto, lo supe: ese había sido el regalo que había recibido en mi fiesta de cumpleaños y que, hasta ahora, no había conseguido ver. Si cerraba los ojos, veía unas manos enguantadas en raso negro sujetando con cierto nervio los bordes de la caja abierta. Recordaba sacar la muñeca de dentro, recordaba... ¿un forcejeo? Recordaba montarme en el coche agarrando la muñeca que me habían traído... y recordaba la caída al vacío.

De las dos opciones que albergaba mi mente, ninguna me resultaba atractiva: o bien mi chantajista había decidido traerla de vuelta a mi casa, al encontrarla perdida en algún lugar, o el horrible regalo con el que salté al vacío seguía desperdigado por entre las rocas de Santaaurora y el que me habían traído era una nueva, de modo que no olvidase lo que trató de conseguir con su visita a mi fiesta.

Mi primera intención obvia fue destrozar la muñeca en mil pedazos y cerrarle la puerta a la posibilidad de que alguien más tuviera acceso a ella, pero pronto me caí de mi propio razonamiento. Eso no serviría de nada. Era evidente que, quien quisiera asustarme con algo así, encontraría un nuevo modo. Porque eso era aquello, ¿verdad? Un chantaje. Un modo de asustarme. Alguien querría dinero, o un minuto de fama, o quizá alguien quería asustarme para conseguir algo luego.

No tenía ni idea de por dónde empezar, así que cogí las llaves y me fui de casa con lo puesto. Mis piernas me llevaron hasta el jardín de Celina, quien ya había despedido a los transportistas y a la que pude ver desde las cristalerías vidriosas que daban al exterior de la calle, paseándose de un lado al otro de la estancia principal, con pequeñas plantas bajo cada brazo. De esta guisa me abrió la puerta.

Le dije:

—Buenos días. ¿Podríamos hablar un momento?

No fue hasta ver su expresión extrañada que tomé consciencia de mi aspecto sudado y de la agitación nerviosa de mi respiración.

—Pues me pillas ahora en mal momento, justo ando repartiendo plantas por toda la casa y está todo manga por hombro. No sabes lo lenta que voy con todo, estos días, el embarazo es un trabajo en sí mismo, ¿sabes? —Pero claro, yo no sabía. ¿Por qué tenían las madres que hacer siempre ese tipo de comentarios a las mujeres que no tenían hijos?— ¿Te parece si paso mañana por...?

Metí el pie en la entrada para bloquear su puerta y Celina decidió no oponer resistencia, abriendo su puerta de par en par y dejándome pasar dentro. Al fin y al cabo, siempre he tenido un aspecto muy de fiar.

Te diré ahora que la casa de Celina es bellísima, diría que una entre un millón. A diferencia del resto de las villas de Santaaurora, que cuentan con complicadas y modernas arquitecturas, la suya conserva la estética de la zona. De todas las que dan a Cala Vieja, es la única que preserva la planta cuadrangular, prolongada hacia el fondo de las dependencias, que se distribuyen en torno a un patio central con una columnata a la derecha y le otorga elegancia a través de un estilo clasicista. Da una sensación de patio de vecinos, de lugar de encuentro. Es una casa imponente que no ha perdido el encanto y a la que, hay que decirlo: claramente, aún le falta acicalado.

Entré en su salón y vi que aún tenía todo patas arriba.

—El paquete que me trajiste a casa, ¿cuándo dijiste que lo habías recibido?

—No sabría decirte... —Se acercó al calendario que tenía imantado a la nevera y en el que lucían estampas florales de tintes impresionistas, sobre los que destacaban frases de grandes escritoras de la historia. Deslizó el dedo índice de la mano izquierda sobre los números del almanaque de septiembre y dijo—: El dieciséis o el diecisiete... más o menos. Creo. ¿Dieciséis? —dudó y se dio dos toquécitos con el índice sobre el labio superior, para continuar una vez más —: ¿Diecisiete?

—¿El dieciséis o el diecisiete? —insistí.

Se mordió el carrillo ayudándose de un dedo para hundir su moflete hacia dentro.

—Fue un domingo. Sí, exacto —asintió también con la cabeza y prosiguió—. Yo venía del mercadillo de antigüedades cuando el tipo que me lo trajo me lo dio en mi puerta. Estaba esperándome, lo cual me pareció un servicio buenísimo. En mi antiguo barrio, si no estabas en casa, te lo tiraban al jardín y punto, ¿sabes? Les daba soberanamente igual si habías pedido porcelana japonesa al mismo Japón y te llegaba hecha añicos. Y luego, ya sabes: vete tú a pelear con los servicios de transporte, con el remitente y con cualquiera que te coja el teléfono, ¡si es que te lo cogen! Porque al final en estas cosas todo el mundo se lava las manos... —Percibió mi desinterés y dijo—: Así que sí, el dieciséis fue: el domingo.

—Un día después de la Tarot Party.

—¿Cómo dices?

Con la cabeza aturdida, sin siquiera pedir permiso, tomé asiento. Celina percibió mi perturbación y me trajo un vaso de agua antes de acercar una silla y sentarse sobre ella a mi lado.

—Bebe, tienes mala cara. Estás muy pálida. A ver. Ven, tumbate aquí —dijo atusando unos cojines al borde del sofá—. Pon las piernas en alto, has perdido por completo el color.

Ella sí que estaba preparada para ser mamá.

—Gracias —dije y solté el vaso en la mesa sin darle ni un trago, luego me tumbé, haciendo caso de sus indicaciones—. Me dices que la trajo un hombre, ¿recuerdas algo de él?

—Si me hubieras preguntado en otra época, te aseguro que no habría perdido un detalle de aquellos hombros cuadrados, o del dulce olor a humedad que impregnaba aquella zona del jardín cuando me acercó el paquete a las manos, o del brillo que tenía su labio inferior cuando me sonrió al despedirse de mí... —carraspeó y prosiguió—: Pero desde que estoy embarazada, lo cierto es que el sexo masculino ha dejado de tener interés para mí.

—Ya veo —comenté y me puse en pie demasiado deprisa y volví a marearme. Celina lo notó y me ayudó a volver a tomar asiento—. Pero mírate —dije señalando su barriga—, si debería estar yo ayudándote a ti...

—Las Sagitarios somos muy fuertes.

Y aunque ella lo dijo en lo que pareció un guiño, desde el claro desconocimiento, yo asentí. Me aventuré a preguntarle:

—¿No te ayuda... nadie?

—Libertad es mía y solo mía —aclaró y me pareció que aquello lo decía con cierto recelo, mientras se acariciaba el bulto de su barriga haciendo círculos, en ese gesto que no hacía tanto yo también realicé frente al espejo, esperando que una semilla agarrase en mi vientre. Ver mujeres embarazadas siempre me traía el amargo sabor de la derrota.

—¿No hay padre? —pregunté abiertamente.

—No hay padre.

Miré a Celina y sus largos rizos cobrizos y concluí con seguridad que debía de ser una de esas mujeres fértiles que se quedan embarazadas con poco que la mirases en el momento correcto del mes.

Volví a mi tema, decidida a encontrar el final de aquel hilo:

—El repartidor... ¿no te dijo nada?

—No me dijo nada interesante. Que hacía calor, que qué plantas tan bonitas...

—¿Y hubo algo en aquella situación que te pareciera, en algo, fuera de lo normal?

—No, nada fuera de lo normal... Me dio el paquete y se marchó. —En este punto Celina comenzó a sospechar—. ¿Qué tenía el paquete?

Quise hacer como si no hubiese escuchado la pregunta y continué con mi investigación.

—Así que el día después de mi Tarot Party, un caballero de HLD... que olía muy bien, aunque tú no estabas para notar nada de eso... apareció en tu puerta con un paquete, lo recogiste, trataste de traérmelo y yo no lo cogí hasta que no llegué.

—Casi dos semanas más tarde.

—Así es.

—¿Estuviste de vacaciones? —quiso saber.

—¿Vacaciones...? —Me levanté para caminar por el salón y tratar de poner orden en mi mente, mientras sujetaba con recelo el bolso que llevaba colgado en bandolera y bajo el que ocultaba la muñeca en cuestión—. Algo así.

De repente se quejó:

—Me va a ser muy difícil ayudarte si te comportas de este modo tan críptico, querida vecina.

Su tono me despistó.

Celina volvió los ojos al techo, tratando de recapitular desde el principio, para asegurarse de que no perdía ningún detalle y entonces pareció tener una idea. Se fue a la cocina, abrió los cajones en busca de algo que claramente no encontraba, cacharreó con los trastos desordenados que poblaban toda la casa y siguió buscando.

—Estoy segura de que lo dejé aquí, por algún lado...

Miré a mi alrededor y de pronto tomé consciencia del estado de todo. ¿Cuánto tiempo podía una persona vivir así? Maya Conesa adoraba el orden por encima de todo. ¿Qué habría sido de mi galería de Instagram de no ser así? Yo era de aquellas que se mudaba y abría hasta la última caja el primer día, de modo que no podía dejar de sorprenderme que alguien pudiera estar cómoda en semejante caos.

—Es la mente creativa —sentencié.

—¿La mente creativa?

—Sí —dije y extendí los brazos—. Podéis vivir con este desorden. Yo, sin embargo...

Me encogí de hombros con intención de ocupar menos espacio y no tirar ninguna de las cajas que se amontonaban a mi alrededor.

—¡Ah! ¡El desorden, dices! Yo es que ni me entero. —No pareció recoger ofensa y gritó desde la cocina—: ¡Lo tengo!

Apareció con un bolígrafo y un papel por el salón, acercó la silla en la que había estado antes sentada, adornada con un cojín de terciopelo suave y brillante en dorados y verde esmeralda que contrastaban con el tono oscuro y profundo de la madera tallada, y comenzó a tomar notas.

—¿Qué es lo que tienes?

—Soy escritora, ¿recuerdas?

—Escritora —repetí.

—De novelas de intrigas domésticas.

—Recuerdo.

—¡Vamos! —trató de animarme para que hablase.

—¿Vamos...?

No entendía nada.

—Venga, dime —me pidió, presionando el extremo superior del bolígrafo para sacar la punta, a la par que abría el cuaderno por una hoja nueva—. Cuéntame todo desde el principio, te escucho. No hay puzle que se me resista.

Escena 3: «Alguien busca venganza, Maya»

Sucede que una se abre con extraños de un modo que no podría con los que ya la conocen. Quien te conoce anticipa, predice, te construye desde la expectativa incluso antes de que hayas hablado; forma una imagen mental de ti y de tu problema que no rompes por más que te empeñes en romper. Hacen el molde en su mente y tú vas y, obediente, lo rellenas una y otra vez, de modo que lo que parece comunicación, en realidad no lo es, es más bien una rudimentaria reciprocidad de monólogos compartidos.

Con Celina, de pronto podía ser quien quisiera. No tenía que ser fuerte y positiva, no tenía que mantenerme esperanzada y jubilosa. Mis amigas no habrían sabido encajar este limbo en el que sentía estar navegando desde que había perdido parte de mis recuerdos, y si hubiesen sido capaces, yo no estaba preparada para hacer el esfuerzo de cargar con toda una historia de anticipaciones y expectativas. Por no hablar de la generosa tradición de compartir los males propios con el fin de conectar contigo desde la empatía: una costumbre molestísima que no tuve que aguantar con Celina. Mi vecina sabía escuchar sin decir palabra, un hábito reservado para unos cuantos, protegidos estos días, así que se lo conté todo: mi espantosa esterilidad, mi ruptura con Ramón, mi clarividencia o lo que de ella iba quedando; mi trabajo como tarotista y mi poder de influencia en redes. También sobre la Tarot Party, el día de mi cumpleaños. Le expliqué que me temblaba el don desde aquel día, que me había muerto noventa y nueve segundos y no cien, que Lula veía algo extraño en aquello y que desde que me había muerto no sabía por qué, pero no veía del todo bien. Me costaba enfocar. Al principio no gran cosa, ahora algo peor, pero para alguien que siempre había presumido de ver los carteles en las autovías antes que ningún otro que viajara en el coche, se tornaba un defectillo molesto. Pero que, en fin, igual unas gafas fabulosas hasta me añadían encanto. También le conté el asunto de Marco y el hospital. Le expliqué sobre los mensajes que recibía en mi mente de cuando en cuando y también sobre lo que escuché mientras tenía un pie en el otro lado decir de mi padre a mi madre: «Tienes que contárselo, Rosita». ¿Pero contarle qué? Compartí mi sensación de vacío al haber vuelto sin sensación de Gran Misión. Aproveché para ponerla al tanto sobre mis amigas, sobre las vergüenzas del barrio, sobre Leona y su sonadísimo divorcio, sobre cómo había rejuvenecido quince años desde que salía con el Inglés —no era solo el modo de vestir lo que había cambiado—, sobre qué se cocía y qué no en el Club náutico y todo, todo, todo lo apuntó. Prometió romper los papeles delante de mí antes de que me fuera, pero aseguró que algo mágico le sucedía a una en la mente cuando lo ponía todo por escrito y a mí, la verdad, me pareció bien. Me ganó cuando dijo *mágico* y yo proseguí con mi retahíla.

—Y entonces me trajeron esta caja con esta muñeca, que yo había olvidado hasta ahora, porque cuando me la trajiste no le di más importancia, pero justo al abrirla en mi casa he visto con claridad que era la misma.

—La misma que te llevó a la fiesta la persona que te asustó como para que cruzaras el parque central conduciendo despavorida.

—Exacto.

—¿Y esa persona era?

—Pues aún no lo recuerdo.

—¿Era mujer, hombre, alto, bajo?

—Ni idea.

—Dime cualquier cosa que recuerdes.

—No recuerdo más que las manos.

—¿Cómo eran sus manos?

—Las llevaba cubiertas con unos guantes... ¿de raso? —dije y me pasé los dedos por los antebrazos—. No sabría decir, parecían festivos. Y una capucha, eso también lo recuerdo. Llevaba una capucha que le cubría la cabeza y el pelo.

—Y te dio una muñeca que estaba dentro de una caja.

—Así es. Debió de decirme algo más mientras me la daba, pero como creo que ya te he dejado claro, eso tampoco lo recuerdo. Se ve que el porrazo me ha dejado ligeramente amnésica. Amnesia retrógrada o algo parecido, eso me dijo Bé.

—¿Bé? —se extrañó, miró sus apuntes y asintió—. Pelo corto, casada con Fausta. Le gusta leer. Cogí entonces el vaso de agua y le di un par de sorbos, de pronto más tranquila por haberlo soltado todo.

—Nada de esto tiene sentido, ¿verdad?

Celina seguía pensando.

—Maya, escucha esto, porque una escritora lo sabe: todo tiene sentido al final, y si aún no lo tiene, es que no hemos avanzado en esta historia lo suficiente.

—¿Entiendo?... —contesté.

—Y la muñeca... —Soltó el bolígrafo y vi que en el papel había pintarrajeado extraños trazos con flechas, nubes de ideas, signos de exclamación, frases literales que yo misma había pronunciado—. ¿Me la dejas?

—¿La muñeca?

—Aún no me has dicho nada de ella.

—Claro, la muñeca. Qué cosas... —dije y tamborileé con los dedos sobre el broche de mi bolso cerrado, el lugar en el que la había guardado todo este rato.

Mientras carraspeaba insistentemente, la saqué, aún dudosa de si Celina era la persona adecuada en la que estar confiando algo de tanta importancia.

—Entiendo —dijo al agarrarla con sus dos manos. Revisó sus notas, volvió a mirar la muñeca, miró hacia el techo y se preparó para hacerme partícipe de su conclusión. Levantó una ceja hacia mí y dijo muy lentamente, como si de pronto usara un lenguaje de difícil comprensión—: Alguien busca hacerte daño, Maya.

—¿Asustarme?

—Hacerte daño.

—¿Y quién puede ser?

—Ha de ser Ramón. Claro. Tiene que ser él.

Capítulo VII:

EL CARRO

Este arcano representa el hombre poderoso, el hombre que ha triunfado y camina a través de la vida o viaja hacia un objetivo determinado, pero también encierra otros múltiples simbolismos.

Vemos a un hombre que es transportado por un carro tirado por dos caballos o por corceles, o a un hombre transportado bajo un palio.

Escena 1: «¿Cuál sería su reacción al verme?»

Celina tenía sus motivos para decir lo que dijo. Según su parecer, en cualquier novela de intrigas domésticas que se precie, el malo es el marido, y no habiendo marido, habría de ser el exmarido. A través de complicadas tramas argumentales, lecciones sobre arcos de personajes y disparadores narrativos, me explicó que Ramón era el único que cumplía los mínimos requisitos. Recitó, al menos, tres. A saber:

- no había conseguido un céntimo en el divorcio;
- me conocía y sabía cómo hacerme daño;
- podría disfrutar de mi hundimiento público.

En realidad, había al menos uno más: ¿no era raro que ni tan siquiera hubiese cogido el teléfono y me hubiese llamado tras saber que —literalmente— me había muerto? No es como si me hubiese cogido un mal resfriado. Pero, en fin, ni por esas: yo no lo veía tan claro. Ramón nunca me había parecido un tipo al que temer, pero ella insistió que en peores plazas había toreado. Me dijo que los que parecen buenos, a veces son los peores, y que, a falta de otros sospechosos, tenía que ser obligatoriamente él. También me propuso a Marco, al saber que en el pasado fue interés amoroso, al que tuve que rechazar por razones obvias: acababa de casarse y hacía diez años justos que no sabía de él.

Recuerdo una vez que fui invitada a una entrevista para la primera cadena. Fui convocada en una mesa redonda junto a otras tres mujeres cuyas empresas facturaban ocho cifras al año. El presentador —un tipo cejudo y narigón al que le faltaba un palmo para que le cerrara la chaqueta— nos preguntó si, siendo como éramos mujeres en puestos de poder, nos sentíamos envidiadas o criticadas de un modo diferente a como se haría con los hombres. Las otras mujeres que se sentaban a la mesa —una doctora en ciencias que había montado una empresa biotecnológica y la dueña de la mayor inmobiliaria de la Costa Brava— fueron rotundas: sí, lo habían sentido. Las mujeres las envidiaban, los hombres no las querían. Yo tardé poco en sentirme inapropiada en aquel debate: ¿se esperaba de mí que yo dijera que sí? Igual no había tenido los ojos lo suficientemente abiertos hasta ese momento, pero nunca entendí que mi posición afrentase a nadie. Siempre me sentí una con el universo y con las plantas, los animales, con el resto de los seres humanos. Pero no podía decir eso en la primera cadena en pleno prime time, claro, con aquel tipo barrigudo esperando que yo encumbrase un discurso feminista para el que, claramente, no me había preparado bien. Aquel día no supe qué decir, así que me limité a sonreír y pasé el micro cuando llegó el momento.

De aquello han pasado unos años y siento que, como con tantas cosas, he permutado. Ahora querría que alguien me pasara el micro para poder decir: pues mira, sí. A veces ser mujer y tener tanto dinero es asunto complicado. A veces siento que debería sentirme mal. Podría estar quemando billetes con una vela durante tres vidas seguidas y aún no acabármelos, ¿pero de dónde me viene esta culpa estúpida? Alguien tiene que habérmela inculcado. Alguien, en algún momento de mi infancia o en mi vida adulta, tiene que haberme hecho sentir mal por vivir estupendamente bien de lo que yo misma me he ganado, porque el caso es que a veces me viene esa sensación extraña, ese calambre, y me lo tengo que espantar como a una mosca. Lo rechazo. Me niego a sentirme ofuscada y a mí eso me funciona: me digo NO, Maya. NO. Así, como con una voz muy firme. No te sientas mal por ser rica y guapa y exitosa. Y eso me ayuda. No sé qué pensaría aquel tipo si yo hubiese cogido el micrófono aquel día para recitar esto mismo, pero ahora, pensándolo bien, ojalá lo hubiera hecho. Quizá eso no encajaba con su agenda de

discurso-feminista-hippyflowers, pero igual alguna mujer que me hubiese visto desde casa le habría dicho a su pareja: pues ahí te quedas. Quizá habrían estado cenando quesitos babybel y picoteando patatas fritas sentados en un sofá lleno de lamparones frente a una gran pantalla, con los mismos pijamas desconjuntados y unas zapatillas raídas, y esa mujer me habría escuchado y lo habría mandado a comer babybels con su abuela. No hablo de cualquier hombre, veamos, sino de uno de esos hombres que hablan de tu *trabajillo*, o del dinero *para tus gastos*. Uno de esos hombres que ningunean cualquier cosa que haga una mujer, para que su frágil masculinidad no se tambalee. Uno de esos hombres como Ramón.

Ramón, exacto, en estas estábamos. En lugar de ir a su casa, esperé a la mañana del jueves para ir a hablar con él. Siendo como era un hombre de costumbres, sabía que acudiría al partido de golf con Polo antes de comer. A pesar de las separaciones y los divorcios, también Leona y yo manteníamos nuestros partidos de pádel cada semana en el club, pero habíamos movido el día para no tener que toparnos con ellos. En el trayecto al club Náutico, tuve oportunidad de echar de menos mi coche por primera vez y mandé un mensaje de audio a Sassa mientras cruzaba el Parque central, que luego acabé borrando. Le pedía que cogiera una cita con el concesionario ahora que aún lidiábamos con el parte del seguro, pero pronto caí en la cuenta de que Marco no lo vería apropiado. Tenía que volver a revisión y confirmar que mi vista iba a estar bien, antes de volver a sentarme al volante. Entendí que, por el momento, ya había hecho suficientes destrozos en el barrio.

Mientras mis pies ligeros hacían la bajada por la escalinata de mármol blanco del club, yo me recogía los bajos de mis pantalones palazzo blanco para no tropezarme con mi propio paso. A medio camino me paró Penélope, la cirujana plástica del barrio, y me convenció de que si me quitaba pronto la cicatriz de la ceja sería más sencillo y nadie llegaría a notarlo. Me insistió en la importancia de que nadie me lo notase, «porque, ¿no querrás que te lo note nadie?», y casi me tenía persuadida, cuando de fondo escuché a Ramón, que conversaba con Polo y un matrimonio. Los cuatro estaban sentados en la mesa de la esquina, de la que Ramón siempre se había quejado cuando yo la escogía porque «aquí sopla siempre un terrible ponientazo», pero eso eran las rupturas: una vez algo acababa, el objetivo era hacer justo lo contrario de lo que hasta ese momento habías hecho, de modo que quedase patente que TODO había cambiado. En lo que a Ramón concernía, ahora esa debía ser la MEJOR mesa de toda Santauro, poniente incluido. ¿Qué era un poniente de 35km/h igualmente? Una agradable brisilla marina.

Percibí desde lo lejos cómo trataba de colocarse las gafas de sol sobre el pelo para controlar sus mechones batidos por el viento y me sonreí para dentro al recordar cuánto odiaba despeinarse. Me despedí animadamente de Penélope, bajo la promesa de que pronto Sassa la contactaría («antes de que nadie lo notase»).

—Aprovecha y ponte el bótox esta vez por prevención. La idea es que las arrugas no salgan, pase lo que pase.

Desde allí enlentecí mis pasos, cada vez menos segura de querer acercarme. Si resultaba que era Ramón quien había provocado mi accidente y había tratado de hacerme chantaje, ¿debería de notárselo? Claramente su reacción me haría darme cuenta de que algo ocultaba, habían sido muchos años de entrenamiento pillándonos las mentiras el uno al otro.

—Mueve los activos a Portugal y desde allí gestionamos. —No había duda. Era la voz inconfundible del que fue mi marido durante ocho años.

Escena 2: «Ramón me miró horrorizado»

—Uy, Portugal no, ¡qué escándalo! Mira este chico al que están linchando en redes por haberse mudado con la novia a Lisboa... ¿Cómo se llamaba el chaval? —Chasqueó varias veces los dedos de una mano y siguió—. Ahora todo el mundo está pendiente de estas cosas.

Contestaba la mujer de la pareja con la que Ramón y Polo almorzaban en el club, pero a ninguno de esos dos recordaba haberlos visto antes. Supuse que serían las nuevas presas de nuestros exmaridos: Leona ya me había puesto en sobre aviso referente a su reciente alianza. Al parecer, ahora eran ellos los que andaban inmersos en sus *trabajillos*: obras en la comunidad, nuevas promociones, seguros sobre locales, movimientos a paraísos fiscales.

—¿Qué chico? —preguntó el marido.

—Creo que se refiere a Rolvial, el futbolista, ¿no? —Polo lo dijo mientras se ajustaba el cuello de su camisa y se subía ligeramente las mangas doblándolas con precisión sobre su antebrazo—. Mira, si quieres generar patrimonio, la manera es esta. Lo que dejes en este país, te lo quita el estado —sentenció e hizo un aspaviento con las manos, como si el dinero se esfumase de forma mágica.

—La gente va a hablar igual, ¿eh? —y Ramón subió el tono al final de la frase, de ese modo que me resultaba tan familiar, como si buscara tu aprobación nerviosa sin saberlo—. Tú haz lo que tengas que hacer para protegerte a ti y a tu familia. No puedes pretender satisfacer a todos.

—Ni a todos, ni a todas, ni a todes —añadió el marido, con una sonrisa.

Bufé porque esa había sido mi vida durante muchos años. Es extraño como el enamoramiento hace que no veas lo que es obvio. Veía a Ramón con absoluta claridad hablando con aquella pareja: el flequillo despeinado, la piel más tostada de la cuenta en un bronceado pasado de moda, el olor cutre a vainilla y tabaco, el cordón de oro bajo el cuello, los dos botones del polo desabrochados. Seguía siendo aquel tipo de facciones grandes y bonitas que conocí en Cabo de Gata, en unas vacaciones con amigas. Aún recuerdo el: «apuesto a que a te da miedo bucear» que me dio la risa. Pero verás: la infertilidad se lo come todo. La infértil no era yo y según las pruebas, tampoco él, sino todo nuestro matrimonio, la unión resultante de su cuerpo con el mío. Eso me generaba algo de paz: la única vía posible para los dos había sido la ruptura.

El caso es que bufé y Ramón era especialista en identificar mis sonidos de queja. Fue Polo el que se adelantó con un cómo estás, Mayita, ya me contó Leona cuando le dejé a los niños, qué susto que debes de haberte llevado, pero mujer es que te veo muy bien, a ti ni la muerte te quita esta cara tan guapa que tienes, pero es que mírate. El matrimonio se quedó sentado mientras Ramón se despedía metiéndose las llaves y el paquete de Winston en el bolsillo. Saludé con un golpe de mentón a todos y comencé a caminar hacia la playa, sintiendo cómo Ramón caminaba algunos pasos tras de mí.

Me descalcé las sandalias con la mano derecha al entrar en contacto con el calor de la arena. Coloqué entonces el bolso sobre las hamacas y pedí una kombutcha de jengibre y limón al camarero que vino a abrírnos la sombrilla. Aquella había sido nuestra mesa y nuestra sombrilla durante los ochos años que habíamos venido al club varias veces por semana, por lo que cada gesto formaba parte de un hábito que ni toda la amnesia del mundo podría haber destruido: era la coreografía de todo un matrimonio. Podría haberlo olvidado todo —todo— y aun así habría encontrado esta mesa de madera de teca y esta sombrilla de rayas rojiblancas que había protegido nuestras discusiones de los vecinos curiosos tantos años.

Me bajé las gafas de sol y, con cierto melodrama, dije:

—He necesitado morirme para darme cuenta de lo poco que te favorece el fucsia. —

Ramón se quitó las gafas de sol polarizadas de pasta negra y se dio volumen al flequillo sin decir palabra—. ¿No te regalé yo ese polo? —continuó—. Es espantoso. Si sigues sin usar protección se te va a poner la frente como un acordeón. Por no hablar del melanoma. ¿Sabes que el sol produce cáncer? —lo decía en serio, me alteraba profundamente el poco cuidado que había procurado siempre a su salud, como si la vida no fuera un regalo—. No entiendo que a tu edad no lo tengas en cuenta. Siempre has creído que ibas a vivir para siempre, ¿verdad? Nadie vive para siempre, Ramón, tú tampoco.

Mi (ya casi) exmarido negó con la cabeza.

—Tampoco tú por lo que sé. —Mordió la patilla de sus gafas de sol y el labio se le dobló al sonreír.

¿Había sido eso? ¿Había sido esa sonrisa macarra la que me había engatusado tantos años atrás? Podría ser. Es difícil descubrir cuál es el gesto exacto, el comentario justo, la mirada precisa que enciende la mecha de todo lo que viene después, pero si tuviera que apostar a estas alturas, creo que sería justo esa sonrisa la que me hizo enloquecer. Porque una tiene que estar loca, borracha, vencida, para no ver todas las señales que como un neón luminoso aparecen por el camino y te dicen: «Por ahí, no, Mayita. Por ahí te estrellas segurísimo».

El camarero me sirvió el kombutcha en una copa de balón con tres grandes hielos con forma de peces tropicales y una banderilla verde agua encima. Le di el primer sorbo mirando al mar y traté de enfocar a los que me parecieron que eran los trillizos de Leona jugando a las palas en la orilla, siendo cada vez más evidente que me tenía que revisar la vista. El mediano, Caye, levantó hacia mí la mano y lo saludé de vuelta con efusividad, sorprendida de lo mucho que habían crecido en este último año, solo para darme cuenta unos minutos después de que el que me había saludado había sido Cosme.

—¿Es que tú no tienes sed? —pregunté, disfrutando de mi bebida.

—Lo cierto es que voy con prisas —dijo y me miró con impaciencia, a la espera de que mostrase alguna pista del motivo por el que lo había ido a ver—. Dime qué quieres y acabamos con esto de una vez.

Ahí estaba de nuevo el que una vez creí que sería el amor de mi vida. ¿Por qué lo preferí a Marco? ¿Por qué cambié a un tipo cabal, inteligente y guapo por esta broma de marido? Tuvo que ser esta sonrisa.

—No me has llamado, Ramón.

—No te he llamado —repitió—. ¿No te he llamado? —me preguntó.

—¿No es raro? Me he muerto y no me has llamado.

Abrió mucho los ojos y se sonrió.

—Estás dolida —lo dijo con cierto gusto.

—Como mínimo extrañada.

—¿Por?

—Es sospechoso.

—¡Sospechoso! —Se peinó el pelo con los dedos como un rastrillo, domando el flequillo que a duras penas resistía al poniente que soplaba desde la orilla. Reclinó su cuerpo hacia mí, apoyando los codos en las rodillas y susurró: ¿Y de qué soy sospechoso exactamente?

—Yo solo digo que lo lógico, lo normal, lo correcto... habría sido que, como poco, hubieses llamado para saber cómo estaba al volver de la otra vida. Al menos por cortesía, por vergüenza... qué sé yo. ¡Aunque fuera por intriga!

—Estamos divorciándonos, ¿qué esperabas? ¿Qué te enviara flores y una tarjeta de *ponte buena pronto*?

—Me habría bastado con un mensaje cortés. Algo del tipo: «qué bien que, aunque te hayas muerto, luego te hayas decidido a volver».

Se rio y me cogió el balón de kombutchá de la mano. Le dio un par de sorbos y me dijo:

—No sé cómo bebes esta mierda.

—Es buena para las bacterias del intestino.

—¿Y no te da pedetes?

Traté de no reírme y resoplé, quitándole mi copa de balón de la mano.

—Fui a verte al hospital. —Había dejado de sonreír ahora.

—No te creo.

—¿No me crees?

—No te vi.

—Eso es otra cosa —dijo y me miró de reojo, luego volvió la vista al mar antes de seguir—. Me quedé fuera de la habitación, pero he hablado con los médicos varias veces hasta saber que estabas bien.

—¿Y eso cómo puede ser?

—Sigo siendo tu contacto de emergencia. Fui la primera persona que supo de tu... de tu...

—De mi muerte, dilo.

—De tu muerte. —Y volvió la vista hacia mí.

—Me habría gustado saber que viniste a verme —admití.

Ramón cruzó los brazos sobre su pecho.

—¿Qué necesitas de mí, Maya?

Hundí los pies en la arena mientras apoyaba mis dos palmas sobre la hamaca, tratando de pensar en el mejor modo de formular la pregunta que tenía en mente, a sabiendas de que no había una manera lógica de preguntar ciertas cosas.

Preferí entonces dejar que la muñeca hablara sola. La saqué de mi bolso y la extendí en su dirección.

Ramón no quiso cogerla y me miró horrorizado.

—¿Tú sabes qué es esto? —le pregunté.

Escena 3: «Algo no funcionaba del todo bien»

Ramón me dijo «Esto no tiene ningún sentido» y yo asentí. ¿Pero qué tiene sentido tras la muerte? No hay nada normal ni lógico en volver de un sitio así. De repente, el orden natural de las cosas deja de ser tal. De pronto, hasta lo más cotidiano se convierte en un evento excepcional, como que salga el sol por Cala Nueva al nacer un nuevo día, como que existan moldes de peces tropicales para hacer hielo sobre el que servir mi kombutcha, como que Leona pueda tener seis criaturas y yo sin embargo pueda seguir desperezándome tranquila cada mañana en mi villa, sin que nadie me despierte cada noche...

En los siguientes días, traté de centrar mi mente en el trabajo. Podrían decir de mí cualquiera de las pamplinas que seguro dirían, pero nadie podría decir de Maya Conesa que estuviese asustada de trabajar como la que más. Hay quien piensa que adivinar es oficio fácil, que es algo así como escribir. Seguro que Celina pensaba que lo suyo es mucho más complicado que lo mío, pero eso es porque raramente se entiende el esfuerzo que conlleva un don, el mantenimiento que exige que no se oxide, la formación continua, los recursos que hace falta movilizar, el tacto que hay que cultivar. Por no hablar de la exigencia de demostración constante de que no eres como esos charlatanes que se autodenominan coaches, o terapeutas, psicólogos o chamanes, que te cobran lo que les pidas, para luego no ayudarte. ¿De qué sirve que cobren si luego tienes que hacer tú todo el trabajo como paciente? Es una absoluta estafa. Yo no le decía a nadie: «si no sales de aquí satisfecho, será que tú no te estás esforzando lo suficiente». ¡Faltaría más! Pero esos otros charlatanes sí. Si acudías a ellos con un problema y tras un tiempo de trabajo juntos el problema seguía donde siempre, el problema siempre eras tú. No estás trabajando en casa, no estás haciendo lo que se te pide. ¿Asumir responsabilidades mientras te llenas los bolsillos? Eso nunca. Pero lo mío era diferente. Yo he ayudado a más gente de la que cualquiera de ellos podría atender en mil vidas. En mi villa he recibido a todo tipo de personajes importantes: La Sacerdotisa sabe más de lo que se cuece en política que el hem ciclo entero del congreso de los diputados de este país y de algún otro. Y todo esto me había llevado años cultivarlo. Un perfil como el mío no se apagaba de un día para otro: tenía una empresa, un contrato con una agencia, un personaje público de alto mantenimiento con el que ni la muerte iba a poder.

Una tarde que amenazaba con luna menguante, me percaté de que algo no funcionaba del todo bien. Empezó como un pajarillo que revoloteaba en el fondo, como una insidiosa distracción. Una luz pulsátil que me hacía perder el foco cuando trataba de concentrarme. Pero pronto lo sentí como si aquel pájaro y su familia hubieran anidado en el centro mismo de mi cerebro y estuviesen todos batiendo las alas a la vez. La distracción era constante, así que hice lo único que sé hacer: le pedí al Tarot una respuesta, una guía, un Faro, y saqué una sola carta al azar, de modo que yo pudiese conectarme con la Sabiduría y entender qué me pasaba, de dónde me venía esta intranquilidad, esta sensación de que algo no iba a ir como yo imaginaba.

La carta, tal como anticipó Lula, no fue favorable:

«El Carro», dije para mí.

No contenta con la respuesta, barajé y volví a sacar una nueva, con la intención clara de manipular mi suerte.

El Carro otra vez, pero esta vez invertida. Casi como un aviso para no seguir insistiendo.

Entendámonos: El Carro representa conflicto contra fuerzas superiores y contra los propios defectos internos. El Carro nos dice: «aporta o aparta». El Carro habla de una guerra fuera o dentro. ¿Qué guerra? ¿Por qué no podía conectarme con mi don? ¿Por qué no entendía? ¿Por qué todo lo que me venía a la mente era la dichosa muñeca que me entregaron en la fiesta y que desencadenó todo? ¿Por qué no era capaz de ver con claridad la cara de la persona que me la

había entregado? ¿Por qué, quienquiera que fue, se empeñó luego en que volviese a mis manos a través de Celina? Nada tenía sentido en mi vida y mi don, como había ocurrido en el día de mi muerte, no me estaba ayudando.

Al final de aquella tarde, Sassa apareció por casa para ayudarme a preparar el evento de Cassandra. Entró como siempre lo hacía, ajena a los asuntos que no estuvieran cuadriculadamente agendados en su carpeta, recitando el orden del día y organizando al personal, al que ella misma abrió la puerta.

—Noventa y nueve asistentes confirmados. El coche nos recoge en setenta y... —dijo y comprobó su reloj analógico, después continuó— tres minutos. Aquí tienes tu café doble y... tienes mala cara, ¿estás bien? —Dejó el café que traía en la mano derecha sobre la mesa principal y me ofreció el otro—. No, mejor esto: coge esta doble tila. Quise traer ambas opciones para asegurarme de que no te faltasen.

Después irrumpió en el salón la maquilladora, los dos peluqueros, las tres personas que atendieron mi vestuario y la fotógrafa, que había pedido que fuera Fede. Me arreglaron en mi habitación y comencé a repasar el guion que me había dado la agencia y que esos días me había preparado, con la horrible sensación de que aquella noche no acabaría del modo en que la agencia y la propia marca habían planeado.

Estaba con el pelo plagado de rulos, como una artista en decadencia, de los cincuenta, cuando Fede calibró su objetivo:

—Pues no tienes el mejor aspecto, no—. Miró la pantalla de su Canon con cierto disgusto—. ¿Tú estás bien?

Capítulo VIII: **LA JUSTICIA**

Esta carta representa la Justicia, a la Ley Suprema, una carta de equilibrio que implica con frecuencia el orden natural de las cosas.

En este arcano vemos a una mujer con una corona, que lleva en su mano derecha una espada y en su mano izquierda unos platillos.

Escena 1: «Pienso que por fin voy a verla»

Hay dos grandes globos dorados que coronan la entrada de mi propia villa y dos camareros poderosamente engalanados que los sujetan, cuando cruzo el jardín que da a la escalinata. Los azulejos de La Sacerdotisa brillan con los fogonazos que expulsan los faros de los coches al llegar. De allí se bajan personas que no reconozco, pero presiento familiares. Allí está Leona con un traje rojo y una larguísima pierna al aire, camina con aplomo y sin perderme de vista. A ella sí la reconozco. También reconozco a Alexandra, que se ha encargado del cáterin como siempre hace en Santaurora. Veo sus famosas hamburguesitas veganas con alioli de anacardos. Oigo a los invitados: están encantados, todo está riquísimo. No veo, pero sí oigo, a Bé. Sé que es ella y reconozco la melodía de su piano, siempre alegre y fresca... y me dejo embriagar por la cadencia encantadora de esta maravillosa fiesta.

Hemos pasado al jardín y he decidido dejar el móvil en una cesta. No quiero estar subiendo imágenes sin editar, el contenido de hoy bien merece que dediquemos tiempo a que luzca como nunca. Tampoco quiero perderme nada, no quiero distracciones estúpidas, al fin y al cabo, es mi cumpleaños, y yo lo único que quiero es pasarlo bien. Vengo preparada para eso, para una noche de ensueño, y aunque mi atuendo me aprieta tras tanto tratamiento —no he conseguido quitarme los dichos kilos que la in vitro me dejó encima—, me siento bien. ¿No es raro sentirse tan bien? De hecho, no me siento bien. Es que me siento muy bien. Y nada puede pasar cuando te sientes tan bien, ¿no es así? Cuando algo malo va a ocurrir, te sientes mal. Se te agarra el nervio al estómago, tu mente anticipa, notas cosas. Yo siempre he notado cosas, justo así es como me he ganado noblemente la vida. Notando. Soy *notadora* profesional. Alguien que nota y es pagada por notar. Un vistazo a las cartas, en ocasiones un simple apretón de manos y ¡zas! El calambre. Un pinchazo y ahí estaba. Era claro que algo saldría mal. Pero hoy todo está fenomenal: mis hermosas y ondulantes caderas me llevan de un lado al otro del salón y yo paro aquí y allí para dar dos, tres pasos de baile con mis invitados. ¡Buenas noches, querida! ¡Qué preciosa estás hoy! ¡Pero qué escándalo de bolso! ¡Qué increíble elección de zapatos! ¡Qué maravilla de casa, mucho más imponente de lo que había imaginado! Todo está bien. Más que bien. La Sacerdotisa está llena de gente guapa, feliz y rica, y en ambiente así, una necesariamente ha de estar protegida de los males mundanos, porque si no es así, ¿dónde demonios están las instrucciones de todo? Todo tiene aspecto de estar bien y yo así me pienso sentir. Mis pensamientos son mi elección. Mis emociones son mi elección. Es agradable sentirse querida. Es agradable sentirse admirada. Es agradable sentirse copiada y celebrada.

He dado dos besos efusivos a Paco y Doña Cecilia, que han hecho una generosa donación a la revista de Leona, Socialité, y están los tres en una esquina hablando de la dirección editorial de los siguientes meses. Se los ve encantados de hacer planes. Diría que se sienten fuertes y poderosos haciendo planes. Seguro que piensan: «ponemos esto aquí y allí en el calendario y, si está aquí escrito, los eventos transcurrirán tal y como los decidamos». Diría que creen tener las instrucciones, las riendas de todo. Planean y asienten y están en la cima del mundo. Se sienten poderosos, elegantes, guapos.

Siento los flashes de Fede, que me persigue en un baile en el que fingimos robados que en realidad son posados, pero lo importante es lo que al final se ve y las dos lo sabemos, así que sigo moviéndome como una de esas bailarinas de cuerda sobre el tablero. Ahora todos nos movemos como bailarines de cuerda sobre un tablero. Estoy guapa y me siento guapa y no hay ningún hombre en mi vida para verlo y eso, extrañamente, me resulta sensualmente liberador. Qué fabuloso es sentirme tan joven y guapa... y tan aclamada por la crítica. Nada malo puede pasarle a alguien que se sienta así: la felicidad es una evidente vacuna contra la desgracia.

Hay una alegre música de piano de fondo —es Bé, reconozco esta melodía— que caldea el ambiente y un cielo rosa que nos cae en La Sacerdotisa, como un elegante mantón de manila. Hay camareros como pingüinos que nos sirven sin interferir con los ritmos naturales del evento, hay compañeras de la agencia que quieren hacerse fotos conmigo y para las que saco morritos, hay una música que cada vez suena más y más deprisa. ¿Seguro que es Bé?

Alguien ha llamado a la puerta y yo quiero pedirle a Bé que saque el pie del acelerador, que se funda con el ambiente y entone algo más calmado y sencillo, pero algo me ocurre en los ojos: no veo bien. Parpadeo una y dos y tres veces más, pero no. No veo bien.

Sassa me para y me dice que ella abre la puerta y yo recuerdo: han llamado a la puerta. Exacto. Eso es lo que yo quería hacer. Pero la música suena cada vez más fuerte y, si no hubiera tanta gente, Bé, ten claro que te gritaría para que bajases el ritmo, por el amor de Dios ¿Es que no ve lo inapropiado que es? No puedo lidiar con ella ahora mismo, primero tengo que salir a ver. Sassa quiere abrir ella, pero yo no quiero y se lo digo:

—Tú quédate, Sassita, que ya voy yo a ver.

La música se enrosca sobre sí misma, no enfoco las caras de los invitados, el mundo exterior gira a un ritmo diferente al que llevo dentro.

Ahora estoy parada frente a la puerta de entrada, porque alguien ha tocado el timbre y no puedo —¿por qué diablos no puedo?— ver con claridad quién es.

Abro.

Veo una caja. La sujetan unas manos femeninas. Subo la mirada hasta el rostro cubierto por una capucha negra. La figura no me es familiar. Entonces alza la frente y pienso que por fin voy a verla. Pero la visión me confunde: ¿es que no veo bien? La miro, pero solo me veo a mí. Parpadeo para hidratar los ojos y afinar el foco, sin que nada cambie. Me veo a mí, pero desde mi propio cuerpo: sujeto un paquete con las manos y los ojos que miran son los mismos que reciben la visión. Soy yo: sigo sin poder ver.

—Maya —habla Fede—. Maya, ¿me escuchas? —Frunzo el ceño y asiento—. Qué sueño más maravilloso el tuyo. ¡Yo necesito antifaz, tapones en los oídos y silencio absoluto! —dice y fuerzo una sonrisa, confundida—. Y mira tú. Es por el secador, ¿no? El ruido blanco, dicen que ayuda a dormir. Me acuerdo de Leona que lo llevaba siempre enganchado en el carro cuando salía con las repes y...

—Me he dormido —la interrumpo, volviendo a la superficie.

—Vamos. Tienes mejor cara, ¿sí? —dice Sassa, que entra en la habitación como un vendaval.

—¡Mírala! Se ha quedado frita mientras la peinaban —comenta Fede, que sigue impresionada.

—Mejor, así estás más fresca —contesta Sassa y luego le dice a la peluquera—: ¿Acabamos ya, Luchi? En ocho minutos salimos para la fiesta.

Escena 2: «¿Podría morirme y volver una vez más?»

Había sido uno de esos sueños de los que necesitas despertar por etapas, como si cayeras de la ventana de un gran rascacielos con infinitos pisos. Como si hubieses estado metida en una gran escafandra que te cubriese la cabeza cual una ajustada bolsa de plástico y tuvieses que descubrirla a través de un rotundo forcejeo.

La voz de Fede me había guiado hacia la luz y había tardado en reconocerla fuera y no dentro. Qué extraño volver al lugar en donde empezó todo y verlo con los ojos de alguien que ya se había ido y había vuelto: era imposible percibir las cosas del mismo modo. La muerte lo cambia todo. ¿O no?

Me habría frotado los ojos con fuerza de no ser porque llevaba un precioso ahumado a base de sombras violetas, raya del ojo negra, máscara de pestañas y una buena cantidad de pestañas postizas que no hacían más que incordiar. Pero por más que me hubiese frotado los ojos, muy probablemente, habría mantenido la extraña sensación que mantuve después: mi vista no era la que tenía que ser. No solo metafóricamente hablando —¿cómo podía ser que en el sueño mi cara hubiese conquistado la cara de mi misterioso visitante y ahora solo pudiese ver mi propio rostro al tratar de encontrar el suyo?—, sino con toda la literalidad posible. Parpadeé varias veces frente a mi espejo rodeado de bombillas blancas al más puro estilo de una artista de cabaré, y llegué a la misma conclusión a la que tantas veces había llegado desde que desperté tras el accidente. No veía bien. Y aquello comenzaba a ser preocupante.

Nos recogió un coche con una holgada cabina trasera a la hora acordada. Tradicionalmente, la gente bebía champán en aquellos momentos, descorchaba botellas y festejaba, y se usaban las fotografías para mostrar en redes sociales las muchas bondades de la vida abundante de una millonaria *hecha a sí misma*, pero yo siempre fui contenida en mi uso del alcohol. Lo era porque mi cuerpo es un templo y así lo cuido, pero también porque no se puede imprimir clarividencia sin los pies en el suelo, y a nadie le aclara la visión la nube que el alcohol crea.

—Llena también la mía, Sassa —dije mientras se ponía a sí misma una copa de Cristal de la casa Louis Roederer.

Sassa me preguntó dos y hasta tres veces:

—¿Seguro?

Bebí la primera y, antes de bajar del coche, con mis propias manos me serví una más, que vacié sobre mi garganta sin casi dejar que me rozase la lengua al caer. Al final del día, ¿qué daño podría hacerme? No es como si todos aquellos años de estricto ayuno intermitente y de saludos al sol antes de que pusieran las calles me hubiesen prevenido de lo inevitable. A pesar de todos mis grandes esfuerzos, yo me había muerto antes que nadie. A pesar de mi aspecto increíble, a pesar de mis analíticas perfectas, a pesar de mi vida envidiable. Pensé en Matildita y en los dedos regordetes con los que siempre desmiga los cruasanes de chocolate que saca de la Tiendecita de Octavio, y de cómo sabe perfectamente la hora a la que los hornea y pasa casualmente a comprar un periódico que nunca la he visto ni tan siquiera ojeando. ¿Por qué no se había muerto Matildita? ¿No se merecía alguien tan entregada a sus pasiones más bajas morirse más que yo? Yo me había ganado mucho más que ella seguir aquí. Lo justo habría sido que ella, con diez años más que yo y un evidente descuido de su plano físico, se hubiese tenido que enfrentar a la brutalidad de mi destino. ¿De qué se podía fiar una a partir de ahora si en cualquier momento podía desaparecer todo? Mi mente había cogido la insidiosa costumbre de repasar todas las maneras en la que eso podía ocurrir a cada momento: a aquel coche mismo le podría estallar una rueda y mandarnos una vez más a paseo. Alguien podría romper la botella de Cristal y

clavármela en el cuello. El bolso en bandolera que había escogido para la ocasión podría enroscárseme de modo que me estrangulase al salir del coche con paso elegante y todos podrían dejar retratada una muerte de lo más cómica para una influencer. Matildita y todas las Matilditas del mundo seguirían aquí, disfrutando impunes de sus pecadillos, mientras Maya Conesa se montase, una vez más, con el barquero camino a ninguna parte. ¿Podría morirme y volver una vez más? Una vez supe de alguien que habría superado tres accidentes de avión. ¿Sería mi siguiente muerte la definitiva? ¿Ocurriría pronto o tarde?

Suspiré, con la vista en la ventana. No veía nada del exterior: la noche se había puesto sobre Santaurora y presagiaba una velada fresca y oscura, y mis ojos seguían sin enfocar como debían. Sassa no me dijo una palabra, pero me miró con ojos intranquilos.

Llegamos al lugar del evento sin que repasásemos los puntos en la agenda por expresa petición mía. Lo único que necesitaba era descansar y, por lo visto, beber. Bebí hasta cuatro copas y aquello me aplacó el ánimo como no lo hace la kombutcha.

Cassandra había escogido un parque botánico para celebrar su fiesta del noventa y nueve, que es así como ingeniosamente la habían titulado. Era un espacio amplio y exuberante, rodeado de vegetación exótica. El suelo estaba cubierto de una fina capa de césped umbrío que, como si de un gran pulmón se tratara, se veteaba en caminos de albero. Por ellos transcurrían los pies de los invitados, que caminaban por entre unos bellísimos árboles y frondosos arbustos que crecían a los lados de los senderos, desprendiendo un olor espeso y agudo. Las ramas y las hojas que se cruzaban en lo alto creaban una exquisita sensación de exclusividad.

En el centro de la entrada destacaba una fuente de piedra blanca y pulida que escupía agua fresca, produciendo un suave y constante murmullo. El cielo sobre el lugar lucía inusualmente tenebroso, solo moteado por fulgurantes estrellas que hacían brillar suavemente los rostros de los presentes. Ya desde el coche se escuchaba el sonido de una banda de jazz en vivo flotando en el aire, un cuarteto de cuerda que entonaba Chet Baker, y que junto a las risas y las conversaciones creaba una atmósfera tensamente alegre.

Reconocí, por las fotos que nos habían enviado previamente en el dossier de la marca, la casetilla que me habían preparado al fondo del jardín. La descubrí pequeña y pintoresca, construida con madera pintada de un azul marinero y cubierta con luces cálidas que destelleaban festivamente. El techo estaba conformado con tejas de terracota y junto a la puerta de entrada reposaba un banco en el que mis clientas se sentarían a esperarme en unos minutos antes de entrar. Imaginé la gran cola que se formaría, cómo no podría atenderlos a todos, y la sensación familiar me hizo ponerme en situación, como si la campanita del perro de Pavlov lo hiciese salivar de pronto, tras años de condicionamiento parafernalia-trabajo.

Bajé la ventanilla para escuchar el susurro de las hojas mientras Eulalio aparcaba en la gran redondela de la entrada, y un chico joven abrió desde fuera mi puerta para ayudarme a salir.

—Buenas noches, señorita.

Pasar los treinta y cinco (y alguno más), montar una empresa que facturaba anualmente ocho cifras, morirme y volver de la muerte, para que el chico que te abre la puerta del flamante coche que conduce tu chófer te llame señorita y no señora.

Escena 3: «No perdamos los nervios»

Rodeamos el jardín para adentrarnos por la parte trasera y rehuir las miradas de los curiosos. Tenía por sana costumbre acudir antes de la hora y prepararme en condiciones antes de recibir a nadie: mi turbante, mi tapete, mis velas, mi mazo perfectamente colocado. La parafernalia creaba ambiente y no solo hacía las fotos más interesantes. También funcionaba como elemento conductor de un mundo al otro. Una vez que estaba todo colocado, yo sentía que me empujaba hasta el fondo de la piscina. Desde allí, solo tenía que manotear y mover los pies con cierto ritmo para bucear en las vidas ajenas. No es que yo necesitase todo aquel despliegue de decorado, nunca lo había necesitado, pero con los años vi que los clientes sí que lo necesitaban, las marcas también lo necesitaban y el público de algún modo lo agradecía, así que lo adopté y quizá ahora un poco sí que lo necesitaba yo. De cualquier modo, no sería conveniente hacer cambios en mi rutina aquel día, siendo como estaba siendo, un día raro.

En el camino a la casetilla, Sassa explicó a los responsables que nos acompañaban que necesitaría que me dejaran sola. El único requisito que imponía en mis eventos era que las tiradas se hiciesen en la más absoluta intimidad. Me parecía un remedio obligatorio contra los circos mediáticos y el único modo en el que yo podía mirar al trasfondo de los ojos de la persona que tuviera delante. Me despistaban las miradas entre amigas, los comentarios a destiempo, las risas. Cuando deshacía el mazo sobre el tapete requería silencio.

La casetilla era una habitación prefabricada a la que no le faltaba gusto ni encanto. Sus paredes interiores, decoradas con velas eléctricas flotantes y con elegantes ramas de árboles, añadían misticismo y elegancia, sin resultar todo excesivamente recargado. Había una mesa con dos sillas, la una frente a la otra, una pequeña ventanita que daba al cielo sobre ella, un tapete y el mazo, que lo traje conmigo. Una vez que me coloqué, me hice un selfie, lo subí a stories, di el aviso en puerta y entró la primera persona.

Cuando se fue, atisé la gran cola de gente que crecía frente a la puerta de entrada, sujetando sus bebidas y fumando alegremente mientras esperaban a que su fortuna fuera desvelada por mí, por la gran Maya Conesa, por esta risa de pitonisa en la que me estaba convirtiendo, y traté de convencerme de que seguía siendo la que había sido hasta aquel día.

—Yo querría saber sobre... —decía una mujer de mediana edad, con acento del este de Europa y voz titubeante, que se había sentado frente a mí. Acercaba su silla a pequeños saltitos mientras trataba de imprimir seguridad a su voz—. Sobre mi fortuna en general.

Suspiré con menos paciencia de la habitual y ella se irguió.

—Voy a necesitar algo más concreto. Fortuna en general es muy general, ¿no crees? —Percibí su incomodidad y quise retractarme, tomando de pronto consciencia de la dureza poco habitual que mi tono tenía aquel día—. ¿Cuál es tu nombre?

—Petra.

—Petra, querida —dije, ajustándome el turbante sobre la cabeza y rascándome en la nuca, ¿no me apretaba demasiado? ¿Sería que me habían puesto una talla pequeña?—, lo ideal es que tratemos de afinar con las preguntas, de modo que el tarot pueda poner luz sobre lo que de verdad te preocupa. Fortuna en general no es lo que buscamos. Hay que ser un poco más valiente con esto, ¿estamos?

Las cuatro copas de Cristal me habían soltado la lengua y había algo alegremente liberador en decir por una vez solo lo que una quería. Petra asintió, esquivó, retorciéndose sutilmente sobre su silla.

—Digamos que me preocupa que alguien no me esté contando toda la verdad.

—Alguien, alguien... —dije mientras barajaba las cartas atropelladamente sobre el tapete y le

indicaba con un dedo que cortase con su mano izquierda—. ¿Y ese alguien no tendrá sexo masculino?

Petra hizo de sus labios un puño y avanzó con una vocecita tenue:

—Sí.

—¡Ajá! —dije y sentí como el volumen de mi voz retumbaba entre los confines de mi caja torácica—. Un tipo que no dice la verdad. Dónde he escuchado yo esta historia antes...

¿Había sido esto siempre tan aburrido? De repente tenía la amarga sensación de haber presenciado la misma tirada un millón de veces seguidas. Me vi a mí misma sobre el suelo de las Esclavas de Jesús, con mi faldita de cuadros dejando ver unas rodillas tersas y unos muslos mullidos, respondiendo una y otra vez la misma pregunta.

—Querría saber... —Petra miró a ambos lados agarrando el bolso clutch que sujetaba entre las manos, como si hubiese alguien más con nosotras en aquel cubículo. Pensé que una vez que me ponía el turbante y desplegaba las cartas sobre el tapete, con cierta facilidad se me confundía con una de esas charlatanas que decían contactar con el más allá. Carraspeó—. Querría saber si puedo confiar en lo que me está diciendo.

Ladeé la cabeza y entorné los ojos. ¿De verdad necesitaba las cartas para esto? Era evidente que aquella pobre mujer necesitaba conocer la verdad sobre cómo funciona el universo.

—¡Sassa! —grité, con la esperanza de no tener que levantarme del asiento y deshacer todo el cuadro que tenía que montar al entrar en este tipo de eventos. Sassa asomó la cabeza por la puerta, extrañada de que la llamase en medio de una tirada. En los seis años que habíamos trabajado juntas, había sido estricta con las reglas en este tipo de situaciones: móviles en escrupuloso silencio, la cola de seguidores separada de la puerta, el volumen controlado. Bajo ningún concepto podía nadie molestarme cuando había comenzado una lectura, porque cualquier cosa podía interferir en la tirada. Otras energías podrían contagiar lo que las cartas me traían; las miradas, los comentarios, incluso los susurros de los otros me dispersaban de mi foco.

—¿Todo bien? —Sassa miró a Petra más que a mí, quien no supo que contestar y solo abrió los ojos como un búho.

—Tráeme algo más de beber. Tengo la garganta seca —le pedí y me rasqué la base del cuello con inquina y me quejé— ¿Este turbante es de mi talla?

Sassa torció la cabeza y, con voz casi imperceptible, dijo:

—Ehm... ¿Agua?

—No, no. Tráeme esa botella que llevábamos en el coche. Aún le queda algo.

—¿La botella... de Cristal? —se extrañó y entrecerró la puerta un poco más sobre su pómulo derecho, mientras movía los ojos erráticamente en busca de una respuesta que no encontraba.

—Sí, esa, lo que sea —dije y la despaché con un gesto de mano mientras concluía—. Vamos, venga, aquí Petra no tiene toda la noche para que le cuente que su pareja, obviamente, se la está pegando con otra.

—¿Mi parej...?

—¡Oops! —dije, una vez que se había ido Sassa y yo desplegaba siete cartas en forma de cruz sobre la mesa—. Bueno, bueno, no perdamos los nervios. —Ofuscada, me quité el turbante y lo coloqué de cualquier forma a mi lado, en el suelo. Mi coronilla quedó desnuda, con una mata de pelo de punta sobre el remolino central, por culpa de la electricidad estática y un par de nudos que me había hecho en la parte trasera tras tanto rascado—. Igual me estoy adelantando, Petra. He tenido unos días raros, ¿sabes? —le comenté y me pasé los dedos sobre el mechón relamido que caía sin gracia sobre mi frente, luego concluí—: Averigüemos qué te dice el oráculo.

Capítulo IX: **EL ERMITAÑO**

Estamos ante el asceta, el herborista, el guía, pero también el buscador, un arcano que representa la soledad,
la penitencia y la reflexión.

En este arcano vemos un hombre anciano que
supuestamente camina, ya que en la carta no se ven los pies.

Escena 1: «¿Es que no está claro esto?»

—Mmmmm —gruñí, me levanté de mi asiento, de un salto y Petra me miró asustada—. ¡Oh! No hay de qué preocuparse —dije toqueteando las cartas con manos torpes—. Sí, eso es. Todo va a estar bien.

—¿No me engaña entonces?

—¿Engañarte? Seguro que sí, seguro que te engaña —le dije y volví a sentarme. Petra se llevó las manos a la boca y yo continué—: Celina dice que es siempre el marido y, la verdad, así empiezo a creerlo yo también. ¿Es que no hay hombres decentes?

—¿Mi marido? Ah, no, no estoy casada, Maya —dijo con un fuerte acento que tropezaba en las cés.

—Tu novio, tu amante.

El brazo alargado de Sassa se coló por la puerta como la trompa de un elefante y fui yo la que me apresuré en cerrarla, sin darle las gracias, y servir un par de copas que situé en el centro mismo del tapete. Petra dio un tímido trago al suyo y dijo:

—Te preguntaba por mi hijo adolescente.

—¿Tu hijo? —me extrañé. No daba una últimamente.

—Me preocupa. Su nuevo grupo de amigos no me gusta. Esconde cosas, no es claro. ¿Tienes hijos?

Tie-nes-hi-jos, tie-nes-hi-jos. La pregunta que más veces he tenido que escuchar desde que pasé los veinte. ¡Es evidente que no los tengo! ¡Pues no me ves!

—¿Es que no me sigues en redes?

—Macarena te sigue.

—¿Y Macarena es?...

—Mi amiga, la que me trajo esta noche. Me dijo que tu fama te precede. Que te sigue un millón de personas porque siempre aciertas.

—Así que Macarena dice que acierto siempre.

Petra miró las cartas y dijo:

—Bueno... ¿Qué dicen?

—Dicen que... —Por primera vez desde que había desplegado las cartas, me paré a tratar de dilucidar su significado. Había estado tan ofuscada por los eventos de las últimas semanas, por mi muerte, por volver a ver a Marco y que estuviera felizmente recién casado, por mi propio divorcio, por la muñeca tenebrosa, por el turbante tan ajustado, que no había reparado en algo importante—. Dicen que... A ver, a ver... Veamos...

Un Carro encima de una Sacerdotisa cruzados por un Ermitaño y acompañados de... cuál era esta... ¿Una Torre? Qué sé yo. Me había olvidado. De pronto las cartas se habían convertido en un amasijo de dibujos sin ningún significado asociado. Un conjunto de imágenes arbitrarias que abrían la posibilidad a una fortuna y la contraria.

—¿Qué es? —Petra no pudo ocultar su tono de preocupación—. ¿Es un lío de faldas... o algo peor? ¿Drogas? ¿Una banda de esas de... latinoamericanos?

Esto último le costó decirlo, de modo que bajó la voz, pero dejarlo salir le proporcionó evidente alivio.

—Bueno, es que es extraño... —dije frotándome los ojos y noté como algunas de las muchas pestañas postizas que llevaba se quedaban pegadas en mis dedos y la máscara *waterproof* se extendía bajo mis ojos de lado a lado—. No veo bien aquí... —carraspeé y bebí el último sorbo directamente de la botella delante de Petra, quien contemplaba la escena con verdadera estupefacción en este punto.

—¿Se encuentra usted bien, señora Conesa?

Moví mi cabeza de lado a lado, con la esperanza de sentir que algo más que serrín se movía por dentro, quizá deseosa de volver en mí tras lo que parecía una broma pesada. ¿Cuándo había comenzado todo esto? Recordaba con claridad la última tirada tras el accidente y nada parecía haber cambiado hasta ese mismo momento. Hasta aquel día funesto, las cartas me habían hablado con absoluta claridad y ahora... ¿esto?

Sujeté al Ermitaño e hice lo posible por encajar su significado en conjunción con el resto de las cartas de la tirada. Lo volteeé varias veces usando ambas manos, mientras emitía sonidos que ayudaban a aliviar el incómodo silencio que se había generado. Me aclaré la garganta y comencé:

—Eres una guía... anciana...

—¿Anciana?

—Aquí hay un dibujo de un anciano, ¿es que no ves?

—Ah...

—No me interrumpas, por favor. —Cerré los ojos con fuerza y estudié el orden de mis palabras, tratando de hacerlo esta vez mejor—. Eres una guía... para tu hijo... que necesita que lo guíes... guiándolo...

—¿Ajá?

Abrí los ojos y buscando una suerte mejor, agarré otra carta al azar, La Sacerdotisa. Bien, La Sacerdotisa. Esta carta siempre me traía buenas sensaciones. Veamos, qué podría decir de ella en este caso.

—Y es interesante que haya aparecido justo con La Sacerdotisa, ¿sabes? Es muy, muy interesante...

—¿Lo es?

—Claro... La Sacerdotisa es una carta muy interesante... —carraspeé otra vez—. Y bonita, mira... ¿la ves? Yo la mandé a hacer en azulejos azules para la puerta de mi villa. La villa que me construí gracias a esto, a adivinar el futuro, a leer estas cartas tan... bonitas...

—¿Entonces esta carta indica que mi hijo me miente... por una chica?

—Eso es. Hay una chica. Tú eres una guía (anciana) y esta Sacerdotisa de aquí es la chica. ¿Ves que La Sacerdotisa tiene anatomía claramente femenina? Claramente una mujer, y siendo tu hijo un chico, pues esto será una chica...

—¿Y es buena chica?

—Bueno, no nos desviemos, la pregunta inicial era si te mentía y aquí ves que es evidente que... ¿sí?

—Entiendo...

—¿Entiendes? —pregunté, con la esperanza de dar por concluida aquella humillante velada tras la que me prometí que daría con la causa de mi atoramiento, de modo que pronto volviera a recuperar mi *visión* y, con ella, mi vista.

—¿Supongo? —contestó.

—¿Es que no está claro esto? —dije y tiré las cartas de mal modo al tapete y comencé a recogerlas de vuelta—. No es culpa de las cartas que haya quien no sepa poner orden en su casa. Tu hijo necesita una guía, que eres tú, que lo ha dicho el oráculo, y hay una chica... una chica. Lo que querías saber ya lo sabes, así que hala, gracias y buenas noches —me levanté para acompañarla a la puerta, empujándola hacia la salida mientras me despedía enérgicamente de ella—. Haz el favor de llegar a casa y sentarte a hablar con tu hijo antes de que te venga a casa con un disgusto. Que están los adolescentes hoy en día con el TikTok y estas cosas...

—Pero si mi hijo ya está hecho un hombre...

—¡Pues peor me lo pones!

Y de un último empujón certero, conseguí sacarla de la casetilla. Atisé por la ranura de la puerta la gran cola que se había formado y atranqué el pomo con una cajonera de pasillo que habían usado para decorar la estancia. Me quité las pulseras, me recogí el pelo y me arremangué antes de ponerme frente al espejo del pequeño baño que incluía la casetilla y que solo conformaba un aseo y un lavabo sobre el que coloqué el mazo de cartas sin ninguna ceremonia. Estiré la mano para dar con el interruptor de botón que se ocultaba tras la entrada del baño y al pulsarlo caí en que estaba encendido y no apagado, a pesar casi no poder vislumbrar mis propios rasgos sobre el espejo. Percibía dos grandes manchurroneos bajo mis ojos que me conferían una imagen de mapache trasnochado, un bulto sobre mi cabeza que se correspondía con mi improvisado recogido y ni rastro del resto.

Pensé entonces que no podría ser casualidad que justo al mismo ritmo estuviese perdiendo mi capacidad de adivinar lo que predecía el oráculo, que hasta ahora tan claramente había entendido. Que tendría que haber un hilo en algún lugar del cosmos que uniese mi vista física y mi visión espiritual. Los ojos del cuerpo y los del alma.

Comenzaba a desdibujarme por fuera a la par que perdía la capacidad de ver por dentro.

Escena 2: «Maya, no te esperaba hasta pasado mañana»

Fue Sassa la que se empeñó en negociar con la agencia el cobro del bolo, pero a mí me resultaba indiferente. Entendí que la marca no quisiese pagar el importe intacto tras haberme escabullido por la puerta trasera después de aquella tirada desastrosa, y todo lo que podía pensar era en la suerte que tuve de que el chófer, Eulalio, hubiera dado conmigo en el caminito poco iluminado que llevaba al coche y me hubiese llevado de la mano hasta el asiento de atrás, evitando un espectáculo que, de otro modo, habría acabado en primera portada de todos los tabloides.

Él me llevó a casa, él me acompañó de la mano a la puerta, él me preguntó hasta seis veces si no quería que me llevara al hospital más cercano al ver que no me entraba la llave en la puerta. Allí a mi lado, con una chaqueta que no cerraba y los pelillos del pecho trepándole por el cuello de la camiseta blanca, yo trataba de quitarle peso a lo que empezaba a pensar que lo tendría:

—¿Es que nunca te has pasado con el Cristal?

—Pues verá usted que soy yo más de cerveza...

Me pareció justo y le di dos palmadas sobre su muñeca cuando crucé por la puerta, no sin prometerle que mañana a las diez me llevaría al hospital para que averiguásemos qué era aquello que le sucedía a mi vista, pero no le pude explicar que yo de aquella guisa no me plantaba delante del jefe de servicio del hospital al que mañana me llevaría.

Apagué el teléfono para dormir, sin mirar como nunca miraba los muchos mensajes que me enviaban mis fieles seguidores y sin miedo a saber si me habrían etiquetado aquella noche en mi huida, ya rendida ante cualquier posibilidad que me trajera el universo. Con la sola necesidad de desconectar durante las siete horas de oscuridad que daría la noche de tregua, me rendí a no dar explicaciones de nada a nadie: ni a Sassa, ni a mis seguidores, a mis padres, a Lula o a mis amigas. Me pregunté entonces qué vida tiene una si no rinde cuentas ante quien la mira y observa, ante quien la venera y la cuida.

La gaviota habitual que sobrevolaba mi jardín no cantó en la mañana su coro lastimero, más bien fue el gemido desgarrado de un pajarraco desafinado. No desayuné mi jugo de apio ni caminé mis pasos. Tampoco visualicé, ni medité, ni saludé al sol, ni siquiera ajusté mi vibración energética. Tragué seiscientos miligramos de ibuprofeno para sobrevivir al martillo hidráulico que taladraba mi cabeza tras el alcohol de la noche anterior y bajé en busca de Eulalio, que me esperaba tieso como un clavo para llevarme al hospital, como si no se hubiese movido en toda la noche desde que lo despidiera el día anterior.

—Buenos días, señorita Con...

—Señora, Eulalio —dije mientras me agarraba de su brazo para entrar—. Que no estaré ya casada, pero mira qué cara llevo, ¿ves? —dije retirándome las gafas de sol, que me protegían de los destellos que comenzaba a ser lo único que seguía viendo con claridad—. Estas arruguitas que tengo alrededor de los ojos dicen que ya tengo una edad.

—Está usted estupenda...

—Maya —dije agarrándome más fuerte de su brazo y sentándome—. ¿Cuántos años llevamos ya juntos, Eulalio?

—Este hará cinco.

—Llámame Maya.

En el camino al hospital tuve tiempo de pensar en lo extraño de mi oficio todo este tiempo. En cuánta gente me conoce o cuánta cree hacerlo. Eulalio, por ejemplo: cinco años llevándome de un sitio a otro con pulcra puntualidad. Cinco años de saludos cortos, conversaciones comedidas. Habíamos hablado de un montón de cosas insignificantes durante los

atascos, en las entradas y salidas al coche, pero yo no sabía nada de él. ¿Tenía hijos? ¿Estaba casado? ¿Amaba conducir o quizá odiaba su trabajo? Toda esta perfecta coreografía que orbitaba como un gran satélite alrededor de mi vida comenzaba a hacerme pensar que a nadie conocía del todo y que nada era lo que parecía.

Digamos que, si hubiese habido cualquier otro hospital al que ir, eso habría hecho, pero siendo mi salud delicada como lo era y habiéndome literalmente muerto tan solo hacía unos días, hasta yo entendí que no era momento de juegos. Cuando le comenté a Leona que quería cambiar mi historial a otro centro, con tal de no tener que ver caras conocidas, me insistió en que no dejase que mi pasado nublasen mis posibilidades de una pronta recuperación, y que no hiciese tonterías, este era el mejor hospital de la provincia y los que habían visto de cerca mi caso, así que no tenía sentido hacer cambios a estas alturas.

Desde el coche me dirigí directa al ascensor, no sin ciertas dificultades, para ir a la planta de medicina interna. Llevaba unas enormes gafas de sol negras que me hacían de algún modo más cómoda la situación de no ver bien, como si protegiesen mi pequeño secreto mientras encontrábamos el modo de resolverlo. Como si los demás pudiesen ver lo que me ocurría con solo mirarme de frente y aquellos cristales oscuros me proporcionasen cierta intimidad. Porque esto habría de tener solución: cada vez que un mal pensamiento me cruzaba la mente, me aseguraba de no dejar que anidase para vibrar a la frecuencia correcta. Me decía: «destruyo mi relación con la ceguera» y sabía que eso haría, antes o después, que volviese a ver de nuevo. Cuando digo que lo sabía, quiero decir que lo sabía, no estaba dispuesta a dejar que la más mínima duda sobre el futuro de mi salud dependiese de otra cosa que no fuese mi firme intención de ponerme bien. Los sanitarios seguro que tendrían mil explicaciones sobre este asunto que yo muy amablemente escucharía, pero lo importante era saber que el universo estaba conspirando en este punto para que yo ya empezara a ponerme bien.

—Maya... —Marco apareció por casualidad en la recepción de planta antes de que me sentara en la sala de espera. Venía con su bata blanca sobre una camisa celeste de cuello mao, y maldecí al cosmos por hacer su trabajo y no nublarle también la visión del lateral de su cuello, ¿es que no me estaba quedando ciega? ¿No parecía un chiste macabro que algunos de estos detalles los percibiera con tan precisa nitidez? El músculo de la mandíbula me tensándose al hablarle, su enorme mano izquierda sujetando una botella de agua de plástico de dos litros, su lengua viva entre los labios relamiéndose las gotas que quedaban mientras cerraba el tapón antes de hablarle—. No te esperaba hasta pasado mañana. ¿Está todo bien?

Me re Coloqué las enormes gafas de sol con miedo a descubrirme, agarrada a la estúpida idea de que si no me veía los ojos nadie notaría que, aunque en estructura parecían normales, habían perdido casi toda su función.

—¿Podríamos hablar? —contesté con una pregunta.

Escena 3: «Cuando hablamos de salud, todo está bien solo hasta el preciso momento en el que deja de estarlo»

La oficina de Marco se parecía más a la de un aburrido director de departamento de recursos humanos que a la del excitante profesional salvavidas en el que un día creí que se convertiría. Supuse que eso era lo que ocurría cuando subías en la escalera sanitaria y, una vez llegado arriba, solo te quedaba la bata para demostrar que tiempo atrás también tú supiste sacar un estetoscopio y auscultar una taquicardia.

Mientras tomábamos asiento el uno frente al otro, separados por una gran mesa blanca de madera maciza, recordé quién fue él durante los años de residencia, quiénes fuimos nosotros... y me hizo gracia pensar que algún día creímos que podríamos superar nuestras diferencias. Lo dibujé en mi mente a la salida de una guardia de cuarenta y ocho horas, una en la que lo esperaba con mi antiguo Volkswagen azul en la puerta de urgencias para llevarlo a casa, a la que fue nuestra casa un tiempo. Lo recordé con los mechones despeinados cayéndole sobre la frente y oliendo a hospital, entrecerrando los ojos como un vampiro al volver a ver la luz de día mientras me regalaba una sonrisa de cuento. Pero claro, eso fue mucho antes de ser yo Maya Conesa, la gran terapeuta del tarot, y él Marco Tafarena, el jefe de servicio de medicina interna de Quirat, el hospital privado más reputado de la zona; mucho antes de Santaaurora, mucho antes de las líneas de expresión —¿ya arrugas?— que hoy cubría con estas gafas negras que aún no me había atrevido a quitarme. Hasta ahora.

Abrí mis ojos exageradamente y parpadeé varias veces antes de decírselo:

—Marco, escucha: yo... no veo bien.

Marco giró su cabeza y dio con un lápiz sin punta amarillo y negro tres veces sobre la carpeta con mi historial, que había cogido antes de que nos sentáramos. Se rascó la barba y acto seguido se levantó, para rodear la mesa y acabar por sentarse a mi lado.

—No ves bien.

Sacó del bolsillo superior de su bata una pequeña linterna y, después de mirarme con ella los ojos, que en anticipación yo había maquillado como había podido aquella mañana, la devolvió al bolsillo de la que lo había sacado. Como movida por un acto involuntario, recogí mis gafas para volver a ponérmelas, pero él me paró con su mano.

El tiempo juega con sus dimensiones en momentos como ese. Un roce, una caricia... Un segundo se dilata y abre, de una vez, la puerta a algo que hasta entonces habías escondido. Hay una especie de memoria en la piel de los que han sido amantes. Un tipo de lenguaje ajeno al resto, que no se olvida. Los caminos pueden separarse, las personas cambiar, los días sucederse sin rastro de lo que un día fuisteis, pero basta con un roce fortuito, una pequeña colisión de carne contra carne para que la mecha prenda. Al principio no es más que una pequeña chispa, pero si no se toman las medidas adecuadas, esa mecha pronto incendiará colinas y valles, arrasará con años de construcción en la dirección adecuada. Así ocurre siempre. Y lo hace a pesar de la edad, de los problemas, de los años. Ocurre por más que una haya vuelto a amar o haya acumulado otros desamores, o incluso se haya muerto... y después dejado de ver con claridad. No del todo, por lo visto, porque los gestos de Marco, el estudiado baile del anverso de su antebrazo al pasarse el lápiz de un dedo al otro, yo lo veía fenomenal.

—¿Y esto desde cuándo te pasa?

Volví a ponerme las gafas para recuperar la compostura y comencé a hablar:

—Digamos que desde que desperté he visto... raro.

—Explícame mejor, Maya.

—¿Mejor cómo?

—«Raro» no funciona como criterio diagnóstico.

Resoplé.

—Al principio pensé que era fruto del cansancio, algo relacionado con el coma, una extraña consecuencia del accidente, pero, al fin y al cabo, pues un minúsculo peaje que pagar tras todo el trajín de... haberme muerto. Me pareció justo no quejarme demasiado.

—¿Y hay algo más o es solo la vista?

Planteé seriamente la posibilidad de hablarle de mi dificultad para leer el significado de las cartas, pero rápidamente la deseché, a sabiendas de que no entendería la magnitud del problema, ni se interesaría ni un poco por las consecuencias que esto traía a mi vida.

—Solo la vista —mentí.

—Y... —Se revolvió sobre su asiento, crujiendo su cuello de lado a lado—. ¿Has estado bien?

—¿Bien...?

—En general, quiero decir.

Había olvidado lo complicado que le resultaba a Marco hablar de todo lo referente al universo de los sentimientos. En contraste con lo mucho que me molestaba en su día este simpático defectillo, aquel día encontré enternecedor su burdo intento.

—Bueno, han sido unos días estresantes.

«Es-trés» articuló con sus labios a la par que garabateaba sobre el papel.

—Has estado estresada entonces.

—Claro, porque... ¿qué otro motivo podría tener una mujer para venir a una consulta médica, que sus dificultades para controlar sus... incontrolables nervios femeninos?

—No he querido decir eso.

—¡Pero lo has dicho! —me quejé.

—¿He dicho yo eso? —dudó de sí, pero pronto remontó—. Escucha, Maya. Solo me preocupo por ti. Como tu médico —aclaró, sacando una vez más su diminuta linterna del bolsillo delantero—. No te muevas —me dijo, apuntando a mi pupila y subiendo su cuerpo sobre el mío.

Noté su respiración en mi piel y, de pronto, noté que los dos habíamos sentido lo mismo. Un calambre. Un segundo de conexión que nos había transportado a diez años atrás. Un interruptor que ambos conocíamos bien y que por nada del mundo quería yo volver a pulsar.

Carraspeó, incómodo, y se separó de mí.

—Todo parece estar bien.

—Pero claramente no lo está —concluí.

Dudé sobre si contarle acerca de la muñeca que había recibido, sobre el miedo que tenía de que alguien quisiera hacerme daño. También contemplé la posibilidad de abrirme en aquel momento y compartir cómo de fría me había dejado la muerte: sin una Gran Misión, sin un Gran Mensaje. La sensación de injusticia tan tenebrosa que se había instalado en mi vida, un lugar donde hasta entonces yo había sentido tener un cierto control. Pensé, de verdad que lo pensé, decirle que ahora que no tenía don, ni marido, ni era madre, ni mi negocio podría seguir adelante, a no ser que comenzara a mentir a todo el mundo, todo parecía carecer de sentido. Pero entonces recordé cómo él había dudado de mi estabilidad psicológica, cómo había puesto en duda que lo que ocurrió en mi cuarenta cumpleaños fuera un accidente, de modo que no dije nada de eso. Y en su lugar, esto dije:

—La vida de casado, ¿bien?

Sonrió, pero no quiso hacerlo. Sonrió no porque quisiera ser agradable, ni porque le hiciera una pizca de gracia el comentario. Sonrió porque no pudo no hacerlo. Yo conocía bien

esa sonrisa de Marco, esa que le hacía un lindo hoyito en el pómulo derecho, cuando algo tocaba el botón correcto y que venía a decir: «Que te jodan, Maya».

—¿No hay nada más entonces?

—No, es solo la vista —decidí, para dejar el tema estar y continuar con la consulta médica—. Veo mal, eso es todo.

—¿Y qué ves, exactamente?

—Pues ver, veo poco. Como unas nubes que me cruzan.

—¿Es solo de lejos o de cerca?

Me bajé las gafas a la altura de la punta de la nariz y atisé desde encima de la montura la panorámica del resto de la habitación.

—No —concluí—. Igual de mal de cerca que de lejos.

—¿Y qué hay de los colores? —En este punto, Marco había soltado el lápiz sin punta y había comenzado a escribir con un bolígrafo plateado sobre una hoja de mi historial—. ¿Hay algunos que veas peor o mejor que otros?

—Mmmm, no. Todo mal.

—¿Ves brillos en los contornos? A ver —dijo levantándose y dirigiéndose a la otra punta de la habitación—. ¿Cómo ves esto?

—Mal.

—Entiendo —dijo, con aspecto de no entender nada.

—Es como si fuese por ráfagas —traté de explicar haciendo esfuerzo por elaborar una experiencia que aún me era nueva—. A ratos veo mejor los detalles, a ratos solo percibo fogonazos... Por ejemplo —me aventuré a decir—, tu camisa, estos botones, los veo perfectos. —Marco miró hacia su ombligo, para volver luego la vista a mí—. También tu cuello, los mechones que te caen por aquí...

—¿Me ves bien a mí entonces?

—Mejor que a otras cosas desde luego sí.

—¿Te pasa con todas las personas?

Recordé a Eulalio, hace solo unos minutos y concluí:

—No, no con todas.

Y esta sonrisa sí fue una sonrisa sincera. Qué diferencia enorme de la una a la otra, apenas imperceptible al ojo desentrenado, pero tan clara ante mis ojos, a pesar de estar casi ciegos, tras tantos momentos el uno con el otro.

—Qué extraño, Maya.

—Para ti todo lo que no tenga una explicación inmediata es extraño —me quejé, aludiendo a su cuadriculada mente del hombre de ciencias.

Marco suspiró y cerró la carpeta, haciendo caso omiso a mi comentario.

—Puede que el accidente causara daño del nervio óptico. Al fin y al cabo, te golpeaste una ceja —dijo señalando la cicatriz de medialuna que aún lucía justo encima de mi ojo—. Vamos a tener que estudiarlo.

—Pero ¿qué tengo?

—Tenemos que estudiarlo —repitió.

—¿Es que no tienes ni una hipótesis?

Marco refunfuñó, visiblemente ofuscado por tener que dar explicaciones médicas a alguien que no entendería ni media palabra.

—Veamos... —empezó y abrió la carpeta para leer con dificultad su caligrafía incomprensible, antes de su retahíla—. A la espera de resultados concluyentes, se me ocurre traumatismo ocular,

hemorragia interna, desprendimiento de retina, glaucoma traumático, infección o lesión neurológ...

—¿Lesión neurológica? ¿No me dijisteis que estaba todo bien?

—Maya, cuando hablamos de salud, todo está bien solo hasta el preciso momento en el que deja de estarlo —concluyó y respiró con calma, consciente del modo en el que yo estaba recibiendo las noticias, luego prosiguió—: Si una persona experimenta una pérdida progresiva de la visión después de un accidente, y hay antecedentes familiares de enfermedades o condiciones genéticas que afectan la visión, existe la posibilidad de que haya una predisposición genética que influya en la evolución de la pérdida de visión.

—No entiendo.

—Quiero decir que sería importante que también descartáramos causas genéticas. ¿Hay alguien en tu familia que haya padecido de la vista?

—Bueno, mi padre tiene ocho dioptrías de miopía, seguro que recuerdas las gafas que ha llevado siempre, pero no sé yo si eso cuenta. ¿Cuenta?

Marco dirigió su vista al techo, haciendo cábalas mentales antes de continuar con su discurso:

—La miopía alta, que a menudo tiene un componente genético, de ahí mi pregunta, puede aumentar el riesgo de desarrollar complicaciones oculares que pueden llevar a la pérdida de la visión, como el desprendimiento de retina... O quizá alguna enfermedad genética sistémica, quizá alguna enfermedad degenerativa...

Pero yo ya había dejado de escuchar. Había algo en el lenguaje médico, en el modo exacto en el que las palabras se combinaban para convertirse en jerga sanitaria, que me devolvía al momento exacto en el que un gran cisma separó nuestros cuerpos, hacía ya tantos años. Un cisma que era una representación gráfica terriblemente exacta de por qué y de cómo se destruyó lo nuestro.

Capítulo X: **LA RUEDA DE LA FORTUNA**

La Rueda de la fortuna es el movimiento constante de la vida.
En este arcano contemplamos una inmensa Rueda de seis rayos en la que vemos a un conejo que
asciende por la derecha
y un mono que desciende por la izquierda.

Escena 1: «La costura que la muñeca lucía cruzando su ojo derecho de arriba abajo»

A pesar de que su consejo médico fue que me quedara unos días en observación ingresada, me negué y volví a casa. Marco insistió en que sería bueno que me estudiasen en profundidad, al menos hasta que descartásemos causa mayor, pero conseguí que me dejara irme, bajo la promesa de llamarlo si empeoraba o notaba algún síntoma adicional. Yo, sin embargo, tuve claro que no llamaría a Marco de ninguna de las maneras, porque si algo me había enseñado la vida a estas alturas, es que hay personas a las que no debes de abrirle la puerta más. Que hay relaciones que no funcionan en ninguna de sus versiones (novia-novio, prometida-prometido, médico-paciente), porque hay personalidades que están destinadas a colisionar.

Los siguientes días hice lo posible por tratar de mantener la calma. Una parte de mí se había quedado colgada de la idea de que todo pudiese ser causado por estrés, de que mi mente me estuviera traicionando, de que la muerte hubiese plantado en mí el germen del pensamiento negativo y estuviese infestando todo como una gran enredadera. La idea aparecía de cuando en cuando, siendo esta una vocecita en las mujeres que funciona como un resorte, un botón que es fácil de activar de tantas veces que se nos ha repetido, y que hace que acabe una dudando de sí misma, por más que trate de acallar esa vocecita.

—Vengo a por sal.

Celina apareció en la puerta de mi villa un jueves de octubre, a las seis y treinta y siete de la tarde, con la excusa más manida de la historia de los vecindarios. Llevaba en su mano una caja de cupcakes de calabaza, que en otros tiempos no habría mirado, pero a los que no iba a poder resistirme en situación tan delicada, porque olían a sofá, a té con miel, a otoño y a tarde de amigas. La dejé pasar y saqué la vajilla japonesa mientras calentaba agua en la kettle. Celina había recogido en una cola en dos partes su larga cabellera rojiza, que resaltaba sobre el vestido camisero color caldera que llevaba para hacer espacio a su imponente barriga, que señalaba con un cinturón alto. Me contó que estando aún de treinta y tres semanas, los vómitos no habían cesado, que sentía un reflujo como una lava del infierno que le subía de las entrañas y le quemaba en la garganta, y que solo el pan, el arroz, las magdalenas y la pasta la estaban dejando sobrevivir esos días. Pensé en qué habría hecho yo de tener un embarazo como ese, y llegué a la conclusión de que de ningún modo habría podido en situación tal mantener esa figura. De seguro habría sido una de esas mujeres que, a pesar del malestar, cogen una cantidad desorbitada de kilos. Y cómo no, esos kilos se habrían agarrado con cariño a mis caderas, para siempre. Entonces supuse que no ser madre tampoco estaba tan mal.

Tuve que ponerla al día sobre la situación de mis ojos, ya que había llenado la casa de obstáculos para los momentos en los que veía peor, con intención de asegurarme de que no me podía caer en la piscina o escaleras abajo hasta el rellano.

—¿Y cómo no me has llamado para pedirme ayuda?

—Me apaño bien —mentí—. Además, ya casi se me está curando.

—¿Seguro? —dudó, pasando una palma por delante de mis ojos de lado a lado.

—Ajá —asentí—. Lo estoy manifestando.

—Ah... claro.

—Es solo cuestión de tiempo. Cuando me calme y descanse unos días y encuentre las respuestas que estoy buscando, todo va a volver a su sitio. Estoy segura.

Celina tomó asiento en uno de los taburetes que daban al islote de la cocina, mientras disponía los cupcakes, que había decorado con adorables motivos de Halloween, sobre una fuente de cerámica naranja que había sacado por su cuenta de una cajonera.

—Y bien... ¿Es Ramón? —dijo, mientras me pasaba uno con un murciélago y me servía

el agua caliente para el té—. ¿Estaba yo en lo cierto?

—Mmmm —gemí tras el primer bocado—. No sé cómo puedes cocinar esto y no comértelos todos.

—De ahí que te los traiga.

—¡Para que los coma yo! —dije y me relamí mientras me sacudía las miguitas de las palmas sobre la encimera, luego concluí—: No, no creo que fuese él.

Ambas miramos a la muñeca que había recibido, una cuyo aspecto recordaba con exactitud al mío propio: el mismo corte de pelo recto bajo los hombros, el mismo rubio platino, los mismos ojos marrones enormes...

—¿No te molesta tenerla ahí? Es bastante tétrica —dijo mientras se levantaba a cogerla con las manos—. Mírala. A mí me daría miedo tenerla en casa, ¿no te da a ti?

—Bueno, tampoco es que la vea bien.

Me encogí de hombros.

—Lo que es seguro es que... quienquiera que haya hecho esto no ha ahorrado en detalles para que sea un calco tuyo.

—¿Y no es raro lo del ojo, vecina? Eso es lo que me tiene más despistada.

Celina movió su cabeza de un lado al otro, como tratando de desentrañar uno de los muchos misterios que estaba acostumbrada a resolver en sus libros, solo que, en este caso, no se trataba de una historia inventada, sino de personajes de carne y hueso. El peligro al que potencialmente me enfrentaba no se solucionaría a golpe de guion y nadie más que yo podría resolver este misterio.

—Es imposible que la persona que te trajese esta muñeca supiese que en el accidente te ibas a lastimar esa misma ceja, o que luego ibas a mostrar dificultades para ver bien.

Pasé el dedo por encima de la costura que la muñeca lucía cruzando su ojo derecho de arriba abajo y, por inercia, me toqué la cicatriz que el accidente me había dejado exactamente en el mismo sitio y cuya textura comenzaba a disiparse poco a poco.

—Nada de esto tiene sentido —dije, cogiendo otro cupcake de la bandeja, esta vez uno con una tela de araña con frosting de mascarpone—. Nadie me odia, es un hecho. Todo el mundo me quiere.

—Eso es literalmente imposible... y yo bien que lo sé —añadió y sonrió con amargura.

—Tampoco me creo que te odien a ti. Todo el mundo ama a las escritoras. Sois seres de luz.

—¡Ja! Ojalá eso fuera verdad —dijo, acariciando su vientre—. El mundo, Maya, no ama a las mujeres.

Odiaba este tipo de conversaciones. Siempre lo había hecho. Había tenido muchísimo cuidado en los últimos años de no dejarme influenciar por personas cuya energía oscureciese la mía, puesto que son justo este tipo de pensamientos los que acaban por traerle a una la desdicha en la vida.

—Puedes pensar como quieras —concluí—. Solo tú eliges tu realidad.

Celina reposó su mano abierta sobre el puño que yo tenía apoyado en la mesa y me dijo:

—Voy a dejarte el resto de los cupcakes aquí, Maya. Los vas a necesitar.

Escena 2: «Toda mujer hermosa está a un solo tropezón de convertirse en una muñequita rota»

*Jueves 13 de octubre. 03:32h. Mensaje sin leer.
@tuyotuyo_*

*Toc, toc.
Estoy pensando en una cosa.
Estoy de pronto imaginando que hubieras tenido una vida muy diferente a la que has tenido
hasta ahora.
¡Imagina qué risas!
No puedo dormir algunos días pensando en esto, Maya.
Imagina, como imagino ahora mismo yo,
que tu historia de éxito
no fuese la que hoy es.
¿Qué quedaría de la Gran Maya Conesa sin su villa, sin sus estrafalarios ropajes, sin sus
muchos lameculos?
Para mí es fácil ver lo que quedaría, claro, es facilísimo...
pero lo interesante sería que también lo vieras tú.
Ojalá pueda yo conseguirlo.
Qué digo ojalá...
Mi misión en este mundo ha de ser esa.
No cejaré hasta conseguirlo.
Un día vas a entender esto:
Toda mujer hermosa está a un solo tropezón
de convertirse en una muñequita rota.*

«Maya, sería interesante que pasaras por consulta para que discutiéramos un tema... Un tema importante. Llámame, ¿vale? No hagas como que no has visto esta llamada».

Era Marco, cuyo tono percibí entre la duda y la preocupación, en el mensaje de voz que había dejado en el buzón de mi teléfono. No me alarmé porque él, como todos los médicos que había conocido a lo largo de mi vida, que a estas alturas eran muchos, eran por naturaleza alarmistas. Ante un lunar feo siempre veían cáncer, ante un cambio en las deposiciones, cáncer, ante un manchado entre menstruaciones, cáncer, cáncer, cáncer. Yo, sin embargo, alineada como había estado por tanto tiempo con la abundancia del universo, veía posibilidad de curación en cada lugar al que mirase: las estaciones me recordaban que las hojas que caían volverían a crecer, el canto de los pajarillos en mi jardín, la luz intrínseca de todos los seres.

A punto estaba de llamarlo cuando llamó a mi puerta el repartidor de siempre.

—Buenos días, señora Conesa: se la ve a usted bien.

«A usted se lo ve aún mejor», pensé, mientras recogía el paquete que me pasaba con unos robustos brazos apretados por las mangas de un polo celeste.

Esta vez no esperé. Escarmentada por los acontecimientos que se habían sucedido en mi vida desde el día de mi Tarot Party, tomé la decisión en aquel momento de abrirlo sobre la mesa misma del salón, por miedo a que alguien me enviara otra muñeca tenebrosa, o algo peor. Rasgué el envoltorio con un cuchillo jamonero que nunca había usado, porque llevaba sin comer carne al menos desde los treinta y siete, deslicé mis manos por el cartón para hacer espacio a la caja forrada en terciopelo negro que había en su interior y, sin más ceremonia, la posicioné sobre

el metacrilato.

Dentro había una fotografía que hizo que todas las elucubraciones que había elaborado hasta aquel momento se convirtiesen en cabos sueltos, que no habían hecho más que llevarme a ninguna parte. Ninguna de las hipótesis anteriores tenía sentido ante esta nueva perspectiva. ¿Cómo demonios había ocurrido esto?

En la fotografía, tomada a todo color e impresa en mate, se me veía a mí en situación en la que no recordaba haberme visto antes. Entrecerré los ojos para tratar de enfocar mejor, con dificultades para percibir los detalles. La imagen parecía haber sido tomada en una especie de sótano lúgubre, conmigo sentada en un sofá biplaza burdeos, en el que yo no me habría sentado ni si me prometiesen dos villas más como La Sacerdotisa, y sujetando en las manos la muñeca que en aquel momento me miraba desde la repisa del salón. Lo curioso, si es que esto no lo era ya suficientemente, era que yo misma le estaba cosiendo a la muñeca un ojo. El mismo ojo que yo me había lastimado en el accidente. El mismo ojo que la muñeca lucía cosido, en la repisa a la que ahora mismo estaba mirando yo.

¿Podía ser que estuviese perdiendo la cabeza al fin y al cabo? ¿Sería posible que mi mente me estuviese jugando una mala pasada y no solo desde el accidente? Había oído hablar de viajes astrales que la hacían a una abandonar los mandos, para que su cuerpo tomara el control de sus movimientos. ¿Era eso lo que me estaba ocurriendo?

No existía absolutamente ninguna explicación lógica para aquello. Nada podría explicar que yo no recordase aquel sofá burdeos, que no reconociese ni siquiera las prendas que llevaba puestas, que ni tan siquiera supiese en qué lugar se había tomado la foto. Menos aún podía explicarse que yo ya hubiese tenido esta muñeca en las manos, o que quisiese... ¿hacerle daño? En un ojo. Pero lo más extraño de toda esta historia, si es que esta historia no resultaba ya lo suficientemente extraña, era que el ojo que yo estaba dañando a la muñeca coincidiese con la cicatriz en media luna que me cruzaba la ceja del ojo, del mismo lado.

El teléfono volvió a sonar, ahora apoyado en la mesa frente a la fotografía. Otra vez Marco. No habría modo de explicar a Marco todo esto y sabía muy bien qué pensaría si pudiese sujetar la fotografía con sus propias manos. Me diría que necesitaba que alguien me viese con urgencia, que claramente no tenía la cabeza sobre los hombros, y encontraría evidente que yo misma había tratado de hacerme daño. Y es posible que lo que más me preocupase de todo, no fuese que Marco se enterara, sino que llevase razón en sus preocupaciones. Pulsé el botón verde entonces, pero solo para colgar y marcar el número de la única persona que en situación como aquella podría ayudarme.

Al ver que descolgaban del otro lado de la línea, sentí algo que difícilmente puede explicarse: supe que Lula, como tantas veces en otros momentos del pasado, estaba esperándome.

Escena 3: «No hizo falta mucho más para yo saber que ella sabía»

Hacía meses que no salía de Santaurora. Es increíble cuánto se nos reducen los confines de la experiencia cuando una va cumpliendo años: antes de que te des cuenta, te encuentras con que estás desayunando cada día lo mismo, con que compras siempre las mismas tres verduras y en la misma cantidad, para cocinarlas más tarde del mismo modo; con que repites gestos al entrar en casa que se convierten casi en estereotipias, como dejar las llaves sobre el mueble de la entrada, colgar el bolso en la pared, estirar las piernas sobre el puf frente a la televisión, bucear por los comentarios de los seguidores en redes, con que caminas las mismas calles y ves las mismas caras una y otra vez. Si una no hace nada al respecto, pronto se encuentra con que el mapa de su vida se ha visto reducido a unos pocos pasos, en mi caso, aquellos que daban con los bordes de mi barrio: a un lado Cala Vieja, al otro Cala Nueva.

Coger la carretera comarcal de camino a La Academia me dio la oportunidad de presenciar cómo el amarillo de los árboles pronto daría paso a los ocres, cómo los pájaros comenzaban a hacer su recorrido de vuelta a vete tú a saber dónde y cómo la brisa marinera se colaba más húmeda y fresca por la ranura de la ventanilla trasera, en el coche con el que me había recogido Eulalio. Me asaltó el enfado entonces y la pena por no poder ver el paisaje en todo su esplendor, pero me recordé:

«Sé agradecida, Maya. Practica la gratitud por lo mucho que tienes», así que para apartar esa sensación insidiosa de que ahora que veía mal nada iba bien, comencé a enumerar mis muchos bienes: la colección de kimonos de Kyoto Takashimaya, el armario de los bolsos, mis muchos seguidores. No me sentía bien del todo, pero sí un poco mejor que antes. Era evidente que una escoge el humor con el que afrontar la vida, el ánimo desde el que responder a las vicisitudes que el universo le pone en frente.

Fui yo, aun viendo poco como veía, la que avisó a Eulalio con un casi imperceptible toque en el hombro:

—Es por este camino que sale en la siguiente a la izquierda. No te lo pases, ¿eh? Mira bien, ahí adelante.

Eulalio cogió la salida, diligente, adentrándonos en un camino de tierra, a una hora del mediodía en la que la luz debía haber estado más alta de lo que estaba ese jueves. Las copas de los eucaliptos a un lado y al otro del camino de albero se zarandeaban con un viento que acababa de aparecer de ninguna parte, y el coche avanzaba lento, saltando ante los baches que obligaban al conductor a agarrar con fuerza el volante.

A la salida de la arboleda y bajo un cielo encapotado que hacía solo unos minutos había lucido amplio y radiante, se alzaba La Academia, más antigua y probablemente más desgastada, pero tan imponente como siempre.

Eulalio abrió mi puerta y me ayudó a salir, y yo arrastré mis gafas de sol bajo el tabique de mi nariz para respirar aquella sensación tan conocida. Un gran caserío que en su momento debió de ser blanco, con seis grandes ventanas cuya madera verde se encontraba entreabierta en unas, semicerrada en otras. Entre las seis ventanas, un gran portón de madera, con una enorme aldaba arriba y una manivela para atrancarla, en el centro. En la escalera que daba a la puerta, una mujer de pelo largo, con una perra de agua sentada, esperando a que yo llegara, supuse.

—¿Parece que va a llover? —dije, mientras me colocaba el bolso en la cabeza con una mano y saludaba a Aura con la otra.

La perra alzó sus patas peludas sobre mi pecho, haciéndome tambalear y seguramente, manchando de albero mi camisa blanca de Hermes. Lula se acercó para agarrarme de un brazo y ayudarme a ponerme bajo techo, ahora que el cielo amenazaba con levantarse en una gran

tormenta.

No sentí la oscuridad del zaguán, porque a lo que más faltaba luz era a mis ojos, pero sí que noté la claridad que se abría paso cuando entramos en el patio columnado, que siempre me había recordado a un patio de vecinas, y en el que tantas tardes a lo largo del año que pasé aquí con Lula nos dedicamos al noble estudio de los oráculos. Las habitaciones de arriba, que se unían alrededor de un pasillo circular desde cuya barandilla central podías asomarte justo a este patio, tenían sus puertas de madera cerradas.

—¿Es que no hay nadie aquí ahora? —pregunté.

En el pasado habíamos sido muchas alumnas las que veníamos a estudiar con Lula. Sus métodos eran conocidos por ser poco ortodoxos, pero su empeño en que conociéramos el oficio con rigurosidad no tenía par en el mundo de la adivinación. Un mundo plagado de santeros y farsantes, una tribu a la que no me habría permitido pertenecer, de no haber conocido a Lula.

Aura se sentó en un sofá de tres plazas con mullidos cojines decorados con motivos florales, junto a su dueña, que me guio con su mano para que tomara asiento en el sillón orejero, cerca de ella, bajo la techumbre, al lado de un gran ficus que tuve que apartar con cuidado para ponerme cómoda.

Una mujer joven, supuse que una alumna, con un largo vestido azul violáceo y una melena hasta la cintura, salió de una de las habitaciones de arriba, para dirigirse abajo por las escaleras del fondo. En su camino se cruzó con otra alumna, a la que, desde donde me encontraba, no pude verle la cara, ni el libro que llevaba bajo el brazo, pero la atisbé derecha y con un moño alto.

—Somos cada vez menos.

—Me cuesta creerlo, Lula.

—¿Y eso por qué?

—Cada vez hay más gente que dice echar las cartas —contesté.

—Y cada vez menos que quieren aprender a hacerlo.

Asentí. Lula llevaba razón —también— en eso.

—¿Y cómo haces para mantener con vida todo esto? —dije, tomando por primera vez consciencia de la inversión y el mantenimiento que requería un lugar como La Academia.

—No todo es el dinero, Maya —respondió y me pareció que aquella era una frase que había querido escupirme tiempo antes—. Ya sabes que a mis alumnas las escojo yo, no hay procesos de matriculación, ni diplomas, ni créditos, ni pamplinas que no van a poder enterrarte. Las escojo yo —repitió, poniéndose el pulgar con fuerza sobre el pecho—. Las llamo yo personalmente tras oír de ellas y las invito a que vengan a formarse. Ya lo sabes, nada ha cambiado. Todo funciona exactamente igual al modo en que funcionaba antes.

Así fue conmigo también una vez. A mí no me llamó, eso sí. A mí vino a buscarme a una cafetería en la que solía esperar a Marco, una en la que servían té de flores que sacaban de grandes sacos de tela con los bordes plegados hacia afuera, tocaban música en directo y en donde se podían coger libros de las estanterías, mientras esperabas a que apareciese tu acompañante. El tipo de lugar que a Marco le gustaba, a pesar de llegar siempre tarde a la cita, pero a mí me resultaba deprimente. No podías quejarte, claro, porque salvar vidas te permite, como poco, retrasarte, pero allí me veía una tarde tras otra, haciendo como la que leía aburridísimas colecciones de poemas de Ben Clark, solo porque Marco viese que lo tenía entre las manos al llegar y encontrarme.

Lula apareció entonces de la nada. Un día se presentó allí y se sentó a mi mesa, en la silla de al lado, que casi siempre se hallaba vacía. Me miró de frente y me dijo: «Tú eres Maya». Y

como estaba ocurriendo hoy, no hizo falta mucho más, para saber yo que ella sabía.

Capítulo XI: **LA FUERZA**

Este arcano representa el dominio de la fuerza bruta
a través de la inteligencia.

En este arcano podemos ver fea a una dama, ya
que mantiene con sus dos manos abiertas
las fauces de un León.

Escena 1: «*Ver bien* significa también *ver bien*»

—Ya sabes que puedes confiarme cualquier cosa, Tabita.

Antes de abrir el bolso, me cercioré de que no hubiese ninguna alumna caminando por las inmediaciones del patio columnado en el que Lula, Aura y yo nos encontrábamos. Me perseguía una incómoda sensación de paranoia, una inevitable mosca que me recordaba que había perdido el control de mi *visión*, de mi vista, de mi cabeza y ahora también de mi memoria, y por lo tanto, me hallaba expuesta ante todos, desnuda ante los millones de ojos que siempre miran. A sabiendas de que ahora cualquiera podría saber algo de mí misma que ni yo misma sabía, todo parecía más peligroso, menos seguro. Como si el espejo al que acostumbrabas a mirarte estuviese de repente borroso —que además lo estaba—, como si tus propios bordes se hubieran ido desdibujando con el paso de los días.

Lula leyó la preocupación en mi rostro y estiró sus brazos para agarrar el bolso que protegía sobre mi regazo. Se había dado cuenta de que no lo había soltado desde el momento en el que salí del coche de Eulalio. Lo hizo con plena consciencia, con movimientos lentos y estudiados, casi con miedo de que rebufase como un gato asustado, pero no lo hice. No rebufé ni me encorvé, no me quejé ni un poco. Me di por vencida con gusto, con verdadera necesidad de creer que compartir con alguien mi sucio secreto me devolviera la esperanza de que no todo estaba perdido.

Aura acercó los hocicos al bolso abierto y olisqueó la muñeca que Lula sujetaba entre sus manos. La miraba como hacen las madres que revisan los cueros cabelludos de sus hijos tras una excursión al parque de bolas.

—Eres tú.

—Se parece mucho.

—Mucho no... muchísimo —dijo—. Y el ojo, tu cicatriz.

—En el mismo sitio —contesté—. Pero hay más, Lula. Alguien me mandó una fotografía...

Pero no me pude explicar. ¿Cómo podía? ¿Qué orden de palabras era el correcto para desvelar una historia así? ¿Había algún modo en algún universo en el que yo encontrara un código lógico para explicar algo que de ninguna manera era lógico?

Lula me miró con suspicacia y retiró con una mano la naricilla húmeda de Aura, que olisqueaba mientras seguía rebuscando en las profundidades de mi bolso.

—Quita, perra,quita —le dijo, mientras palmeaba su cogote y metía las manos para sacar la fotografía del bolsillo interior en el que la había guardado.

Lula respiró profundamente al ver la foto y se levantó para caminar con ella en las manos, visiblemente afligida. Me pareció que murmuraba algo, como tantas otras veces la había visto hacerla antes, cuando algo le inquietaba o le molestaba por algún motivo, pero no pude entender qué decía. Aura la seguía alegremente, ajena a las turbulencias de nuestras mentes.

—No recuerdo nada de eso —aclaré, mientras Lula colocaba la fotografía bocabajo encima de su regazo y la tapaba con una mano abierta—. Ni el sofá, ni el día en que se tomó, ni siquiera haber cogido esta muñeca antes. No recuerdo nada.

—Nada —dijo, a modo de pregunta sin preguntar, mientras levantaba una ceja.

—¿No es rarísimo todo esto?

Lula se puso el dedo índice sobre el puño de sus labios y me dijo:

—¿Has estado bebiendo?

—Que si he estado.... —contesté indignada— ¡Claro que no he estado bebiendo!

—No sería la primera vez, Maya —y usó mi nombre real, con todo lo que ello implicaba.

No es justo recordarle a una quien fue antes de los treinta años. No hay nada justo en recordarle a una mujer las muchas formas de afrontamiento y disfrute que tuvo que encontrar, para lidiar con las incomodidades de la adultez femenina antes de dar con el centro. Aclararé que nunca tuve un problema con la bebida, pero para Lula, todo lo que saliese de las estrictas rutinas de ayuno y tila, eran potencialmente problemáticas.

—Hace muchos años que no bebo más que Kombutcha.

—Eso no es lo que he escuchado últimamente, Tabita. —Y antes de que me diera tiempo a responder, lo dijo—: La fiesta de Cassandra.

—¿Y qué tiene que ver Cassandra en todo esto?

—Me han llegado rumores, claro. Y escucha, no pasa nada. Todos tenemos momentos difíciles, recaídas... y lo que a ti te pasó en tu cumpleaños, es normal que te haya tenido desajustada.

—¡Pero por Dios, Lula! Haces parecer que haya tenido yo alguna vez un problema con esto.

—Es que el alcohol, para nosotras, siempre es un problema, Tabita —dijo mi nombre una vez más.

Mi maestra siempre había sido estricta en cuanto al uso de sustancias. Cuando llegué por primera vez a La Academia yo era una joven normal, alguien que disfrutaba de la noche, que salía y entraba y trataba de no perderme nada, pero ella me dejó claro desde el primer día que, de dedicarme formalmente al oficio de la adivinación, aquello tendría que cambiar. No solo no podría beber —por supuesto que tampoco consumir otras sustancias o fumar—, sino que tendría que tratar mi cuerpo y mi mente como al de un monje budista. Las raciones de comida tendrían que ser frugales —explícale eso a una mujer en proceso de cambios a nivel hormonal—, el único modo de alterar mi conciencia habría que conseguirse mediante la meditación y nunca, en ninguna circunstancia, una tarotista debía de comportarse en público de forma vulgar. Lula opinaba, y quizá llevaba en esto algo de razón, que siendo mujer y dedicándome a algo tan poco ordinario como era el Tarot, cualquier traspiés sería señalado y repudiado en público, cualquier pequeña equivocación demostraría lo que todos estaban deseando demostrar: que no solo yo no era seria, sino que, lo que no era serio era mi profesión. De modo que me debía al Gran Oficio por encima de mis pequeños pecados veniales y así, pese a los juicios de Lula, lo había hecho todos estos años. El voto de abstinencia tenía que ver con dos motivos: con el compromiso de entrega y de mantener la reputación pública de una profesión vilipendiada por el público y manoseada por la industria de los farsantes, y también con el propio oficio de la adivinación. Una buena tirada exige una mente preclara y una absoluta capacidad de foco. *Ver bien* significa —también— ver bien, y yo podía dar testimonio de aquello.

Sin embargo, a estas alturas y por su tono, me era más que evidente que Lula no aprobaba mi modo de vida, la comodidad de mi villa, mi aspecto impecable. Pero no podría echarme en cara que no me había entregado al oráculo. No había bebido una gota en todos estos años, por supuesto que no me había drogado y tampoco había fumado. Lo entendiese ella o no, yo había llevado al Tarot a los rincones más recónditos del mundo, lo había puesto en las grandes mesas de negociación, lo había sacado de los consultorios cutres de pueblecito, para hacerlo algo aspiracional y deseable, con entidad sólida, atractivo, bonito.

—Qué disparate, Lula. Solo fue un día aquello. Un mal día, eso puedo asegurártelo.

Dio la vuelta a la fotografía para que yo la viese de nuevo y señalándome me dijo:

—¿Y no estás teniendo últimamente muchos días malos?

Escena 2: «¿Tú crees que estoy perdiendo la cabeza?»

—Eso no es justo —dije, de pronto arrepentida de haber venido en busca de algo que no iba a encontrar.

Me reprendí al instante, consciente del absurdo de cómo vamos una y otra vez con la cabeza gacha a los mismos lugares en los que, muy en el fondo, bien sabemos que no encontraremos consuelo. Yo ya había sabido esto. Yo ya había sabido que Lula, de ofrecerme el abrazo que yo necesitaba, me lo entregaría junto con algún dardo envenenado.

—Yo solo digo, Tabita —la dureza de su tono había rebajado, consciente ella del cambio en mi estado de ánimo—, que nada de esto es propio de ti. Tú has sido siempre una mujer de principios estables, de disciplina como pocas.

—Y lo sigo siendo —reclamé—. ¿Qué ha cambiado?

—Que no sepas qué ha cambiado es lo realmente preocupante de todo este asunto.

—Me he muerto, si eso es lo que me vas a decir. Es más que evidente.

—Pero si fuera solo eso...

—Mi vista, mi visión, el percance en Cassandra, no es que no sepa que las cosas no están bien, es evidente que no lo están, Maestra. Pero por eso vengo.

—Y por eso yo tengo que ser sincera, Tabita. No has venido para que te acaricie la melena y te amanse. No es eso lo que necesita nadie. ¿De qué sirve que yo te diga que todo está perfecto si nada está bien?

Reflexioné sobre aquello: ¿tanto costaba que alguna vez Lula me dijese «esto no es tu culpa y todo va a estar bien»?

—Creo que alguien quiere hacerme daño.

—Eso, a estas alturas es más que evidente —contestó—. ¿Y bien?

—Bueno... —Me revolví en mi asiento, segura por primera vez de que alguien quería dañarme. Hasta ahora solo había sido una conjetura, pero la seguridad en su respuesta me hizo darme cuenta de lo desconectada que estaba de la magnitud de los sucesos de los últimos tiempos—. Pues no sé quién puede ser.

—Quizá eso sea lo menos importante.

—No entiendo, Lula, ¿cómo no iba a ser importante?

—No he dicho que no sea importante. He dicho que quizá sea lo menos importante.

—¿Y qué es lo más importante?

—¿De verdad quieres saber?

—Claro que quiero saber.

Claro que quería saber. ¿Qué pregunta era aquella? ¿Que si yo quería saber? ¿Que si yo quería abrir una puerta que podría no volver a cerrar en la vida? ¿Que si estaba yo de verdad preparada para ver?

—Pienso que hay un aprendizaje profundo en todas las cosas terribles que nos ocurren en la vida —dijo y yo asentí, sin entender qué se ocultaba bajo esta, pero aun con la esperanza de que ella tuviese alguna respuesta—. Que las cosas no le pasan a una *por* algo, sino *para* algo.

Moví mi cabeza lentamente de arriba abajo, esperando una frase final que funcionara como un gran colofón a reflexión tan profunda, pero Lula paró en seco. Me tomó unos segundos recobrar el hilo de mis pensamientos, hasta que dije:

—¿Crees entonces que todo esto me está pasando para que yo aprenda algo?

—Hay cosas en tu vida que no están como tienen que estar, eso ya lo sabes. Y esta podría ser una segunda oportunidad, un nuevo capítulo en el que poner orden y volver a coger las riendas.

—Claro, entiendo... —Cogí la muñeca de entre las patitas peludas de Aura, que se había hecho

con ella y sacudí los hilillos de baba que se le habían colgado de los pies— ¿Tú sabes algo de vudú?

—Algo sé.

—¿Y eso es?...

A veces costaba muchísimo que Lula elaborase sus frases en párrafos fluidos.

—Sé que quienquiera que hiciese esto sabía cómo hacerte daño.

—Sí, entiendo —dije y, después de un momento añadí—: ¿A qué te refieres?

—No quería solo quedarse con tu *vista*... y con tu *visión*, sino que llegaras a dudar de ti misma y de todo lo que tienes. No sabía nada de magia negra, si esa es tu pregunta. Solo quería asustarte y lo consiguió. Quizá ahí está el Gran Aprendizaje, Tabita.

Me puse de pie y estiré mis brazos hacia arriba, ante la vista atónita de la que tanto atrás había sido mi maestra, la gran mentora de toda mi trayectoria vital. Giré el cuerpo desde la cintura hacia la derecha y después a la izquierda, y apoyé mis manos por detrás de mis caderas mientras miraba al pedazo de cielo que se veía desde el centro del patio. Me tomé un momento, en medio de la locura que estaba siendo mi historia aquellos días, para recordar el primer día que aparecí en este lugar singular, tras haber peleado con mis padres y haberme separado, de aquel modo tan traumático, de Marco. Tras haberles hecho a todos entender que mi llamada era esta, que nada me prevendría de recibir la formación que yo merecía. Queriendo separarme de todo lo que me había pasado. Yo había oído hablar de Lula antes, claro, todas las personas con un don en esta región del país habíamos oído hablar de ella, pero también sabía que solo podías recibir su entrenamiento si ella te escogía. No podías ser tú quien decidiese si acudieras o no a La Academia, solo de ella dependía. Una vez que te escogía, debías ser tú la que se mantuviese a flote, la que pagase la cuota que, variando de una persona a otra, ella requería, de modo que había muchas que por más que hubiesen sido llamadas a fila, no podían permitirse un paréntesis de un año de asueto. Pensé en cuantas mujeres a lo largo de la historia habían tenido que justificar sus decisiones de reclusión, su necesidad de dejarlo todo para empezar de nuevo. Y es que aquello era difícil de explicar: la cultura popular se había mezclado con las nobles artes de lo adivinatorio y había dañado profundamente el imaginario colectivo, llenándonos la cabeza de pájaros. Mi madre pensó que vagaría por estos pasillos con alpargatas desgastadas y un camión de hilo raído, que sería alimentada a base de alpiste y más tarde devuelta al mundo habiendo sido transformada en una versión más barata de lo que ellos habrían querido. Pero La Academia era otra cosa, no había más que entrar aquí para verlo, no había más que mirar a Lula a los ojos para saber que esto en todo era distinto. Nos levantábamos cada mañana a las cinco para meditar, a las seis visualizábamos objetivos, a las siete hacíamos algo de ejercicio en nuestros aposentos y a las ocho, tras una ducha ligera con agua templada, desayunábamos en silencio antes de salir a pasear entre los palmerales y los olivos. No era hasta las diez que comenzábamos las lecturas de cartas en grupos de a dos. En mi época éramos al menos veinte, aunque a todos les he perdido la pista con la urgencia en el día que traen los años, y ella nos revisaba uno a uno. «Esta tirada pide una carta más», «no estás viendo el significado profundo de esta combinación» solía decirnos. Había sido un año duro y también precioso: el inicio de todo lo que hoy tengo.

—Lula —dije—. La foto.

—Ajá.

—El hecho de que en ella esté destrozándole el ojo con saña...

—Ajá —dijo sujetándola en una mano mientras esperaba a que continuase con mi discurso.

—¿Cómo puede ser que no recuerde absolutamente nada?

—Es difícil saber...

—¿Tú crees que estoy perdiendo la cabeza?

Escena 3: «¿Y tú qué haces aquí?»

Lula no tuvo ni una sola respuesta a mis muchas preguntas. A su parecer, todo lo que me estaba ocurriendo formaba parte de un gran aprendizaje que la vida me traía y, antes de que me fuese, hizo hincapié en su teoría de que nada me pasaba a mí, sino *para* mí.

Me despedí de ella agradeciéndole el cariño con el que me había recibido y el camino a casa lo hice pensando. Trataba de encontrar sentido a los deslices de mi memoria, a los defectos de mi visión. Me preocupaba la idea de estar deshaciéndome en pedazos, como una mala versión de Goldie Hawn en *La muerte os sienta tan bien*, y me preguntaba qué le podría seguir después. Qué destino patético le esperaba a mi piel, a mis músculos, a mis brazos. Primero los ojos, después la memoria, ¿qué otra sorpresa macabra me traería la vida? Habiendo gozado de una salud de hierro hasta los cuarenta, siempre había atribuido mi perfecto estado a mis muchos esfuerzos: los saludos al sol, mi conteo de pasos diarios, mis púdines de chía. ¿Es que ahora la suerte iba a pesar más que todo? ¿En qué podía apoyarme si ahora mi cuerpo, sin yo poder controlarlo, se me descomponía? ¿Es que no había un lugar en todo el universo en el que pudiese quejarme de lo injusto que era que esto no le tocara a alguien que OBJETIVAMENTE se lo mereciese más?

No fue hasta la mañana siguiente que volví a coger el teléfono. Si algo me había traído la muerte era una increíble y aburridísima sensación de no estar perdiéndome gran cosa. Hasta ahora había vivido pegada a la pantalla del móvil, siempre ansiosa de conocer la última tendencia en redes, preocupada de seguir produciendo a buen ritmo para seguir montada en la rueda del hámster, resignada a convivir con el mal de nuestro tiempo: creer que, si desconectamos por unas horas, no habrá modo de recuperar el ritmo luego. Yo ahora me acostaba y me dormía. Cerraba los ojos, soñaba a veces, otras ni eso. La mayoría del tiempo lo único que hacía era desconectar de todo. Del móvil, del trabajo, de mis padres, de Marco, de Lula, de mis ojos, de la tenebrosa muñeca, de la foto, de los (no) recuerdos del accidente, de mi vida, del presente.

—¿Aló?

La llamada entrante me pilló demasiado dormida para plantearme si cogerlo o no. Maldije entre dientes al escuchar la voz suspendida al otro lado de la línea:

—Maya, hija mía, ¿es que ahora no te levantas hasta el mediodía?

Me quité el antifaz mientras separaba los labios pastosos para tratar de articular palabra.

—Yo... —musité con voz ronca.

—Le he dicho a tu padre esta mañana, «o viene ya, o vamos a tener que ir nosotros». ¿Tú estás segura de que estás bien? Ramón nos dice que no necesitas nada, que estás perfectamente.

—¿Pero es que aún habláis con Ramón?

—No seas egoísta, Maya. Que te separes tú no significa que lo tenga que hacer yo. Ramón es un buen chico. Es guapo y educado. Aún no entiendo qué...

—Mamá. No creo que sea apropiado que sigáis hablando con él —la corté.

—Tampoco hagamos un asunto de esto, ¿ves? No puedo decirte nada, ¡y no es esto para lo que te llamo!

—¿Y para qué llamas, mamá? —bufé.

—Para asegurarme de que estás bien. Soy tu madre y eso es lo que hacen las madres. Mi trabajo es saber que estás bien y ponerle remedio si no es el caso.

—Estoy bien —dije y carraspeé.

Puse ambos pies en el suelo de al lado de la cama y moví los dedillos por entre las suaves crines de mi alfombra persa.

—¿Por qué no vienes a vernos? —se quejó—. Nos pediste unos días cuando saliste del hospital

y, sabiendo que eres tan *especial* para tus cosas, no hemos querido ir nosotros. No queremos molestarte. Es lo último que queremos.

—Vosotros nunca molestáis, mamá —mentí.

—¿Por qué no vienes entonces a vernos? Te echamos terriblemente de menos.

«Tienes que contárselo, Rosita», recordé.

—Bueno... —añadí, contemplando la posibilidad, al recordar de pronto la visión que tuve durante el rato que había estado muerta—. Igual paso por casa mañana para comer. ¿Qué tendréis para almorzar?

—¡Bien! —dijo, mientras me la imaginaba dando pequeños saltitos sobre el suelo de teja de la entrada, tal como solía hacer—. Da igual lo que haya, hija mía, si vienes tú, hacemos lo que a ti te apetezca comer. ¿Qué quieres que te ponga?

—¿Me haces lasaña con espinacas? —mi voz sonó más blanda de lo que solía sonar cuando hablaba con ella.

—¿Bechamel? —dijo, bajando el tono de voz—. Mejillones al vapor mejor.

—¿Mejillones? —contesté.

—He visto las últimas fotos en el espejo que has subido en tus stories.

Y no se dijo más.

—Mejillones —contesté—. Está bien.

Rosita, como mi padre toda la vida había llamado a mi madre, había sufrido terriblemente por los cambios de mi cuerpo a lo largo de la vida. Al contrario que ella, que era de complexión atlética y genética agradecida, yo había necesitado llevar una *alimentación sana* toda mi vida. Yo siempre la había llamado alimentación sana, porque delante de nadie podría yo admitir que calculaba mis porciones estos días, pero lo cierto es que mi madre y yo, ni por dentro ni por fuera nos parecíamos en nada, y las dinámicas siempre habían sido complejas, ¿pero no lo son siempre?

Con todo lo que ello implicaba, yo era la hija gorda de una madre rica.

—¿A las doce y media? —insistió—. Así damos un paseo a buen ritmo antes de sentarnos.

El timbre sonó.

Dejé a mi madre con la palabra en la boca y bajé a averiguar quién era la persona que presionaba con tanta insistencia el timbre de la puerta de La Sacerdotisa. Supuse que se trataría otra vez del repartidor con algún paquete, y el estómago se me encogió como un papel arrugado, solo al pensar en que me volviese a traer algo que hiciera que se tambaleara todo. Primero, la muñeca, más tarde, la foto. No creía necesitar ningún otro susto más, a estas alturas me bastaba con resolver el rompecabezas que había sido mi muerte para tratar de volver a mi vida de antes. Porque eso era lo que quería, ¿no? Volver a ser la de siempre. La que había sido hasta el catorce de septiembre, el día del accidente en mi Tarot Party. Deseaba, o eso creía, dar con la combinación exacta que al fin uniera las piezas de este rompecabezas, y temí con todo mi ser que el repartidor trajese una bomba que acabase por estallar en mil pedazos toda mi vida.

Aún con esas, abrí.

—¿Y tú qué haces aquí?

Capítulo XII: **EL COLGADO**

Este arcano es de los más importantes de la baraja del tarot por su gran contenido esotérico e interpretativo. Vemos en esta carta a un hombre colgado por los pies con sus manos a la espalda aparentemente atadas. Dos grandes troncos con ramas cortadas hacen de soporte para mantener otra rama horizontal de la que cuelga.

Escena 1: «Nos merecíamos un final mejor»

—Si no me coges el teléfono tendré que buscar el modo de dar contigo, ¿no te parece? —Tomé de pronto consciencia del aspecto horrible que debía de tener, recién levantada, y me ajusté el cinturón del kimono de pájaros bordados en seda—. No me mires así. Soy más que consciente de que es poco ortodoxo sacar la dirección de tu historial médico, pero necesitaba hablar contigo. —Yo seguía más preocupada por mi aspecto que por ninguna otra cosa. Me atusé el pelo mientras él avanzaba con la mitad de su cuerpo para colocarse bajo el arco de la puerta y me dijo—: ¿Me puedes dejar pasar?

—¿Es necesario? —pregunté, menos educada de lo que solía ser, pero verdaderamente avergonzada de recibir a Marco de esa guisa.

—¿Por favor? Vamos. Es importante, Maya.

Abrí la puerta de par en par y barrí con un brazo el aire de forma reverencial, rendida ante su habitual insistencia.

Me pareció injusto que apareciese en mi casa en chinos y con una camiseta blanca que parecía que estrenaba hoy, me pareció injusto que su terrible salario le diese para tener este impecable aspecto de recién sacado de una portada del Vogue. ¿Es que no habían pasado diez años en su cuerpo también? ¿Era el paso del tiempo menos amable con nosotras, o era otra de las muchas ilusiones ópticas de las que parecía padecer?

—¿Doble expreso sin azúcar y con cucharilla?

—Eso es.

Fue raro verlo caminar desde la entrada hasta el salón y de allí a mi cocina. Fue raro sentirlo parte de este nuevo escenario en el que él nunca había estado, como un títere fuera de contexto. Aquello me hizo tomar consciencia del enorme contraste con mi anterior vida, la vida a la que él perteneció una vez, a la que pertenecemos juntos, y solo por un momento pensé en qué habría sido de mi vida, si hubiésemos seguido juntos, qué aspecto tendría mi cuerpo, mi casa, mi pelo, de haber escogido otra línea vital y no esta.

—Aquí tienes —dije y pasándome las manos por los ojos, aún hinchados, me quejé—. Me podrías al menos haber avisado de que vendrías a verme a casa.

—Entonces no me habrías abierto la puerta.

—Probablemente —me reí.

Marco parecía distraído, volteaba su cabeza de lado a lado contemplando los grandes lienzos del salón, mirando de reojo los cojines de Loewe, mis lámparas de Tiffany, las cómodas y las bandejas llenas de joyas que me enviaban las marcas desparramadas sobre ellas. Los grandes espejos dorados, las cortinas y las vistas desde la cocina a la piscina.

—¿En qué piensas? —me atreví a decir.

—En que te ha ido bien estos años.

—Digamos que mis primeros cuarenta años en este planeta me han tratado con cariño. A partir de ahí...

—Claro —dijo girando la cucharilla, haciendo círculos en el café sin hacer un solo ruido, cosa que mi madre siempre alabó, y tras eso se lo bebió de un sorbo.

Miró la taza, sorprendido, en un gesto de clara aprobación.

—Me lo mandan de Colombia. Las marcas...

Marco se rio.

—Tenemos una vida muy diferente.

—Dime: ¿tengo que avergonzarme de vivir bien?

—No creo haber dicho eso.

—Pero no apruebas que me vaya *tan* bien.

—¿Y de dónde sacas eso?

—Por tu tono resulta evidente.

—Pues te equivocas. Me alegra y mucho que las cosas te hayan ido bien. Todo lo que he hecho siempre es desear que las cosas te vayan bien, Maya. ¿Es que no te he demostrado al menos eso?

Traté de afinar entonces:

—Pero no entiendes que me vaya *tan* bien dedicándome a lo que me dedico.

Eso no podía negármelo. Sabía lo que pensaba de mi profesión, porque en su momento no dudó en decírmelo. Sabía que creía que todo era una patraña, que había echado a perder lo que en su día él consideró que eran mis fortalezas, que había entregado mi vida a un oficio estúpido.

—Da mejor vida que a lo que me dedico yo, eso seguro.

No pude discutirlo.

Si bien es poco cortés, es inevitable hacer comparación activa de los que han sido tus amantes. Y la verdad: mi lista de intereses románticos había sido menuda. Nunca puse interés excesivo en el sexo masculino hasta que lo conocí a él, del que tampoco puedo decir que me enamorara en un instante. Marco, comparado con Ramón, había sido un acompañante predecible, aburrido a veces, sorprendente en la habitación como en tantos otros aspectos. Podía ser muchas personas a la vez: el novio residente de medicina ante papá y mamá, el compañero de aventuras cuando acampábamos en medio de la naturaleza, el amante lento y entregado cuya formación médica daba clara ventaja en lo concerniente a la anatomía femenina. Ramón era, sin embargo, alguien que encajaba mejor en este mundo mío. Él para entrenar hacía boxeo y no subía montañas, era más de cerveza y partido que de lecturas frente a la chimenea un domingo por la tarde, en noviembre; él había hecho por aprender los lenguajes y los códigos de la primera plana, él siempre había sabido conjugar con clase un pantalón cargo con una camisa de vestir sin que yo tuviese que decirle nada. Ramón no solo no había juzgado nunca mi estilo de vida, sino que había disfrutado de cada gota de mi éxito. Amaba los photocalls, los posados, los robados, los envíos desde la agencia. Toleraba las tiradas de cartas y respetaba mis viajes. Amaba la pareja que hacíamos en redes y nada de esto que yo tenía hoy habría sido posible si yo hubiera seguido con Marco, al que todo lo que le preocupaba desde que lo conocí era seguir las reglas, caminar el camino acordado, hacer las cosas como se tenían que hacer.

—¿Es a esto a lo que has venido? ¿A ver con tus propios ojos cómo la Gran Maya Conesa se ha aprovechado de las pobres vidas de sus acólitos, para montarse todo este mausoleo?

A pesar de la dureza de mis palabras, lo dije con la misma sonrisa pícara con la que lo recibió él. A diferencia de las peleas tormentosas que durante años tuve con Ramón, nada fue nunca así con él. Quizá lo más romántico que hubo entre nosotros fue justo eso: de algún modo ciertamente mágico, siempre encontrábamos el camino de vuelta, la manera de solucionarlo todo con un abrazo, a pesar de ser quiénes éramos, a pesar de nuestras muchas diferencias. Nos resultaba imposible enfadarnos por demasiado tiempo. Aunque desde fuera nuestra relación pareciese cada vez más imposible, para nosotros lo imposible habría sido no estar para siempre el uno con el otro. Por eso nunca pensé, supongo que tampoco lo pensó él, que las cosas acabarían entre nosotros del modo en el que lo hicieron. Visto con perspectiva, nos merecíamos un final mejor.

Una nube cruzó su rostro y dijo:

—No, Maya. No he venido para eso.

Escena 2: «¿Quieres o no quieres saber?»

—Vaya, te has puesto muy serio.

—Maya, es que es raro.

Lo animé a tomar asiento en el salón a mi lado y subí las dos piernas al sofá, girando mi cuerpo hacia el suyo y manteniendo mi cabeza apoyada en mi mano.

—¿Qué es raro? —pregunté, bien consciente de que raro o no raro eran parámetros con marcos referenciales diametralmente diferentes para nosotros dos.

—Cuando viniste el otro día a consulta me dejaste preocupado.

—¡Empezamos bien! —quise decir bromeando, con intención de quitarle hierro al asunto.

—No, deja que te explique —me pidió mientras abría el macuto de cuero negro y sacaba lo que parecían cien tomos de papeles impresos y desordenados.

—¿Qué es todo eso?

—Todas las referencias a Maya Conesa en la salud pública y privada de este país.

—¿Y quién te ha dado permiso para hacer eso?

—Técnicamente soy tu médico. He llevado tu caso desde que volví del viaje... —carraspeó— al hospital. Soy yo el que ha estado coordinando pruebas y equipos desde que llegué. No entiendo qué te molesta de esto.

Pensé entonces en lo doloroso que me resultaba saber que Marco habría descubierto sobre mis muchas rondas fallidas de fertilización in vitro y pensé en su reciente mujer, a la que muy pronto dejaría alegremente preñada con una simple mirada más lujuriosa de la cuenta. Justo del modo en el que se embarazaba el mundo al completo, menos, al parecer, yo.

—Lo que me molesta es que tú no tenías que haber visto ciertas cosas que están recogidas aquí.

—Ah —dijo rascándose la nuca y mirando hacia abajo—. Soy un profesional de la medicina, Maya. He leído todos los informes con el más estricto interés sanitario, no hay nada más.

Me pregunté si eso podría ser verdad. Si la bata te convertía en un ser impermeable a unas emociones que un día estuvieron tan vivas entre nosotros. Me lo imaginé leyendo las notas de mis muchos episodios de escandalosa infertilidad —«ajá, ajá»— mientras metía datos en una calculadora de diagnósticos y pensaba, como había pensado siempre, que todo podría solucionarse si daba con la combinación de enfoques adecuada.

Si lo pensaba bien, Marco había sido siempre este.

—Estoy esperando la explicación —dije, tensando mi cuerpo y devolviendo mis pies al suelo, justo antes de cruzar mis piernas y mis brazos mientras lanzaba mi vista más allá del final de mi jardín, a algún lugar muy lejos del que ahora me encontraba. Entrecerré los ojos, tratando de enfocar mejor—. Aunque me anticipo a decirte que nada de lo que me vayas a decir tiene justificación. ¿Es legal esto? —me quejé.

—¿Que mire el historial médico de mi paciente?

—¿De tu exprometida?

—Nuestra historia anterior no tiene nada que ver.

—¡Tiene todo que ver!

Cogí una de las muchas gafas de sol que había repartido por todas las superficies de la casa para tenerlas siempre a mano y me las puse, esta vez no solo para sentirme de algún modo más segura con mis problemas de vista, sino para ocultar la magnitud de mi indignación, que solo me hacía más vulnerable ante él.

—A ver, Maya. ¿Quieres o no quieres saber?

Escena 3: «Tu certificado de alumbramiento»

Volteé una mano dejando mi palma expuesta, dándole paso a su discurso. Prefería no decir más, porque nada de lo que dijese iba a solucionar lo desnuda que me sentía ante aquel montón de pruebas que yo siempre había sentido como íntimas. ¿Es que hay algo más íntimo que un bebé? ¿Es que hay algo más privado para una mujer que su deseo, o su no deseo, de ser madre? Me parecía tan típico de Marco que no comprendiese que el hecho de que él conociese todo mi historial médico no me hacía sentir bien... Él habría dicho: «pero si estoy más que acostumbrado a ver estas cosas todos los días» y yo le habría contestado «¡Y a mí qué!», pero nada de eso habría llegado a ningún lado, así que dije.

—Bien. Cuéntame.

—Al principio... —comenzó a explicar y a separar papeles por encima de la mesa de metacrilato — todo parece normal. Están los datos de la liposucción de hace tres años... —Torcí el morro—. Aquel lunar feo de hace seis años, la piedra en el riñón de hace nueve...

—Uf, qué dolor aquello, ya me había olvidado —recordé, acercándome en un gesto aprendido, a beber agua del vaso que había colocado sobre la mesa.

Me miró y asintió, con una media sonrisa.

—Eso, mucha agua. Mira aquí todo lo concerniente a las in vitro —siguió y colocó una gran torre de folios sobre la mesa, esquivando mi mirada— Hasta aquí todo va bien.

—Pasamos ahora a mi época, la recuerdo bien, tenías una salud estupenda, aquí hay poco que ver: una infección por straphilococcus para la que necesitaste antibióticos, un esguince en el tobillo derecho...

Sonrió entonces y supe que recordaba lo que recordé yo. Marco llevándome en brazos bajo la lluvia desde el coche hasta la puerta de urgencias en aquel cutrísimo ambulatorio que nos pilló cerca de la sala de cine en la que, en un descuido de lo más tonto, me había torcido el pie. Aquella noche —me pregunto si también ahora mismo recordaba aquello—, me había pedido que me casara con él.

Me quité las gafas de sol y dije:

—Ese día fue el día en el que...

—Me pediste que me casara contigo —respondió él, mientras pasaba inconscientemente el dedo pulgar por su dedo desnudo: el mismo en el que debería de llevar su anillo de casado.

No sonrió, solo me miró de frente, sosteniendo en sus ojos la promesa de lo que podría haber sido.

—No es así como lo recuerdo yo —me reí.

—A ver si también te vamos a tener que hacer pruebas para eso...

Pero solo se carcajeó él. De todas las cosas que me habían ocurrido en las últimas semanas, esa era la que más miedo me producía. Perder la memoria suponía perder la identidad, mi sentido más propio, el hilo que unía mis vivencias y daba coherencia a la persona en la que yo me había convertido. ¿Quién sería si olvidase a las personas con las que había compartido momentos, si perdiese el registro de los olores, de los sabores, de los besos? Una cosa era no ver y otra no recordar quién era, en qué lugares había estado... o qué extrañas cosas me habían fotografiado haciendo.

—Dime entonces —insistí, trayendo la conversación de vuelta.

—Bien —dijo, haciendo dos grandes montones—. Todo esto de aquí es de los primeros veinte años. Y esto de aquí es de los últimos diecinueve.

—¿Diecinueve?

—Eso es. Me falta todo el primer año. Has cumplido cuarenta, ¿no? —Me congratuló que

recordase mi cumpleaños—. Quiero decir: tu fecha de nacimiento en todos los lados aparece como 1983.

—Ah, claro... —contesté— ¿Tú puedes sacar todo esto del hospital?

Marco carraspeó.

—No. Las historias clínicas no deben sacarse del hospital. —Reculó en su asiento y prosiguió, como disculpándose—: Quiero que sepas que nunca, bajo ningún concepto habría mirado todos estos datos tuyos, si no fuese porque algo no encaja.

Lo entendí.

—¿Y has mirado bien?

—He mirado bien —contestó.

No entendí la gravedad del asunto y levanté los hombros. ¿Qué quería Marco que hiciera yo ante la incompetencia de un puñado de funcionarios mal pagados?

—Es la primera vez que me pasa en toda mi carrera.

—A ver, no perdamos los nervios. Tampoco me parece tan serio, déjame mirar a mí bien.

Cogí los dos montones y pasé los ojos por encima de lo que había sido toda mi historia médica. Otra parte de mi identidad, mi yo enfermo, que hasta ahora había tenido en mi obra de teatro particular un papel secundario, pero que amenazaba con coger las riendas de todos los giros narrativos desde este momento en adelante.

—¿Y para qué la necesitamos ahora mismo exactamente? ¿Qué más nos da saber lo que pasó el primer año de mi vida, llegados a este caso?

—Necesitamos descartar determinadas enfermedades genéticas, para asegurarnos de que entendemos bien el proceso por el que están pasando tus ojos.

«Si fueran solo mis ojos...», pensé.

—Podemos preguntar a mis padres.

—Podemos —asintió—, pero esto debería de estar recogido en tu historial como lo está para el resto del mundo.

—¿Qué necesitas saber? A lo mejor yo puedo ayudarte —dije con la alegre calma de la que no sabe lo que dice.

—No es cuestión de que me ayudes tú, es cuestión de que veamos los datos.

—Datos, datos —me quejé.

Marco volvió los ojos hacia arriba.

—No hay informe de tu nacimiento, Maya —comentó— ¿Naciste por cesárea o fue parto vaginal?

—Cesárea. Tras dos días de parto inducido tuvieron que sacarme. Mi madre me lo ha contado infinidad de veces...

—No es así.

—¿No?

—Quiero decir: no lo sabes.

—¡Me lo ha contado mi madre!

—¿Se inició lactancia materna o artificial?

—Materna. Mi madre me dio el pecho nueve meses.

—O eso dice.

—¿Y quién más iba a decirlo, Marco? ¿Es que también para eso, las mujeres necesitan a un médico presente?

—Solo digo que, si no está registrado, en realidad tú no lo sabes.

—¡Pero qué disparate! Hay miles de cosas que no se registran. ¿Hace falta que los demás

lo vean para que sea realidad? —me quejé, de pronto encontrando grandes similitudes entre su profesión y la mía—. A ver, Marco. No entiendo el drama, y que conste que sé que le estás poniendo la mejor intención al asunto. Pero esto es tan sencillo como llamar al hospital donde nací y preguntarles.

—Lo sé, yo trabajo en él.

—Soy consciente... —dije y sentí que estábamos planeando sobre obviedades—. No entiendo a dónde vamos con todo esto.

—Maya, ellos dicen que no estás en ningún lado.

—¿Cómo?

—Tu certificado de alumbramiento.

—¿Sí?

—Que no lo tiene nadie.

Capítulo XIII: **LA MUERTE**

Nos avisa de la muerte próxima, pero no necesariamente quiere decir que vayamos a morir. Morimos para renacer. Esta carta nos representa a un esqueleto con una guadaña que barre cabezas y manos.

Escena 1: «No te pierdas demasiado»

***Domingo 13 de noviembre. 03:46h. Mensaje sin leer.
@tuyotuyotuyo_***

Toc, toc.

Hay una cosa que siempre me ha llamado poderosamente la atención de ti. Bueno, muchas cosas me han llamado la atención de ti, su excelentísima Gran Maya Conesa, pero esta lo ha hecho... poderosamente.

La primera vez que supe de ti, que te vi en redes y me di cuenta de que inevitablemente íbamos a encontrarnos, tú parecías verdaderamente intocable.

Nunca me habría podido yo imaginar aquella primera vez que te vi —tu melena megasedosa, tus cojines megacaros, tu mirada estudiada frente a la luz, siempre cogida con el ángulo perfecto— que sería tan fácil desestabilizarte. Que con poco que se te estresase, perderías el equilibrio en todo.

Supongo que has tenido poco entrenamiento en la vida, eso es evidente.

Cuando todo te ha salido siempre a las mil maravillas, no tienes la oportunidad de desarrollar músculo.

YO tengo todo el músculo que tú no tienes, Maya.

YO he tenido cantidad de oportunidades para ejercitarlo.

A mí, de estar en tu situación, me habría hecho falta muchísimo más que un susto para poner toda mi vida en juego.

A ti, sin embargo...

Claramente en eso no nos parecemos.

Marco se fue antes del almuerzo y lo hizo con la evidente frustración de no haber conseguido generar en mí la preocupación necesaria para que yo moviera un dedo. Claro que encontraba extraño que hubiera desaparecido mi certificado de alumbramiento, pero aquellos antiguos montones de folios escritos a mano me resultaban explicación suficiente. Antes de la era digital —tan mayor era yo— las cosas se registraban de un modo infinitamente menos eficiente. En la época de los tachones, el títex y los formularios garabateados, nada de esto me parecía demasiado extraño. Si alguien me hubiera dicho que había desaparecido todo mi historial de los últimos diez años, aquello me habría parecido mucho menos plausible, ¿pero el de hace cuarenta? No es que no quisiese darle la importancia que Marco parecía otorgarle, pero aquel tipo y yo habíamos estado prometidos, aunque aquella fase durase al final lo que duró. Nos conocíamos, nos habíamos querido, habíamos compartido un tiramisú en la cama acostados mientras liábamos las piernas bajo una manta en invierno. Por eso yo sabía que él le habría sacado punta a cualquier cosa, ese era el modo habitual de su funcionamiento. Su mente tenía la molesta facilidad de enfocarse siempre en el problema, aquello que a su juicio no funcionaba, y montaba castillos en el aire a poco que lo dejases. Se me ocurrían tantísimas posibilidades para dar respuesta al supuesto enigma, que me irritaba que a Marco no le resultase tan obvio como a mí: aquel papel podría haberse incluso caído al cajón de abajo en una de esas cajoneras de metal roídas que solían tener los hospitales, podría haberse perdido tras un cambio de planta, podría habersele caído a alguien un café encima y por miedo a reprimendas lo habría tirado simplemente. Aquel papel insignificante podría haber volado al abrirse una ventana en pleno otoño, podría haberse colado en una carpeta diferente. Cualquier cosa, literalmente cualquier

cosa podría haberle pasado. ¿Era eso tan grave? ¿Era para preocuparse tanto? Agradecía genuinamente su interés por cuidar de mi vista, pero cerré la puerta a Marco diez años atrás y no me era sencillo verlo de nuevo. Las cosas no habían acabado como yo querría, nada terminó siendo como nuestra historia merecía y no estaba feliz de abrir la herida.

Lo había despedido con un beso en la mejilla, tras subir con él hasta el zaguán de mi entrada, en un gesto que había resultado extrañamente cotidiano, y ninguno de los dos habíamos sentido incómoda la cercanía. Su mano sobre mi costado, la mía sobre su hombro al acercarme a su barba de tres —seis, ocho— días. Su olor no había cambiado en todos estos años: una mezcla de café negro y antiséptico, con capacidad de nublarle el juicio a la más centrada. Ramón olía a tabaco y a vainilla, una mezcla vulgar de esas que no dejan de funcionar nunca, y pienso que habría sabido reconocer los olores de los dos en medio de cualquier sitio, aunque acabase por perder los ojos para siempre.

—Esto es serio, Maya... —me dijo y la distancia entre nuestros cuerpos fue quizá algo más estrecha de lo que habría procedido por lo que habíamos vivido, por lo que estábamos ahora viviendo—. Necesitamos seguir haciendo indagaciones. Mientras tanto, cuídate. Y por favor: si te llamo, al menos coge el teléfono.

Me sentí tentada de preguntar si me llamaría con su esposa delante o si esperaría para marcar mi teléfono a llegar al hospital, pero quise recordarme que esto él lo hacía desde la más estricta profesionalidad. Que se preocupaba por mí como paciente, que le intrigaba el puzle de mi historial. Que habría hecho lo mismo, exactamente igual, de tratarse de cualquier otra persona. Que se habría leído letra por letra los años de historial de cualquier otro paciente de haber sido ese el caso. Se lo quise preguntar, pero supe que sería absolutamente inapropiado.

Lo hice igual:

—¿Me llamarás entonces desde casa o desde el hospital?

Trató de ocultar una sonrisa.

—Eso da igual, Maya. Porque será una llamada de trabajo.

—Entiendo entonces que no le molestará a...

Por supuesto que sabía que su mujer se llamaba Alicia. Por supuesto que sabía que Alicia tenía las piernas más largas de toda la planta de neurología del hospital para el que trabajaba, en la capital, y que nada de eso había importado, porque era la primera de su promoción de Medicina, pero Marco no tenía por qué saber. Hoy en día es increíblemente fácil dar con la información más íntima de cualquier otro. Me pregunté si también Alicia sabía de mí, si había puesto su navegador en modo oculto y había tecleado mi nombre en una habitación a oscuras en medio de la noche.

—Alicia —dijo y crujió su cuello casi imperceptiblemente, mientras se echaba el macuto al hombro derecho y luego siguió—. Ella es médico también, por lo tanto, no encuentra nada remotamente raro en que un profesional se preocupe de su paciente.

—¿Tampoco si tu paciente es tu ex?

—Tampoco si mi paciente es mi ex —confirmó, retrocediendo un paso esta vez—. No te pierdas, eso es todo. Deja que vuelva a ti en estos días y mientras tanto, no te muevas demasiado. No me gusta el aspecto que está tomando tu caso.

—Vamos, Marco. No te preocupes tanto. Envejecerás demasiado pronto —le contesté, sorprendida con la coquetería de mi tono, mientras se ponía un jersey fino que sacaba del macuto de cuero y trataba de guarecerse de una ventisca que había asomado por la puerta—. Ojalá me creyeras cuando te digo que el Universo tiene sus motivos para que las cosas estén sucediendo de este modo y no de otro. Todo tiene un orden natural. Las cosas no le suceden a una *por* algo, sino

para algo —repetí, tal y como me había dicho Lula—. Es probable que, en este punto, lo que necesitamos sea simplemente confiar.
Bueno. Me equivoqué.

Escena 2: «Hay madres terribles durante la infancia que se resarcen cuando las relaciones se tornan adultas»

Mamá adora el mes de noviembre, pero solo porque odia el verano. Es esa clase de personas cuyos gustos se cimentan fuertemente sobre el repudio de los opuestos. Le encanta el frío, porque no puede con el calor; prefiere la montaña, porque de ninguna de las maneras aguanta mancharse de arena en la playa, y dice ser animal de día, porque no aguanta que se ponga la noche.

Mis padres no estaban al tanto de mis problemas de vista y con ellos, directamente, yo no hablaba de mi *visión*, pero desde que papá se percató de mi tren de vida, dejó de hacerles ascos a mis decisiones, también en lo concerniente a mi trabajo. Una vez superado el disgusto de entender que su única hija no ponía interés alguno en la fascinante industria de los setos de las autopistas, poco a poco había dejado ir las expectativas que para mí tenía, y cuanto menos habíamos hablado de a qué dedicábamos cada uno nuestros días, mejor nos habíamos llevado, en los últimos años. Hablábamos mucho, que no se entienda otra cosa, pero hablábamos de otros temas igualmente interesantes: del tiempo, de lo mucho que había empeorado el servicio en la hostelería de la zona, de cómo la juventud de ahora merecía cada vez menos respeto, de la piel tan fina que tenía ahora la gente, que nada podía decirse sin que alguien se ofendiera. A papá le encantaba hablar de todas estas cosas y yo todas las encontraba tolerables. El pacto tácito era no salirnos del borde de lo que habíamos comprobado antes que funcionaría en caso de tensión conversacional: si nos desviábamos, comentábamos, tirábamos de alguna de estas cartas y volvíamos al carril con relativa facilidad.

Con mamá la historia era otra.

—Pero ¡qué visita tan maravillosa! —dijo con voz afectada mientras abría la cancela del chalet—. Pasa, hija mía, qué bien que te hayas acordado del camino a tu casa. A estas alturas ya andaba yo dudando de que no te hubieses olvidado...

Mamá, aunque hubiese querido, no habría sabido hacer un comentario inocente.

—Claro que me acuerdo del camino a casa, mamá, es solo que han sido unas semanas realmen...

—Déjala, Rosita —interrumpió papá, al que me pareció ver más viejo y menos fuerte esta vez—. ¿Quieres una cerveza?

—Ya sabéis que no bebo.

—¿Y qué bebes? —preguntó mamá, entre nerviosa por no tener lo que yo pidiese y molesta por sentir que, como siempre, yo tenía que poner la nota discordante.

—¿Agua? —probé, a sabiendas de que nunca acertaría.

—Pues beberás algo más que agua.

—Sí, bebo más cosas.

—¿Más cosas como cuáles? He leído que también te gusta el Crystal.

Y como no me miró mientras lo decía, yo decidí hacer caso omiso y seguir con lo mío.

—Pues bebo kombutcha de flor de saúco y manzana, bebo matcha, bebo café de hongos y también bebo agua...

—¿Bebes champiñones, hija? —Papá me miró preocupado.

—Tiene muchísimos antioxidantes.

—¡Bueno! —soltó, en medio de un gran resoplido, mientras se tiraba del cinturón apretado sobre su pantalón hacia arriba.

—¿Y te adelgaza? —preguntó mamá.

En lugar de contestar, saqué la silla de debajo de la mesa del comedor y la arrastré como una adolescente consentida antes de tomar asiento.

No había llegado a tiempo para el paseo de antes del almuerzo, por más insistencia que pusieron en ello, como si me hubiese olvidado de pronto que nada molestaba más a mi padre que la impuntualidad, un pequeño defectillo que no había sido capaz de solucionar en todos estos años. ¿A qué tanta prisa? Algunas personas vivían corriendo de lado a lado, como si así pudiesen controlar lo que les deparaba el destino. A decir verdad, pasear con ellos lo habría complicado todo: mis padres vivían cercanos a un terreno montañoso, lleno de cacas de perros, olivos y almendros abandonados, el sitio ideal para haber puesto al descubierto la magnitud del problema de mis ojos. Su declive se había evidenciado en los últimos días, y aunque la claridad con la que veía aún iba y venía, sentía que nos acercábamos a un punto de no retorno. Hasta este momento, había conseguido ocultarlo ante muchos. A los ojos de los otros, mis ojos eran como los suyos. Nada en su aspecto, en su estructura o en el modo en el que se movían dentro de sus órbitas hacía pensar que hubiese algún problema en ellos. Nadie podía ver, como yo sentía, que se estaban convirtiendo en poco más que dos canicas sin vida. Qué poco los había apreciado hasta este momento. Cuánto más y mejor los habría usado, de haber sabido que ahora me arriesgaba a perderlos.

—Os veo bien —dije, una vez que nos habíamos sentado todos a la mesa para compartir el aperitivo que había preparado diligentemente mi madre, mientras mi padre leía el periódico, como cada mañana.

Se miraron y asintieron.

—¿Estás tú bien?

Aunque fue papá el que lo dijo, lo quería haber preguntado mi madre, pero a estas alturas aún temía usar el tono equivocado, o decir las cosas de modo que yo no las entendiese.

Había entrado en casa sin las gafas de sol y andando con mucho cuidado, de modo que no se notase gran cosa. En mí estaba compartir más o menos con ellos, así que dije:

—Estoy bien. —Y picoteé de los berberechos que había sobre la mesa—. Están siendo unos días algo extraños, pero todo va bien.

—¿El trabajo también bien? —preguntó mi madre, con voz demasiado aguda.

A diferencia de papá, a ella nunca le había resultado desagradable que yo me dedicase a lo que hago. A lo que lo hacía. ¿Aún lo hago? ¿Podría seguir haciéndolo en mis... nuevas condiciones? Quiero decir: a ella le gustaba todo lo que traía mi oficio aparejado. Los eventos, el estatus, la fama. Ahora que lo pienso, creo que le daba exactamente igual el modo en el que había llegado a conseguir todo esto —el Tarot, las cartas, las redes—, pero aprobaba que lo hubiera hecho. Sabía que disfrutaba de compartir mis éxitos con sus amigas cuando los lunes se veían en casa de Doña Bernardita para recoger dinero para los pobres y sabía que, aunque durante mi niñez tuvo dificultades para expresar si se enorgullecía o no de su hija, ahora sí que lo hacía. Hay madres terribles durante la infancia que se resarcen cuando las relaciones se tornan adultas. Y quizá así está bien.

—En el marco de la reciente reestructuración de leadership de la agencia, se está transitando hacia un nuevo paradigma de management. Ha salido a la luz que la ex-CEO no mantuvo una adecuada governance financiera, con discrepancias en las cifras reportadas —inventé, usando el lenguaje preferido de papá, para captar su atención—. Parece que cuando analizaron con mayor profundidad los dashboards, se identificaron inconsistencias relacionadas con los KPIs y un ROI inflado. Y bueno, ya sabes que ese turn-around es esencial para garantizar una óptima performance y la confianza de los stakeholders, de modo que estamos teniendo unos días más tranquilos. Hasta que las aguas no se calmen, nos lo tomamos con paciencia.

Papá asintió con un solo golpe de mentón. Mamá entonces dijo:

—¿Te vas a comer tú sola todos los berberechos, o los puedo retirar ya para traer la comida?

Escena 3: «Te la hacemos llegar en estos días»

Quise ayudar a mamá a poner los platos sobre la mesa, papá ni siquiera lo intentó, pero ella insistió en que nos relajásemos y charlásemos sobre nuestras cosas mientras ella nos agasajaba con comida y brebajes que luego nos criticaría por comer.

«Que te olvidaras de mí no quiere decir que te olvidara yo».

—Mmmm, ¿vosotros habéis escuchado eso?

Otra vez la voz.

Otra vez la misma frase que escuché el día que Lula vino a mi casa tras el accidente.

Mis padres se miraron entre ellos y levantaron los hombros al unísono, mientras ella tomaba asiento y él, antes de que estuviéramos todos preparados para coger los cubiertos, comenzaba ya a comer de su plato.

—Papá —le dijo mi madre—, sopla, que te vas a quemar.

Aquel me pareció un buen momento para sacar el tema:

—Una cosa... —dije, soltando el cuchillo sobre la servilleta de tela blanca junto al plato—. Esto... —carraspeé—. ¿Yo nací por cesárea o parto natural?

—El tuyo fue el peor de los partos —dijo mamá—. Tras dos días de dolores, decidieron que tenían que cortar. No querías salir, hija.

—Cesárea entonces. ¿Y el pecho?

—Pero... ¿y este interés repentino? —dijo papá.

—Pecho, claro. Pecho —contestó mamá.

—¿Y cómo fue? —Solté los cubiertos y puse los codos sobre la mesa—. Quiero decir, nunca me habéis hablado mucho sobre aquel momento.

—Si hubieses llegado a pasar por algo así entenderías que no hay mucho de lo que hablar, hija —dijo mamá.

—¿Te dolió?

—¿¡Que si me dolió!? —se rio nerviosamente—. Que si me dolió...

Mi madre se pasó la servilleta de tela a toquitos por sus labios, mientras movía la cabeza de un lado al otro, agitada por el recuerdo.

—¿Os encontráis entonces a la expectativa del cambio de management? Tu trabajo no depende de eso, ¿o sí? —interrumpió papá.

—Nunca me has contado cómo fue cogerme por primera vez en brazos —me sorprendí a mí misma diciendo a mi madre, haciendo caso omiso a las incursiones de papá.

Ambos se miraron y dejaron de comer, quizá preocupados por mí, quizá conmovidos por el recuerdo, quizá extrañados por la arbitrariedad del tema.

Habló mi padre:

—Fuiste la niña más bonita de la planta.

—Las enfermeras que entraban en la habitación no decían otra cosa: «qué niña más bonita, qué niña más preciosa» —añadió mamá.

Sonreí por primera vez con franqueza desde que había llegado.

—Debe de ser raro coger en brazos a tu bebé tras tanto tiempo esperándolo.

Papá y mamá se miraron con extrañeza. Él dijo:

—¿Y a qué todo esto?

Dudé sobre la mejor forma de explicarlo, pero al fin lo dispuse del modo mismo en el que salió de mí:

—Me ha dicho Marco que no da con mi certificado de alumbramiento.

Papá tosió y exclamó:

—Marco, ¿tu Marco?

—Ese Marco, sí.

—¿Es que estás viéndote con él?

—Acaba de casarse, mamá —contesté, sospechosa ante tan repentino interés—. Pero, ya sabéis, es médico.

—Jefe de servicio —añadió papá, al que jamás se le pasaba un puesto.

—Eso es. Jefe de servicio del hospital en el que me desperté.

—¿Y queréis un café? —dijo mamá, retirando su planto antes de haber llegado ni siquiera a la mitad.

—Mamá, por favor, siéntate un poco —se quejó papá—. Aún no hemos acabado de comer los demás.

—He preparado un hojaldre de manzana con eritritol, ¡es light!

—Yo voy a querer un trocito —dije, limpiándome la boca y poniendo mis cubiertos en el plato, contenta con la idea de dejar de hablar de Marco.

—¿Vuelves a tener relación con él? Era un chico estupendo.

—Se acaba de casar —le repetí a papá—. Pero sí, hemos hablado alguna vez. Temas estrictamente médicos —avisé, con las palmas de mis manos parando el aire—, pero es agradable tener a alguien que se preocupa por mí.

—¿Es que nosotros no nos preocupamos por ti? —se quejó mamá— ¡Si ni siquiera nos dejas que vayamos a verte!

—Yo nunca he dicho eso.

—Sí que lo has dicho —añadió papá.

—Yo solo os he pedido un poco de espacio, nada más. Han sido unas semanas muy difíciles para mí, con el accidente, con el trabajo...

—¿Por qué no te vienes a casa unos días y te cuidamos? Tienes tu habitación exactamente como la dejaste, tu padre y yo estamos muy tranquilos ahora y podemos dedicarnos a...

—Gracias, mamá. De verdad. Sé que me cuidaríais de buena gana y lo haríais mejor que nadie —dije, con la mano puesta sobre mi corazón—. Pero tengo compromisos de trabajo y no puedo desaparecer mucho de mis redes.

Mi padre asintió. Mi madre me sirvió una minúscula porción de hojaldre de manzana y dobló la ración en el plato de mi padre. Metió la cucharilla en el borde para probarla ella misma y después dijo:

—Como quieras. Lo último que queremos es molestar.

Suspiré. Me costaba entender cómo habíamos sobrevivido la dinámica de estas relaciones durante cuarenta años sin que nada se hubiese roto, pero lo cierto es que lo hacíamos bastante bien. Nadie se salía jamás de su papel, del todo. Si nos mirabas desde fuera, cualquiera de nuestros diálogos parecía una coreografía ensayada y, ya a estas alturas, una siempre sabía antes que el otro cómo iba a avanzar la conversación: qué nuevo giro, qué comentario, qué estrategia discursiva usaría tu contrincante para salirse con la suya.

Supongo que por eso todo esto me sorprendió.

—¿Lo del certificado de alumbramiento entonces?

Mamá se levantó a retirar los platos a la cocina y a meterlos en el fregadero con agua para que los limpiase más tarde Antoñita, y papá me dijo:

—Pues cómo voy yo a saberlo.

—Es que dice que ha mirado en todos sitios y no sabe...

—¿Y qué quieres que haga yo, hija?

—No sé, ¿tenéis una copia vosotros?

—Claro que tenemos una copia.

—¿Y puedo verla yo?

—¿Para...? —dijo él.

—Para hacerle una foto y mandársela a Marco.

—Fíjate que no la llevo ahora mismo encima —contestó papá, tocándose jocosamente unos bolsillos imaginarios a la altura del pecho.

—Bueno, no tiene por qué ser ahora mismo, claro...

Fue mamá la que intervino:

—Me vais a disculpar porque necesito ir a echarme un rato. Maya —se dirigió a mí, con su cuerpo ligeramente adelantado, desde la barra de la cocina—, no des un portazo al salir, por favor. Ya sabes que tengo un sueño muy ligero.

—¡Espérame, Rosita! —dijo papá, me dio un beso en la mejilla y añadió—: Te la hacemos llegar en estos días.

Y sin más explicación, los vi subir de la mano escaleras arriba.

Capítulo XIV: **LA TEMPLANZA**

Este arcano representa el autodomínio, la moderación del carácter.
Vemos en este arcano una figura central representada por un ser alado, que está traspasando líquidos de una vasija a otra.

Escena 1: «Todo esto lo había olvidado»

Decidí caminar. Pedí a Eulalio en la puerta de casa de mis padres que al llegar me dejara en el centro de Santauro, de modo que pudiese pasear, aunque fuera por un rato. Desde el accidente, prácticamente no había salido en público y sentía cómo cada día el aislamiento y el sedentarismo me estaban marchitando. Los ojos me permitían ver lo justo para no tropezarme y la memoria era la responsable del resto: aunque me hubiese vendado los párpados cerrados, habría sido capaz de caminar aquello. Conocía a la perfección los resaltos de los adoquines en las calles.

Me apeé en una esquina de la calle Tusquets, a un paso de la plaza del Reloj, cuyo centro lo coronaba una grandiosa esfera dorada en la que destacaban elegantes números romanos, y cuyo sonido de catedral antigua acababa de dar las cuatro y diez. Las calles estaban desiertas y el blanco de la caliza en las paredes de las villas resaltaba bajo un cielo clásico de otoño, con grandes nubes oscuras desde las que se colaba en su paso algún claro. Aunque caía alguna gota sobre la montura de mis gafas oscuras, tuve la certeza de que no iba a llover.

—Señora Conesa —me dijo un vecino cuyo paso lo precedía siempre, como en un aviso, una jauría ladrando—, apresúrese usted que va a llover, ¿eh?

—Buenas tardes, Viriato —contesté mientras acariciaba a un chucho minúsculo que trataba de encontrar hueco entre las otras seis correas que sujetaba su paseador. Era verdaderamente feo: tenía el lomo parcheado como un dálmata venido a menos, en varios tonos de marrón rojizo y negro, y desde aquí hasta yo podía apreciar con claridad que tenía un ojo más grande que el otro. Me cayó bien—. ¿Y tú qué haces aquí tan pequeño? ¿No te aplastan los otros?

—Este es de mi prima, la del pueblo, que ha tenido una camada enorme, ¿sabe? Por lo menos diez perrillos ha parido la pobre mamá... y es ya la tercera vez.

—Qué perrita tan fértil —contesté.

—Sí, sí, no saben ya qué hacer —dijo, mientras yo acariciaba entre dos ojitos saltones, de cucullas bajo el reloj de la plaza—. Yo les he explicado que la tienen que castrar, que algunas perritas vienen así y no puede uno confiarse, pero nada. En fin, que me ha dado pena y me lo he traído yo unos días conmigo, pero se va a tener que volver, porque mire usted qué chiste entre tanto perro de raza.

—Claro... —contesté, ya sin escuchar el resto.

—Bueno, resguárdese —me dijo, comenzando diligente la marcha y desliando las correas de los seis—. Yo voy a ir dejándolos ya todos en su casa, que mire bien hacia arriba, es que va a llover.

Pero no iba a llover. Hay cosas que se saben mejor si no puedes ver bien. Si algo estaba descubriendo aquellos días, era que, en ocasiones, abrir los ojos ensuciaba la experiencia. Había cosas que sabía mejor de ojos cerrados, mirando hacia adentro, y si Viriato hubiese estado quedándose ciego como yo, descubriría que los claros que se abrían entre las nubes del cielo calentaban los hombros con demasiada fuerza como para que llegara a descargar. Descubriría también que la humedad del aire no contenía la suficiente espesura y que había una casi imperceptible brisa, que azotaba con cuidado solo al doblar cada esquina y cuya creciente fuerza se llevaría con ella las ganas de llover.

Crucé hasta la fuente de Buenaesperanza, desierta a aquellas horas del día, e hice nota mental para traer a Celina al mercado de antigüedades que aquí se montaba cada domingo, a sabiendas de que le gustaría. Pasé de largo al llegar a Dulcísima, pero levanté la mano a Alexandra, quien me devolvió el saludo y siguió limpiando la máquina de café.

Al llegar al final del paseo, me senté en el banco de Miramar y por primera vez me atreví a mirar al lugar al que había caído el día de mi cumpleaños, de pronto embargada por la emoción del

recuerdo. Mi cuerpo había evitado activamente acercarse a esta esquina del barrio, como si hubiese necesitado protegerse del dolor que me produciría darme de bruces no solo con lo que me pasó, sino con lo que me podría haber pasado.

Me asomé al precipicio por el que se despeñó mi Porsche Cabriolet y la imagen del morro precipitándose hasta las rocas me sorprendió con fuerza, haciéndome dar un paso atrás, casi un salto. Las olas del otoño en este rincón de Santauroa siempre crisan la superficie del agua, creando pequeñas crestas blancas que se desvanecen al encontrar la barrera pedregosa sobre la que tuve suerte de no desplomarme, y en el vaivén del agua vi despertar nuevos recuerdos.

Las ruedas delanteras habían caído sobre las rocas, amortiguando la caída, y mis caderas, me habían dicho, habían prevenido que mi cuerpo no saltase al agua hasta el último segundo, para caer, milagrosamente, en el agua blanda entre roca y roca. Había notado entonces cómo las olas azotaban mi cara una y otra vez, sin darme tregua, y cómo el morro del coche había colisionado a la vez que mi cuerpo y solo con unos metros de distancia. Recordé cómo las piernas se me habían congelado y cómo el agua había terminado por hinchar mis pulmones, impidiéndome respirar del todo. Todo esto lo había olvidado. Todas estas sensaciones no habían estado estas semanas en mi cuerpo. No había vuelto a recordar ninguno de estos episodios de la secuencia, como si hubiera formateado la parte más dolorosa de toda la experiencia. En mi mente, yo había perdido la consciencia al caer al vacío y ahí me había ahogado, pero no fue así: sin yo saberlo, todo esto se había registrado y más tarde guardado en un cajón con llave al que no había vuelto a tener acceso desde entonces. Recordé, de pronto, cómo había tratado de salir de la cabina, sin suerte, en mi caída abajo, al haberse aplastado el lateral del coche contra mi asiento y habiendo creado una ele sobre mis piernas, que había enclaustrado mi cuerpo. Recordé también cómo conseguí deslizarme hacia la derecha y caer sobre el agua, separada de mi coche, y cómo me ensordeció el estruendo de la chatarra al golpear la roca cerca de mí. Me vino todo de una vez, como en una película que había estado velada hasta ese momento.

Me quité las gafas y coloqué mis manos sobre las rodillas, jadeando con fuerza y preguntándome, qué otras cosas podría contener mi mente, de las que yo no hubiese sido consciente hasta ahora.

Escena 2: «¿Es que creéis que alguien quiere matarme?»

En los días que le sucedieron a mi visita al Faro no quise hablarlo con nadie. Disfruté, además e inesperadamente, de un pequeño paréntesis en la progresión de mi ceguera: de pronto, con los nuevos recuerdos de aquel día aciago, los ojos me habían mejorado como por milagro. Las hojas sepia de la que fue mi buganvilla fucsia alfombrando el suelo del jardín se me hacían claras y precisas; el pico de las gaviotas al volar sobre la piscina resultaba ahora ser distinguidamente puntiagudo, de un color rojo muy oscuro, casi aparentemente negro. Mi vista iba y venía aún a ratos, pero el declive natural en el que había entrado desde el día del accidente parecía haberse frenado sin respuesta aparente.

«Estoy mejor», había escrito a Marco en un mensaje a su móvil del trabajo. «Vista mejor, ánimo mejor, vida progresando adecuadamente. Nada de lo que preocuparse», pero él seguía preocupado. Marco seguía empeñado en encontrar respuestas para lo que yo creía no necesitarlas. Lo único que de verdad necesitaba era cerrar aquel capítulo tenebroso de mi vida y comenzar con alegría a vivir mis cuarenta. Cada vez que trataba de olvidarme de todo, algo o alguien parecía empeñado en recordármelo. Marco, mis padres, la maldita foto, la muñeca que había guardado en un cajón, pero que no había modo de borrar de mi mente, Lula, los agentes.

—¿Maya Conesa? —dijo un policía repeinado con gomina, con un bigote muy Freddie Mercury y portando un uniforme cosido a la piel, en la puerta de La Sacerdotisa—. ¿Es usted Maya Conesa, señora? —repitió.

—Así es.

—Nos gustaría hablar con usted —dijo la policía que lo acompañaba y que lucía una tirante cola de caballo con la raya en medio—. Soy la inspectora Buide y me acompaña el agente Morales. ¿Tendría un momento? —me preguntó y ante mi expresión dubitativa, aclaró, por si no recordaba que fueron ellos los primeros que vinieron a verme al hospital—. Solo nos llevará un momento.

Los dejé pasar, con la sospecha que produce abrirle la puerta de tu hogar a quien tiene el mando, incluso en tu casa, sobre ti misma. Les ofrecí té y pastas, que había comprado aquella mañana en la Tiendecita de Octavio, a la espera de que viniesen a merendar aquella tarde las chicas, y aunque ella declinó educadamente, él se llenó las palmas con alegría. Ella trató de esperar a que él acabase de mordisquear la última y, molesta por la lentitud que su compañero mostraba sacudiéndose las manos sobre el platito del té, comenzó ella misma:

—Venimos a hablarle de su accidente.

—Eso supuse —dije, entrelazando los dedos de las manos sobre mis rodillas—. Díganme.

—Verá: hemos esperado un tiempo prudencial antes de querer venir a verla —dijo ahora él, que seguía sacándose miguitas de entre los dedos—, porque estábamos siguiendo diferentes pistas, pero nos ha parecido importante en este punto venir a verla.

—Me parece... ¿bien? —concluí, sin saber qué ni por qué me parecía bien.

—Antes de venir a verla, hemos querido consultar con el equipo médico, con el seguro y con algunos testigos directos del accidente.

—¿Qué testigos? —pregunté.

—Los paramédicos, algunos vecinos que paseaban por la plaza de la fuente... ¿cómo se llama? —dijo el agente Morales, señalando casualmente con su palma hacia atrás.

—La plaza Central —señalé.

—Pasó usted por allí como desfavorida —dijo ella—. Tiene suerte de que nadie haya presentado cargos.

—¿Cargos? —Me llevé las manos a la boca y exclamé—. ¡Nada de esto fue mi culpa! ¿Qué cargos iban a presentar contra mí?

El agente contestó con ligereza:

—Veamos. Alteración del orden público, conducción temeraria, daños a la propiedad pública o privada...

—Yo no hice nada de eso queriendo. No me podéis acusar de lo que no he podido controlar.

—Entendemos —dijo la inspectora Buide—. Pero en realidad no, Maya, nos es difícil de entender. Verá... —Reclinó su cuerpo ligeramente en mi dirección—. ¿La perseguía alguien?

—No lo recuerdo —dije.

—No creemos que...

—Tenemos motivos para pensar que lo suyo no fue un accidente —dijo ella, mientras clavaba su vista en la mía, a la espera de una reacción por mi parte.

La inspectora Buide se acercó, sosteniendo una pequeña bolsa transparente que contenía lo que parecían ser fragmentos metálicos.

—Señora Conesa —comenzó con tono grave—. Parece que los frenos de su vehículo fueron manipulados. Encontramos partículas y residuos en el sistema de frenado...

—¿Qué? —la apremié.

—Pues eso: que no deberían estar ahí.

La miré, confundida, intentando procesar la información en medio de la conmoción.

—¿Manipulados? ¿Qué significa eso?

El agente Morales se tomó un momento para mirarnos a las dos y luego respondió:

—Parece que alguien podría haber introducido material abrasivo en el sistema hidráulico.

—En el sistema hidráulico —repetí, sin entender una palabra.

—Eso es —dijo, satisfecho con su muy insuficiente explicación—. Esto podría haber causado una fuga o un bloqueo en el líquido de frenos, lo que a su vez afectaría la eficacia del frenado.

—¿En cristiano? —pregunté.

—Alguien intentó hacer que sus frenos dejaran de funcionar —intervino la inspectora, que se encontraba a su lado.

Parpadeé, aún perpleja ante aquella información:

—¿Pero por qué alguien haría eso?

El agente Morales suspiró, mientras metía otra vez la mano en la bandeja y cogía otro puñado de pastas, ante la mirada juiciosa de la inspectora Buide.

—Eso es lo que intentamos descubrir, señora Conesa. ¿Tiene usted enemigos?

—¿Enemigos, yo? ¡Si todo el mundo me quiere!

—La sigue mucha gente en redes —dijo la inspectora levantando los ojos para dimensionar el espacio en el que estaba, capturando con sus ojos cada esquina de mi estancia.

—Así es.

—Debe usted tener cuidado hasta que sepamos más sobre todo esto.

Paré un momento y caí en la cuenta:

—¿Es que creéis que alguien quiere matarme?

—*Ef diffil de faber* —contestó él, con la boca llena, las migajas colgándole de los extremos de su bigote Mercury.

—¿Y qué hago ahora yo? —dije, vencida por tan terrible información.

—¿Tiene alguna pista que crea usted que nos pueda ayudar a avanzar en el caso?

—¿Qué tipo de pista? —pregunté, pensando en la muñeca que ocultaba en el cajón, justo al lado de donde se había sentado la inspectora, y en la fotografía que llevaba siempre dentro de mi bolso.

No habiendo manera de explicar aquello, callé.

—Cualquier cosa, realmente. Algo fuera de lo ordinario. Una nota. Un mensaje fuera de lo común en sus redes. Alguien a quien le caiga usted bien. Un noviete enfadado —dijo él, habiendo acabado con todas las pastas de la bandeja.

—Mmmm —dije, tamborileando mis dedos los unos contra los ojos—. No. Nadie. Todo está bien.

La inspectora Buide dio un codazo al agente Morales y ambos se pusieron de pie, haciendo su camino hasta la puerta, a la que los acompañé para despedirlos.

—¿Y bien? —dije.

—Por ahora, le sugerimos que tome precauciones adicionales y nos informe si nota algo extraño o sospechoso en su entorno. ¿Nos informará de cualquier cosa, Conesa?

Asentí, les di la mano, sujeté la puerta y, antes de cerrarla, mentí otra vez:

—Entendido, inspectora. Si descubro algo, sin falta les llamaré.

Escena 3: «Mastica pimientos crudos»

—¿Y nos dejas entonces sin merienda? —dijo Bé al sentarse y ver que las pastas que había comprado esa mañana se habían acabado, y que sobre la mesa solo reposaba una salpicada de migajas.

Varo, su perrita, saltó del bolso que había colocado en el suelo y se coló por la ranura que daba al patio, caminando a pequeños saltitos hasta dar con una hamaca a la que trató de subirse dos, tres veces y, al ver que no podía, se rindió y se tumbó justo abajo.

Leona dijo:

—Me lo teníais que haber dicho y habría yo pasado por la Tiendecita. Estaban horneando cruasanes de mantequilla y habría parado para...

—¿Se puede?

Entró Celina con una gran caja de lo que supuse serían sus riquísimos cupcakes.

—Pues nos has salvado la merienda —le dije, invitándola animosamente a entrar, con un gesto de manos desde el sofá hasta la puerta que cerraba tras de sí.

—¿Y Fede no viene? —preguntó Bé, justo en el momento en el que Fede sujetaba la puerta que Celina ya casi había cerrado.

—Así que tú eres la famosa escritora que se ha mudado a Santaurora y ha ido a caer frente a La Sacerdotisa —dijo Leona, acercándose a darle un par de besos efusivos, mientras las demás las seguían—. Aquí no te van a faltar las historias, ¡ya vas a ver!

—Empiezo a creerlo —contestó, sus ojos sobre mí.

Saqué unas mantas de lino del baúl de entrada a la terraza y nos hicimos con unos mullidos cojines que había amontonado en la esquina por la lluvia de días atrás. Tapizamos el césped con ellos y cargamos con champán, tés, incienso y cupcakes de limón y nos recostamos en el suelo al costado de la piscina, con la vista al horizonte. Encendí la hilera de bombillas que colgaban de unos a otros pinos del jardín y conecté una música tenue para acompañarnos, con la esperanza de hacer de este momento un oasis en medio de la dificultad de las semanas anteriores. La risa, la calma, la sensación de que escenas como esta podrían volver a ser eternas, tal y como había sido antes. La muerte me había arrebatado esa seguridad estúpida de creer que las cosas serían así siempre y algo en mí había aprendido a exprimir ese amargor de la vida.

Desde esa separación emocional que ya nunca se solventaría, las escuchaba decir:

—¿Y no te da ardores? —Leona recordaba su propio embarazo—. Lo llaman la dulce espera, pero estoy razonablemente segura de que ese nombre se lo puso un hombre.

—Es razonablemente justo para mí decir que esto es lo peor que me ha pasado en la vida —contestaba Celina, a la que Bé había ayudado a sentarse en el suelo, de piernas cruzadas, y quien se encontraba apoyada sobre sus palmas, justo detrás de su espalda, para ganar espacio de respiración—. Es como lava, ¿sabes? Empezó en la semana ocho y así llevo desde entonces.

—Mastica pimientos crudos —contestaba Leona.

—Suena fantástico...

Fede —chaqueta vaquera dos tallas más grandes que la suya, bolígrafo enrollado en un moño y flequillo despeinado sobre una frente larga— se reía, mientras servía un par de copas de champán y acercaba un té con su platillo a Celina, quien rechazaba la invitación educadamente.

—A estas alturas, solo me entra el agua, gracias. —Alargó el brazo para coger un cupcake y añadió—: Y todo lo que lleve azúcar o harina.

—Así pasé yo todo mi embarazo —dijo entonces Fede, dando un sorbo a su copa.

—¿Con ardores? —preguntó mi vecina escritora.

—Ah, no. Yo estuve como una rosa. El mismo día del parto estaba haciendo escalada. Subí una

pared de veintisiete metros y a la tarde estaba pariendo. Los dulces —aclaró—. No podía parar de comerlos, y mira que de normal soy más de salado. Todo lo que tenga sal me gusta: las aceitunas, los frutos secos, las patatas de bolsa...

—Te cambia todo el cuerpo —añadió Leona, experta en fertilidad y embarazos múltiples—. Lo que te gusta deja de gustarte, y lo que no te gusta... ¿Has escrito ya tu plan de parto?

—Mi plan de parto es parir con el menor dolor posible —dijo Celina estirando un brazo—. Lo tengo clarísimo: hospital, epidural, no quiero enterarme de nada. Quiero todas las medicinas que existan y parir con un equipo de veinte profesionales a mi alrededor.

—Eso elegiría yo —contestó Bé, convencida.

Mientras yo pensaba en qué habría elegido yo de haber podido hacerlo, intervino Leona:

—Mi parto de los tripletes fue justo así, aunque claro, en la semana treinta y cuatro. Con las repes, sin embargo, llegué a la treinta y siete y todo fue medianamente rápido. Pero con Telmo, ¡madre mía! ¿Os acordáis? —dijo conteniendo una carcajada—. Casi no llego. Por poco no lo tiene que coger Polo en el mismo coche, con lo valiente que ha sido mi exmarido siempre, la que habríamos liado...

De pronto todos los ojos cayeron sobre mí. A excepción de Celina, nueva en el barrio y por tanto, ajena a mi historia anterior, mis amigas habían presenciado mi flagrante infertilidad. Aunque no las había hecho partícipes del proceso, porque compartir vergüenza tal habría sido demasiado para el frágil ego de Ramón durante aquellos tiempos, ellas habían sabido lo doloroso que había sido todo. Durante una larga época, yo no había querido escuchar hablar de bebés, de embarazos, de maternidad, pero el Universo había colocado frente a La Sacerdotisa a una mujer embarazada, había elegido aquel lugar de entre todos los posibles para situar a una mujer preñadísima, una mujer que pronto pasearía un carrito con su bebé por mi calle una y otra vez. En no mucho la vería caminar frente a mis ojos, vería menguar su barriga y sus caderas hasta volver a su tamaño inicial, la vería amamantar a su cría, y no pude más que preguntarme cómo me haría eso sentir cuando al fin ocurriera.

—Disculpa —dijo Leona—. A veces parece que en la cabeza no tengo más que serrín...

Celina me miró, sabiendo sin saber y cambió astutamente el tema:

—De modo que viviendo en este barrio nunca voy a dejar de tener inspiración para mis novelas.

—¡Así es! —dijo Bé.

—Tendréis que ponerme al día de todo, en ese caso...

Y eso hicimos.

Mientras charlamos, reímos y dejamos a un lado las preocupaciones, compartimos con Celina todo tipo de anécdotas: el lío de Doña Justi con el jardinero, veinte años menor que ella, pero de torso griego y condición fiestera; la quiebra de la empresa de Pedro Raít, que a todos sus hijos tuvo que sacar del colegio para meter en la escuela pública, y cómo ahora el mayor se había tatuado el cuello entero y caminaba por las calles de Santaurora volviendo locas a todas las adolescentes, para disgusto de sus madres; hablamos también sobre lo que fue Socialité, una revista sobre el barrio, que nos unió a todas en su día, y por dónde andaban los escauceos amorosos de Leona con el inglés, quienes parecían haber reseteado al menos diez años en sus vidas y cuyas pieles lucían ahora más jugosas, fruto de las sesiones maratónicas de sexo que, todas suponíamos, debían de tener.

Nadie mencionó, sin embargo, cómo Gabi, la que fue la mejor amiga de Leona y de la que no habíamos sabido en meses, había tenido un hijo con el marido de esta, y ella se había enterado de aquello cinco años después; tampoco nadie habló de por qué Fausta, la mujer de Bé, ya nunca parecía parar por casa, y ni Celina ni yo mencionamos la muñeca, la fotografía, mis

sospechas sobre el accidente, tras la visita de la policía, ni mis problemas de vista, que iban y venían sin ninguna respuesta aparente.

Y así estuvo bien: compartimos lo que a nadie importa en exceso y vestimos la conversación de intimidad, bordeando con elegancia lo que puede y no decirse, engañándonos sin en realidad hacerlo; y aquella noche dormimos todas más tranquilas, agradecidas de estos lazos que ni siquiera la muerte había roto, y felices de saber que la amistad, a pesar de todo, seguía siendo la más dulce y estable de todas las mentiras.

Capítulo XV: **EL DIABLO**

Este es un arcano sobresaliente que augura desdicha,
nos relaciona con el mal y la desolación de los seres humanos.
En esta carta vemos al diablo, con casco
y empuñando una espada en sus manos.

Escena 1: «¿Recibiste mi muñeca?»

Martes 23 de noviembre. 02:12h. Mensaje sin leer.

@tuyotuyotuyotuyo_

*Hay una cosa que me han enseñado
nuestros muchos años,
Maya, y esa cosa es esta:
Por más que uno se esconda,
al final la verdad siempre sale a la luz.
Uno intenta que no sea así, ¡claro!
Y mira a ti qué bien te ha salido.
Hay a quien por más mal que haga
todo le va bien en la vida.
Tú en uno de tus posts de Instagram, sin embargo, dirías:
«Al final lo que una pone en el universo, es lo que recibe»,
¿pero sabes qué pienso?
Que todo eso no es más que
MIERDA.
Mierda, Maya.
No me creo ninguna de tus tonterías.
Yo sé que tú haces como la que no sabe,
pero en el fondo, muy en el fondo,
claro que sabes.
¿Cómo no ibas a saber?
Hay cosas que una no puede olvidar,
y como no puede olvidarlas,
al final tampoco se pueden esconder.
Y lo sé porque lo vi en tu cara y tú en la mía
el día que nos vimos en la fiesta de cumpleaños.
¡Qué Gran Fiesta para la Gran Maya Conesa!
¡Qué maravilloso debe de ser tener a tanta gente celebrándote!
Pero es que, tras tantas dificultades,
nos hemos merecido el celebrarnos,
¿no te lo parece?
La vida también podría ser eso...
Una Gran Fiesta.
La mía no lo ha sido, eso puedo constatarlo.
¡Pero volvamos a la fiesta!
A tu maravillosa fiesta.
Nos encantan las fiestas,
¿no nos encantan?
Y aquella fue una superfiesta.
Yo no consigo quitármela de la cabeza por más días que pasan.
Fue un gran encuentro.
Quizá demasiado rápido, pero no me dejaste más tiempo.
Yo habría querido que nos diera para más, desde luego...*

*Pero perdiste los nervios.
Tus nervios, ves, no son como los míos.
Los míos son de acero.
Los tuyos, sin embargo...
Pero fue bonito por fin verte.
Fue bonito tocarte, aunque solo fuera un ojo.
Fue bonito al fin dar con la Gran Maya Conesa:
Aprendiz de Farsante y Broma de Adivina.
En fin:
¿Recibiste mi muñeca?*

Hasta ahora, la agencia se había mostrado comprensiva con mi situación y nadie me había exigido por encima de lo que yo podía darle. Entendían que hubiese dejado a un lado colaboraciones, eventos y apariciones públicas, y pienso que hasta lo agradecían: tras lo ocurrido en la fiesta de Cassandra y habiendo tenido que lidiar con las partes implicadas para no perdernos en un laberinto de litigios, preferían el silencio a otro escándalo. Había sido Sassa la que había mantenido las comunicaciones con ellos y Adela, mi contacto en la agencia, me había mandado un simple mensaje en el que, tras el evento me había dicho: «no te preocupes por nada y tómate un tiempo».

Lo cierto es que ellos me necesitaban a mí más de lo que yo los necesitaba a ellos. Tenían una importante cantera de influencers de diez a cincuenta mil, otro buen puñado de cien a cuatrocientos mil, al menos una docena de quinientos mil seguidores, pero al millón no llega tanta gente. Y no solo era mi millón de seguidores: es necesario que aquí aclare que mis seguidores me quieren. Es una comunidad real de personas que interaccionan entre ellas, no una cesta de bots furiosos escupiendo mensajes taquigráficos en un muro cualquiera. Mi comunidad era el sueño de cada agencia y, siendo que yo había sido una colaboradora leal en la que poder confiar, todos habían respetado la petición que Sassa les hizo de que me diesen unos días. Las que se llamaban mis *compañeras* me habían enviado tarjetas con bonitas imágenes de amaneceres junto a un «ponte buena pronto» que yo había guardado en el cajón de la entrada y todos habían parecido entender que yo estuviese publicando de poco a nada. La verdad: había perdido todo el interés que tuve por compartir durante tanto tiempo. De pronto, cualquier intervención pública me parecía aburrida, vacía de significado, superficial e insípida. No daba con el tono adecuado, ni con el tipo de imagen que encajaba, y tampoco podía hablar de los astros, de las cartas, de si Venus estaba transitando sobre el signo de Escorpio, porque, al fin y al cabo, nada de eso me estaba siendo desvelado.

El único motivo por el que no había tirado el móvil por la ventana —ese objeto que no hace tanto había llevado siempre cosido a un brazo— era porque tenía una responsabilidad con los colaboradores y los empleados. Había familias enteras que dependían de que yo sacase una fotografía usando una pulsera y un código de descuento para seguidores, madres y padres de familia que pagaban sus facturas solo si yo lo hacía, gente joven que empezaba en la industria y dependía de mí. La arquitectura de mi negocio se había convertido en una gran tela de araña de complicación monumental: la estrategia de email marketing, los afiliados, las charlas, las colaboraciones, los eventos. Así que, aunque solo fuera por no bajarme de este enorme carro en el que, si no aparecías en público, literalmente desaparecías del mundo, había continuado subiendo algún selfie de cuando en cuando, había etiquetado a alguna marca aquí y allí, y había puesto hashtags tipo #blessed sobre cielos rosados. Me mantenía tibia y correcta y eso funcionaba, pero intuía que dejaría de hacerlo en un momento dado. Había acostumbrado a mi

comunidad a una media de tres publicaciones diarias, a uno o dos eventos cada semana, a lujosas colaboraciones en resorts de Bali, primeras filas en las semanas de la moda de Milán y Londres, tiradas de cartas compartidas en directo en la noche desde safaris programados en las Dunas rojas del desierto de Dubái, en la que mostraba mis exóticas cenas, mis sesiones de sandboarding y la manta de estrellas bajo la que nos acostábamos. Empezaba a entender que, si no volvía al ritmo anterior, antes o después, el número de seguidores comenzaría a bajar drásticamente y, con ello, todo lo que había construido en mi primera vida.

Y la verdad sobre el asunto era esta: lo único que de verdad me preocupaba era lo poco que me preocupaba todo aquello. Visto lo visto, solo mantenerme con vida me parecía una ocupación a tiempo completo.

Escena 2: «La antagonista a veces es una misma»

La verdad sea dicha, en este punto no me había preocupado en exceso por nada. No es que la muñeca no me pareciese lo suficientemente tétrica, es que desde el cajón en el que la había escondido me daba muy poca guerra, y sentía que el mismo mecanismo podía usarse en mi mente con todo. Si me enfocaba solo en lo que tenía que enfocarme, todo podía seguir manteniendo una justa positividad. Claro que me extrañaba tener una foto en la que yo misma me hacía vudú con aquella muñeca de trapo y me estropeaba unos ojos que ahora me funcionaban peor que antes, pero teniendo en cuenta el cariz que todo había tomado en mi vida desde el día del accidente, haber olvidado ciertos momentos de mi historia me parecía que era un precio razonable que pagar, por haber vuelto desde la muerte. Entendía que el traslado de un mundo al otro tendría ciertas consecuencias que yo veía sensatas: ciertos olvidos, ciertos recuerdos que se me agolpaban en forma de flashes, cierta sensación de desconuelo, cierta desorientación.

Comprendí que las cosas eran más serias de lo que en principio pensé antes de que terminara noviembre. Había llamado a Sassa para que me pusiese al día de lo que ocurría en el mundo exterior y, sin mucha atención, me quitaba algunos pelos de las cejas con unas pinzas frente a mi espejo del baño, con el móvil puesto en altavoz. Dijo:

—Hay algo que quiero comentarte.

—Claro —contesté, pensando que necesitaría un tiempo, un aumento de salario, que habría encontrado un trabajo mejor.

—He estado tratando de ponerme al día con los mensajes y los emails —su voz temblaba un poco.

—¡Au! —dije, dándome un pellizco que me saltó una lágrima—. Sí, claro. Te lo agradezco, Sassa —añadí con cierta indiferencia.

Sassa tenía acceso a todas mis comunicaciones y ella era la encargada de lidiar con los mensajes privados de los seguidores, los correos de las marcas, las comunicaciones con la agencia. Hacía mucho tiempo que yo había dejado de estar encima de todo aquello. El volumen de mi proyecto habría requerido que, de hacerlo, no hiciera más que eso.

—He encontrado algunas cosas... raras.

—¿Raras? —contesté, aún sin dar más importancia, poniéndome algo de agua fría en el lugar exacto en el que me había dado el pellizco.

—Tienes algunos mensajes especialmente desagradables.

—Ah, bueno —dije—. ¡Haters! Gajes del oficio. Ya sabes que ya no me afectan.

A decir verdad, nunca lo habían hecho, pero a estas alturas tampoco había dejado de sorprenderme que hubiese gente que dedicase su tiempo a aquello: a decirme que mi cara parecía la de Michael Jackson, que en mi muro se exhibiesen críticas y defensas de unos y otros y lo hiciesen de aquel modo tan acalorado, que me llamasen farsante.

—No, Maya. Es que estos mensajes están *absolutamente* fuera de tono. De verdad: hay algo enigmático en ellos. Algo que no me gusta ni un poco.

—Ajá... —Me senté en el borde de la cama, esperando escuchar más, al fin curiosa por su enigmático tono.

—¿Tú has recibido alguna muñeca? —me dijo.

En aquel momento llamaron a la puerta y prometí a Sassa que la llamaría de vuelta en cuanto pudiese durante aquel día. Celina apareció entonces por La Sacerdotisa como un gran globo naranja con dos minúsculas ramas por piernas, y de veras sentí el estado en el que venía:

—Me encuentro francamente mal —me dijo mientras le abría la puerta—. ¿No hace muchísimo

calor estos días?

Abrí las puertas del salón y me abrigué con un jersey de cashemire, puesto que las rondas de fertilización in vitro me habían enseñado que no hay nada como la temperatura infernal que te da el cocktail de hormonas femeninas, y la ayudé a tumbarse en el sofá, para recuperar el aliento antes de escuchar lo que venía a contarme aquel día.

—¿Te quedan aún cinco semanas?

—Y eso si no me retraso...

—También podrías adelantarte —dije, tratando de animarla mientras la abanicaba con un ejemplar de Vogue con una imponente Úrsula Corberó en la portada.

—Ay, Dios. Apiádate de mí y tápale la cara. Estoy de ánimo frágil —dijo, mirándola con pena

—. ¿Ves qué cintura? Esa cintura es parte de mi historia pasada.

—Oh, vamos —dije, comenzando con la ronda de auto flagelación a la que las mujeres estamos acostumbradas—. Tú al menos tendrás la excusa de haber tenido un niño.

—Así es —dijo, partiendo con su mano dos mitades en su enorme barriga—, mitad bebé, mitad Phoskitos.

Celina se recostó con cuidado, aceptando la ayuda de mi brazo y me dijo:

—He estado pensando.

—¿Pensando?

—Ajá —contestó—. No me quito toda esta historia de la cabeza, Maya. Verás, tenemos a la protagonista —dijo y me señaló— y al antagonista.

—¿El antagonista?

—Tu exmarido, Ramón, habría sido perfecto, pero parece que es un personaje sin suficiente motivación, y sin motivación no hay posibilidad de conflicto.

—Y sin conflicto no hay historia —contesté, orgullosa.

—Eso es —respondió—. Y ese otro tipo, el médico.

—¿Marco? No —contesté con rapidez—. Marco ha estado cuidándome desde entonces y llevaba diez años sin saber de él.

—Un médico que te daña para luego recuperarte cuidando cariñosamente de su paciente. Podría funcionar.

Me reí ante su ocurrencia y negué enérgicamente de lado a lado.

—Necesitamos a alguien con una fortísima motivación —dijo entonces—. El antagonista necesita siempre un gran motivo para querer frenar el camino de la protagonista.

—Mmmm...

—Deja que me explique mejor. —Se levantó por su cuenta, fue a la cocina, se echó dos vasos de agua y los bebió uno tras otro, luego se acercó al rincón del salón en el que bailaba la brisa marinera que entraba desde el fondo del jardín hasta La Sacerdotisa—. Un antagonista solo tiene un papel en la historia: el de acabar con la protagonista.

Lo pensé un par de veces y me decidí:

—La policía estuvo aquí hace poco —admití por primera vez—. Dicen que sospechan de que mis frenos hubiesen sido manipulados... Que quizá alguien trató de hacerme daño.

—¿Que quizá alguien...? ¡Por el amor de Dios! A estas alturas creo que estamos fuera de toda duda, ¿no te parece? ¿Qué más hace falta para que lo piensen? —Se enrolló su larga cabellera roja en un moño alto que ató con destreza con su mismo pelo y dijo—: ¿Cuál es su opinión acerca de la muñeca de vudú y de tu foto?

—Bueno —admití—. Evidentemente no se los he enseñado.

—¡¿Que no se los...?! ¿Y eso por qué? —se extrañó y se volvió hacia mí, con franca

preocupación en su rostro.

—¿Cómo podría yo explicarles que no recuerdo aquella situación? Cualquier persona que lo vea podría pensar que yo misma traté de hacerme daño.

—¿Y si ese fue el caso?

—¿Qué quieres decir? ¿Es que quieres que me encierren? ¡Mandaría toda mi carrera al traste si alguien más lo pensase!

Celina se acercó y se sentó a mi lado, apoyando primero una palma sobre el sofá y midiendo la distancia de su espalda al respaldo. Sé que le costó decir lo que dijo, pero lo hizo:

—Quiero decir que la antagonista a veces es una misma. Es una solución narrativa clásica: heroína y villana son la misma persona. ¿Me explico?

—No tiene mucho sentido en este caso.

—En realidad, vecina, lo tiene todo. Piénsalo —me animó, haciendo un esfuerzo por mantener su tono calmado—, a menudo, las más grandes batallas las libramos dentro de nosotras mismas.

—¿Crees que fui yo la que se envió la fotografía que yo misma tomé para hacerme saber algo que estoy olvidando?

—¿Podría ser? —preguntó, sin juicio en su tono.

Aquella posibilidad me resultó la más aterradora de todas las opciones que hasta ahora habíamos contemplado. Que yo hubiese hecho mi propia muñeca de vudú, que yo me hubiese fotografiado, que yo me hubiese herido el ojo, que yo hubiese estropeado los frenos de mi propio coche, que yo estuviese mostrando problemas de visión sin ninguna base y que después hubiese comenzado a enviarme paquetes a mí misma como si fuese alguien más, me parecía propio de una película de terror. ¿Puede una perder el control de sí misma hasta esos puntos? ¿Puede la mente compartimentar personalidades, historias, recuerdos hasta esos extremos? ¿Qué clase de cosas podría llegar a hacer si me desconocía hasta esos puntos? ¿Es que no hay modo alguno de saber si lo que una piensa es verdad o una invención más? Había escuchado historias de personas que desaparecían durante varios días de sus vidas, cometían todo tipo de atrocidades y volvían sin recordar ni un segundo de todo lo que habían hecho. ¿Podía yo ser una de ellas?

—No, no podría —me quejé—. Esto no me lo estoy haciendo yo misma. Estoy segurísima —mentí, a sabiendas de que no podía estarlo. Nadie podía estarlo.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

—Sassa me ha dicho que ha descubierto que alguien me está enviando mensajes intimidatorios.

—Entiendo —dijo.

—En ellos hablan de la muñeca —dije, aún abierta a la bizarra posibilidad de que yo misma me los hubiese enviado.

—En ese caso, vecina —dijo, volviendo a recostarse y animándose con las manos para que volviese a abanicarla con Úrsula, mientras se peinaba la humedad de la frente con sus dedos largos—, ha llegado el momento de que demos con el final de esta historia y averigüemos quién está detrás del intento de asesinato de Maya Conesa.

—A ver, intento de asesinato, es que así dicho, todo parece taaaan dramático...

—Todo empieza por esto, Maya. Si no llamas a las cosas por su nombre y no aceptas de una vez que esto te está pasando, vas a seguir en peligro para siempre.

—En peligro —repetí.

—Alguien quiere que dudes de ti y nosotras vamos a conseguir que recuperes tu propio volante. Déjame tu móvil, ¿quieres? —me pidió y estiró hacia mí el brazo—. Leamos juntas los mensajes. Averigüemos de una vez qué es lo que está pasando.

Escena 3: «¿Has pensado hacer algo por Navidad?»

Los mensajes privados de los que Sassa me habló no me habían dado demasiada información. Alguien que no parecía admirarme en exceso me escribía entre la condescendencia y el odio, sobre lo maravillosamente preciosa que era mi vida. Ja. Supongo que las redes traían aparejada esa historia inevitable, pero mi vida aquellos días era de todo menos maravillosa.

Aún con esas, algo en aquellos mensajes me hizo pensar que no se trataba de una simple chaladura. Que aquella persona supiese de la existencia de la muñeca hizo que por primera vez saltaran todas mis alarmas. Celina consideró que era momento de involucrar a las autoridades y yo, esta vez, prometí al menos pensármelo. Y aunque a este punto de veras creí que el Universo se había olvidado de mí, un martes cualquiera recuperé la fe en los ritmos naturales del Cosmos. Volví a creer en que cuando necesitas una respuesta a algo, solo debes esperarla para que aparezca, y que forzar los finales como Celina pretendía, solo manifiesta lo contrario. A veces solo queda esperar y dejarse llevar, y entonces y solo entonces...

—Señora Maya Conesa, con DNI 362880... —dijo el repartidor de HDL, mientras un rayo de sol que se colaba por entre las nubes rebotaba en el bíceps que le estrangulaba el polo blanco.

—Muy amable —contesté—. ¿Hay modo de saber desde dónde se ha enviado esto? —dije, ya sospechando que dentro encontraría las respuestas que estaba buscando—. Ya van tres como este y no hemos conseguido dar con el remitente.

—Claro, eso es sencillísimo, señora, a ver, déjeme comprobarlo... Normalmente viene escrito en algún dorsal de la caja —me aseguró y se hizo otra vez con el paquete entre sus manos. Le dio varias vueltas y continuó hablando—. No. Veamos, lo miro en un periquete en el sistema, que seguro que aquí tenemos algo... —Y sacó una tableta con un lápiz con el que comenzó a garabatear mis datos: Maya Conesa, La Sacerdotisa, Santaurora, DNI 362...—. Es raro esto, ¿eh? Muy muy raro. ¿Ha probado usted a devolverlo? ¿Quiere que me lo lleve conmigo y veo si averiguo algo?

Lo pensé un par de veces, pero tuve miedo de no volver a verlo:

—No —dije y lo agarré de vuelta—. Ya si eso llamo yo a la oficina. Seguro que no se trata más que de un malentendido. Algunas personas tienen muy mala cabeza para temas burocráticos...

—Eso es así —dijo el repartidor, dispuesto a darme la conversación que yo en aquel momento no tenía—, si supiera usted la cantidad de horas que perdemos nosotros por culpa de...

—¡Que tenga un día fantástico!

Y cerré.

Llevé el paquete hasta el islote de la cocina y con un cuchillo jamonero rasgué la cinta americana con la que había sido sellado el cuadrado. Siguiendo con la invitación del razonamiento de Celina, pensé en las huellas dactilares que se habrían borrado con mis dedos y contemplé que quizá eran mis propias huellas las que yo misma habría borrado. Deslicé la hoja por el canto y vi cómo el cartón se abría en dos partes simétricas, para dejar al descubierto lo que me habían enviado.

Diré esto: lo que saqué de dentro fue el punto y aparte que había estado necesitando.

Antes del mediodía, había tomado al fin la decisión que lo precipitaría todo: acompañada de una embarazadísima Celina, que me proporcionaba la seguridad que había perdido en mis propios recursos mentales, y que muy amablemente me dijo que «de ningún modo se perdería el final de este puzzle», acudí a la comisaría para reunirme con la inspectora Buide y al agente Morales, y los hice partícipes de todo lo que había ocurrido hasta aquel día. Sentadas en dos sillas de aluminio que chirriaban al arrastrarse y separadas de los agentes por una mesa maciza en color gris, compartí todo: la muñeca de vudú, los mensajes privados y la fotografía en la que yo aparecía

haciéndome daño.

—Existe la posibilidad de que hayas sido drogada —dijo la inspectora, constatando primero que yo no recordase la fecha, ni la situación en la que fue tomada la imagen que sujetaba en sus manos, aquella en la que yo dañaba el ojo de mi tenebrosa muñeca.

—¿Y no dejaría eso una marca en toxicología? Maya ha pasado estas semanas mucho tiempo en médicos —añadió Celina, que tenía sus dedos entrecruzados con los míos sobre mi rodilla derecha.

Su mano ardiendo en las últimas semanas de embarazo me trajo cierto sosiego en medio de aquel caos.

—No tiene por qué ser el caso —dijo el inspector Morales, quien mascaba chicle como un camello—. Piense usted que igual esta foto se la tomaron hace un año, si la mira bien, verá que su aspecto no es exactamente igual al de ahora, el tiempo pasa, esto claramente no se tomó ayer. —Celina lo miró, pensativa—. Quienquiera que le haya hecho esto, lo lleva tiempo planeando.

—Si quisiera matarme, ya lo habría logrado —dije, por primera vez asumiendo la gravedad de los hechos.

—No es fácil acercarse a usted —contestó Morales, refiriéndose a Sassa y a Eulalio—. De todas maneras, puede que quiera algo peor.

—¿Peor que matarme?

—Quizá quiera volverla a usted loca —dijo el agente—. Ojo, que perder la cabeza es peor que nada, yo prefiero estar muerto antes que estar...

—Sea como sea —interrumpió Buide de una vez—, eso aún no lo sabemos.

—Hay algo más —dijo Celina, animándome a que enseñase el contenido de la última caja que lo había precipitado todo—. Cuéntales, Maya. ¡Vamos!

Me apreté la mano que me tenía sostenida con la suya, que parecía un globo de agua caliente.

Abrí mi bolso y saqué el papel que había recibido y que, ridículamente había metido en una carpetilla de plástico, con la esperanza de que en las huellas pudiesen encontrar algo, siguiendo una práctica de la que solo sabía por las películas, que pensándolo bien era justo en lo que se había convertido mi vida en aquellos días, sin yo quererlo.

La inspectora sujetó el plástico entre sus manos y, sin sacar el papel de dentro, leyó a través, con lentitud:

«Querida, queridísima Gran Maya Conesa:

Espero que recibas esta carta con la misma ceremonia

con la que yo cariñosamente la he escrito especialmente para ti.

*Tú la estarás leyendo mientras disfrutas de la lujosa vista que te ofrece tu exclusiva posición en
Cala Vieja y yo la escribo desde el cochambroso escritorio que he atrancado bajo una ventana
roída*

por la que se cuelan unas enormes cucarachas cada mañana.

La vida es una cosa extraordinariamente graciosa,

¿no te lo parece también a ti, Gran Maya Conesa?

Unos son elegidas por el Universo

y para otros... el Universo tiene preparado muy poco.

Como si no existiéramos.

Como si hubiéramos desaparecido del mapa.

*Me he tenido que decidir a escribirte por el medio clásico porque es visto y es sabido que la
fachada que tienes creada en público no implica tener que contestar a ninguno de tus*

seguidores, ni siquiera a los que, como yo, te escriben y te siguen con insistencia.

No puedo soportar más esta indiferencia.

No merezco esta PUTA indiferencia,

Gran Maya Conesa,

insufrible farsante y médium estúpida.

No mereces nada de lo que tienes.

Lo que tú tienes no debería ser tuyo.

Solo piensas en fiestas, fiestas, fiestas.

En pavonearte delante de todos como una furcia.

Como lo que claramente eres.

Fdo:

Tuyo».

—Guau —interrumpió el agente Morales, rascándose la nuca—. ¿Te dicen mucho estas cosas? Madre del amor hermoso...

—Bueno... —contesté, insegura— ¿Diría que la mayoría de la gente me dice cosas más bonitas? Que la mayoría de la gente es buena y es importante no perder la fe en...

—Sigo —me cortó la inspectora Buide, dándole la vuelta a la carpeta de plástico para leer el reverso de la desagradable carta.

Carraspeé y leyó con decisión la última frase:

«¿No era esto lo que buscabas?»

La inspectora volteó la hoja hacia el agente, quien pudo ver adjunto el documento fotocopiado que venía con la carta.

—¿Estabas buscando... la mitad de un certificado de alumbramiento? —preguntó el agente, limpiándose el bigote, y observando de cerca la pieza de papel roto del que había sido arrancada la mitad superior y a la que le faltaban la mitad de los datos.

Asentí, aún confundida por los últimos sucesos.

—¿Y sabes qué significa?

—Barajamos diferentes hipótesis —concluyó Celina, quien había sacado un cuaderno con sus notas y seguía la conversación sin perder detalle.

La inspectora Buide concluyó:

—Necesitamos que hagas captura de pantalla de todos los mensajes y nos los envíes para que los analicemos. Queremos la muñeca, la foto, cualquier cosa que consideres que pueda servirnos. Quiero que ahora nos cuentes todo desde el principio, me quedan muchas dudas. Habría sido mucho más fácil saber todo esto antes, Maya —me dijo y agaché la mirada y ella continuó—, solo esperamos que no sea demasiado tarde y nada de esto no haya llegado demasiado lejos.

Tragué saliva, mirando de reojo a Celina, quien fotografiaba todo antes de dárselo para seguir ella misma con sus pesquisas. La inspectora no puso trabas y esperó con paciencia a que terminara, agradecida de toda ayuda que por fin parecíamos estar dispuestas a aportar en la investigación. Tras eso, recogió lo que le dimos en una caja de cartón y se levantó para darnos las manos a modo de despedida.

—Vamos a reforzar la vigilancia en tu zona, pero te recomendamos que no pases demasiado tiempo sola hasta que demos con quien quiere hacerte daño. Es evidente que tienes un acosador.

—¿Un acosador?

—Probablemente, alguien que se ha enamorado de ti y siente que te conoce. No entiende por qué

tú no te muestras correspondida en sus sentimientos y empieza a cabrearse —explicó él, como si hablase de estas cosas cada día—. Este es un fenómeno clásico de las redes sociales. Estos perfiles se abren, se cierran y son imposibles de perseguir. Los protege la ley de protección de datos. Yo estoy harto de decírselo a todo el mundo, ¿eh? Os mostráis de más y claro, luego...

—Maya, debes ser cauta ahora —lo interrumpió la inspectora Buide—. No sabemos hasta qué punto puede llegar. Pero te prometo que vamos a hacer todo lo posible para encontrarlo.

—¿Cómo qué? —pregunté, inocente.

—¿Cómo qué? —me devolvió la pregunta la inspectora Buide, sin saber a qué venía la mía.

—Quiero decir: ¿qué vamos a hacer para encontrarlo? —dije, comenzando a tomar consciencia de la envergadura de todo lo que me estaba pasando.

El agente Morales se acercó al oído de la inspectora para decirle algo que no pudimos escuchar y que ella sopesó por un segundo. Se volvió entonces hacia nosotras y me dijo:

—Una cosa, Maya. La Navidad... ¿vas a celebrarla?

Capítulo XVI: **LA TORRE**

Estamos ante una carta que significa ruptura, destrucción, e incluso muerte. Es el fin de algo, de una empresa o amor.

En esta carta, el arcano dieciséis, ya vemos una gran torre alcanzada en su cúspide por un rayo que destroza su corona. Dos seres humanos parecen caer de la torre.

Escena 1: «Tu madre también te quiere»

En un gesto cotidiano, saqué una carta de mi baraja al entrar en casa, después de despedir a Celina en la puerta.

«La Torre invertida», me dije para mí. «Depresiones motivadas por obsesiones mentales». Podía ver cómo el Cosmos había vuelto a abrir un claro canal de comunicación hasta el centro de mí misma. Aproveché esa sensación extraordinaria para sacar uno de los atados herbales que me había regalado Alexandra, de Dulcísima y sahumar todas las habitaciones de la casa, y aquello me hizo sentir mucho más tranquila. En paz. Eulalio estaba en la puerta y todo estaba bien. Yo estaba bien. En comunión con el todo. Al menos, fue así hasta que escuché el timbre de casa.

Giré el pomo y allí estaba:

—He querido venir a traértelo yo mismo y así comprobar cómo se encuentra mi niña.

Mi padre estaba más viejo de lo que lo había visto hasta ahora. Es evidente que era más viejo de lo que lo había sido nunca y también yo, eso nunca es de otro modo, pero algo en la caída de los párpados sobre sus ojos me contaba una historia de cansancio. Llevaba un sobre en la mano que movió varias veces en alto mientras me saludaba afectuosamente y daba un paso al frente.

—¡Papá! —dije, sorprendida, al abrir la puerta. Asomé la cabeza a la calle antes de volver a cerrar, finalmente consciente de todos los ojos que podría tener sobre mí aquellos días y encajé con cuidado, no queriendo hacer demasiado ruido en una calle aparentemente vacía—. ¡Pasa, pasa! —le pedí y acepté su beso en el nacimiento de mi pelo, agachando la cabeza—. Qué sorpresa tenerte por Santaurora, hacía mucho que no venías. ¿Qué te trae por La Sacerdotisa?

—¿Es que no puedo venir a ver a mi hija?

—¿Cómo? —contesté, confundida con la dinámica de las conversaciones en la que todos preguntábamos sin contestar a nada nunca—. Claro, ya sabes que me encanta verte. Y mamá, ¿hoy tenía reunión para recaudar fondos con las amigas?

—No —dijo tirando de su cinturón hacia arriba—. Tu madre lleva días con un virus raro y prefería descansar tranquila.

—¿Qué tipo de virus?

—Oh, nada serio —contestó y espantó con la mano una mosca invisible, mientras caminaba conmigo hacia la estancia principal, que se iluminaba conforme nos acercábamos a ella—. Ya sabes que tiene un sistema inmune un poco averiado y es llegar diciembre y... ¡zas!

—¡Zas!... —repetí, sin saber bien a qué se refería.

—¿No está muy oscuro esto?

Había mandado poner cortinas blindadas por todas las ventanas de la casa, hasta que averiguase quién estaba detrás de todo lo que me había pasado desde la fiesta de cumpleaños y solo abría de cuando en cuando pequeñas ranuras, para comprobar que Eulalio seguía en su puesto, como siempre. La oscuridad de fuera, además, proporcionaba cierta calma a mis ojos, ya acostumbrados a semanas de ver sin ver, de siluetas difusas, de sombras.

—Escucha, no quiero quitarte tiempo, sé que estás con mucho trabajo.

—Para nada —contesté, cruzándome los brazos sobre el pecho y mis ojos, inevitablemente, comprobaron que todas las cortinas siguiesen bien cerradas y nadie pudiese vernos desde fuera—. Agradezco la compañía, más de lo que imaginas. ¿Te quedas a comer?

—No, no, en realidad soy yo el que tiene mucho trabajo —me contestó, con las puntas de los pies ya en dirección a la puerta de salida, visiblemente apurado por salir de casa—. Y mamá, no quisiera dejarla sola mucho rato, ya sabes cómo se pone cuando está en cama...

—¿Pero tan mal está? —me preocupé— ¿Tiene fiebre? ¿Habéis llamado al Doctor Segura? Mira que ya hay mucha gente con gripe este año... —dije, apretando sobre mi pecho el cárdigan camel de punto que me había puesto sobre un largo vestido de raso beige—. ¿No se puso la vacuna?

—Bueno, ya sabes cómo es tu madre con las vacunas —dijo y ambos sonreímos—. Aquí tienes —añadió luego, mientras me entregaba un sobre blanco y dirigía la vista hacia un lateral de la estancia.

—¿Qué es?

—La partida, claro.

Ya hecha a las medias verdades, callé. No le dije que ya la tenía porque de nada habría servido preocupar a mis padres. Supongo que ya había alcanzado esa edad en la vida en la que papá y mamá ya no podían protegerme de nada ni nadie, y de pronto las tornas se habían vuelto del revés. Era yo la que ocultaba información, la que le bajaba el volumen a mis preocupaciones cuando estaba con ellos, la que, en definitiva, sentía que les debía el cuidarlos.

—¡Oh, estupendo! —dije, dejando el sobre reposar sobre la mesa—. ¡Gracias, papá! ¿No te quedas, seguro?

—Seguro —dijo, volviendo a mirar alrededor y caminando hacia la puerta.

—Dale un beso a mamá —le pedí despidiéndolo en mi puerta—. Dile que tome tomillo y miel, que...

—Claro —me cortó—. Te quiero, hija. Lo sabes, ¿verdad?

Aquella fue la primera vez que escuché a mi padre decirme «Te quiero», con todas sus letras, en toda una vida. Proveniente de una generación de hombres lisiados emocionalmente, su «Te quiero» me hizo encogerme. No supe qué responder, así que dije:

—¿Está todo bien?

Mi padre carraspeó con fuerza por culpa del abuso de los habaneros que tanto le gustaban, y que Ramón solía traerle cada vez que cruzaba el charco en uno de sus viajes, de lo que yo me había quejado con insistencia y sin haber conseguido mucho.

—¡Pasa a vernos pronto, Maya! —y añadió cuando ya se iba—: Tu madre también te quiere.

Lo vi de espalda cómo caminaba con un paso aletargado, que él probablemente percibía como mucho más ágil de lo que en realidad ya era, y me invadió una especie de ternura por lo que fue y lo que iba quedando. Con el sobre que me había traído mi padre aún esperándome en la mesa, me dirigí hasta el salón para abrirlo, convencida de que lo que iba a encontrar era lo mismo que ya había visto en el mensaje que me envió mi acosador a casa, en una caja, y que había dejado en manos de la policía: un certificado de alumbramiento, con la fecha, la hora y el lugar exacto en el que nació. A pesar de que tenía la imagen que había recibido grabada en la retina, saqué el teléfono para pedirle la fotografía a Celina, que contestó rauda con un mensaje en el que incluía mi certificado. En la imagen, se leían con mucha más dificultad los datos que se habían rellenado de la mitad del certificado que más tarde se habría entregado al registro civil: mi nombre completo, el número de certificación del acta de nacimiento, la fecha y el lugar...

Pero un momento.

El documento de mi padre ofrecía información dispar.

No había dudas.

Eran dos certificados distintos.

Uno de los dos estaba mintiendo.

Escena 2: «Que pase lo que tenga que pasar»

Como si un cordón celeste aún nos uniera de algún modo sideral, contestó al móvil con un: «Justo ahora iba a llamarte». Pedí a Marco que viniera y siento que voló al notar el miedo en mi tono, una emoción ajena a la Maya que había sido siempre: la Maya confiada, la Maya que creía que todo el mundo le deseaba lo bueno, la Maya que no había muerto antes. Hay partes de una, que pierden el lugar para siempre. Prometió que vendría al salir de la guardia, ya de noche, y yo pensé que aquellas serían las horas más largas a las que jamás me había enfrentado.

Antes de que llegara él y no queriendo pasar tanto tiempo sola, avisé a Sassa. Apareció en la puerta como siempre lo había hecho, devolviéndome la sensación de que estaba solo a un paso de mí a cada minuto del día, dispuesta a pelear por mí, llegado el caso.

—La agencia desaconseja una gran fiesta de Navidad, Maya.

—Vamos, entra —dije, evitando que nadie pasara tiempo en exceso allí donde pudiera ser vista—. Hace frío fuera.

Sassa se acercó sola a la cocina y sirvió agua hirviendo en dos tazas de porcelana, un matcha para mí y un americano para ella al que echó dos terrones de azúcar que sacó de su bolso, a sabiendas de que en mi casa nunca había más que estevia.

Nos hicimos con las mantas de lino que guardaba en el baúl y nos sentamos en el jardín, recogidas del viento gracias a los grandes árboles que custodiaban mi piscina climatizada a unos exactos veintinueve con cinco grados en esta fecha, justo como más me gustaba. Aún no había entrado ni una sola vez en ella desde que había vuelto a la vida, angustiada por sentirme otra vez bajo el agua, pero, de pronto eché de menos la sensación de estar dentro, de flotar otra vez ligera y ajena a las preocupaciones del mundo. Tomamos asiento y, antes de que Sassa tratara de evidenciar mil y un motivos más que lógicos para no hacer lo que iba a hacer, a todas luces, la previne:

—Tenemos que empezar a enviar las invitaciones cuanto antes.

—Pero es tarde, Maya —dijo, sacando el calendario del móvil y enseñándome lo que ya sabía, que nos habíamos adentrado a principios de diciembre—. Mucha gente habrá hecho planes, a estas alturas.

—Pues tendrán que deshacerlos.

—Pero es un día importante —se quejó—. Querrán estar con sus familias.

—Invitaremos también a sus familias.

—No es seguro —dijo y se acercó hacia mí—. Después de todos aquellos mensajes, ¿no crees que es más razonable que bajes el vuelo un poco?

—Si bajo más el vuelo, Sassa, voy a tener que comenzar a cavar un túnel.

Mi ayudante echó la vista atrás hasta la sala principal y constató que todas las cortinas estaban cerradas en la estancia, antes de continuar:

—Lo entiendo. De verdad. *Absolutamente*. ¿Pero no podemos esperar?

—¿Y a qué quieres que esperemos?

—A que sepamos más. A que entendamos qué está ocurriendo.

—La policía está a cargo de todo, Sassa. No tenemos de qué preocuparnos. Eulalio está en la puerta. Su equipo siempre está en todo. Tú siempre estás cerca. Yo no estoy acudiendo a ningún evento y salgo en redes lo justo.

Sassa sacó la cucharilla de su café y, aún con el remolino moviéndose dentro de su taza, lo bebió de una vez.

—Que conste que no veo claro esto, pero eres la jefa.

—Eso es —dije, palmeando su rodilla, satisfecha con el poder que había cosechado y que

seguía regalándome pequeñas alegrías como esta—. Vamos, empezamos con lo básico, tenemos mucho trabajo.

—¿Maquillaje? —comenzó, como en una letanía que habíamos repetido una y otra vez aquellos años.

—Llama al equipo de Bobbie Brown.

—¿Pelo? ¿Luchi va bien?

—Ajá.

—¿Outfit?

—Dos: uno para la recepción y otro para después del cocktail. Pide dos de cada versión, le tengo pánico a las manchas, a los descosidos y a las desgracias. Las fotos tienen que estar impecables, dile a Fede. Y contacta con Alexandre Vauthier y con Fendi que te envíen bocetos. Diles que vamos muy ajustadas de tiempo.

—«...de tiempo» —repitió Sassa mientras garabateaba en su tablet—. Vale. ¿Tema de la fiesta?

—Navidad. ¡Obvio!

—Navidad en plan regalos, Papá Noel y jerseys de punto, ¿o algo más moderno y actualizado?

—Mmmm... —Me limpié con la punta de la lengua el borde superior de espuma verde del matcha y dije—: Sí, algo clásico. Familiar incluso.

—¿Cáterin?

—Alexandra, de Dulcísima. —Me acordé de algo y dije—: Dile que no olvide sus hamburguesitas veganas con alioli de anacardos. Que la última vez volaron.

Me pareció extraño poder hablar con naturalidad de lo ocurrido en la última fiesta, como si la emoción se fuera separando al fin de la sucesión de imágenes de lo ocurrido.

—¿Y el bao de calamar frito con mayonesa de kimchi?

—Que no se pase con las salsas pringosas ni los fritos, que manchan.

—Cierto. Anoto aquí que no nos falte Cebralín, que hay quien pierde los papeles con las manchas y queremos mantener la armonía...

—No habrá tiradas de cartas —dije, cortando el aire con una mano.

—Entendido.

—Bebida, comida, música en directo y reunión con amigos.

—¿Con amigos?

—Sí, quiero que invitemos a todo el barrio.

—¿No invitamos a las compañeras de la agencia?

—Ay, no, me aburro de todo esto —me quejé—. Quiero algo familiar, pero pomposo. Algo a la altura de Santaaurora. Vecinos, niños incluso.

—¿Necesitamos animación para los pequeños en ese caso?

—Sí. Alguien que haga globos y cuente cuentos.

—Cuentos de Navidad —dijo.

—Sí, eso mismo.

Sassa seguía escribiendo a velocidad de vértigo; no conocía a nadie más que pudiera seguir el ritmo de mi pensamiento.

—¿Hashtag? —preguntó entonces.

Traté de dar con un buen título para esta fiesta. Algo que resumiese mi intención al celebrarla y que elevase el tono de la celebración. Aún con todos los miedos que acumulaba aquellos días, me sentía en mi salsa. Más yo de lo que me había sentido en mucho.

—#UnaFiestaParaRecordar —dije, convencida.

—¿No es muy largo?

—Es perfecto —concluí.

—Pues ya está todo dicho. Me pongo con esto —dijo, cerrando la funda de cuero de su Tablet y reposándola sobre sus muslos.

—Sassa —añadí—, no tenemos mucho tiempo, hay que ponerse las pilas. ¿Quieres que te coloque a alguien por debajo para que puedas delegar trabajo estos días?

—¡No! —dijo con energía—. Yo puedo con *absolutamente* todo.

—Como digas.

—Pero, Maya, escucha... —Sassa bajó la voz una última vez—. La agencia me insiste en que puedes esperar. En que a qué tanta prisa. En que después de lo ocurrido en la última fiesta...

—Eso no va a volver a ocurrir —sentenció.

—¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Porque esta vez vamos a estar preparadas.

—¿Preparadas para qué?

—Para que pase lo que tenga que pasar.

Escena 3: «Déjame que te dé algo de comer»

La venida de Sassa me dejó exhausta. Volver al trabajo me resultó divinamente agotador, dejándome con esa clase de cansancio que una sufre tras movilizar engranajes que habían comenzado a oxidarse. No quise permitirme el lujo de tumbarme en la cama, pues no era hora para tan dulce capricho, de modo que me recosté en el sofá entre un par de almohadones mullidos y en poco me venció el sueño. Sentí como pronto bajaba varias capas de consciencia, como una pluma planeando sobre una alfombra, hasta dar con los fondos de mí misma en lo que pareció una ensoñación muy vívida: volví, una vez más, a la fiesta de mi cumpleaños.

«¿Quién eres, Maya?»», me oí a mí misma decir desde fuera de mi propio cuerpo y entonces abrí la puerta de mi casa, para recibir la caja que contenía mi propia muñeca. Mis manos tocaron otras manos como las mías y me miré desde el cuerpo de enfrente como si su cara fuera la misma que la que tengo yo. «Por fin nos encontramos». Inundada por la intensidad emocional de la escena, cogí mi Porsche Cabriolet y conduje tan rápido como podía. No quise ir a ningún sitio en concreto, solo quise huir, salvarme, escaparme de los recuerdos. Pero la muñeca que llevaba de copiloto me recordaba lo que no quiero. Ante los gritos de los viandantes, traté de pisar el freno.

Ahora trato de frenar, pero no puedo.

Antes de que pueda pensar con claridad qué estoy haciendo, mi coche salta al vacío y yo, con él, en el último momento.

Me ahogo.

Me ahogo.

Me he muerto.

Solo me sacó de los brazos de Morfeo el timbre de La Sacerdotisa, que silbó con insistencia una y otra vez, y que junto a la pantalla de mi móvil vibrando al mismo tiempo, me hizo darme cuenta de quién estaba fuera esperando.

A pesar del frío, abrí la puerta con el cárdigan abierto, arrepentida por no haberme arreglado un poco más para recibir a Marco, aún con una gota de sudor cayéndome por el bajo de la espalda. Volver a recordar lo que ocurrió aquel día, siempre me dejaba los ánimos inestables y me recordaba la insoportable levedad de todo: de mi villa, de estos cielos enrojecidos que explotaban a final del día, de lo que sentí al ver en mi puerta al que un día pensé que sería para siempre el amor de mi vida.

—Perdona —me disculpé, adecentándome el pelo revuelto sobre un hombro—, me había quedado dormida...

—Mucho has cambiado —me dijo, con una mano en mi cintura y poniendo un beso en mi mejilla—. Una siesta a deshora solía ser para nosotros motivo de disputa.

—No inventes —le reproché y lo invité a pasar—. Tú siempre tuviste los horarios al revés que los del resto del mundo.

—Bienvenido a la profesión médica —dijo, dejando sus cosas bajo el mueble de la entrada y caminando hacia el sofá en el que hacía un momento había estado tendida y que aún conservaba entre sus cojines el calor de mi cuerpo.

—¿Te quedas a cenar? —dije, viendo desde el cristal del salón como se ponía el día.

Me pareció extraño ofrecérselo, pero de algún modo lo sentí natural: era tarde, venía de trabajar lo que supuse una jornada maratónica, tenía cosas importantes que contarle y, por encima de todo, no me quería quedar sola.

Marco no dudó un momento.

—Claro —aceptó, tomó asiento en uno de los taburetes situados alrededor del islote del centro de mi cocina y se echó un vaso de agua de la jarra que tenía llena junto al jarrón con flores de

pascua, que me había traído Leona hacía solo unos días—. ¿Sigues preparando aquella crema de guisantes y menta?

—Bueno, ya no la cocino yo. Pero la sigo tomando cada invierno —dije, mientras me acercaba al frigorífico para comprobar que quedaba suficiente para dos.

No pregunté por su recién estrenada esposa, pero la supuse trabajando, que es lo que siempre hacen los sanitarios y lo que Marco había hecho desde el primer día que lo conocí. Trabajar cuando los demás festejábamos, trabajar cuando los demás dormíamos, trabajar cuando los demás descansábamos, trabajar cuando los demás también estábamos en el trabajo. Pensé que debía de ser una relación fácil esa: se verían las caras solo de cuando en cuando y la pasión no desfallecería nunca. No me gustó imaginarlos con una pasión a prueba de bombas y debió de notárseme en el rostro, porque entonces dijo:

—¿No está esto muy oscuro?

Me acerqué a las ventanas que daban a la calle y comprobé que no entraba un rayo dentro de la estancia, de los últimos que daba el día.

—Han pasado cosas desde la última vez que nos vimos.

—Te escucho.

Y eso hizo. Marco siempre escuchaba. Nunca te interrumpía para hacer bromas a destiempo, nunca miraba el móvil, nunca desviaba la mirada hacia otro sitio, distraído por algún pensamiento estúpido. Marco seguía sabiendo, diez años después, escucharme como no lo había vuelto a hacer ninguno. De modo que hablé. Le conté todo y él asintió no solo como lo hacen los médicos, sino como lo hacen los amigos. Con verdadero interés y preocupación, frunciendo el ceño en los momentos adecuados, conteniendo la respiración cuando percibía mi miedo.

—La policía piensa que puede aparecer por la fiesta.

—¿Y eso por qué?

—Sassa o Eulalio están siempre conmigo y ya no me dejo ver en público. El tono de sus mensajes nos hace pensar que está desesperado, que va a aprovechar cualquier ocasión en la que pueda acercarse a mí.

—Y en la fiesta va a poder escabullirse entre tanta gente.

—Eso pensamos —admití, subiendo los hombros—. Es solo una idea. Es difícil saber.

—La partida —dijo, recuperando esa parte de la conversación que acabábamos de tener—. Cuéntame bien.

Decidí dejar que las imágenes hablaran por sí mismas. Coloqué la fotografía abierta en mi móvil al lado del certificado físico que me había traído mi padre y se las mostré una al lado de la otra, con sus diferencias obvias, y la esperanza de que me diese la respuesta que ya temía que no iba a tener.

—Pues una de las dos es una falsificación, Maya.

—Hasta ahí he llegado yo —contesté, con ambas manos sobre el mármol de la cocina.

—La que ha traído tu padre pertenece al hospital donde trabajo...

—Y la de mi acosador viene del hospital en el que hiciste la residencia —dije, mientras él asentía—. Sí. Lo recuerdo bien.

—Ambas parecen reales —prosiguió—. No soy un experto en esto, pero hasta donde sé, las actas se hacen en el hospital y con ellas hay que acudir al registro civil. Los mensajes privados en redes, ¿qué decían?

—Bueno, nada agradable.

—Maya, déjame ver —insistió, mientras estiraba una mano para que le pasara mi teléfono móvil. Los leyó sin mover mínimamente el gesto de su cara durante largos segundos y antes de que yo

dijera nada, apretó su mandíbula en un gesto que conocía bien.

—Eulalio está en la puerta día y noche y la policía ha doblado la vigilancia en Santaaurora, no hay nada que temer.

—¿La misma policía que quiere usarte como anzuelo frente a todo el mundo?

—Me he ofrecido yo —dije—. Estaré bien.

—Maya... —Se frotó la cara, en aquel gesto que solía tanto hacer cuando pasaba muchas horas sin dormir por culpa de una guardia y le costaba articular el discurso.

—Ayúdame con esto, Marco —le dije, pasándole el certificado de alumbramiento—. Necesito que me digas que mi padre no me miente. Necesito que me digas que soy quien soy. Que ya sé lo que tengo que saber. Se mordió el labio de preocupación, y entonces dije—: Pero antes arreglemos ese aspecto horrible que traes y déjame que te dé algo de comer.

Capítulo XVII: **LA ESTRELLA**

Este arcano representa lo bello, el resplandor y la suerte. Es un arcano lleno de simbolismos que nos sugieren buenos presagios.

Vemos a una mujer joven y bella que vierte con dos cántaros agua en el río. La doncella está desnuda y en el cielo vemos brillar ocho estrellas.

Escena 1: «Me quedaré»

Es cosa extraña como, en medio del caos, puede una generar pequeñas burbujas de puro regocijo. Como una puede sentir a la par y con igual intensidad miedo, diversión, ansiedad, hambre, cansancio, sueño, excitación. ¿Dije excitación?

—¿Y la vista? —dijo Marco, mientras colocábamos los platos sobre la mesa de comedor en la que prácticamente nunca comía, porque sentarme sola allí, no hacía más que recordarme que ahora era una y ya no éramos dos—. ¿Cómo van esos ojos?

Los abrí y parpadeé con fuerza antes de contestar.

—Sigue yendo y viniendo. Pero digamos que no han ido a peor.

—Es buena señal —comentó y colocó las cucharas que yo misma le pasé al lado de cada plato y continuó, como si hiciéramos esto juntos cada noche, como si cada noche hubiéramos seguido cenando juntos año tras año. Como si de un ritual con ritmos naturales se tratase—. Creo que el mejor modo de averiguar sobre tu certificado es que vayamos a la planta de maternidad y contrastemos allí los datos. Esto debe de tener alguna explicación más sencilla de la que pensamos...

Y ahora fue él el que bajó el tono y dirigió la vista a las ventanas.

—¿Sal? —pregunté cogiendo la rosa, del Himalaya, en escamas, que tenía en un pequeño tarro de cristal.

—Ah, no —respondió y se sentó a la mesa justo a mi lado, dejando entre los dos cuerpos una pequeña esquina—. Cumplí los treinta y cinco y dejé atrás todos los vicios.

—¿Cerveza? —ofrecí, acercándole el vaso de pinta que robamos juntos en nuestro viaje a Dublín y que no había usado nadie más aquellos años.

Aceptó y se lo llené hasta arriba.

—Todos menos este, claro. —Sonrió con picardía antes de tomar el primer sorbo de su vaso.

Nos miramos, atónitos por aquella cercanía que ya nunca pensamos que podría resultarnos cómoda otra vez, y sostuvimos la mirada algo más de lo que habría sido esperado para lo que ahora éramos: dos extraños que algún día fueron más que amantes.

—Es raro.

Y con eso lo di por explicado.

—Bueno —dijo, colocando la pinta de vuelta sobre la madera—. La vida en general es rara. Creo que eso, a estas alturas, ambos ya lo sabemos.

Motivada por romper la tensión en el ambiente, dije en un ataque de sinceridad:

—Me he acordado de ti estos años.

—Ah... —Marco reclinó su cuerpo hacia atrás, apoyando su espalda sobre el respaldo—. No hagas esto.

—¿Qué he hecho?

De veras que no había hecho nada, o al menos no había querido hacerlo.

—Ya lo sabes —dijo.

Sin ánimos de iniciar una discusión hacia ninguna parte, pregunté:

—¿Sigues escalando?

—Nah —contestó—. No me da la vida más que para rellenar papeles y más papeles. La maravillosa y trepidante rutina del jefe de servicio...

—Es lo que querías.

—Creí que quería muchas cosas que ahora tengo, pero supongo que así funciona la adultez.

—¿Así... cómo? —Y comencé a comer.

—Ya me entiendes —dijo y soltó los cubiertos—. Esto está buenísimo. ¿Seguro que no la has

preparado tú? No la había vuelto a comer desde hace...

—Diez años —dije.

—Así es —confirmó y volvió los ojos hacia abajo—. Desde las Navidades de 2013.

—Un año raro aquel...

Nunca pensé que volveríamos a hablarnos. Nunca pensé que podríamos volver a sentarnos juntos a una mesa y mirarnos a los ojos. ¿Cómo había ocurrido aquello? ¿Cómo pueden dos personas separarse tantas horas, tantos días, tantas noches, y volver a acercar sus cuerpos como si nada hubiera pasado? Me pregunté qué quedaba de él en mí y de mí en él, qué seguíamos siendo ahora que nos había vuelto a unir, de este modo extraño, la vida.

—Yo también me he acordado de ti —dijo entonces.

Y me pareció que, aunque hizo esfuerzo por sonreír, sus ojos lucían más tristes que antes.

Acabamos la sopa en compartido silencio, algo que quince años atrás nos habría resultado imposible, por entonces desbordados por la inquietud de la lozanía, la calma que nunca llegaba, la energía excesiva de la juventud. Siempre habíamos hablado de más, discutido de más, follado de más, como si una parte de nosotros hubiese sabido desde el principio que se nos acabaría el tiempo, que no podríamos nunca ser como esas parejas que se disfrutaban a sorbitos y hubiésemos apretado el acelerador para que nuestra historia, aunque solo por unos años, nos hubiera dado para todo lo que nos llegó a dar.

—¿Tienes prisa? —dije, preparada para recoger los platos de la mesa.

Marco se lo pensó unos segundos, chequeó su teléfono y comprobó dubitativo la hora en su reloj deportivo.

—Mmmm...

—¿Te espera alguien?

Y ninguno nombró a nadie.

—No —contestó, visiblemente incómodo por la pregunta tan directa—. Hoy no me espera nadie.

—Déjame enseñarte La Sacerdotisa entonces.

Levantó sus cejas y sonrió con relajación por primera vez.

Fue él el que echó agua a los platos en el fregadero y yo la que le serví una segunda cerveza en su vaso de pinta, que se llevó cargando escaleras arriba. Alabó el gusto de los escalones, aun sabiendo yo que no sabía ni lo que decía, pero le agradecí el gesto: Marco nunca había entendido de ciertas cosas como arquitectura, moda o estética, pero siempre había puesto interés por estar a la altura de las circunstancias.

Puede que contoneara en exceso mis caderas en el camino a los cuartos, pero quién puede culparme de aquello: mi cuerpo respondía al suyo sin que mi mente mediara de ningún modo.

—Es enorme esto —dijo, pasándose la mano por el flequillo de su espeso cabello moreno—. ¿Siete años llevas aquí?

—Ocho —aclaré, abriendo entonces la puerta de mi propio dormitorio—. Lo comencé a construir poco después de que tú y yo... —dije y carraspeé—. Y esta es mi habitación preferida.

—La tuya, claro —dijo, acercándose a la cama y mirando a través del ventanal que daba a las estrellas justo encima de mis sábanas—. Debe de ser alucinante despertarse con estas vistas...

Y puedo decir que, aunque mis dotes de adivinación habían estado adormiladas aquellos días, no necesité de mi visión para ver con claridad en su mente lo que significaba el modo en el que sus ojos se posaron sobre el colchón.

—No me quejo. —Carraspeé—. Me ha ido bien.

—Te lo mereces, Maya. Te mereces que te haya ido bien.

Al verlo acercarse a los pies de mi cama, me pregunté qué habría sido de mi vida si no me

hubiese separado de él aquella Navidad de hace diez años. Me pregunté qué habría pasado si nunca le hubiese dicho lo que dije, si nos hubiese dado la última oportunidad en la que él tanto insistió. Me pregunté si habría habido un modo de solventar la distancia que cada vez se hacía más grande entre nosotros y decidí, allí y en aquel instante, que de todas las malas decisiones que había tomado a lo largo de los años, la peor de todas fue dejarlo ir a él. Que quizá, y solo quizá, no todo pasaba por algo ni para algo, que quizá en aquello simplemente me equivoqué. Pensé, al verlo allí tan guapo y con sus nuevas arrugas en los ojos, que ojalá esas arrugas hubiesen surgido en su piel de sonreírme a mí y no a otra con la que yo, en definitiva, lo había empujado... Me pregunté si la querría como me quiso a mí, como yo quise a Ramón, como yo creí quererlo hasta que lo dejé de querer.

A Marco, sin embargo, no dejé de quererlo nunca. Pero eso no lo había sabido hasta aquel día de diciembre en el que entró en La Sacerdotisa.

—No te vayas esta noche —le pedí y compartí con él una frase trampa, algo a lo que supe no opondría resistencia, una llave a la cerradura exacta que siempre guardó en su corazón—. Tengo miedo.

—Está bien. —Y tomando asiento a mi lado, en mi propia cama, puso una mano sobre mi rodilla antes de decirme—: Está bien, Maya. Me quedaré.

Escena 2: «Estoy aquí contigo»

Conocí a Marco cuando él empezaba la residencia de Medicina y salimos durante siete años consecutivos, en los que no nos separamos ni por un solo día. Yo acababa de terminar la carrera y comenzaba con mis primeros clientes internacionales, mucho antes de montar mi proyecto como tarotista, y él era aún un médico joven que pensaba que podría salvar a todo el mundo, incluso a nosotros... de nosotros mismos. La noche que lo vi por primera vez, tomando una cerveza en un bar oscuro en el que todos sus amigos se habían acercado a hablar con las mías, él se había separado de todos y tomaba el aire en la terraza. Me acerqué yo a él, su pelo de anuncio de Ralph Lauren y su indumentaria completamente desajustada para un evento como ese —jersey camel de lana con cremallera hasta mitad de pecho, vaqueros rotos— me llamaron. Era una noche oscura en la zona de moda de la ciudad, mucho antes de Santaaurora, mucho antes de ser quienes somos ahora, y una ristra de bombillas trepaba por las araucarias de la terraza, que extendían sus brazos al cielo, recibiendo las gotas del rocío de una noche de verano inusualmente húmeda. Me atreví a acercarme desde atrás para presentarme, intrigada por semejante pasotismo, así que puse mi mano en su cintura, lo saqué del profundo pensamiento en el que estaba sumido y, del susto, dio un traspies que acabó en un tropiezo sobre mi dedo meñique, que por culpa de la sandalia de tacón que llevaba aquel día, me destrocé. Que me destrozó él. Mortificado, se ofreció a acompañarme a una farmacia en taxi y en la misma salida me curó la herida. Acabamos sentados sobre una acera cualquiera, bajo una noche azul oscura casi negra, plagada de diminutas estrellas que iluminaban unos ojos hechizados, ilusionados por lo que ya intuían que era el comienzo de todo. En aquella primera noche ya dormimos juntos y ya nunca más nos separamos. Hasta, claro, la Navidad de 2013. Siete años después de aquella noche.

—Bien —dijo, levantándose de mi lado, de pronto consciente de la electricidad de nuestros cuerpos—. ¿Y mi habitación?

Ambos respiramos profundamente, conscientes de la pompa que acabábamos de romper, desviando la mirada hacia lados opuestos.

—¿Estás seguro de que no te importa quedarte?

—Tengo tres días libres por delante y nada mejor que hacer. —Se dio cuenta de lo que acababa de decir y rectificó—: Quiero decir, estoy feliz de ayudarte. De verdad.

—Me siento mal pidiéndote esto —añadí con sinceridad, consciente de su situación sentimental y del tiempo que había pasado entre nosotros—. No quiero meterte en problemas, es solo que estoy asustada, no sé qué hacer.

—Ningún problema, Maya —aclaró y se levantó para caminar hacia el pasillo—. Tengo voto de socorro, es parte de mi juramento hipocrático.

—Así visto...

—Es en serio —dijo con una sonrisa y con voz tranquilizadora—. No me perdonaría que te pasase algo por haberte dejado sola.

Me sentía francamente mal por estar pidiéndole aquello. No había sido planeado, pero ahora que estaba en mi casa, me sentía más segura de lo que me había sentido en mucho tiempo. Con él cerca, sabía que todo iba a estar bien, y habían sido unas semanas tan complicadas, mi mundo se había dado tanto la vuelta, que de veras sentí que podríamos convertir aquella noche en una velada inocente. Dos viejos amigos —dos viejos amantes— que se reencontraban años después y que seguían preocupándose el uno por el otro, como solían hacer.

—Pensé en irme a casa de mis padres, o de Leona, pero...

—Tus padres son mayores y Leona tiene seis hijos, lo entiendo. No puedes ponerlos en riesgo.

—Y Celina, mi vecina, es que está a punto de dar a luz y tiene una panza...

Puse mis manos alrededor de mi vientre, queriendo mostrarle a Marco el volumen del de Celina.
—Impensable —me cortó.

—Dios... —dije y me cubrí la cara—. No es que quiera ponerte en riesgo a ti tampoco.

—Me pongo en riesgo yo solo, tú no me estás obligando a nada —sentenció.

Pero algo en mí sabía que eso no era verdad. Algo en mí recordaba lo que era contar con Marco, qué tronco tan estable proporcionaba al árbol de mi vida. Cómo él nunca —jamás, en ninguna circunstancia— me habría negado auxilio. Cómo su tendencia al cuidado no era en él una simple profesión escogida, un garabato sobre un papel de acceso a una universidad cualquiera y un modo de pagar las facturas, sino una inclinación vital que impregnaba todas sus relaciones, todas sus facetas, todo su día a día. Algo en mí había sabido, incluso antes de planearlo, que, si yo le pedía que esta noche se quedara, él nunca se iría.

—Escucha —me dijo, midiendo la preocupación en mi rostro—. Está todo bajo control. Eulalio en la puerta. La policía patrullando la zona. Tus mensajes controlados. Todas las pruebas confiscadas. Y yo estoy aquí contigo —y lo repitió, supongo que masticando la misma incredulidad que yo—: Estoy aquí contigo. Todo va a estar bien, ¿vale? —Me puso un brazo amistoso sobre el hombro, acercándose para sí—. Vamos, enséñame el resto de la casa.

Caminamos el pasillo hasta las habitaciones del fondo. Le enseñé las habitaciones de invitados, la gran biblioteca, de cuyos títulos ordenados por colores se mofó, sabiendo como sabía que nunca fui una gran lectora, pero que me gustaba rodearme de belleza y de palabras bonitas; le mostré la terraza de la planta superior y suspiró ante el imponente sol que se había escondido frente a nuestros ojos como un gran chupachups de naranja.

—Este lugar tiene su aquel —admitió, con los ojos en el horizonte y las manos sobre la barandilla que daba al jardín.

—Nuestro barrio tampoco estaba nada mal —dije, recordando nuestro primer piso: mucho más cutre, mucho más pequeño, pero aún mágico en mi recuerdo.

—Pero no era Santaurora —me hizo admitir, mientras una manta de cielo oscuro anunciaba el principio de una noche estrellada, que inevitablemente nos trajo de vuelta las estrellas del día que nos vimos por primera vez.

Hicimos el camino hacia el salón, pero antes de llegar al primer escalón, Marco notó la habitación cuya puerta estaba siempre cerrada en la planta de arriba:

—¿Y este cuarto? —me preguntó.

—Ah —abrí ligeramente para que viera su interior antes de cerrarlo de vuelta rápido y concluí—. La mantengo vacía.

La única persona de este mundo a la que no tenía que explicarle nada de esto era él. Me dijo:

—La reservabas para el bebé.

Dos grandes lágrimas salieron de mis ojos y me sorprendí a mí misma al verlas caer.

—Todo está bien —repetí el mantra que más veces había repetido a lo largo de mi vida—. Claramente hay cosas que no suceden, porque no tienen que suceder.

Marco miró hacia abajo y sé que dudó mucho en decirme lo que me dijo. Lo sé porque lo conozco, o al menos lo conocía. Lo conocía muy bien y nada nunca cambia tanto. Dentro de nosotros, seguían viviendo nuestras antiguas versiones, y a pesar de las capas que habían crecido sobre nuestras pieles, aún la anterior escocía ante el roce adecuado. Trató de buscar las palabras adecuadas, pero a veces lo adecuado es decir las cosas como son, sin más adornos, así que contestó:

—Pero sucedió, Maya. —Y me estiró una mano, para que alargara la mía y la alcanzara—. Nos sucedió.

Escena 3: «¡Te fuiste, Maya!»

Hay heridas que no sanan nunca. ¿Sabes eso de que el tiempo todo lo cura? Es mentira. El tiempo recoloca las cosas. El tiempo endurece las capas de arriba, de modo que una gran coraza pueda crecer y esconder la luz que emite el dolor desde dentro. Una luz como la de una potente linterna, que, aunque intentes tapar con las manos, siempre se escurre entre los dedos, dejando escapar puntiagudos rayos que no se desvanecen hasta llegar muy lejos y cuya batería, al revés de lo que ocurre con las linternas tradicionales, dura para siempre. La luz de lo que nos sucedió aquel 2013 seguía iluminando tenebrosamente todas mis decisiones año tras año, a pesar de todas las capas de visualizaciones, aceites esenciales, meditaciones y sesiones de limpieza de aura que yo le había puesto encima.

—Cuando vi tu historial con Ramón... —dijo, con voz cascada por la emoción—. Lo siento de veras, Maya. No te merecías tanto sufrimiento.

Marco tiró de mi brazo hasta hundirme en su pecho, con su barbilla perfectamente encajada sobre mi cabeza, como si nuestros cuerpos tuvieran memoria del puzle perfecto que solíamos completar. Ni siquiera el olor de su camiseta, que me sumía aún en la misma embriaguez que solía hacerlo, me previno de decir lo que dije:

—Las cosas siempre pasan por un motivo, Marco.

—Si algo me han enseñado mis ya muchos años de profesión, Maya, es que no es así. Las cosas pasan porque pasan y punto —decidió y me abrazó más fuerte—. A mí también me duele recordarlo.

Y con los ojos abiertos, recordé. Nos vi a los dos en aquella habitación fría en la que nos atendió un compañero de Marco —Rigo, nunca pude olvidar su nombre—, quien tuvo la deferencia de apagar el halógeno que calentaba mi cuerpo congelado, antes de decirnos aquello de «no hay latido», y me volví a odiar a mí misma por no haber sido capaz de traer un bebé al mundo, a un bebé al que ni siquiera sabía si quería o si llegaría a querer. Un bebé que había sido una sorpresa para él, para los dos supongo, pero que él encajó con una ilusión que yo nunca llegué a tener. Y aún con esas, cuánto dolió... Qué poco se había preparado mi mente para la posibilidad de ser madre en aquellas dieciséis semanas y qué poco encajó que finalmente no iba a serlo. Marco habría sido un gran padre: uno de esos que sus hijos recibiesen con saltos al llegar a casa, que llevase a sus niños a escalar, que viese películas frente a la chimenea sin perderse un detalle cada domingo por la tarde. Yo, sin embargo...

—Es difícil pensar en todo lo que podría haber sido —dije, atreviéndome a mirar hacia arriba desde su pecho, consciente de la cercanía de nuestras bocas al hablarnos frente a la puerta de la única habitación vacía de esa casa.

—Vida... —Marco metió un mechón de mi pelo revuelto tras mi oreja y me besó en la frente.

Fui yo la que me separé. Lo hice, porque el gruñido de su voz me era lo suficientemente conocido aún diez años después y sabía cómo adelantaba a los movimientos de todo un cuerpo, porque aquel «vida» era nuestro modo especial de llamarnos el uno al otro, uno de esos nombres que se entierran a la vez que mueren las relaciones, y porque yo era allí la única que no tenía nada que perder. Habría sido deshonesto por mi parte, por más que el Universo nos hubiese reunido de aquel modo tan extraño, arrebatarle la posibilidad de tener paz en su relación.

Puse la mano en su mejilla, aún como entonces áspera al salir del trabajo, y sentí su aliento sobre mí.

—Hueles exactamente igual que antiguamente.

Y sonrió:

—Tú no —dijo—. Pero sigues oliendo rematadamente bien.

Pasó sus manos por detrás de mi cintura, cerrando los brazos en un abrazo apretado, que yo cariñosamente desanudé antes de decirle:

—No voy a ponerte en esta situación.

—No hace falta que me controles, Maya. —Me besó la frente una vez más, dejando sus labios levemente apoyados sobre ella mientras decía—: No soy esa clase de hombre. —Y desviando la vista para separar su cara de la mía, dijo—: Pero entiende que no es fácil.

Suspiré, de pronto sin recordar por qué me separé de él un día. Por qué no pudimos superar lo que nos pasó. Por qué Lula apareció en mi vida en el momento adecuado y desaparecí del mundo por un año completo. Qué fue lo que me gustó de Ramón al volver, aparte de haberse convertido en la alternativa diametralmente opuesta a Marco, al que había sido el amor de mi vida.

—No lo es...

—Tú habías dejado de ser una opción.

—Podías haberme buscado —me quejé, sorprendida de mi propio rencor.

—No me hagas esto —dijo y levantó entonces ambos brazos a la vez—. No puedes hablar en serio.

Él apoyado sobre la pared del pasillo, yo sobre la barandilla que daba a la escalera hacia el salón. Comencé a andar para bajarme a la estancia principal, decidida a huir de la corriente que desprendía una conversación que había evitado durante diez años. Una conversación que nunca pensé que llegaría a tener.

—¡Te fuiste, Maya! —Y bajaba los escalones de dos en dos, siguiéndome por la casa, decidido al fin a poner los puntos sobre las íes—. Te fuiste a esa academia de chalados a hacer chaladuras para no afrontar el dolor de lo que nos pasó.

—¡De lo que ME pasó, Marco! —puntalicé—. Era mi cuerpo, no el tuyo.

—Tu dolor ERA también el mío, Maya.

—No podía volver a mirarte. —Clavé entonces mis ojos en él—. Me recordabas todo lo que había pasado: mi duelo, mi vergüenza, mis miedos más profundos. Entendí que sería el final para nosotros.

—Al volver ni siquiera viniste a buscarme —prosiguió.

—Supuse que habrías rehecho tu vida.

—A la vista está, Maya: solo hace dos meses que me casé.

—De nada sirve que nos enredemos en esto. Es pasado y pasado está. El Universo ha...

—El Universo... —me interrumpió y se puso ambas manos en la cabeza—. Tú tomaste las decisiones, no el universo. Tú me dijiste que no te buscara. No el universo. Tú conociste a Ramón y dejaste de quererme y te casaste con él. ¡No el puto universo!

—Tú eres el que dice que dejé de quererte —me atreví a decir.

—¿De verdad vamos a hacer esto, vida?

—Tú habías dejado de ser una opción —repetir lo que él me había dicho le hizo más daño del que pensé.

Resopló, se pasó las manos por la cara e hizo por calmarse. Por calmarnos a los dos. Sacudió su cabeza de un lado al otro y añadió:

—Que te hayas hecho tan jodidamente famosa no ayuda.

Marco bajó el tono y se sonrió, con los ojos en el suelo y las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros desgastados, con el mismo peinado de chico de Ralph Lauren que tenía cuando lo vi por primera vez, solo que con muchos más años. Y mucho más guapo.

—Al menos espiarme te ha sido más fácil de lo que me ha sido a mí...

Coloqué mis manos a ambos lados de mi cintura y volví la vista al techo, tratando de tomar el

aire que había perdido al quitarme de mí el peso muerto que había llevado sobre los hombros durante tanto tiempo. Había pronunciado palabras impronunciables. Había reconocido cosas imposibles.

El teléfono de Marco sonó y allí acabó todo.

«Todo bien, claro. Sí, sí... Perfecto. Nos vemos en dos días. Sí. Cuídate tú también».

Y de golpe pensé que las decisiones que ambos habíamos tomado no tenían vuelta atrás.

Capítulo XVIII: **LA LUNA**

Algo en esta carta nos habla del pasado y de la necesidad de renovación. También nos augura un
período de tinieblas,
de oscuridad y de misterios.
Esta lámina está presidida por la luna.

Escena 1: «Déjame que mire aquí»

No dormimos. Tampoco hicimos nada más. Tuvimos el valor de acostarnos en la misma cama, porque después de tanto, nos daba más miedo separarnos que ninguna otra cosa, más incluso que arrepentirnos de hacer las cosas mal. Fue una noche larga en la que me olvidé de que me había muerto y había vuelto a la vida, precisamente a esta vida, y también de que alguien quería hacerme daño; una noche en la que me olvidé de que había cosechado un millón de seguidores, en la que conecté con la Maya que solía llevar poco más que la cara lavada y que se reía sin preocuparse por mirar a la cámara desde el ángulo adecuado. Dormimos en la cama de invitados, apretados el uno contra el otro, porque creo que eso nos pareció menos obsceno que tumbarnos juntos en una cama matrimonial, y reímos y lloramos hasta que caímos rendidos el uno junto al otro. Aunque no me dormí del todo: de cuando en cuando, abría un ojo para comprobar que todo esto era verdad. Que aún veía, que aún seguía viva, que tenía pegado a mí, en mi propia casa, a Marco.

No volvimos a hablar del bebé que podríamos haber tenido. Del bebé que tuvimos, pero que no nos permitió ejercer de padres. Nadie más que él había sabido de aquel episodio y agradecí que me dejara volver a enterrarlo otra vez y para siempre. Hay secretos, hay vergüenzas, hay traumas que merecen el más absoluto de nuestros silencios. Hay palabras que nadie debe pronunciar sin nuestro permiso.

—Se te sigue cayendo la baba al dormir —me dijo, mientras se ataba los cordones de los zapatos, sentado sobre el lateral de la cama.

Abrí los ojos y me desperecé.

—No es verdad —me quejé, mientras me limpiaba de la comisura de los labios hasta la barbilla.

—Sí que lo es.

Apoyé un codo sobre la almohada y dije:

—¿Te vas?

—Nos vamos —me dijo.

—¿Nos vamos?

—Quiero que vayamos a mi antiguo hospital, a la planta de maternidad.

—No quiero entrar allí.

Marco vio mi cara de pánico y entendió que no podía volver a entrar en aquel lugar.

—Necesitas resolver esto, Maya. Será un momento —insistió—. No nos llevará mucho.

—Pero puede esperar. Solo acabamos de despertarnos —me quejé, olvidando la prisa que había tenido por resolverlo todo hacía solo unas horas.

—Tienes dos documentos y uno de los dos es una falsificación. Por lo que a mí respecta, las dos podrían ser una enorme mentira. ¿No te parece que merece nuestra prisa? —resopló, ofuscado por tener que convencerme de algo tan obvio—. Alguien intentó matarte el día de tu cumpleaños y la policía te desaconseja que pases tiempo sola. Y yo dispongo de solo dos días por delante en los que puedo echarle una mano —dijo, poniendo la mano sobre mi hombro y masajeándolo levemente—. Vamos. Resolvamos esto juntos. —Y entonces dijo lo que más necesitaba oír—: No estás sola, Maya. Me tienes a mí.

—Por dos días —dije, con la voz baja, tan baja que le permitió hacer como que no me había oído.

Me metí en la ducha, que conservaba el agua caliente después de haberla usado él, y enjaboné mi cuerpo queriendo que otras manos fueran las mías, esas manos que ahora volvían a «ser una opción» y que, de pronto, quería desesperadamente sobre mí. Me preguntaba dónde estaban los límites del autocontrol —el suyo, el mío— y una parte de mí tuvo que reprenderme para que no

saliese de la ducha tal y como vine al mundo, para que no me pavonease frente a Marco como en realidad quería hacerlo. Pero en lugar de eso, me vestí sin salir del baño, me sequé el pelo con el secador de invitados y ni siquiera me perfumé. Al fin y al cabo, me había prometido a mí misma aquella noche que no iba a complicarle la vida a Marco, más de lo que ya se la había complicado. Él se merecía que no lo hiciese. Él se merecía que respetase su unión con Alicia, con la que estaría aún en fase de luna de miel, en el punto del enamoramiento más álgido, esa etapa emocional de las relaciones, en la que las cosas están en el espacio justo, que nada ni nadie puede romper.

Nos llevó Eulalio por petición expresa mía. Su moto no era una opción segura aquellos días, y aunque me habría encantado agarrarme desde atrás a su cintura y sentir el viento sobre mi melena platino, la dejamos dentro de mi jardín, aparcada junto a mi porche.

Recorrimos primero las calles de Santaurora desde los cristales tintados del coche de mi chófer, y compartí con Marco todo lo que compartí con Ramón en su día. Esta es la Tiendecita de Octavio, esto es Dulcísima, por aquel lado sale el sol en Cala Nueva y yo lo veo ponerse en Cala Vieja. Aquí tenemos el mercadillo de antigüedades, allí el cine de verano y la casetilla de los libros a los que Celina ha añadido un buen puñado, y en aquel costal, a lo lejos, el Faro, el lugar desde el que caí el día de mi...

—Y aquí estamos —dijo Marco—. Será más fácil que consigamos los datos si vienes conmigo —añadió cuando vio que dudaba—. No tengas miedo. No voy a soltarte de la mano.

Evitamos la entrada de urgencias y subimos por la parte trasera del hospital. La maternidad se encontraba, tal y como lo hizo en su día, en la planta cuarta. Marco me apretó la mano en un ascensor lleno de familiares de enfermos, con caras consternadas, y yo no levanté la vista en todo el trayecto hacia arriba, angustiada por el poco espacio de una cabina que se achicaba sobre mí y por lo poco que enfocaban mis ojos en aquel lugar. Llevaba las gafas de sol puestas, que de forma singular me protegían de mis propios recuerdos —la camilla, la luz blanca, el vientre vacío, la inescrutable falta de sentido—, y un hilo invisible ataba nuestras mentes y nuestros corazones, un hilo que, ahora veía claro, no había cortado desde aquel día.

Diez años no son nada en un hospital público, que depende de los impuestos de los contribuyentes, de la inteligencia de nuestros gobernantes y de la gestión ineficiente de los que llegan arriba como pueden. Todo seguía exactamente igual que entonces. Quizá más viejo, más desgastado, pero en esencia, el mismo lugar cutre que presencié la peor experiencia que nunca tuve.

Clavé mis pies al salir del ascensor y dije:

—No puedo.

Marco no trató de animarme con estupideces, ni decirme lo valiente que en el fondo era y le agradecí el esfuerzo. Puso su mano sobre mi hombro y dirigió mi cuerpo, ahora en modo automático, hacia el mostrador de planta, en donde un grupo de auxiliares, médicas y enfermeras reían de algo que una compañera les estaba enseñando en la pantalla de un teléfono. Una de ellas conocía a Marco, de su época de residente en este hospital, y fue ella quien se levantó para atendernos. Dos besos, un cordial abrazo y la voz de Marco como en un susurro, que yo casi no estaba escuchando.

—Claro —dijo ella, que había bajado sus gafas rojas de pasta hasta la punta de la nariz y que le colgaban de las orejas, con una cadenilla plateada que había perdido el brillo, si es que alguna vez lo tuvo—. Déjame que mire aquí.

Escena 2: «Nadie nace en dos sitios a la vez»

—Es del ochenta y tres —dijo Marco, extendiendo el carnet de identidad que me había pedido durante nuestro trayecto en el coche de Eulalio.

—¿Habéis preguntado en el registro civil? Es que justo estamos ahora mismo digitalizándolos. Fíjate que estamos en el año ochenta y tres, la semana pasada pasamos al ordenador todo el final del ochenta y dos y lo que quedaba del ochenta y uno, o sea que a lo mejor... mmm... —Miró bien en su ordenador, tecleando mi apellido una y otra vez y vocalizando sin sonido «C-o-n-e-s-a» y entonces dijo—: No. Aquí no está.

Marco bajó la voz, acercándose al extremo del mostrador y reclinándose sobre el ordenador de la enfermera que nos estaba ayudando.

—Es un caso un poco extraño —dijo, de un modo casual—. Tenemos dos partidas y no sabemos cuál puede ser...

La enfermera frunció el ceño.

—¿Dos partidas de este mismo hospital?

—Ah, no, no... —Marco se rascó la nuca, tratando de mantener el tono informal, sin suerte—. Una es de este y otra de Quirat.

—Tu hospital —dijo ella.

—Eso es.

—Pues eso no tiene ningún sentido, porque nadie nace en dos sitios a la vez.

Yo, que hasta ahora me había mantenido al margen de todo y observaba a través de mis gafas de sol el bullicio de las parturientas recorriendo los pasillos tratando de favorecer una eterna dilatación, de las mamás que salían de las salas de paritorio con los pelos pegados a las frentes y sus niños en brazos, y de los familiares que colocaban flores en las puertas de las habitaciones para celebrar las nuevas venidas, pensé en que habría otras mujeres en aquel momento, que estuvieran allí pasando por lo que yo pasé. Decidida a encontrar cierto consuelo, intervine. Me retiré las gafas de sol y, con voz decidida, añadí:

—Encantada. —Estiré una mano, que ella apretó con dudas, como si de un pez escurridizo se tratase—. Maya Conesa. Verá —bajé la voz, acerqué el cuerpo, saqué mi móvil del bolsillo para enseñarle las dos fotos—. Tenemos estas dos partidas...

—¿De usted?

—Mías, exacto.

—Y necesitamos saber si esta...

—¿Puedo? —dijo, deslizando las gafas hacia arriba con el dedo índice y usando la otra mano para hacer zoom sobre las fotos—. ¿Me las puedes mandar por correo para que las vea en grande?

Y eso hicimos. Mientras tanto, me quitó el teléfono de las manos, cortó una esquina de un papel en sucio y apuntó allí dos enormes códigos que copió de las imágenes. Marco quiso hablar, pero ella se levantó y desapareció en la habitación con puerta entrecerrada de detrás del mostrador de la planta de maternidad. No dijimos una palabra en todo el tiempo que estuvimos solos.

La vimos hablar por teléfono, colgar y hacer varias llamadas más, la vimos comentar con las compañeras, usar los ordenadores de la sala interior, y nos percatamos de cómo algunas salían y entraban, otorgándonos miradas de reojo. Pude sentir la incomodidad de Marco, entendí que estaba preocupado porque lo vieran conmigo en actitud cercana, siendo yo como era conocida por muchos y siendo él, como era, antiguo residente en este lugar. Pero si lo estaba, si de verdad estaba incómodo como su mirada indicaba, no lo dijo. No me soltó la mano, no se separó de mi cuerpo en todo el rato. Aguantó el tirón y lo que pudiera traer con él el hecho de que nos vieran

juntos.

La enfermera nos llamó entonces con un dedo, animándonos a que entrásemos en la habitación en la que se encontraba. Parecía una sala de trabajo y de descanso: había microondas, ordenadores, impresoras, teléfonos fijos, varias mesas y dos camillas con mantas arrugadas sobre las que, pensé, se echarían una pequeña siesta cuando les diera una tregua la noche, entre parto y parto. El resto de las compañeras salieron, todas excepto uno, que estaba sentado sobre la mesa a la que nos acercamos. Ella, ahora con las gafas colgando de la cadenita que rodeaba su cuello y con las manos entrelazadas en el regazo, lo instó a que se pronunciara:

—Cuéntales tú —dijo. Él trató de comenzar, pero ella no lo dejó—. Siricio es el que más sabe de todo esto, habéis tenido suerte de que esté aquí. Es el encargado de la digitalización de todas las partidas desde el sesenta y uno al ochenta y seis, ¿ochenta y seis? —dijo, girando su cuerpo hacia él.

—Ochenta y cinco —contestó.

Siricio, con dentadura poco agraciada y un cráneo brillante y liso, del que solo crecían un par de mechones por patilla, sujetaba un papel en las manos.

—Bueno —dijo ella, agitando sus manos—. Vamos, Siricio. Cuéntales.

Marco y yo nos miramos, desorientados.

—Pues verá usted, señorita, a mí que a usted la han engañado. —La enfermera asintió con un solo golpe de mentón, satisfecha con la eficiencia de sus averiguaciones y de sus contactos—. Déjeme empezar por el principio.

—Por favor —le pedí.

—Cuando una mujer da a luz en el hospital, dispone de setenta y dos horas para registrar a su bebé en el Registro Civil, y para eso —explicó— le damos los papelitos que le damos. El informe de alta hospitalaria, la cartilla sanitaria del recién nacido y el certificado de alumbramiento.

—Ajá.

—Con eso, se va la señora al Registro Civil y se hace la inscripción del nacimiento, para que poco después se pueda solicitar el certificado de nacimiento, el empadronamiento, la inscripción del recién nacido a la Seguridad Social, el...

—Entiendo, entiendo —interrumpí, tratando de que abreviase.

—¿Ve usted ese numerito de la esquina inferior de su foto? —dijo y nos mostró la impresión de las dos partidas, que habían colocado la una al lado de la otra y que mostraban con claridad las diferencias entre una y otra—. Esta de aquí es de verdad, y esta de aquí es de mentira. En esta fecha, esta letra no estaba aún comenzada y esto que ve usted aquí, ¿lo ve? No se hacían partidas así por aquel entonces, esto es nuevo, ya se lo digo yo a usted, que he visto a estas alturas millones y no solo de este hospital, verá usted, es que estoy todo el día viendo estas cosas, entenderá usted que al final uno lo ve clarísimo en un momento...

—Es decir —intervino Marco, tratando de encontrar cierta coherencia en la verborrea de Siricio—, la partida de Quirat es falsificada. La partida de este hospital es la verdadera. ¿Es eso?

—Eso es, doctor.

La enfermera habló entonces:

—Hemos llamado a Quirat y nos aseguran que su partida coincide con el formato de las suyas...

—No puede ser. Hace poco no había nada allí —interrumpió Marco.

—Pero que ha entrado en el sistema hace solo unos días —dijo, terminando la frase.

Marco cogió el papel impreso y lo colocó frente a nosotros, apoyado en la mesa, antes de volver su vista hacia mí y fruncir el ceño.

—¿Y el informe de alta hospitalaria de la madre y el niño?

—Esto es lo único que hay.

—Me confirma que esta está falsificada entonces —dije yo, señalando la partida de Quirat.

Siricio subió los hombros, sin querer mojarse.

—Pero esto es gravísimo —sentenció Marco.

Uno de mis certificados había sido registrado hacía solo unos días. El otro, el verdadero, pertenecía a un hospital público en el que, hasta donde yo sabía, no nací. Nada de esto tenía el más mínimo sentido.

—¿Qué sentido tiene todo esto? —dije, cogiendo el papel entre mis manos.

—Bueno, es que esto no es lo más grave, señorita.

—¿Qué quiere decir? —pregunté inclinando mi cuerpo hacia adelante, preparada, o eso creí, para escuchar lo que venía.

—Pues verá usted. Es que esta partida suya de este hospital, por muy verdadera que sea, que ya le digo yo que no es, no aparece en ningún registro nuestro. Nada, en ningún sitio. He mirado con varias combinaciones, porque verá usted que a veces los que registraban estas cosas escribían de aquella manera, sabe, y muchas veces había faltas, o faltaban datos, pero no. Esta partida suya no está en ningún sitio. Yo entiendo que le falten datos, porque solo tiene usted la mitad. Pero es que ni el nombre de su madre tampoco aparece, ¿sabe? Debe de haberse perdido, porque yo aquí no la tengo. ¿Cómo dice que la ha conseguido usted?

Escena 3: «Necesito la verdad»

Hicimos el camino de vuelta a casa en el más absoluto silencio. Solo se escuchaba el gemido al girar de las ruedas del coche de Eulalio, cuando callejeábamos. El día había amanecido neblinoso, y el frontal del coche escupía dos grandes luces que iban haciéndonos espacio al avanzar. Marco quiso hablar un par de veces, poco después de que nos adentráramos en la cabina trasera, pero levanté el índice para pedir tiempo. No me sentía capaz de articular un discurso con coherencia, solo quería que todo volviese a ser como era. Quería mi vida maravillosa, quería volver a mis saludos al sol cada mañana mientras me grababa poniéndome un café de hongos con la infinity pool de fondo, quería una sesión de fotos de seis horas con un equipo de catorce personas alabando mi pelo, mi cutis, mi maravillosa energía, mi cuerpo precioso. Quería no haberme muerto y no haber dejado a Marco nunca, quería no haber vuelto a recordar aquello que nos separó. Quería que nadie me deseara el mal que querían hacerme y volver a sentirme una con el Cosmos. Quería que las cartas me hablaran, quería que me apeteciese todo aquello incluso. Pero por encima de todo, en aquel momento, lo que quería era tener claridad.

No lo dejé que entrara en casa al llegar. Le pedí que cogiera la moto y se fuera, no queriendo complicar las cosas más. Él, con el casco sujeto en su codo, me abrazó como si ese fuese el último abrazo que iba a darme.

—No puedes con esto sola, Maya... —me dijo.

Y yo lo dejé cerrar la puerta y conducir lejos de La Sacerdotisa sin mirar atrás. Pensé en decirle que sí que podía sola, que quién pensaba que había montado todo este imperio. También contemplé el responderle que lo único que quería era que se quedara él, pero callé.

Con el calor de su cuerpo aún pegado al mío, decidí no entrar e irme a casa de papá y mamá. Tenía más miedo de su ausencia que de la soledad, y aquella me pareció la única alternativa plausible: ellos debían de tener una explicación para todo esto. A estas alturas, era evidente que me habían mentido, pero me era imposible saber hasta qué punto y por qué. ¿Por qué nunca me contaron que nací en el hospital en el que había nacido? ¿Por qué falsearon mis datos y me dijeron que nací en Quirat, cuando no fue así? Recordé el «te quiero, hija» del último día que papá vino a La Sacerdotisa, y en aquel arrebatado de amor sentí que se ocultaba algo más. De pronto, aquel «te quiero» se convirtió en un «recuerda que te quiero, pase lo que pase», en un «sea lo que sea que estás buscando, recuerda que nadie te quiere ni te querrá como lo hacen tu padre y tu madre», y me sentí más confusa que nunca. Volvieron entonces las nubes a mis ojos, la visión túnel, el zapateo del corazón con mal ritmo, y así hice el camino hasta llegar a la puerta de mis padres.

Llamé con insistencia al timbre, con las gafas de sol tapándome los ojos, y solo me las quité cuando nos sentamos todos en el salón.

—No tienes buen aspecto, hija —dijo mamá, que aun habiendo pasado el mediodía, me había abierto con ropa de estar por casa, y que siendo esto impropio de ella, tampoco se había arreglado el pelo ni puesto sus sortijas.

—Tampoco tú —dije, con voz seca y tomando asiento en el sofá frente a ellos.

Ambos se enderezaron ante la aspereza de mi respuesta y fue papá quien intervino.

—¿Necesitas algo de nosotros?

Su tono era inusualmente formal y distante, como si él sí que estuviese preparado para lo que venía. Como si una vida entera le hubiese dado el tiempo, que no me había dado a mí, para preparar el discurso que yo iba a tener que escuchar aquel día.

—Necesito la verdad —exigí y puse el papel impreso que me había llevado del hospital, en el que figuraban una al lado de la otra, las fotografías de los dos certificados, y eché mi

cuerpo ligeramente hacia atrás—. Tampoco pido tanto.

Mamá se levantó a sacar un cigarrillo de la caja que solía esconder en la cajita de galletas de la cómoda de la entrada y que siempre pensó que nadie veía. Por primera vez en mi vida, no la vi hacerlo a hurtadillas, ni subirse al baño del altillo para darle unas caladas y bajar de nuevo, perfumada hasta los dientes para tapar el olor insoportable del tabaco negro. Por el contrario, lo cogió delante de nosotros, lo encendió en el mismo salón y se quedó detrás del sofá en el que había estado sentada hasta ese mismo momento, mirándome de frente, mientras chocaba nerviosamente las uñas del pulgar y el anular de la misma mano con la que sujetaba el cigarrillo entre calada y calada.

—Nos pediste el certificado de alumbramiento y eso te hemos dado.

Abrí las palmas hacia arriba, impotente ante la poca elaboración de su excusa.

—Este documento ha sido expedido hace solo unos días. Es falso —constaté, sin preguntar, y al ver que guardaban silencio, añadí—. Lo habéis comprado, entiendo.

—El dinero, Maya, soluciona muchos problemas en esta vida —dijo mi padre con frialdad—. Tú nunca has tenido complejos con eso.

—Nací en otro hospital —le dije a mi madre—. ¿Por qué nací en otro hospital?

—¿Y qué, si es así? —dijo mi madre, saliendo ahora de las sombras y apagando la colilla en un platillo de té improvisado en cenicero—. Eres una Conesa igual.

«Eres una Conesa igual», pensé.

—¿Y qué otra cosa podría ser? —pregunté, con la inocencia que me había caracterizado durante los primeros cuarenta años de mi vida y que se hizo añicos aquella tarde.

Mis padres se miraron entre sí y fue él quien abandonó la bravuconería antes que nadie:

—Queríamos una hija por encima de todo.

—No —dije, levantándome del sofá, temerosa de escuchar.

—Teníamos tanto amor por dar... —dijo mamá.

—¿Tanto amor por dar? —repetí—. No puedo estar pensando en lo que estoy pensando, mamá.

Mi padre, al ver a mi madre compungida, la agarró de una mano y endureció el tono.

—¿Es que no te hemos dado todo lo que necesitabas? ¿Es que puedes decirnos que te ha faltado algo?

Mareada, sintiendo que se movía el suelo bajo mis pies, me obligué a tomar asiento.

—Hija —dijo entonces mamá—. No te creas que esto ha sido un tema fácil tampoco para nosotros. Pero tenemos la consciencia absolutamente tranquila: hicimos lo que tuvimos que hacer.

—Y a la vista está que has tenido una vida llena de posibilidades. No sabes qué te habría esperado de...

—¿De qué? —dije, rota.

—De no haberte recogido.

—No sois mis padres —sentencié.

—¿Qué no somos tus...? —dijo papá, dando un golpe en el cojín de su lado—. ¡¿Qué no somos tus padres?! Cuéntame entonces quién pagó todas las matrículas de las Esclavas de Jesús, el plato que se te puso en la mesa más de veinte años, quién te consiguió las primeras prácticas de empresa, quién...

—¿Quién te agarró la mano cuando tus ataques de asma de niña, Maya? —prosiguió mi madre—. ¿Quién te cosió los disfraces del colegio, quién preparó las meriendas para tu mochila, quién...?

—Herminia —dije, refiriéndome a la interna que me cuidó hasta la adolescencia.

—¿Y quién crees que pagó a Herminia para que lo hiciera? —rugió entonces mi padre.

—¿Y mi madre?

—¡Tu madre es esta! —mi padre levantó la voz—. ¡Esta es tu madre, Maya! A ella le debes todo lo que tienes.

—Era una pobre mujer —dijo entonces mamá, con escogida afectación—. No habría podido darte lo que nosotros sí que podíamos darte.

Papá decidió acabar con aquello del modo menos cortés:

—Nosotros te queríamos y ella no.

—Me adoptasteis entonces.

—Bueno, adoptarte —intentó aclararlo mi padre, que odiaba dar explicaciones—. No se hacían tampoco las cosas así, por aquel entonces...

—¿Que no se hacían así? —bufé—. ¡Me comprasteis! Cogisteis a una mujer sin recursos y con los que a vosotros os sobraban ¡me comprasteis!

Fue mi madre la que puso el punto final a la conversación. Dijo:

—Baja la voz, que te van a oír los vecinos.

Capítulo XIX:

EL SOL

Esta es una carta de pureza y de gratificación.

El sol ilumina a una pareja de niños que se abrazan.

En lo alto del cielo, el Sol emite una radiación reconfortante y con gran poder, con rayos de colores que representan el calor, la nutrición que deja el sol, la calma.

Escena 1: «Grrrrrrrr.... Aaaaaaa.... Mmmmmm....»

Habría perdido la cabeza tras lo que acababa de escuchar si no fuera por el asunto que más salud mental ha granjeado a lo largo de la historia de la humanidad: la falta de tiempo.

«Ayuda», decía el mensaje que recibí —«aY-da joder envialo ya a aaa», en realidad— y tardé en estar llamando insistentemente a su puerta, menos de lo que pareció realmente posible para semejante trayecto. Ante la ausencia de respuesta, hice lo que nunca pensé que haría, pero para qué tantos saludos al sol si no para esto: hincando un pie en un ladrillo que faltaba del muro que daba al jardín y que supuse sería parte de la renovación que aún estaba por hacer, me propulsé hasta arriba y salté adentro.

La imaginé tumbada, vencida, pero nada de eso.

—¡Celina! —grité, al verla sentada en el suelo de la cocina, con la espalda en el lavaplatos y su largo pelo colorado pegado a la frente, por el sudor que le brotaba a chorros.

—No encuentro mi teléfono y no sabía qué hacer —dijo, entre jadeos.

—Está todo bien, estoy aquí contigo —dije, agarrándole una mano y tratando de llevarla hasta el sofá.

—¡¡Nooooooo me muevas!! —imploró, cerrando sus brazos sobre su vientre.

—No te muevo, aquí nos quedamos —contesté, mientras miraba a mi alrededor y trataba de pensar—. ¿Cómo me has contactado?

—He conseguido que te llame Alexa —dijo, señalando con el mentón el cacharro negro de lucecitas azules que reposaba sobre su piano de pared—. La muy hija de puta no ha querido llamar a la policía, no ha querido llamar a una ambulancia, no ha querido llamar a mi madre, no ha querido llamar a ¡¡aaaaaaaaaaaaa!!...

—Para, para —dije, sintiendo la presión de su mano sobre la mía—. No hables. No tienes que decir nada. Solo respira —le dije, volviendo en mí de repente. Respira y ya está. Imagina una duna —recité, cerrando los ojos—. Imagina una duna con arena blanca que sube, y sube, y sube... —Noté la presión de su mano disminuir entonces—. Y ahora baja... lentamente... poco a poco... —dije y volví a mirar a mi alrededor, ya pasada la contracción—. Voy a llevarte al médico ahora mismo. Nos quedamos sin tiempo.

Puse mis rodillas en el suelo, la agarré del antebrazo para tratar de levantarla y soltó un alarido.

—¡Noooooooooooo! Ni hablar. Quitaa. ¡No! No puedo moverme. ¡Dioooooooooos! Que vengan aquí —imploró, sus labios y su nariz hinchados por el esfuerzo—. No puedo caminar, ¿¡no me ves!? ¡El bebé ya viene!

—El hospital está muy cerca —traté de calmarla.

—Es muy pronto —sollozó—. Es muy pronto, no he llegado a las treinta y cinco semanas, Libertad es muy chiquitita, mi bebé no puede venir ya, yaaa, yaaaaaaa aaaaaaaa...

Traté de pensar. Subimos y bajamos la duna varias veces juntas y en medio decidí mandar un audio de socorro a Marco, quien me pareció la alternativa más rápida y segura.

—Ya vienen —le dije a Celina, tras leer la confirmación en su mensaje. Avisé entonces a Bé para que avisara al resto, resistiéndome a enfrentarme a algo así sola—. En nada están aquí y te llevan al hospital, con tu epidural, con tu camilla, con tu paracetamol, con tu equipo de veinte médicos como tú querías, ¿eh? Tú aguanta, que ya estamos. ¿Te traigo agua?

—¡Yo lo que quiero es que me pongan una anestesia! —dijo, con la cara como un enorme tomate de Almería.

—No te muevas, no tardo —dije.

—¡No te vayas a ningún lado! —me gritó—. Por favor —sollozó una vez más, presa del

miedo—. No me dejes sola, que sola no puedo.

Tuve que plantarme:

—No dudes ni un solo momento de que puedes con esto. ¿Me escuchas? —levanté la voz—. ¡Puedes con esto! ¡Tu cuerpo sabe y tu cuerpo puede!

Pensé en todas las películas que había visto a lo largo de mi vida y abrí con prisa todos los cajones de la cocina. Encontré tijeras, que esperaba... ¿no necesitar?, trapos, mantas en el salón y toallas en el baño de abajo. Papel higiénico, una botella de agua que llené deprisa y de cualquier forma y que llevé goteando hasta el suelo junto al lavavajillas, donde encontré a Celina a cuatro patas y haciendo un ruido que no me gustó.

—No, no, no... —dije, temiendo lo que venía—. No, mira que...

—Grrrrrrr.... Aaaaaaa.... Mmmmmm...

Comprobé el teléfono, con la esperanza de que alguien me dijera que estaba ya fuera esperando, y ante la ausencia de notificaciones, grité.

—¡Alexa!

—Mmmmmm.... Uuuuuuuuhhhh.... —seguía diciendo Celina.

—Lo siento, no he entendido lo que ha querido decirme.

—¡Joder, Alexa! —me quejé.

—Siento no poder ayudarle con esta cuestión.

—Celina, ¡calla un momento, por todo el maldito cosmos! —Celina me miró con furia, resoplando fuertemente y proseguí— ¡Alexa! Dime qué hacer en caso de un parto de urgencia en casa.

Alexa dijo entonces:

—Claro. Estaré encantada de proporcionarle esa información en un momento. —Un momento que resultó eterno, hasta que dijo—: En el improbable caso de un parto de urgencia en casa, la recomendación médica es intervenir solo en lo estrictamente necesario —«intervenir solo lo necesario», repetí, tratando de no escuchar a Celina y poniendo todo mi foco en la voz metalizada de Alexa—. Es importante tapar al recién nacido con mantas sobre el cuerpo de la madre para que no pierda calor mientras aparecen los equipos médicos. No se debe cortar el cordón umbilical.

Solté las tijeras, bajo la mirada inquisitiva de Celina, quien solo pudo decir:

—Ya está aquí. Ya estáaaaa aquíiiii...

Se agarró con la punta de los dedos al borde de la encimera de la cocina, colocó sus piernas en posición de cuclillas y yo, como si el universo hubiera canalizado a través de mí la fuerza de diez mil comadronas, dije:

—¡Vamos, Libertad! —Acerqué las toallas al charco de líquido oscuro que empapaba el suelo y dije—: Mamá está lista para abrazarte.

Lloré antes de que lo hiciese la madre y de que lo hiciese la hija, que se miraron como si aquel instante pudiera durar para siempre. A la primera lágrima de Celina, le siguió una descontrolada risa, una carcajada histérica que se me contagió al momento, y un temblor que conseguí calmarle con mantas y una canción de cuna que no recordé habérmela cantado nunca mi madre.

Segundos después, fue Marco el que se coló en el salón dando un salto a través del muro de la entrada, y antes de abrirle la puerta a los médicos de la ambulancia que con él traía, comprobó que las dos estaban como tenían que estar. Las felicitó sin prestarme atención, yo aún sumida en un estado de shock, y se acercó a la entrada para destrabar la puerta y dejarlos pasar. En pocos segundos, Celina estaba en una camilla, con Libertad puesta al pecho, quien había venido al

mundo sabiendo exactamente qué tenía que hacer en aquel preciso momento. Las acompañé a la puerta trasera de la ambulancia, donde nos esperaban el resto de las chicas, quienes preguntaron a Marco si todo iba a estar bien.

—Están las dos perfectas: madre e hija. Esta pequeñaja ha venido con demasiada prisa por acomodarse en su vida de Santaurora —dijo, mirando con ternura al bebé—, así que nos las llevamos al hospital unos días, a mimarlas todo lo que se dejen, pero comiendo como está comiendo se va a reponer en seguida, ¿verdad, chiquitina?

Celina estiró una mano para apretar la mía con fuerza, en su tez el gesto de haber ganado la más importante de las batallas. Marco, atento a nuestras miradas cómplices, añadió:

—Habéis sido unas valientes, ¿eh? Unas valientes, de verdad. —Se volvió hacia mí antes de que se cerraran las puertas de la ambulancia, con él dentro, y dijo—: Las tres.

Escena 2: «No creo que eso sea una idea sensata»

Tomé una decisión: enviar un lacónico mensaje a Marco, resumiendo en tres frases lo que había pasado en casa de mis padres. Eso cerraría con él ese círculo para siempre y el tema se quedaría como yo necesitaba que se quedase. Y así fue: Marco nunca llegó a contestarme. Y la verdad, lo entendí. No lo culpé. Encajé la distancia que parecía necesitar y la acepté de buen grado. Literalmente, tampoco yo podía con más.

A mi llamada de auxilio, acudieron Fede, Bé, Leona y su antigua suegra, Paula, que se presentó dispuesta, asegurando que habría sabido exactamente qué hacer en caso de que no llegara la ambulancia, aunque Leona me miraba como si eso le pareciera pura fantasía. Y pura fantasía había sido lo que yo había vivido en aquella tarde de diciembre, en la que la explosión de vida que había tenido el privilegio de presenciar me había calentado unos huesos que pensé que se me quedarían por siempre congelados, tras la visita a mis padres. A los que había creído que eran mis padres. A los que se habían hecho llamar mis padres. A los que... en fin. No sabía ya.

Nos quedamos en casa de Celina limpiando y recogiendo los restos de la gran fiesta que se había vivido allí aquella tarde, y yo, de tanto en tanto aprovechaba para tomar asiento y echarme la mano al pecho, aún compungida, aún emocionada, aún incrédula por todo lo que en un solo punto de una vida tan larga me estaba sucediendo. Limpiamos la sangre del suelo, los fluidos corporales, lo que quedaba de mi calma, y metimos en la lavadora las mantas y las toallas. Fede rebuscó en la nevera algo con lo que brindar, que Celina nos había pedido fervorosamente que lo hiciéramos en su honor y el de su hija, y descubrió una botella de champán justo donde dijo que la había guardado para cuando volviese a su cuerpo, que Leona apuntilló que sería, evidentemente, mucho después de lo que Celina tendría previsto.

Yo no estaba en mí. Mi cuerpo y mi mente se habían escindido finalmente y nada me devolvía el pensamiento lineal y ordinario.

—Tenemos que enterrarla en el jardín —dije, cogiendo la bolsa de plástico en la que habían metido la placenta tras haberla revisado ante la mirada asqueada de todas mis amigas.

—Pero... ¿qué? —dijo Leona.

La única que escuchó con curiosidad, siempre más movida por las razones que por las emociones, fue Bé:

—¿La placenta?

Asentí y estiré los dedos que sujetaban las asas atadas de una bolsa cualquiera de supermercado, asombrada de que algo tan mágico como aquello pudiese ocupar tan poco espacio.

—La placenta —dije, recordando un libro que había leído y conmemorando una práctica que habría celebrado para mí de haberme dado la oportunidad mi cuerpo— es el único órgano compartido, ya que sirve tanto a la madre como al bebé. Y el único que crecemos y expulsamos durante la vida. Es, pues, un órgano mágico.

—Claro... —dijo Fede, mirando de reojo a las demás.

—Fue tradición antaño —expliqué.

Me siguieron hasta el jardín, con las copas y la botella en las manos, Paula hablando animosamente sobre su propio parto, Fede y Bé curiosas por lo que vendría y Leona poniendo todo su empeño en adecentar la estancia principal, que seguía hecha un cisco a pesar de nuestros esfuerzos.

Entré y salí varias veces de la cocina, cargada con leños de la chimenea, que Celina ya había amontonado para el invierno, con aceite y con una pala que encontré al rebuscar en el cobertizo de la esquina. Muy al fondo de su jardín, justo en el punto más álgido que convergía con el

horizonte de Santauroa en Cala Vieja, con un mar picado de fondo y un viento que se levantaba como una lengua viva, encendí un fuego. Diré que tengo la misma experiencia arreglando candelas que animando celebraciones infantiles —ninguna—, pero que la santidad de la tarea imprimió en mí un empeño invencible.

—Ehmmm... Maya, cuidado, no vayamos a tener una desgracia... —dijo Fede.

Pero yo no escuchaba a nadie. El esfuerzo físico enfocado en una misión como la que tenía entre manos se había convertido en la única manera cuerda de recolocar toda la adrenalina que había acumulado aquel día. Coloqué un par de troncos en forma de pirámide y rellené sus bajos con hojuelas secas y ramas enclenques que habían escupido los plátanos de sombra. Usé aceite de aguacate que encontré en el armarito sobre los fogones de la cocina, me hice con las cerillas que siempre llevaba en el bolso, por si necesitaba hacer una tirada de improviso y abaniqué con la tapadera metalizada de un cubo de basura que había encontrado junto a la pala, también en el cobertizo. Abaniqué y soplé con los carrillos como dos grandes velas contra el viento, sin atender a la estupefacción en los semblantes de las presentes, y pronto vi una llama mostaza bailar hacia el cielo haciendo grandes olas con sus movimientos.

—Eso es... —dije, con la satisfacción primaria que me unía a la Maya que habría sobrevivido, también, en las cavernas.

Cogí entonces la bolsa del suelo, desanudé las asas y volqué la placenta sobre el fuego, que cayó como una gran bolsa de agua.

Plaf.

—Virgen santísima —dijo Paula, aguantándose una arcada, a la que Bé tiró de la tela de la camisa que cubría su antebrazo.

—Pues es que igual Celina le tenía cariño a esa cosa, ¿no? —intervino Fede.

—Celina no necesita «esta cosa» ya para nada —aseguré, volviendo mi cuerpo hacia Fede, antes de observar de nuevo mi obra de arte—. Mirad, ¿es que no sentís la energía que está inundando la casa?

—Sinceramente —dijo Leona, contemplando la escena con el mismo semblante amarillento que solía tener en los primeros meses de sus gestaciones—, no creo que esto sea una idea sensata.

La placenta ardió durante una hora y diecisiete minutos exactos hasta tumbarse, agotada, sobre la manta de sus propias cenizas. En ese tiempo, aún sin sentir presión alguna por contar, lo conté todo. Empecé por el principio y no paré hasta soltarlo todo. A la botella de champán primera le siguieron otras dos, y yo, como poseída por algún espíritu más desinhibido del que por naturaleza es el mío, lloré frente a mis amigas, mostrando la miseria de vida que me había quedado, frente a todo lo que había descubierto. Les compartí mis miedos acerca de mi acosador y lo que había parecido renacer en mi encuentro con Marco, el parto de Celina sobre mis manos, las mentiras de mis padres. Pero con nadie compartí que un día pude haber sido madre con él, porque hay secretos que, como aquella placenta, merecían convertirse en cenizas y enterrarse. Así podrían volver a la tierra, de donde salieron un día, y unirse al ciclo sagrado de la vida.

Nadie preguntó más de lo necesario, nadie se llevó las manos a una boca abierta, nadie me hizo sentir como el bicho más raro de este mundo. Me achucharon las manos, me calentaron los bajos de la espalda con friegas, me taparon con mantas mientras bebíamos champán, reíamos y llorábamos, y yo me dejé querer.

—Bien —dijo Leona, levantándose del círculo en el que nos habíamos sentado a modo de aquelarre y cogiendo la pala que apoyaba sobre el árbol—. Es hora de que echemos tierra sobre todo este asunto.

Escena 3: «Esto no puede pasar»

Todas quisieron venirse a dormir y a todas dije que no. Me negué a poner en riesgo a ninguna de mis amigas, mujeres con hijos, con madres, con parejas y gente que dependía de ellas y a las que no habría soportado que nada malo les pasase. Me insistieron en que me cuidarían en sus casas, que Eulalio estaría siempre en la puerta, Sassa se encontraría a una sola llamada, que podrían hacer turnos llegado el caso, pero me negué a esto también. Quería cuidar de ellas como ellas habían cuidado de mí en aquel momento.

Ya de vuelta en casa, duchada y con el pelo libre de fluidos corporales, me tumbé en la cama para avistar las estrellas, que centelleaban aquella noche, como no recordaba haberlas visto antes. Me pregunté si haber presenciado la vida explosionar como la había visto habría desbloqueado una nueva sensibilidad, un nuevo nivel de captura de esencia.

Sonó el teléfono y era Celina. En su mensaje, me enviaba una foto de Libertad desde el hospital: una niña regordeta para su etapa de gestación, de pelo rubísimo y ojos con largas pestañas negras, que no se parecía ni un poco a ella.

«Es tan guapa como su mamá», le dije.

...Celina escribiendo...

...Celina escribiendo...

...Celina escribiendo...

«No sé si por suerte o por desgracia, pero se parece a su papá».

«Tiene suerte de tenerte», dije, sin querer preguntar más.

«Libertad es una chica con suerte, empezando por tener a quien tiene de madrina».

«¿Yo?», dije, sonriendo ante la posibilidad de ascender a madrina.

«¡Qué menos!», contestó.

«Es todo un honor».

«Lo de hoy ha dado para una escena para mi siguiente libro. La titularé: *Tres hembras, un robot y unas tijeras de cocina*».

«Sácame en mi perfil bueno», exigí.

«Se despierta... el deber me llama».

«Descansad lo que podáis», le dije.

«Y tú ten cuidado».

«Lo tendré», prometí.

«Vuelvo en unos días».

El sonido del timbre en la entrada hizo que el corazón me palpitara otra vez en la garganta, y salté de la cama escaleras abajo descalza, pisando los escalones sin hacer ruido, con una bata de seda blanca abierta y el pelo aún mojado.

—Pensé que aún no habrías cenado —dijo, con una bolsa de plástico llena de comida para llevar colgando en su mano derecha.

—No esperaba tu visita.

Seguía sujetando la puerta, sin abrirla del todo, ante la solicitante mirada de Marco, que especulé vendría del hospital tras haber acomodado a Celina y habría aprovechado para darse una ducha, cambiarse, ponerse cómodo... y en lugar de haberse quedado en casa con su mujer, había aparecido, otra vez, por La Sacerdotisa.

—Recibí tu mensaje —dijo y yo levanté las manos, para que no dijera más—. No tenemos que hablar de eso si no quieres.

Marco se cerró el abrigo hasta el cuello, refugiándose de la ventisca que se hacía siempre en la puerta de mi villa. El viento le revolvía el pelo de un modo tan injustamente atractivo que

quise quedarme ciega del todo en aquel preciso momento.

—Ha sido un día largo —dije.

—Igualmente tendrás que cenar. —Y en el intervalo de un segundo en el que percibí mi duda, añadió—: He traído aquel ramen que comprábamos en frente de nuestro apartamento de Calle Vélez... —Levanté los ojos, gratamente sorprendida—. El que tanto nos solía gustar.

—Nu-men —contesté, haciendo referencia a nuestra antigua broma: nuestro ramen.

A decir verdad, yo no tenía hambre. Me preguntaba si él la tenía y, a juzgar por el modo en el que entró en casa, pienso que tampoco. Lo dudé por el modo en el que tiró su abrigo en el reposabrazos del sofá, como si fuera aquel un gesto cotidiano; el modo en el que dejó la bolsa con la sopa en la encimera, sin perderme un segundo de vista; el modo en el que me miró, cabeza semi agachada, desde la penumbra de la cocina, que solo tenía encendida la pequeña luz del extractor.

Su cara, que leí como solo se pueden leer las caras de los amantes, decía:

«Tengo grandes planes para esta noche, y ninguno de ellos pasa, en realidad, porque tú y yo comamos sopa».

—Esto no puede pasar —dije, negándome a entender que lo que fuese que iba a pasar, ya había empezado.

Capítulo XX: **EL JUICIO**

No hay lugar a dudas, este arcano representa el juicio final,
la hora de rendir cuentas.

Es el momento de separar lo material de lo espiritual.

En este arcano vemos al Arcángel San Gabriel alado, que desde lo alto del cielo nos anuncia con
una trompeta la hora del juicio final.

Escena 1: «¿Y tu mujer?»

—¿Qué hago, Maya? —dijo, acercándose hacia mí como un lobo con el lomo levantado—. Dime tú qué opciones tengo.

—Tienes la opción de no acercarte más y salir por la puerta por la que has entrado.

Me mantenía al inicio de la escalera, una parte de mí gritando «huye», «vete», «no pises la piedra que ya pisaste», pero con los pies quietos, al negarse mi mente a darles orden de movimiento.

—Sabes que no puedo.

—Hace diez años que no nos vemos —dije, tratando de devolver cierta cordura a la situación—.

Esto no tiene ningún sentido, Marco. Nos separamos, decidimos que se acabó lo nuestro.

—Lo decidiste tú —dijo.

—Y tú te has casado —le recordé.

—Porque tú te casaste primero.

—Tienes a una mujer esperándote en casa, que no se merece nada de esto.

Marco se frenó en seco, como si de pronto yo hubiese encontrado la varita exacta con la que deshacer un hechizo del que no estaba segura de querer sacarlo.

—Pero tú estabas primero.

Me pareció una explicación plausible. Algo que el Universo, de querer sujetarse en las leyes del karma, tendría necesariamente que entender. Ya me habían sucedido suficientes cosas malas últimamente. Lo nuestro no era, de ningún modo, un capricho. Elegimos caminos separados, sí, pero solo porque el nuestro en común «había dejado de ser una opción».

—Marco... —dije, dando un paso hacia él, hacia el abismo al que me estaba acercando.

—Todos estos años viéndote de lejos —empezó a decir, cogiéndome una mano y acercando su frente a la mía, ahora respirando sobre mí—, en los vídeos, en las fotos, en las revistas. Sin poder tocarte, sin poder hablarte. ¿Cómo hiciste para nunca replantearte lo nuestro?

Cabeceé.

—No es tan fácil. Nada nunca lo fue.

Enredé mis dedos en su melena oscura y miré sus labios, consciente de la línea que cruzaría, de hacer lo que estábamos a punto de hacer. No había plan razonable después de esto. Cualquier escenario posible pondría nuestras vidas y nuestras reputaciones del revés. Y en aquel momento no podía importarme menos.

—Has estado increíble hoy con el bebé... —Sonrió, con orgullo—. Cualquier persona habría...

—No ha sido para tanto —dije, de pronto incómoda ante tanto halago, volviendo los ojos al suelo—. Lo cierto es que lo han hecho todo ellas solitas. Yo solo he estado...

—Eres increíble, Maya —me interrumpió—. Nunca has sido consciente de lo increíble que eres.

—No tan increíble como para que insistieses cuando me fui.

Me sorprendió mi propia inquina en un momento tan dulce. Un gesto tan impropio en mí, tan impropio de nuestra relación, de los que fuimos: una pareja que se separó razonablemente, que entendió las energías opuestas y anduvo caminos separados desde entonces. Me sorprendió el tono, habiendo sido yo la que dije adiós, me sorprendieron las palabras y la intención de desplante, cuando sus labios habían estado tan cerca de tocar los míos de una vez. Dudé entonces de cuánto tiempo habría tenido el veneno dentro de mí haciendo ponzoña, de qué habría ocurrido de no haberle abierto la puerta a aquel veneno aquella noche.

—«No me busques, Marco» —dijo, separándose de mí—. Eso fue exactamente lo que me dijiste. «No me busques». Fuiste muy clara conmigo. Me pediste que, si te quería, te dejara ir, a sabiendas de que, si tú me lo pedías, Maya, yo no iba a buscarte.

—Y seguiste con tu vida —me senté en el primer escalón, vencida, con la mente en el punto exacto en el que lo dejamos todo.

—¡No tienes ni idea! —exclamó entonces, rabiosamente, dirigiéndose hacia el cristal que daba al jardín y extendiendo la mirada al horizonte—. No sabes lo que ha sido verte con ese tipo en una foto y en otra y en otra... y saber que llegaría la noche y sería él el que disfrutase de tu cuerpo. No sabes lo que estás diciendo.

Algo dentro de mí, cruel e infantil, pero a la vez real e inexplicable, sonrió ante aquello.

—Dijiste que parecía un buen tipo.

—¿Cómo? —dijo confundido, volviéndose hacia mí.

—Ramón —expliqué—. Cuando me desperté en el hospital y tú estabas allí.

—¿Sí? —me preguntó.

—Me dijiste que te parecía un buen tipo.

Marco resopló, con una sonrisa entre dientes, y me levanté para acercarme a él. Las luces del jardín, ahora activadas con el encendido automático, eran las únicas que iluminaban la estancia principal, creando un abanico de sombras y figuras sobre las altísimas paredes, y entrecerré los ojos para disfrutar del perfil de su brazo y su torso en mi camino a él.

Se tomó un momento antes de decir:

—Vino al hospital a comprobar que estabas bien.

—¿Ramón?

—Sí. Quería saber que estabas bien tras el accidente —explicó—. Fue él quien me llamó. Me volví de mi luna de miel tan pronto como me enteré.

—¿Te volviste de tu luna de miel?

—Eso he dicho.

—Te volviste —masticué—. ¿Por qué?

—Se me cortaron las caipiríñas —bromeó.

—Nunca me lo contaste.

Marco se frotó la cara con sus dos palmas y giró el cuello hacia arriba, temeroso de decir algo que supe que se había guardado todo este tiempo.

Clavó sus ojos en los míos y habló:

—Me dijo que nunca te olvidaste de mí.

Ni en mil años habría anticipado aquello viniendo de Ramón, siempre tan seguro de él, tan orgulloso de su lugar en el mundo.

—No sé por qué te dijo eso.

Marco me miró, decidido.

—¿No es verdad, entonces?

—Nunca debió de... —dije, aún sumida en mis pensamientos.

—Dime —me cortó—, ¿es verdad?

—¿Qué le dijiste a tu mujer para volver de vuestra luna de miel?

—Que había una paciente que necesitaba ver con urgencia.

—¿Y no le extrañó?

—Le extrañó —asintió con una media sonrisa, hablando ahora en un susurro—. Es evidente que le extrañó...

Apoyó su hombro sobre el cristal, con los brazos cruzados sobre un pecho que yo aún recordaba bien, y agachó la mirada ante el recuerdo.

—Marco...

—Dime —me cortó—, ¿es verdad o no lo es?

—¿El qué?

—Que no me olvidaste en estos años, como tampoco yo te olvidé.

—¿Y tu mujer? —dije, temiendo lo que venía.

—Ya te lo he dicho, Maya —respondió, constatando lo que había sido obvio durante semanas, pero que yo no supe ver—. Me volví de mi luna de miel por ti.

Escena 2: «¿Vendrá Ramón?»

Me dijo:

—Te voy a besar.

Y yo me reí, porque esas fueron las palabras exactas que pronunció en nuestra primera noche.

Su voz me transportó a la piel de aquella Maya, sentada sobre la acera, a la salida de una farmacia de guardia, en medio de una noche húmeda y diferente, junto a aquel desconocido cuya aparición nos prometía una historia alucinante.

Apoyé con firmeza ambas palmas sobre su incipiente barba y presioné mis labios contra los suyos, que se abrieron como si, de hecho, llevaran una eternidad esperando para volver a ser reunidos.

—Esta vez te beso yo —dije, cambiando la dinámica de nuestra historia juntos.

La Maya del pasado habría esperado a que el universo le enviase una señal, o a que el cosmos tomase las riendas del asunto. No habría querido mostrarse desesperada, demasiado deseosa, hambrienta, pero esta Maya parecía entender que la vida son dos segundos y en uno de ellos puede que, sin haberte avisado nadie, te desplomes desde un precipicio.

Marco acercó los huesos de sus caderas en un gesto animal y mis caderas respondieron a la embestida. Colgué mis brazos de su cuello y él me levantó en volandas, chocando mi espalda contra la espalda del cristal que daba a la terraza.

—Voy a hacerte el amor muy lento —me dijo.

Pero yo no lo dejé. Con las piernas anudadas sobre su cintura y con mi bata ya en el suelo, fui yo quien marcó el movimiento de la danza de nuestros cuerpos.

—No hay tiempo —dije, recitando la única verdad inmutable que había aprendido en los últimos tiempos.

—Tenemos toda la vida —repetía Marco en un susurro una y otra vez, con su aliento cosquilleando mi oído, la base de mi cuello, mi clavícula, la entrada de mi pelo.

—Pero toda la vida es muy poco —dije, destrabando su cinturón de cuero.

—Ahí estamos de acuerdo —me dijo, separándose un momento de mí y agarrando mi cara, clavando su vista en la mía—. Toda la vida es muy poco si estás conmigo.

Hicimos el amor contra el cristal del salón, sentados en el reposapiés junto al sofá y en la alfombra que decoraba el medio camino entre la estancia principal y la escalera que subía a mi cuarto. Como si, en efecto, hubiésemos entendido que no había tiempo que perder, que diez años perdidos ya eran suficientes años, que el universo no nos debía nada y que, de no tener nuestro «felices para siempre», no habría nada ni nadie contra quien dirigir nuestras reclamaciones.

Nos despertamos entre un amasijo de piernas enredadas y sábanas desordenadas sobre partes azarosas de nuestros cuerpos. Un gran halo de luz bajaba en cascada desde el gran ventanal sobre mi cama y algo en mí no pudo evitar pensar en Ramón, en esta cama que fue nuestra, en aquellos años en los que dormí con él, pero pensando en otro... y en cómo, al final, de algún modo él lo supo. La verdad, entiendo, acaba siempre por hacer su camino hasta la superficie.

Marco dormía plácidamente en el que había sido siempre mi lado del colchón, nuestros cuerpos habían escogido intuitivamente el lugar desde el que vivirían esta nueva etapa nuestra, y yo aproveché para levantarme y asearme antes de que él se despertara. Al salir de la ducha, tenía un taquigráfico mensaje de Sassa, que decía:

«Invitaciones enviadas con RSVP. Más de cincuenta y siete confirmados. Ciento cuarenta y tres por confirmar. Lista de invitados enviada a la policía. Mensajes comprobados y sin

novedades. Cáterin cerrado. Bocetos de outfits por confirmar (adjunto, dame ok). Peluquería, maquillaje y fotografía confirmadas. Seguimos».

«Ok», contesté. Volví a coger el teléfono después de haberlo dejado sobre el mármol del baño y añadí «Gracias, Sassa. Debería decírtelo mucho más».

Entré en la habitación y encontré a Marco con un codo sobre la cama y la cabeza apoyada en su palma.

—¿Vendrás a la fiesta? —le pregunté.

—Buenos días —dijo y se desperezó—. Me había olvidado de la energía con la que te levantas.

—Disculpa —dije, con una sonrisa y acercándome a besarlo—. Acabo de recibir un mensaje de Sassa, por eso...

—Trabajo el día de Navidad —dijo, recordándome lo que era la vida junto a un sanitario.

—Pero vendrá todo el mundo.

—¿Vendrá Ramón? —preguntó y me volví a dar de bruces con las dificultades de la vida adulta: los malabares de mantener la cordialidad en las relaciones, los compromisos sociales, las apariciones públicas, el equipo, mantenerse a una misma con vida y en la misma talla, las facturas.

A pesar del paréntesis de estas semanas, se me hacía evidente que el mundo seguía girando y antes o después, yo tendría que volver a subirme en la rueda que nunca para.

Sonreí.

—¿Estás celoso?

—Sí —dijo, con un solo golpe de mentón.

—Vendrá todo el barrio —contesté yo.

—Quiero estar allí —dijo, una nube de pronto cruzando su rostro—. Cualquier cosa podría pasar ese día.

—Cualquier cosa en el mejor de los casos —añadí yo—. A estas alturas prefiero cualquier cosa a que mi acosador no se presente en la fiesta... y sigamos sin saber qué pasó el día de mi accidente.

Marco sacó el calendario de su teléfono móvil e hizo unas comprobaciones.

—Quedan... ¿seis días?

—Eso es.

—Tenemos sesión clínica con los nuevos.

—¿El día de Navidad? —me extrañé.

—El día de Navidad —confirmó—. Usamos este tipo de festividades para que entiendan pronto la espantosa vida que les espera por delante, con esta profesión maravillosa que es la mía: Navidad, cumpleaños, el día de Reyes, la Semana Santa, los días más calurosos del año, los puentes, cada viernes noche y cada sábado...

—¿Y no os da un poco de pena?

—Ni un poco —dijo.

Cabeceé, conteniendo una carcajada.

—Lo entiendo.

—No lo entiendas, soy un cretino —decretó y se rio—. En esto me he convertido todos estos años sin ti.

Y tiró hacia él del cinturón del albornoz que llevaba puesto, sentándome a su lado.

—No eres un cretino —mentí.

—Un poco.

—Un poco sí —confirmé y me senté a horcajadas sobre él—. Pero solo porque has estado muchos años sin mí. —Me atusé el pelo y dije:— Veo muy bien hoy. Todo desprende una preciosa claridad.

Marco alzó el pecho para poner en paralelo nuestros torsos y, acercando las puntas de nuestras narices, concluyó:

—No quiero irme...

—Pero tienes que hacerlo —añadí para ahorrarle el dolor de decir lo inevitable.

—Tengo cosas que resolver.

Y sin necesidad de que dijera más, creí entender.

Escena 3: «Mereces saber»

Diré que la expectación hizo de aquellas unas festividades de lo más extrañas. Los días anteriores, incluido el mismo día de Navidad, los pasé en absoluta reclusión, no queriendo dejarme ver en público, en constante conversación con la policía, que me repetía, para mi calma, que prepararía un complicado operativo de rescate en caso necesario y que yo temía que se convirtiera en un par de agentes barrigones de aspecto obvio frente a La Sacerdotisa. Diré que los subestimé, del mismo modo que subestimé a mi propia mente, a sus mecanismos de represión, a su manera retorcida de hacerme olvidar todo aquello que me podía doler. Subestimé también las envidias que pueden abrir en otras personas importantes heridas, subestimé el tiempo y la magnitud que podía alcanzar el odio de alguien si su vida está lo suficientemente destruida, y por encima de todo, me subestimé a mí misma.

Marco trabajó aquella semana entera, vino a dormir alguna noche, trajo nu-men, preparé yo misma la sopa de guisantes, tras años sin meterme en la cocina. Hicimos el amor, follamos, y todas las versiones de la misma expresión que implican cuerpos encajados sin ánimos de desencajarse. Tuvimos tiempo de hablar de aquello que aún teníamos dentro, como lo suyo con Alicia, el dolor de haberse dado cuenta de que, tras saber de mí otra vez, ya nada de lo que había construido tenía el más mínimo sentido, el daño que le había inflingido sin haberlo pretendido, lo mucho que le costaba perdonarse el no haberlo hecho mejor con la que fue su mujer por tan poco tiempo. La verdad: me reconfortó escucharlo. Algo en mí me recordaba que nada que se sintiese tan natural, tan puro, debía de hacernos sentir mal. Ninguno había tenido la más mínima intención de dañar a terceros, pero en el amor, como en la vida, las cosas vienen como habían venido.

Yo hice lo que pude por pasar sola aquellos días. Las únicas visitas que acepté, por miedo a poner a alguien más en peligro, fueron las visitas breves que me hizo Sassa cada mañana, con el parte de la fiesta que venía... y la de mi padre, que apareció la tarde de Nochebuena en una brevísima e inesperada recepción por La Sacerdotisa.

—Es el primer año que no vienes a casa a cenar con nosotros en este día —dijo, al abrirle yo una puerta que dudé seriamente de abrir, y que no habría abierto de haber visto la expresión de derrota que traía.

—No procede que siga yendo a vuestra casa —dije, con mi voz más fría.

—Hija, a pesar de todo, seguimos siendo tus padres.

—De hecho, no lo sois —le dije.

Papá no entró, se quedó en la puerta y me enseñó lo que traía.

—Ahórrate el resto de tus mentiras —le pedí, apartando el sobre con mi mano derecha.

—Mereces saber.

—¿Y has tardado cuarenta años en llegar a esta conclusión?

Mi padre miró al suelo, quizá avergonzado, quizá cansado: siempre me fue difícil leerle.

—Recuerda lo que te dije la última vez que estuve aquí.

—¿Que tenías mucho trabajo?

—Que te quería.

Moví la cabeza de lado a lado, queriendo sacudirme sus palabras de encima.

—Saluda a Rosita de mi parte —dije.

—A tu madre —contestó él, bajando los escalones de la salida de mi villa.

—A Rosita —sentencié.

Y con esto, cerré.

No puedo decir que lo perdoné. En vez de eso, diré que el amor es complejo y no siempre

se dirige a quien lo merece. Diré que los afectos no se esfuman, como el humo que desprende una hoguera apaciguada, una vez que lo dicta la mente. Diré, también, que las relaciones paternofiliales son, quizá, el ojo de huracán desde cuyo vórtice giran, en permanente expansión, todos los futuros torbellinos emocionales. La relación primaria desde la que estropearás el resto de las cosas buenas de tu vida, el particular ángulo desde el que entenderás el mundo, las infinitas conductas compensatorias que desarrollarás para sanar esa primera herida.

Y por más que quise tirar aquel maldito sobre a la basura, lo rasgué de lado a lado. Lo hice mientras caminaba de un lado al otro del salón, con una luz grisácea y espesa que dificultaba aún más mi capacidad de ver con claridad, con la esperanza de que el vaivén rítmico de mis plantas desnudas sobre el suelo me proporcionase cierto equilibrio. Pero caí igual al leer. Sentada en el suelo, con la espalda contra el respaldo del sofá y mis manos temblorosas, encontré sentido.

A veces es mejor no saber, estar ciega, cerrar los ojos ante la propia desdicha: mi madre, empleada de hogar en mi casa, desde el setenta y siete hasta el ochenta y dos, fue expulsada por Rosita de su puesto, al sospechar lo que entre mi padre y ella ocurría. Mi padre, decía la carta, se arrepintió, y Rosita, haciendo alarde de la estupidez de nuestro sexo, lo perdonó. Ella desapareció para siempre de sus vidas. No supieron más hasta el día en que llegué yo con pocos meses, solita en la puerta de casa de mis padres, las ropas destrozadas, los mocos colgando, con aspecto de pobre niña. Mi madre, que no había podido dar a mi padre lo que más había querido hasta la fecha, lo aceptó. Enviaron dinero para responder al chantaje, porque, de no pagar, su escándalo sería público; me pusieron su apellido, se mudaron de ciudad y se ausentaron de la vida pública hasta poder explicar que ahora, en lugar de dos, serían una más. Nadie dudó de la historia, o si lo hicieron, nadie lo mostró, porque si algo es sabido en este mundo, es que el dinero soluciona hasta los problemas más escandalosos. Al año, mi madre murió y con ella, el último miedo de Rosita.

Como si un rayo hubiese iluminado de golpe parte de mis recuerdos, me vi a mí misma: vi unos ojos que eran ahora los míos, recordé unos sollozos, unas botellas rotas en el suelo, un biberón con la leche desparramada, un trayecto en coche.

Solté la carta sobre el suelo, caminé hacia el jardín para tomar aire, coloqué mis manos sobre mis muslos y miré hacia arriba.

¿Qué me habría esperado de haberme quedado con esa señora que no me quiso en su vida?

Traté de cerrar todos los cabos en mi cabeza: yo había heredado mi infertilidad de mi madre adoptiva, de la que no podía heredar cosa tal, porque no es de ese modo como funcionan las leyes de la biología. Mi madre adoptiva, Rosita, de quien no había sabido hasta ahora que no era mi madre, porque mi madre real no me quería. Pensé entonces en todos mis signos de esterilidad flagrante y en cómo eso se enraizaba o no en mi linaje. Pensé en el día que el halógeno apuntó a mi vientre yermo, el parto de Celina sobre mis manos colmadas de sangre y busqué, de veras que busqué por todos los medios, el mensaje que el Universo me escondía al dibujar la línea sobre estos puntos aparentemente inconexos, solo para llegar a la conclusión que al final llegué: nada en esta vida tenía el más maldito sentido.

Y algo, en aquella conclusión terrible, me trajo el alivio más grande que hasta ahora había conocido.

Capítulo XXI:

EL MUNDO

Estamos ante una representación del mundo en general, de todo lo que es y ha sido. Una carta que representa la victoria, el éxito, la realización, la plenitud y el premio. En esta carta vemos muchos y variados elementos. En el centro, una corona que parece soportar un ángel y un ave. También aparece un toro, un león y cuatro símbolos en las esquinas.

Escena 1: «El mensaje de Celina»

El día de la fiesta de Navidad hubo señales que yo preferí ignorar. Ignoré al gato negro que cruzó el jardín ante la altiva mirada que le lancé desde la ventana de mi habitación. Ignoré la hora en la que me llegó el mensaje de Marco, diciendo que haría lo posible por escaparse, y que aterrizó en mi teléfono justo a las 11:11 —la hora en la que se abren los portales galácticos—. Incluso ignoré que el mazo del Tarot se había caído de mi bolso, tras semanas sin sacarlo de allí, dejando a la vista El Mundo al derecho: el último punto antes de cerrar el círculo.

Me concentré, como pude, en estar presente. En aguzar todos mis sentidos, incluso aquellos que me habían dejado tirada antes. Como si un mal hechizo me hubiese afectado hasta entonces, de pronto podía ver con absoluta precisión. A pesar del día neblinoso, a pesar de la espesa capa de bruma que había avanzado aquella mañana desde Cala Nueva hasta extender un espeso manto sobre Santaurora, mis ojos discernían cada escenario con lujosa exactitud de detalles. Vi el jardín decorado hasta las puntas de sus árboles con grandes estrellas doradas, las guirnaldas rojas que abrazaban sus ramas y las elegantísimas luces parpadeantes. Vi el muérdago que con tanto gusto habíamos repartido por la casa, los cuadros escoceses, la gigantesca gramola que habíamos colocado en el salón. Vi las cajas de regalo en verde, rojo y dorado que habíamos colgado bajo el formidable abeto que escoltaba la entrada, y que yo misma había preparado para los invitados y envuelto con historiadas lazadas de ribetes brillantes. Mi villa lucía justo como la ocasión merecía: imponente, intocable. El perfecto lugar para acoger lo que allí ocurriría.

Todo lo que mis ojos veían era hermoso, casi como si hubiera sido dibujado. Y si los ojos me hubieran alcanzado hasta más lejos de lo que la física restringía, también habría visto cómo aquel día de Navidad, la fuente de Buenaesperanza había sido coronada con un fastuoso angelito alado, cómo aún reposaba en el parque Central la carretilla de asar castañas, con su perol blanco de cerámica gastada junto a un abultado saco, y cómo cada villa, el Club, la Tiendecita, Dulcísima y los demás habían aprovechado la oportunidad para vestir sus puertas, adornar sus calles y celebrar, a la vista de todos —esta parte era siempre importante—, el periodo de festividad.

Me miré al espejo antes de enfrentarme al mundo. Había escogido un sencillo vestido en color champán pegado al cuerpo, que decía «quienquiera que seas, mi miedo no va a impedir que me pavonee como hoy merezco pavonearme». No llevé turbante, no necesité las gafas de las que estas semanas había tenido que abusar. Solté mi melena sobre mis hombros en unas ligeras ondulaciones y recogí mi flequillo en una prominente diadema oscura, que resaltaba el platino natural de mi pelo.

La primera en llegar fue Sassa, que además de haberse encargado de *absolutamente* todo, había estado en permanente contacto con la inspectora Buide y el agente Morales. Apareció antes de la hora y lo hizo preocupada, agitada, como si llegara tarde:

—Me quedan un millón de cosas por hacer —dijo y dejó el gran bolso que llevaba siempre colgando del hombro—. ¿Estás bien? Dime que estás bien. Yo estoy bien, ¡creo!

Toda la cuadrilla de Eulalio apareció poco después. Un grupo de tipos de hombros cual armarios empotrados, que se encargó de comprobar con minuciosidad las entradas y salidas de la villa, los *puntos calientes* —que nos explicaron, eran los lugares en los que alguien podría esconderse— y batió la zona entera en busca de peligros de los que yo nunca había sido consciente.

En los días anteriores, el agente Morales pasó por casa para informarme sobre el perfil exacto que buscábamos: un tipo con aspecto de ligar poco, pelo graso sobre la frente, dientes apiñados, con pocas horas de gimnasio acumuladas, de mediana edad. Me dijeron que

correspondía al perfil clásico del acosador en redes: un misógino obsesionado con mujeres con las que nunca, ni en mil universos podría comerse un colín, y a las que odiaba por eso. Los nombres de los perfiles que había registrado y borrado sin dejar después rastro apuntaban fuertemente al interés libidinoso: @tuyo y todas las versiones repetidas del mismo nombre que usó después. Me pareció que, de ser así, no nos sería difícil distinguirlo del resto.

Los primeros invitados llegaron puntuales, a la una y cuarto de la tarde. Los recibí personalmente y los invité a entrar, con una sincera bienvenida, francamente feliz de recibirlos en casa tras estos meses, muchos de ellos vecinos del barrio, a los que no había vuelto a ver desde el mismo día del accidente.

—¡Qué maravilla verte tan bien!

—¡Si estás más guapa que nunca!

—¡Qué delicia saberte tan dispuesta!

—¡Pero qué detalle, celebrar para todos esta encantadora fiesta de Navidad!

El escenario visual de mi vida era el de una preciosa fotografía habilidosamente tomada en el momento exacto. Y es por todos sabido que, cuando todo luce de este modo, todo tiene, necesariamente, que estar bien.

Así que diré algo: a pesar del miedo, a pesar de la tensión que se mascaba en el ambiente, a pesar de la espesa bruma, yo estaba feliz de festejar. Todo aquel día habría sido absolutamente perfecto, de no ser porque la policía estaba segura de que el acosador aparecería en cualquier momento... y por el mensaje que recibí de Celina.

Escena 2: «Al salir del baño, allí estaba»

El mensaje de Celina adjuntaba la imagen que mi acosador me envió en su momento en una caja, adornada con un garabato verde que señalaba con un círculo una zona de una mano.

El texto era escueto.

Tres palabras que le dieron la vuelta a toda mi historia:

«¡No eres tú!».

Es curioso todo. En el momento en el que recibí el mensaje, Bé se había sentado al piano y entonaba una alegre melodía de fondo. De pronto, todo conectaba: la fiesta en la que morí, con la fiesta que celebraba hoy, los dedos vertiginosos de Bé sobre el teclado aquel día, con los que acariciaban este mismo teclado hoy.

«No eres tú», leí otra vez.

Expandí el círculo, separándolo con dos dedos sobre la pantalla, y percibí un detalle en el que nadie había reparado hasta entonces: una pequeña marca de sol sobre el dedo anular de la mano izquierda, ligeramente más blanca en esa zona que en el resto, de haber llevado un anillo puesto durante largo tiempo.

Segundos después, llegó el resto del texto:

«No eres tú, Maya. He comprobado cada una de las imágenes de tus redes, las dos mil seiscientas cuarenta y siete publicaciones que has hecho desde el día en el que empezaste a publicar —dar de mamar te regala mucho tiempo—, y en ninguna llevas ningún adorno en las manos. Has publicado cada día desde que empezaste, incluso varias veces al día. En todas, en TODAS apareces con las manos limpias. Una seña como esta tarda meses en hacerse. Esta mujer de la foto no puedes ser tú».

Celina llevaba razón. Jamás usé alianza de casada, Lula me convenció de que esa era una costumbre burguesa y superficial, cuya sola intención consistía en mostrar al resto de los varones tu condición de ocupada, y a Ramón le pareció bien. Tampoco él la usó. Por otro lado, para realizar tiradas, es importante tener las manos desnudas. Es un modo de mostrarle al mundo que, bajo el hechizo de tus manos, no hay trampa ni cartón. Algo así como cuando los magos se remangan hasta los codos: un gesto de honestidad para con la persona que te observa.

Me mareé.

Alguien, a quien no había saludado aún, me dijo:

—Sigo pensando en lo que me dijiste antes.

—¿Antes...?

El tipo se acercó hacia mí con ánimo galante y yo retrocedí.

—Solo quiero decirte —y lo dijo, acercándose a mi oído— que es agradable saber que eso es lo que piensas de mí.

Algo estaba mal. Algo no encajaba en todo esto.

No recordaba que hubiéramos hablado antes.

¿Estaba perdiendo la cabeza por completo?

—Si me disculpas...

Continué caminando, tratando de encajar el rompecabezas de piezas inconexas dentro de mi cabeza, con la sensación de ir caminando de un extremo al otro de un camarote, en medio de una violenta tormenta.

—¡Qué detalle, lo de los regalos! —dijo Paula, que sujetaba entre sus manos una cajita con el celofán ya deshecho—. No cabe duda de que voy a disfrutar muchísimo de hacer mis propias bebidas... ¿vivas? —dijo, leyendo la etiqueta que lo acompañaba.

Me oí a mí misma decir una frase que terminaba con la palabra «kombutcha», mientras le soltaba

la mano que me había agarrado afectuosamente.

«No eres tú», me repetí, con la imagen de Celina clavada en mi cabeza.

«¿Quién eres, Maya?», oí a la voz en mi cabeza decir con claridad.

Ramón, que vino acompañado de una *amiga*, me frenó al ver la expresión de mi rostro.

—Hola —dije, tratando de ser amable con su invitada—. Encantada de conocerte.

—¡Qué despiste tienes hoy! —dijo, queriendo disimular el escarnio—. Pero si te la acabo de presentar, Maya.

—Claro, ¡claro! —dije, sintiendo como la tormenta de mi propio camarote agitaba más y más el suelo bajo mis pies—. Son tantas caras hoy —añadí, inconsciente de la grosería—. Si me excusáis un momentito...

Ramón me dio un beso en la mejilla y me dejó continuar.

—¿Otra de lo mismo? —me ofreció un chico diligente, vestido con el uniforme del cáterin, acercándome una bandeja llena con copas de champán.

—Pero es que yo no bebo...

Mis ojos comenzaron a hacer de las suyas y unas nubes preñadas comenzaron a bailar de un lado al otro de mis retinas. Otra vez me costaba enfocar.

Decidí ausentarme unos segundos y subir a mi cuarto. En mi camino arriba, pedí un segundo de intimidad a los guardas que custodiaban el pasillo de los dormitorios. Les dije que necesitaba hacer un cambio de vestuario, y ellos me dejaron pasar sin preguntar, porque hay un código establecido ante el aviso de una mujer que se dispone a desnudarse.

—Claro —dijo uno de ellos. Se ajustó el pinganillo en la cavidad de su oreja, desde el que se escuchaba al comentarista de un partido de fútbol cantar los goles, emocionado, y continuó, enigmático, por encima de la voz de su oído—. No hace falta que nos lo diga otra vez. —«¿Otra vez?»—. Entre y salga tantas veces como necesite. Quédese tranquila, porque yo de aquí no me muevo a ningún lado.

Por difícil que me resulte esto de explicar, lo haré. Una vez que puse la mano en el pomo de mi propia puerta, supe lo que allí me encontraría. Lo supe como un calambre, como me solían venir las premoniciones, las visiones de las que había gozado a lo largo de toda mi vida y que había dejado de sentir desde el día de mi muerte. Lo supe con una certeza arrolladora, como si las respuestas hubiesen estado clarísimas ante mí todo este tiempo y hubiese sido yo la que había preferido no verlas. Como si mi ceguera parcial hubiese sido escogida, y mi incapacidad de ver dentro de mí, solo pudiese compararse con mis dificultades para percibir con claridad el mundo físico.

Entré directa al baño, me miré en el espejo, traté de recobrar la compostura y me dirigí a la habitación, dispuesta a hacer el siguiente cambio de vestuario.

Al salir del baño, allí estaba ella.

Escena 3: «La otra no»

Tuyo nunca aludió a algún acosador con tendencias erotomaníacas, como hasta la fecha la policía había sospechado. Literalmente, lo habíamos leído mal todo este tiempo.

Tu-Yo

—¿Pero...? —alcancé solo a decir, apoyando mis manos contra la pared, en la puerta del baño, en la superficie del colchón, en busca de una estabilidad que no tenía.

La película al completo del día de la Fiesta del Tarot se reveló en mi mente: las manos que me trajeron la muñeca, la muñeca que era yo, los ojos de otra persona que eran los míos, el miedo al verla y no querer saber. Hui, no de esta mujer que tenía mi rostro, mis manos, mi misma edad, mi estatura, sino de todo lo que significaría para mí haberla visto, asumir su existencia. Me había montado en el coche como si me persiguiera un enjambre de abejas al completo, como si llevara el mismo panal enganchado a la cabeza, en mi trayecto hacia el precipicio. Resultó que no estaba loca, después de todo. Aquella mujer de la fotografía, justo como Celina apuntó, no era yo, y fue por eso, que nunca pude recordar cuándo me la habían tomado. A ella, a aquella mujer que apoyaba su cuerpo sobre el escritorio junto al ventanal abierto que daba a la terraza de mi habitación, me unía un hilo más poderoso que ningún otro: el de la sangre.

Quise hablar, pero no pude, así que fue ella quien comenzó.

—Bueno, bueno, bueno —dijo, dando un pequeño salto y caminando a través de la habitación, haciendo tamborilear sus dedos los unos contra los otros—. ¡Pero qué emoción! ¡Qué expectación hemos generado! ¡Estoy taaaan feliz de verte!

La escena me produjo un escalofrío.

—No entiendo nada —dije.

—Ah, yo te explico —concluyó, irguiendo su cuerpo—¿Por dónde empiezo?

—Empieza por contarme quién eres —dije.

—Pues es que eso es evidente —contestó, señalando su vestido, mi vestido, y el aspecto que le confería—. Dímelo tú, ¿quién soy?

—Eres...

Pero no pude decirlo.

—Soy *tu-yo*. Y tú eres *mi-yo* —se hizo gracia a sí misma.

—Eres mi hermana —constaté, sin saber qué sentir.

—Para servir.

Hizo una historiada reverencia frente a mí y al girar su rostro vi, en el brillo de su mirada, una nota de la oscuridad de la noche.

Advertí que la puerta de la habitación había sido trabada con una silla de metacrilato en el tiempo en el que había estado en el baño. La plancha de vapor estaba encendida, como siempre que hacía mis cambios de vestuario: la plancha con la que Sassa hacía los últimos repases en cada evento.

Ella se movía de un lado al otro, descalza, caminando sobre las puntas de sus pies, como una bruja desatada en una noche de luna llena. Todo en su actitud resultaba estremecedor.

¿Tenía intención de hacerme daño?

—Esto es imposible —dije, aún con dificultades de que me saliera la voz—. Eres exactamente igual que yo.

—Exactamente iguales —contestó, vaciando en su garganta la copa de champán—. Somos gemelas idénticas.

—Tu pelo... —dije, pasando la mano por el mío.

—Mis ojos, mi boca, mis orejas —añadió—, te ahorro el camino. Todo igualito.

—Tienes la misma cicatriz que yo en el ojo —dije, pasando mis dedos por mi ceja, observándola aún pasmada, como si de una aparición mariana se tratase.

—¡Oh! ¡Esto! Requerimientos del papel. No dolió casi nada —dijo, en un gesto divertido y levantó un dedo, dispuesta a aleccionarme—. Las pijas os quejáis muchísimo de todo. Lloráis con solo despeinaros.

No podía creerlo.

Era imposible que aquello estuviera ocurriendo.

—¿Desde cuándo sabes de mí?

—Mmmm —gruñó e hizo como si contara cómicamente con sus manos—. Poco.

—¿Poco? —pregunté, porque a pesar de su escogido laconismo, yo necesitaba saber más—
¿Cómo me has encontrado?

—¡Eres muy famosa! —dijo, constatando lo evidente—. Lo extraño, viendo lo bien que te lo has montado, es que no te encontrara antes.

Paré a recomponerme mentalmente.

—¿Por qué la muñeca?

—¡Ah! —dijo, visiblemente orgullosa— ¿No se te dan genial las manualidades a ti también?

—...

—Sabía que te volverías loca buscando explicaciones —admitió—. No me culpes: una tiene derecho a echarse unas risas. ¡No todo van a ser dramas, mujer!

Hice por centrarme. Respiré y volví a la carga:

—¿Cómo supiste que buscaba mi historial médico?

—Porque tú eres yo y yo soy tú —me explicó, sin que yo entendiera nada—. Yo lo sé todo de ti.

—¿Cómo? —insistí.

—Me lo contó Marco.

—No te creo —dije.

¿Podría ser verdad aquello? ¿Hasta qué extremos habría llegado? ¿De veras podría hacerse pasar por mí, sin que los demás se apercibiesen de que no era yo?

—¡Oh, sí! —respondió y se rio con fuerza—. Somos realmente parecidas, ¿no te parece? No imaginas el cambio que ha dado mi vida desde que supe de ti.

Una infantil y estúpida parte de mi corazón se encendió ante la idea de tener una hermana, de la que nunca había sabido hasta entonces. Alguien con quien compartir algo más que la sangre, que me entendiera de modos que otros no pudiesen. No pude evitar preguntarle:

—¿Tienes también un don?

—¡Claro! —dijo, rellenando su copa con la botella que tenía en la otra mano—. Tengo el don de convertir todo lo que toco en una mierda como un castillo.

Callé. Era evidente que dark-Maya no disponía de los mismos modales que yo.

Volví a calibrar los riesgos de la situación. ¿Era inteligente gritar en una situación así? ¿Había motivos para hacerlo?

—¿Qué quieres de mí?

—Quiero mi parte —dijo, como si la pregunta tuviera la respuesta más evidente del mundo.

—¿Tu parte de qué?

Fruncí el ceño, sinceramente dispuesta a escucharla.

—¿Es que no te parece todo un poquito injusto?

—No entiendo —dije, comenzando a intuir que esto no iba a salir bien.

—¿Y qué es lo que no entiendes? Mamá solo se deshizo de una de las dos.

—De mí —dije.

—De ti, eso es. —Dio un gran sorbo a su copa de champán, con su antebrazo se secó las gotas que caían por la barbilla y continuó—: A ti te dejó en casa de tus señores padres y conmigo, a quien debía de querer más, se quedó.

La imagen de mi madre prefiriendo deshacerse de mí, siendo tan solo un bebé, me destrozó.

—Pero murió poco después —dije.

—¡Eso es! —confirmó y tintineó la base de la copa con la botella de champán, en un macabro aplauso—. Eres una chica muy lista, Maya. —Señaló a mi alrededor, visiblemente impresionada con la estancia—. Muy, muy lista. ¡Diré que tienes buenos genes!

—Y te quedaste sola —quise avanzar en la historia.

—Bueno... sola, sola... —Y comenzó a reír—. Once casas de acogida y cuatro divorcios.

Se tocó el pecho con solemnidad, como si se pusiese a sí misma algún tipo de condecoración.

Once casas de acogida. No pude imaginar lo que tuvo que ser vivir una infancia así: sin una familia que la quisiese, sin estabilidad, sin figuras de referencia.

—De veras lo siento.

Y de veras lo sentí. ¿Era justo aquello?

—Gracias, Maya —aceptó y frunció mucho el ceño, exagerando la expresión—. Somos muy compasivas nosotras, ¿eh? Muy compasivas las Conesa. Lo llevamos en la sangre.

Pensé en papá, quien no había sabido de su otra hija en todos estos años y me apiadé de él.

—Papá habría sido feliz de cuidarte también a ti.

—De com-prar-me también a mí —aclaró, alargando las sílabas.

Touché.

—¿Y mamá?...

—¿Rosita? —contestó.

—No. Nuestra madre —dije, aguantando la respiración.

—Ah... mamá, mamá... Mamá me parece mucho título, para tan poco esfuerzo —dijo y arrugó sus labios con desprecio, en un gesto que también yo hacía con frecuencia cuando algo me disgustaba—. Hay poco de ella por ahí. De algún país del este. Rubia, ojos oscuros, tú sabes —dijo, señalándonos a las dos—. Le gustaba la mala vida.

—¿Tenía algún don?

No pude evitar preguntar: necesitaba saber más.

—Oh, el don, claro. El don —repitió mirando al cielo a través de la abertura del techo en mi habitación—. Ella no. Pero la abuela, su madre, fue una gitana nómada, conocida en todas las regiones del Este por su sabiduría. Acudían a ella de todos los lugares del mundo y pronto se convirtió en una mujer respetadísima. —Sujeté el aire en mi pecho y ella siguió—: Leía las cartas, las manos, los posos del café, el agua del wáter...

—Te lo estás inventando —concluí.

—Obvio que sí —respondió y se carcajeó de un modo macabro—. ¿Cómo voy yo a saber?

—¿Está usted bien ahí adentro, señora? —dijo el guarda de la puerta.

Con un índice cruzando sus labios para exigirme silencio, contestó ella:

—¡Todo perfecto! —Luego sonrió y siguió—: ¡Solo un momento!

¿Con cuánto tiempo contaría si tratara de escaparme?

Paré un momento para pensar, no sabía si tendría más momentos como este. No sabía qué vendría después. ¿Había algo que quería preguntarle? ¿Quería aprovechar esta oportunidad para saber algo?

—¿De qué murió nuestra madre? —pregunté.

—Un accidente de coche —respondió y aquello le resultó divertido—. Se tiró por un barranco. ¿O se cayó? No lo sé. ¿No es curioso eso?

A falta de ver la gracia del chiste, moví con rapidez mis ojos por la habitación, en búsqueda desesperada de una salida, en caso de necesitarla. A pesar del peligro evidente que corría, no quería hacerle daño. Aquella versión triste y mal acabada de mí misma me producía, además de un incipiente miedo, una cierta compasión.

La imaginaba sola, de casa en casa, sin nadie que la quisiese, en todos aquellos años en los que yo había estado bien cuidada, tranquila... y me pregunté por qué ella y no yo.

En mi inocencia, pensé que una conversación razonable nos llevaría a un punto de conexión, de resolución positiva. Pensé, estúpidamente, que quizá habría un modo de que saliéramos de aquella habitación sanas y salvas.

—¿Por qué no decir la verdad y punto? —probé, aún sin entender—. Quiero decir: ¿por qué no viniste a buscarme, a hablar con papá, a contarme todo lo que habías pasado?

—¡Ja! —subió entonces el volumen y dudé de que nos hubieran escuchado—. ¿Y convertirnos en hermanas del alma? ¿Cómo si nada de lo que me hubiese pasado en aquellas once casas de acogida fuese real? No, querida —concluyó, de pronto dejando mostrar la verdadera amargura de su voz—. Cuando tú te acostabas a dormir tranquila en tu hermosa cama de almohadones rosas y mullidos, yo temía apagar la luz de la mesilla, sin saber qué me esperaba después. La única manera de olvidar eso es empezar de nuevo.

Presa de la ira que le insuflaban sus amargos recuerdos, puso una mano con la palma al descubierto sobre la tabla de la plancha, colocando el acero hirviendo sobre sus cinco dedos sin dudar un momento:

—¡Ahh! —dijo, acallando un grito que su expresión no pudo ocultar.

Con la misma mano que acababa de achicharrarse, agarró entonces el mango para plancharse la otra. Al hacerlo, vi cómo las venas de su frente se inflaban como ríos de lava a causa del dolor. Satisfecha al percibir mi expresión de absoluto terror, recuperó la compostura, sonrió y rompió la botella de champán en dos usando el canto de la mesa de escritorio.

En ese momento, miré la silla de metacrilato con la que había trabado la puerta e hice mis cálculos. Si gritaba en aquel momento, ella tendría tiempo de abalanzarse sobre mí y clavarme la botella de champán en el cuello. No podría salir de esta. Tras eso, se haría pasar por mí, me robaría mi vida, y la idea de verla disfrutar de todo lo que yo sola me había cosechado, me pareció de pronto aún peor que la de morirme.

—Tu vida puede ser otra a partir de ahora —dije, con los brazos hacia el frente a modo de defensa anticipada, tratando de ganar algo de tiempo.

—Yo no quiero una versión mejorada de mi vida. Yo de mi vida no quiero nada ya.

Y blandió la botella rota como si de una espada se tratase.

Di un paso atrás, asustada de preguntar lo que iba a preguntarle:

—¿Y qué quieres, entonces?

—Quiero ser tú.

—Eso es una locura —dije.

Dark-Maya se posicionó frente a mí, con mi misma cara, mis mismas manos, mi mismo vestido y hasta el mismo corte de pelo.

—¡Mírate! —Y me señaló con todos los dedos amoratados de su mano izquierda, sujetando los cristales con la otra, ahora sus lágrimas derritiendo la máscara de pestañas bajo sus ojos—. Tu vida es totalmente perfecta. ¿Para qué mejorar lo mío si lo tuyo ya es exactamente

como tiene que ser? —preguntó y mientras lloraba, reía cínicamente a la vez—. Ese estilo maravilloso que tú tienes, ese chico que viene cada noche, las cartas incluso, he estado ensayando, ¿sabes? «Esta tirada me pide una carta más» —dijo, cerrando sus ojos y poniendo su mano sobre una baraja imaginaria—. Todo lo que tienes me parece más que bien. No cambiaría nada.

Miré la ventana, miré el balcón, miré su vestido, que era igual al mío. Miré la botella de champán en su mano, supuse las distancias hasta la puerta, hasta el baño —donde había un pestillo—, y hasta planteé la posibilidad de esconderme en el armario. Solo necesitaría un minuto para que el agente de seguridad entrara en caso de gritar, pero en un lapso de sesenta segundos podría acabar degollada en el suelo. No necesitaría ni diez segundos para eso. Sería fácil contarles a todos que yo fui la que quería suplantarla a ella y, conmigo bajo tierra, no habría nadie que la pusiera en duda. Ni siquiera Celina, quien aceptaría la historia de buena gana, ahora que sabría que habíamos sido dos.

—Todos te descubrirían —dije, tratando de ganar algo de tiempo y mirando de reojo las posibles salidas, con el corazón atascado en mi garganta y una enorme ola de calor subiéndome a la cabeza—. ¿Es que de verdad crees que es tan fácil hacerse pasar por mí? Pronto todos sabrían que no soy yo.

Pero dudé.

—¿Estás segura? —me preguntó, desafiante, cambiando de pronto su tono y su postura, asemejándose increíblemente a mí—. «¡Buenos días desde mi paraíso particular!» —y con eso, repitió el saludo que yo solía lanzar por las mañanas en redes.

Lo acepté. Hasta a mí me habría costado saber que no era yo misma, así que le pregunté:

—¿Y qué quieres que haga yo?

—Ah, eso no es asunto mío —dijo, encogiéndose de hombros—. Lo que te pido es de justicia, Maya.

—¿Y cómo va a ser justo que te quedes con mi vida?

Nos movíamos en círculos, separadas por una distancia de menos de un cuerpo, mis brazos torpemente preparados para defenderme.

—Tenemos cuarenta años. ¡Cuarenta! —dijo—. Cuarenta son muchos días y muchas noches. Pon que vivamos ochenta... y si dejamos la costumbre familiar de precipitarnos por barrancos deberíamos de llegar...

—¡Oh! Muy fino —comenté, con cuidado de no pisar alguno de los cristales que habían caído alrededor del escritorio.

—Vamos. Tenemos humor, ¿no tenemos? —dijo, señalándonos a las dos con unas manos cada vez más deformadas a causa de las quemaduras que acababa de inflingirse—. Te he dejado la primera mitad de la vida a ti. Déjame a mí la segunda parte y estamos en paz.

A sabiendas de que aquello precipitaría el inevitable final, dije:

—¿Y cuál es tu plan?

No lo pensó:

—Mi plan es que una de las dos salga de esta habitación.

—¿Y la otra? —pregunté, aún reacia a creer.

—La otra no.

Fue entonces cuando comenzó una danza macabra a mi alrededor, desplazándose de un lado al otro con el cristal en su mano. En una estúpida distracción, mientras buscaba soluciones con la vista en la puerta, enganchó mi antebrazo y empujó mi cuerpo, dando contra la pared junto a la plancha. Levanté el mentón, de pronto presa del pánico, mientras acercaba sigilosamente el

acero hirviendo hacia mi cuello. Mientras hacía lo posible por salir con vida, sujetó mi mano derecha palma arriba y estampó la plancha como había hecho con ella misma hacía solo un momento.

—¡Ahhhh! —grité, sujetándomela desde la muñeca.

Antes de que pudiese recuperar la compostura, atrapó mi mano izquierda y la abrasó, ahora ambas manos destrozadas, dándole tiempo para tirar la plancha sobre la almohada y agarrar de nuevo el cristal roto con el que amenazar mi vida.

—¡Mis manos! —sollocé.

Con el pulso de mi corazón latiendo con fuerza en las puntas de mis dedos y tratando de recuperar todo el espacio posible entre su cuerpo y el mío, toqué con mi pie una toalla que se encontraba en el suelo. Como movida por una inteligencia superior, se la arrojé, las lágrimas recorriendo mi cara, atinando a cubrirle parte de un hombro y los bordes del cristal que sujetaba con ese mismo brazo.

Escuché los forcejeos en la puerta: alguien trataba de entrar y ayudarme.

—¡Socorro! —grité.

Consciente del poco tiempo que nos quedaba, estiró la botella rota en mi dirección, en un gesto que sentí que le era familiar. Yo, que jamás había puesto una mano encima a nadie, noté la torpeza de mis movimientos. Me agaché, cogí un gran cristal que había caído al suelo y me dispuse a usarlo.

—¿Qué piensas hacer tú con eso? —dijo, riéndose de mí.

—¡Ayuda! —chillé, sin querer escucharla.

Quise gritar más, pero mi cuerpo decidió ahorrar todas las energías para enfocarse en la única solución viable: tirarla por el balcón.

Consciente de que mi ventana de suerte solo duraría unos segundos, me abalancé sobre ella. Coloqué mis manos sobre sus hombros y comencé a empujarla hacia afuera. Siendo nuestras complexiones iguales, la resistencia que su cuerpo oponía al mío me clavaba los pies al suelo. Con los torsos pegados, forcejeamos: puse mi mano sobre su cara y ella me mordió un dedo, ya lacerado por el calor. Mi boca se abrió sola:

—¡Aaaaaaaah! —grité.

La apertura de la ventana contorneaba su figura de fondo. Ahí, al verla sobre el fondo abierto, tomé la decisión firme de que haría lo que hiciese falta hacer.

De que acabaría con todo aquí y ahora.

De que defendería mi reino con la vida misma.

Dimos uno, dos, tres pasos de camino al balcón a empujones, sin soltarnos, las manos ensangrentadas por los cristales y desfiguradas por las quemaduras, nuestros brazos presionando los mentones contrarios, también manchados de sangre a estas alturas, el cristal del champán hecho añicos sobre el suelo, clavado en nuestros talones abiertos de cortes.

Ya en la barandilla, con todos los invitados abajo y ajenos al espectáculo dantesco de la planta de arriba, empujé su cuerpo con toda la fuerza de la que pude hacer acopio.

La clase de fuerza que una reserva para momentos de vida o muerte.

La clase de fuerza de la que no eres consciente hasta que la vida te pone en el punto exacto en el que ser consciente de que puedes. De que claro que puedes.

Ahora lo sabes: pudiste siempre.

Caímos juntas, la una sobre la otra.

Solo una de las dos saldría de esta.

Y ahí, en ese preciso instante en el que la vida volvió a suspenderse, sentí que se acababa

todo.

Epílogo 1: «Has cambiado tanto que ni a ti misma te pareces»

Las vecinas de Santaurora no se extrañaron en lo más mínimo por lo sucedido en la fiesta de Navidad. Preparamos el funeral, eso sí, del mismo modo en el que se festejan aquí el resto de los eventos importantes —con comida, elegantes vestidos, chicos jovencitos vestidos de pingüino repartiendo bebidas y canapés de esos que siempre dejan con ganas de más—. Vinieron mi padre y Rosita, con cara de circunstancias, y a los que el estatus les concedió excusarse de esta historia sin mucho esfuerzo. Vinieron también las chicas, muy impostadas, más escandalizadas que apenadas por lo sucedido en la fiesta de aquel día. Vinieron vecinos del barrio, y allí lloraron como la ocasión merecía: con elegancia, recogimiento, haciendo solo los comentarios adecuados, sin sacar los pies del tiesto. Vino también Lula, acompañada de una perrita de ojos claros y cuyos hocicos husmearon mi casa tanto como su dueña y quien, al dar conmigo, me arrinconó para hacerme saber que me veía:

«Has cambiado tanto que ni a ti misma te pareces».

La verdad: no me preocupó su comentario. Ya nada ni nadie podría arrebatarme esta vida que ya para siempre sería la mía.

Decidimos usar La Sacerdotisa, como no podía haber sido de otro modo, para despedir a mi gemela. Todas coincidieron en que una vida como la que había tenido era justificación noble para tan innoble comportamiento, y le dimos el último adiós con una sofisticada mezcla de lecturas de evangelios y de poemas de Rupí Kaur, de honda pena y sensación profunda de que ella solita se había dado vela en su propio entierro.

Una inspectora de policía que lucía una tirante cola de caballo y que tuvo a bien pasar por el funeral, dijo acertadamente:

«Fue un gesto inteligente: quiso destrozarnos las huellas dactilares con esa plancha, un modo sencillo de diferenciar a las gemelas idénticas».

Sin huellas dactilares, sería más fácil ser la otra. Así es: fue un gesto inteligente.

Lloré lágrimas de cocodrilo tras unas enormes gafas negras que encontré en la mesa de la entrada, y Marco hizo todo el camino a mi lado, ayudándome con las muletas, que con las vendas de las manos me costaba sujetar, ya indiferentes de lo que podrían pensar todos en aquel punto, de pronto conscientes de lo rápido que puede la vida quitártelo todo. Decidimos no perder ni un minuto más.

Cuando me acerqué a tirar una rosa negra sobre su ataúd, que acordamos enterrar bajo la palmera más espectacular de todas las de mi alucinante jardín, y me cubrí el gesto compungido con la mano, no lloré por ella, sino por mí. Por lo cerca que había estado de perder todo con lo que tanto había soñado. Por el convencimiento tan absoluto que poseía de mi merecimiento: aquello debía ser mío y no de ella. Eso era lo justo, era más que evidente. Las cosas solo podían acabar de este modo.

Aquel día, entendí que en todo momento podía haber sido yo, pero no fui, simple y llanamente porque esas son las leyes que rigen el Cosmos. Y de esa manera caprichosamente azarosa en la que las cosas suceden, ese día de Navidad, una se rompió una pierna y la otra el cuello. Y eso fue todo.

En el momento en el que ambas emprendimos el vuelo desde mi balcón, cada una agarrada al cuello de la otra, quizá en la misma cariñosa postura con la que compartimos gestación, supe que solo había un modo de que acabara nuestra preciosa historia.

O ella, o yo.

Caímos de una altura de cuatro metros quince, en lo que fue nuestro primer y último abrazo de hermanas, y no dejamos de mirarnos a los ojos ni un solo segundo en nuestro viaje al

jardín.

Saltamos la baranda del balcón en un golpe certero, y desde allí vimos cómo entraban los guardas en la habitación, cómo ya habían empezado a aporrear la puerta un grupo amotinado tras la puerta trabada que nos debía de haber escuchado, y pronto se hizo una rueda de distinguidos invitados alrededor de nuestros mullidos cuerpos. El coro, un grupo de doce hermosas voces seleccionadas con gusto que en aquel momento afinaba un Adeste fideles de lo más entonado, tardó casi treinta segundos en tomar en cuenta los gritos de los asistentes y dejar de cantar. Todos observaron estupefactos el momento: sangre, huesos rotos, vestidos rasgados, pelos despeinados, los trozos del cristal de la botella de champán que nos acompañaron hasta el suelo.

Despedimos a mi gemela, de la que tuve la desgracia de saber demasiado tarde, del modo más generoso que encontré: con gente elegantemente ataviada para la ocasión, desde la belleza deslumbrante de La Sacerdotisa, con el sol impresionante de Santaurora poniéndose al fondo.

Epílogo 2: «... y escribiese el final habiéndola suplantado»

Unas horas antes de que Celina recibiese el alta del hospital, tomamos la decisión de reunirnos en su casa. Leona, Bé, Fede, Alexandra y yo quedamos con la ilusión de arreglar juntas la habitación de Libertad, su hija.

Después de la montaña rusa de emociones de los últimos días, aquel me resultó un ritual primitivo, una toma de tierra. Un grupo de mujeres reunidas para dar la bienvenida a una parturienta y así acompañarla en su nueva entrada a la vida, en el más dramático de los rite of passage: el de la maternidad.

Colgamos el dosel del techo en contra de todas las recomendaciones de la única que allí parecía saber algo de niños, Leona, quien veía peligros en cada esquina. A pesar de que Libertad venía a casa con pocos días, nos obligó a tapar todos los enchufes, a decorar su habitación con mesas redondas y a cubrir todas las esquinas con pegatinas de gomaespuma, con las que había llenado su enorme bolso.

Y qué puedo decir: Celina, la vecina de enfrente, la del número dieciséis, amó el detalle. Encontró romántico nuestro esfuerzo, con el único tipo de romanticismo que por mucho tiempo se permitiría en su vida, y la agasajamos con todo tipo de regalos que no usaría, porque en este preciso momento, lo único que Libertad necesitaba, y por mucho así sería, era a su madre.

Y algo era seguro: Libertad tenía suerte de tener a quien la quería.

Celina, pasados los días, me dijo que había dado con el detalle del anillo que me diferenciaba de mi gemela en sus muchas horas de amamantamiento, y que, cuando supo que una de las dos había muerto, temió porque fuera la gemela malvada la que se quedara finalmente con todo.

—Ese sería un buen giro de guion —me dijo ella, desde la psicología particular que le confería su oficio de escritora—. Que, en el último momento, la otra cogiera el teclado haciéndose pasar por Maya y escribiese el final habiéndola suplantado, sin que nadie pudiese darse cuenta.

—¿Verdad que sí? —dije yo.

Y todas encontraron aquello graciosísimo.

Me gustó su inteligencia macabra, era evidente que ella y yo haríamos buenas migas con el tiempo.

Yo, por mi parte, empecé de nuevo tan pronto como tuve el ánimo de vuelta. Me puse con mis tiradas y mis sesiones terapéuticas, con las que me sentía resuelta e imaginativa. Por las mañanas, decía: «¡Buenos días desde mi paraíso particular!», y así daba comienzo en redes a la jornada. Mis ojos, me dijeron los médicos, parecían estar fenomenal, y del trauma solo me quedaron pequeños despistes, lapsus sin importancia que todos entendieron que desaparecerían antes o después. Marco, quien ya tenía su cepillo de dientes al lado del mío, me aseguró que no había de qué preocuparse, que del mismo modo que desarrollé una ceguera psicógena que se fue sin dejar secuelas, volvería a ser la que todos conocían, más temprano que tarde. La Gran Maya Conesa, la de siempre. La de toda la vida. Me explicó que el trauma de ver a mi gemela en aquella fiesta de cumpleaños me sumió en lo que llamó una «fuga disociativa», un estado temporal de escisión de consciencia en el que conduje sin pensar y acabé estrellándome contra las rocas frente al Faro, y cómo necesitaba darme tiempo para que todo volviese a su sitio. Tiempo para volver a ser *la misma*.

Hay quien pensó en Santaurora que aquellos *despistes* nuevos me daban cierto encanto: todos esos olvidos de mi historia anterior, los detalles de mi vida de antes de la fiesta de Navidad, los pormenores en las particularidades de las relaciones con los otros. Nombres, fechas, conversaciones. Es evidente que cada persona ve lo que quiere ver. De eso creo que ya nos hemos dado cuenta: esa es la manera exacta en la que funciona todo.

Completamos nuestra familia preciosa adoptando un perrito. Una tarde, tras venir del estudio de yoga, ya recuperada mi forma física y mis ganas de volver al mundo, me topé con el tipo que saca los perros en el barrio. Viriato, creo que se llama. ¿No era ese el nombre que me dijo mi amiga, la rubia? Leona, quiero decir. Eso es: Leona y Viriato.

El caso es que cargaba con siete correas y un perrillo feísimo, que parecía aplastado por la majestuosidad de los otros. Dos dálmatas, un galgo, dos samoyedos y un lustroso labrador, casi no dejaban ver al horrible perrillo que trataba de hacerse paso entre las correas enredadas de los demás.

Su lomo parecía haberse pintado con una brocha mojada. Parcheado en varios tonos de marrón rojizo y negro, me sorprendió que su fealdad se coronase con un ojo más grande que el otro.

Algo difícilmente explicable me unió rápidamente a él: aquel terrible ejemplar canino se merecía un lugar en este barrio, tanto como yo. Él y yo nos lo habíamos ganado como los que más: habíamos sufrido, habíamos luchado, habíamos sobrevivido.

Se acercó instantáneamente a mí, como si hubiese anticipado mi simpatía hacia él, como si de algún modo extraño, él y yo ya nos conociésemos de antes.

Espera: ¿nos conocíamos de antes?

—Eres un perro feísimo —le dije, agachándome y acariciando su hocico.

—Mi prima del pueblo no viene a por él, me tiene desesperado el muy maldito —contestó Viriato, cabeceando—. Sigo en las mismas —añadió—. Yo no sé ya qué hacer.

El resto de los perros comenzaron a tirar de sus correas para separarse, al ver que desenganchaba la del pequeño perrillo.

—Hola —dije en un susurro, metiéndomelo en mi bolso y captando la instantánea para subirla a mis redes—. Así que nadie te quiere a ti, perro feíto. Qué terrible es no tener a quien te quiera. Qué injusto, ¿no es injusto? No eres un perro malo —le aseguré—, es solo que nadie te entiende. Pero yo te entiendo —dije, dejándolo que me lamiera una mano—. ¿Necesitas una mamá? ¿Sí? ¿Quieres que ma-ma-ma-ma-má se quede contigo? ¿Quieres vivir en una supercasa *supermegapreciosísima*? —dije, vocalizando con tanta exageración como se hace con los bebés. Diré que lo mío con Géminis fue un flechazo instantáneo.

Aquella primera mirada me enseñó cómo hay almas torturadas, destinadas a encontrarse para ayudarse a sanar, y cómo la suerte, hasta para el más desafortunado de todos los seres de este mundo, en cualquier momento... puede cambiar.

Yo podía dar fe de aquello.

Me merecía lo que me había ganado y estaba preparada, con esta familia imperfecta que imperfectamente había creado, para al fin volver a empezar.

Agradecimientos

Seré breve:

Gracias a ti, la primera, por haber llegado hasta aquí. Espero de corazón que te lo hayas pasado bien y que *Una fiesta para recordar* te haya dejado un puñado de buenas reflexiones: con eso, de verdad, me quedo más que feliz.

Gracias a Amparo Millán, terapeuta del Tarot, por sentarse conmigo a discutir el personaje de Maya, su psicología, su modo particular de entender el mundo. Qué bonito encontrar personas con las que no compartes creencias y con las que te puedes entender fenomenal... El mundo iría mejor si todos remáramos en esa dirección y no en la contraria. Me lo paso muy bien hablando contigo.

Gracias a mi amiga Marina, que me ayudó a darle seiscientas vueltas a la complicada historia de Maya, a la que le gusta resolver puzzles como este casi más que a mí y cuyo criterio siempre tomo en buena cuenta.

Gracias a Verónica Buide por creer en Santaaurora tanto o más que yo. El día que esto llegue a las pantallas —¡que llegará!—, tendremos que darle gracias al Universo por habernos conectado como lo hizo y, qué sé yo, prender un incienso, encender una vela... ¡o tomarnos una caña!

Gracias a las integrantes de la Sociedad Literaria del Universo Santaaurora, las primeras en conocer cada libro y las que más saben sobre esta saga del mundo mundial. Si te apetece formar parte de esto y puedes comprometerte como la literatura inevitablemente exige, te animo que rellenes este formulario <https://www.mariafor.net/universo-santaaurora/sociedad-literaria/> y desde allí te contamos.

A mis padres, a mis hermanas y a mis hermanos. Por ser y estar. Os amo a todas y a todos.

Gracias en particular a mi hermana Blanca, que se lee pacientemente cada cosa que escribo y me envía correcciones, jamás me dice que no tiene tiempo —a pesar de que no lo tiene— y siempre me hizo creer que, si yo quería, podría perseguir este sueño.

Gracias a mi Bubú, que es mi compañero más fiel de escritura, el que mete en el teclado el hocico cuando cree que estoy trabajando demasiado.

Gracias a mis niños, Santiago y Rodrigo, que me hacen creer en la magia cada día. Hijos míos, ¡hacedme un favor y no crezcáis tan rápido! La vida con vosotros es demasiado bonita para que se nos pase tan deprisa. Sois, no lo dudéis ni un segundo, lo mejor de todo.

A mi marido: el Universo Santaaurora ha sido una apuesta familiar y hemos asumido riesgos importantes para que yo pueda sentarme a montarla entera. «Gracias» es probablemente una palabra demasiado corta para que entiendas lo que siento. Es demasiado corta, es poco sonora, algo blanda: en definitiva, no hace justicia a lo que ha ocurrido estos meses. Quiero que sepas que la fe que tienes en mí es el motor que me levanta cada vez que me caigo, y que la fe que tengo yo en ti, en lo nuestro, es el bastión más estable de toda mi vida. Gracias también por ser siempre mi primer lector, el más crítico, el que tiene las ideas más oscuras, el que siempre me

obliga a dar no menos que lo mejor de mí en cada cosa que hago, aunque eso implique que seas un poco cabroncete y me digas siempre lo que piensas. Te quiero *a little bit and a lot*.

Sobre la autora

María Fornet es psicóloga y escritora de los ensayos sobre psicología feminista —*Feminismo terapéutico* (URANO, 2018) y *Una mansión propia* (URANO, 2021)—, y de las novelas *Las mujeres de la familia Medina* (Almuzara, 2019) *Azul Capitana* (Cáprica ediciones, 2020).

En marzo de 2021 comenzó a idear el Universo Santaurora y pronto decidió dejarlo todo para dedicarse de lleno a su creación. Su primera entrega, *Una boda a medianoche*, vio la luz a principio de 2022, mientras gestaba a su segundo hijo, Rodrigo.

En la actualidad, María envía una newsletter a sus lectoras con las que mantiene contacto frecuente, vive en Málaga, al sur de España, en una apacible casa desde la que escribe mirando al mar y en la que está increíblemente bien acompañada de sus no tan apacibles dos hijos, su perrito Bubú y su maravilloso compañero, Gonzalo.

Puedes seguirla en Instagram como @maria.fornet y en su web www.mariafornet.com

Participa en el sorteo de un regalo

Antes de acabar, quiero hacerte un regalo y convencerte para participar a un sorteo muy interesante.

Me gustaría animarte a que dejes una crítica honesta en la página correspondiente al libro en Amazon. Una vez que lo hayas hecho, te invito a que subas una fotografía o una captura de pantalla con tu reseña desde esta página:

www.mariafornet.com/sorteo-santaurora-2

Al hacerlo, ocurrirá esto:

Tu correo formará parte de un sorteo que se cerrará a los seis meses exactos de la publicación de *Una fiesta para recordar*, con el que tendrás la oportunidad de ganar un mapa de Santaurora a todo color, creado por la artista @giselfust, junto a un ejemplar físico de *Una fiesta para recordar*, firmado y dedicado por María Fornet.

¡Gracias por tu apoyo! Si crees que una sola reseña no cuenta, estás muy equivocada.

Cada reseña suma.

Cada estrellita de más cuenta.

Si tienes dudas sobre el proceso, cuéntanos y te ayudamos en equipo@mariafornet.com